



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

VIAJEROS, RUINAS Y FOTOGRAFÍA EN EL SIGLO XIX: REFLEXIONES EN TORNO A DESIRÉ
CHARNAY Y SU OBRA *CIUDADES Y RUINAS AMERICANAS*

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRA EN HISTORIA

PRESENTA:
JULIETA IZCARULLI MARTÍNEZ LÓPEZ

TUTOR: DR. JOSÉ ENRIQUE COVARRUBIAS VELASCO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Esta tesis no hubiera sido posible sin la paciencia infinita del Dr. José Enrique Covarrubias, a quien agradezco el haber accedido a retomar el curso de esta tesis a pesar de haber pasado muchos años, su empeño por pulir diversos aspectos de la investigación y por todo lo aprendido a través de su erudición.

A mi sínodo, la Dra. Ana Rosa Suarez por su disposición para reincidir leyendo mis textos, sus estructuradas observaciones, por corregir mi redacción y por la rapidez de su lectura; a la Dra. Laura Suárez de la Torre por su disposición y por las sugerencias temáticas que enriquecieron algunos de los puntos de esta tesis y que con seguridad me llevaran a explorar nuevas líneas; al Dr. Adam Sellen por haber aceptado la lectura de esta tesis a pesar de la distancia pero con interés, gracias a la coincidencia temática de Charnay; finalmente a la Dra. Leonor García Millé, quien desafortunadamente no me conoció en mi mejor momento, pero me aportó académica y vivencialmente mucho más de lo que se imagina.

Esta tesis, además, fue más que colaborativa, pues está basada no solo en mi entusiasmo y esfuerzo sino en lo aprendido a través de los años en compañía de amigos y colegas, todos ellos compañeros de vida. A Fernando Aguayo, Israel Rodríguez, Oliva García de León, Tzutzumatzin Soto (doblemente), Ariadna Patiño, Itzia Fernández, Alejandra Padilla, Alfonso Salas, Antonia Pi-Suñer, Alberto Trejo, Félix Lerma y Pablo Guilliem por apoyarme, creer en mí, presionarme, debatirme, levantarme, confrontarme, impulsarme, regañarme y sobre todo por existir.

A toda mi familia, amigos y conocidos por tenerme paciencia en estos años tan monotemáticos. A Cindy, Edith, Antonio, Fernanda y Diego por estar, a su manera, pero siempre estar con su amor incondicional. A los que ya no están, por ser los muertos de mi felicidad. A Michel, porque esta tesis fue parte de nuestra vida, por todo lo vivido y por la promesa de lo que vendrá.

A la UNAM, por ser un espacio de comunidad que permite no solo la formación académica y el desarrollo intelectual, sino el acceso a mejores oportunidades de vida para la sociedad, siendo pública y gratuita.

Finalmente, a Désiré Charnay, por dar motivos a la escritura de esta tesis.

Contenido

Introducción.....	1
De viajeros y exploradores en el siglo XIX.....	21
1.1 Viajes y literatura de viaje.....	22
1.2 Viajeros y exploradores.....	38
2. Désiré Charnay y <i>Ciudades y ruinas americanas</i>	56
2.1 El viajero. <i>Le Mexique (1858-1861). Souvenirs et impressions de voyage</i>	58
2.2 La importancia del estudio de las “antigüedades mexicanas”.....	84
2.3 El explorador: Charnay y las ruinas mexicanas.....	100
El fotógrafo. Fotografía y viajes en el siglo XIX.....	120
3.1 Imágenes y viajeros en el siglo XIX.....	121
3.2 El álbum fotográfico <i>Ciudades y ruinas americanas</i>	137
3.3 Fotografía e historia. La cabeza de Izamal.....	164
Epílogo.....	183
Conclusiones.....	187
Obras consultadas.....	192
Índice de imágenes.....	215
Anexo 1.....	217

Introducción

Entre los años 1862 y 1863 se publicó en París, Francia, la obra *Cités et ruines américaines: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal*, en una edición dividida en tres partes: en primer lugar un álbum fotográfico con 49 láminas relativas a las construcciones prehispánicas de Oaxaca, Chiapas y Yucatán, así como el llamado “Calendario azteca” y el “árbol del Tule”; el texto *Antiquités Américaines*, cuyo contenido era un ensayo acerca de la arquitectura de las antiguas civilizaciones americanas que intentaba dar explicaciones acerca del origen de los constructores de aquello que se mostraba en las imágenes, escrito por Eugène Viollet-Le Duc, reconocido arquitecto francés de la época,¹ y *Le Mexique (1858-1861) Souvenirs et impressions de voyage*, un libro de viaje que relata las andanzas de Désiré Charnay, el joven francés que a la par de su texto dejó para la posteridad las primeras fotografías de las ruinas mexicanas que fueron publicadas.²

Más de un siglo después de la publicación de *Cités et ruines américaines* y desde otra latitud, en México se ha revalorado al autor y a su obra fotográfica. Incluso hace algunos años se presentó una exposición en su honor, donde se le catalogó como pionero de la fotografía arqueológica y precursor de teorías arqueológicas importantes. Al mismo tiempo, se intentó consolidar la imagen de un incansable y cuasi heroico viajero, haciendo hincapié en las dificultades para viajar en esa época por el territorio mexicano, sobre todo por lo que implicaba el andar con “cámara en mano” y cientos de kilos entre instrumentos,

¹ Eugène Viollet-Le Duc fue un arquitecto francés del imperio napoleónico, reconocido por sus intervenciones en edificios medievales y por sus teorías sobre arquitectura. Actualmente, las críticas de su trabajo se dirigen principalmente hacia la destrucción de monumentos con el afán de restaurarlos. Asimismo, fue parte de la Comisión Científica de México en el Comité de Historia, Lingüística y Arqueología, en el rubro de arquitectura. Cfr. *Archives de la Commission Scientifique du Mexique publiées sous les auspices du Ministère de L'Instruction Publique*, Paris, Imprimerie Impériale, 1865, Tomo I, p. 9-10 ; Valerie Magar, «Viollet-le-Duc y Merrimée. Editorial» en *Conversaciones...Revista de Conservación*, Año 3, núm. 3, julio 2017.

² Se menciona que fueron las primeras publicadas, mas no las primeras en ser capturadas, ya que en 1857 el húngaro Pal Rosti había fotografiado Xochicalco. No obstante, sí podríamos considerarlas como las primeras conocidas del sureste mexicano.

vidrios, solventes y una larga lista de objetos requeridos para la obtención de fotografías a mediados del siglo XIX.³

Es por ello que, en la mayoría de los casos se toma en cuenta a Désiré Charnay en el papel de un personaje paradigmático del “hallazgo” de ruinas, dadas a conocer al mundo occidental europeo en un momento en el que las personas viajaban para atestiguar y dar fe de lo existente en otras latitudes. Su obra, fotográfica y escrita, ha sido tomada en cuenta como una fuente para el estudio del pasado mexicano, pero poco se ha indagado su labor en cuanto a cómo y a partir de qué posición se elaboró.

En esta tesis se propone analizar la figura de Désiré Charnay a través de su primera obra, *Ciudades y ruinas americanas*, y lanzar hipótesis acerca de cómo sus elementos permitieron la construcción de una imagen de experto en cuestiones del México prehispánico, motivo por el cual realizó exploraciones, escribió numerosos textos y planteó posibles explicaciones acerca de los orígenes de los antiguos pobladores, basado en las teorías y en el material de análisis que en su época eran suficientes para avalar conjeturas científicas. Las particularidades de su obra nos ayudan a entender lo que significó el cambio en ciertas formas de pensar y de representar el mundo en esa época.

Para ello, el análisis partirá de tres condiciones que pueden ser observadas en la obra: el viajero, el explorador y el fotógrafo. Habría que tomar en cuenta que cada una de estas divisiones se pensaron únicamente para una mejor comprensión de los elementos

³ La exposición “La memoria revelada: el surgimiento de la fotografía arqueológica. Désiré Charnay”, presentada en el Museo de San Ildefonso del 29 de abril al 27 de julio de 2014, tuvo como premisa el dar a conocer 67 fotografías que mostraban no solo las imágenes que forman parte de lo que hoy conocemos como el álbum *Ciudades y ruinas americanas*, sino fotografías realizadas por el autor en viajes posteriores a México, las cuales muestran las impresiones en yeso, excavaciones, etc. Importante es señalar la manera en que se trató de contextualizar la exposición, mostrando modelos de cámaras fotográficas decimonónicas y reproducciones de piezas arqueológicas. Asimismo, se manejó como una exposición “inédita” porque las fotografías mostradas formaban parte de un acervo privado, no porque fueran, en todos los casos, imágenes desconocidas.

característicos de cada una y poder así ver con mayor claridad cómo es que la obra de Charnay pretendió cumplir con las expectativas de cada uno de estos rubros, en un contexto en el que los viajes de exploración y las ilustraciones de estos constituían tareas indisolubles, por lo menos en ciertos círculos occidentales del conocimiento.

Al referirnos a la condición de viajero ésta se explicita dado que así se asume el personaje en algunos pasajes de su texto, el cual, como se verá, cumple con ciertas características que podemos determinar propias de la literatura de viajes. Aquí valdría la pena acotar que no se trata esta tesis de un estudio acerca de las tipologías de los libros de viaje en cuanto a sus elementos retóricos o estéticos, sino de entender cómo se desarrolló la práctica viajera que permitió que personajes como Charnay asumieran durante un tiempo el estatus de autores de referencia obligada para estar al tanto, en este caso, de los saberes en torno al pasado prehispánico.

Las hazañas del viajero francés se encuentran, para Mongne, su principal biógrafo, en el contexto de los viajes que revelaban los mundos exóticos, agrestes, desconocidos ante los ojos de la luz de la civilización francesa, los cuales, si bien estaban plagados de juicios y descalificaciones, no eran más que el resultado de su propio contexto. Cabe señalar que estos planteamientos están dados desde un profundo eurocentrismo en el que se considera que Francia y sus ciudadanos han estado siempre a la vanguardia en la generación del conocimiento universal revelando, y por ello significando, la existencia de los “otros”.⁴

Es por ello por lo que el primer objetivo de esta tesis es analizar cómo es que *Ciudades y ruinas americanas* se inscribe en la literatura de viaje sobre México generada

⁴ Pascal Monge, “Désiré Charnay y la imagen fotográfica de México” en *Los americanistas del siglo XIX: la construcción de una comunidad científica internacional*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt, Vervuert, 2005, p. 42.

en el siglo XIX y cómo es que los temas tratados y la manera en que éstos son abordados por el autor nos muestran que no estaban del todo alejados de la tendencia de la época y que por ello no es una obra sobresaliente en este ámbito. Sin embargo, la hipótesis es que aun cuando no sea un caso atípico dentro de la literatura de viajes, es posible ver algunos aspectos propios del autor que irían consolidándose a través de otros ámbitos como el del explorador y fotógrafo.

Para estudiar la obra de personajes que se interesaron en los vestigios de las culturas prehispánicas de México durante el siglo XIX, no resulta esencial valorar sus investigaciones, muchas veces carentes de un método sistemático de análisis, desde nuestros parámetros contemporáneos. Aun cuando pueden considerarse precursores e incluso formadores de los estudios que hoy llamaríamos arqueológicos, no podemos incluirlos de manera cabal en el ámbito científico ni en la práctica cercana a la afición puramente diletante de los siglos pasados, por lo que en esta investigación se decidió usar el término “exploradores” para definir a estos personajes.

El Charnay explorador, en una especie de viaje arqueológico con la observación y descripción de los vestigios prehispánicos y la casi siempre probable comparación con los indios vivos de carne y hueso que encontraba en su camino, elaboró juicios que buscaban generar un conocimiento que se pretendía “universal” sobre el carácter o la esencia de los pobladores y las capacidades del país frente a sus contemporáneos europeos. A la par, podemos ver que hasta el día de hoy Charnay es tomado en cuenta como un precursor de los estudios arqueológicos y un pionero en el “descubrimiento” de varios sitios, sin embargo, esta historia oficial sobre el personaje debería ser matizada por varios elementos

de su contexto como parte de las exploraciones arqueológicas y de los cuestionamientos acerca de la utilidad del saber local.

En este sentido, un segundo objetivo de esta tesis es el de analizar en qué contexto Charnay manifestaba sus observaciones respecto a los indios vivos y muertos de este país y su relación con el estudio de los objetos y construcciones prehispánicas, lo que en ocasiones no se considera al asumirlo como un explorador consolidado y no como un estudioso en ciernes, cuyos objetivos iniciales no iban más allá de la crónica viajera, aderezada con algunos apuntes de auto elogio sobre su labor. La hipótesis para explicarlo es que Charnay fue construyendo su figura de explorador y conocedor del pasado prehispánico de México a partir de un discurso propio que encontró cabida en la prosa decimonónica sobre el tema y que no ha sido cuestionado ni analizado objetivamente hasta nuestros días, sobre todo en lo concerniente a cómo es que se entiende la exploración y descubrimiento desde un punto de vista occidental de la generación del conocimiento.

En cuanto a la condición de fotógrafo, ésta se construye como una práctica específica que implica elaborar imágenes a través de un medio mecánico, con las técnicas de la época. Se eligió no introducir el término “fotógrafo viajero” porque sus implicaciones requieren un análisis más detallado de lo que conlleva tanto en lo estético como en lo práctico, y que son temas que sobrepasan los objetivos de este texto. Asimismo, con las fotografías, buscaba legitimar un tipo de saber determinado, dando a la imagen una importancia singular, usando las categorías de conocimiento, modernidad, civilización y ciencia propias de la época.

Así pues, el tercer objetivo es analizar la faceta poco explorada de Charnay, en donde la elaboración de sus fotografías fueron la relevancia de su primera obra, más allá de

su narrativa viajera y de su construcción de figura de explorador de tierras ignotas. Esta técnica para generar imágenes era de gran relevancia en el contexto de los viajes decimonónicos y es por ello que se ha consolidado su figura como imprescindible para el estudio del pasado prehispánico. Sin embargo, en esta tesis se cuestiona si verdaderamente estamos analizando a este personaje y su obra fotográfica de una manera objetiva e histórica o si estamos reciclando la idea de objetividad *per se* de lo fotográfico. La propuesta de análisis es que sí, que todavía falta mucho por explorar en esta faceta del autor, de su obra y de lo que entendemos por objetividad de la imagen, en donde historiar los objetos y su contexto de producción nos puede llevar a nuevas reflexiones.

Así pues, la presente investigación sitúa a Désiré Charnay en el contexto de viajes y exploración en el México del siglo XIX y muestra cómo se ha construido su imagen de precursor de la fotografía y la arqueología de este país. En la revalorización que la mayoría de los autores que lo retoman hacen de él como explorador y fotógrafo de ruinas, es aceptado como el propietario de una mirada objetiva al encontrarse en un punto de vista privilegiado, a saber, una perspectiva externa como extranjero, lo que le da cierta “veracidad” incrementada por el uso de la fotografía, considerada como un testimonio incuestionable de la “realidad”.

Si bien Charnay es autor de algunas publicaciones más acerca de México, el haber elegido *Ciudades y Ruinas Americanas* para esta tesis obedece a la intención de mostrar una obra integral de libro de viaje y fotografía, característica que no tienen los posteriores trabajos del autor, además de contar con una narración más precisa de sus recorridos y sus ideas. Asimismo, tiene la particularidad de, por un lado, haber sido publicada en los prolegómenos de la Intervención francesa en México, y por el otro, de haber sido elaborada

antes que el autor fuera considerado un especialista en el tema, por lo que el texto tiene menos pretensiones científicas. Lo anterior marca justamente este límite entre la especialización y la afición que caracterizó a nuestro personaje y que, en algunos momentos, se ratifica en su más famoso texto *Les Anciennes Villes du Nouveau Monde*, publicado en 1885.

En cuanto a los estudios que se han llevado a cabo sobre Charnay, se advierten varias líneas. La primera de ellas es la que se ha construido en torno a su figura como explorador, cuyo interés se basa, principalmente, en sus aportaciones a los estudios arqueológicos a través de sus fotografías, moldes y textos generados con motivo de sus expediciones, que brindan datos de interés para el investigador contemporáneo.

La exposición referida líneas arriba entra en esta categoría de revalorización desde los estudios arqueológicos e igualmente desde la semblanza que de su vida y obra aparece en el texto de Lorelei Zapata, quien destaca su importancia dentro de los estudios sobre Mesoamérica.⁵ Cabe señalar que esta importancia se basa en dos características. La primera está unida al carácter testimonial de su obra, sobre todo con el uso de la fotografía que ha servido como evidencia “objetiva” de las construcciones, excavaciones, piezas y sitios a los que de otra manera el investigador contemporáneo no tendría acceso. En segundo lugar, se le reconoce por ser pionero en las excavaciones de sitios como Tula,⁶ así como por sus

⁵ Lorelei Zapata “Désiré Charnay” en *La antropología en México: Panorama histórico. Los protagonistas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1987, tomo 9.

⁶ Laura Elena Sotelo Santos, “Désiré Charnay, pionero de la arqueología tolteca” en *Tula más allá de la zona arqueológica*, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2003. En este texto se exalta la labor de Charnay, ya que, de acuerdo con la percepción de la autora, gracias a él nació la “arqueología moderna en Tula” y se “efectuaron por primera vez en Mesoamérica excavaciones en una zona residencial, ya que nuestro personaje decidió no excavar la casa principal, por encontrarla derruida, sino otros conjuntos que, muy probablemente porque no sabía la diferencia entre ambos, sino que lo consideró más pertinente por ser montículos mejor conservados y no explorados a la fecha.” La imagen de Charnay que se maneja en este texto es la de un viajero-explorador, fotógrafo y pionero de la arqueología, que da a su tarea un orden y método de

observaciones, las cuales abundaron a partir de su segundo viaje a México en la década de 1880, en las que suponía el origen tolteca de los mayas, lo cual se sostenía mediante la descripción de similitudes en las características constructivas entre Tula y Chichen Itzá.⁷

El texto de Tripp Evans es interesante en tanto que considera a Charnay como parte de los personajes que construyeron una imagen del pasado prehispánico de lo que hoy se conoce como Mesoamérica. Su obra, según el autor, tiene una importancia tanto visual como política. Visual por el impacto que tuvieron sus fotografías, elaboradas con una técnica inmejorable, casi artística, que permiten sustituir la experiencia, sobre todo si se compara con las inconsistencias que tenían los dibujos de la época; y política en cuanto a sus teorías sobre la unidad cultural a partir de la civilización tolteca que permitieron reafirmar la teoría que años antes ya había planteado John L. Stephens, lejanas al difusionismo y pugnando por una historia “americana”.⁸

Otra vertiente se despliega en torno a la figura de Charnay como fotógrafo y su aportación artística, línea desarrollada durante los últimos años del siglo XX y que ha intentado revalorizar a los creadores de fotografías decimonónicas a través de categorías propias de la historia del arte contemporáneo.

la arqueología actual, lo que implica la revisión de fuentes históricas, excavación, registro, análisis y publicación de resultados. Por lo anterior, la autora sostiene que “es el padre de la moderna arqueología de *Tollan Xicocotitlan*, la cual nació exactamente el 16 de agosto de 1880” pp. 142 y 149. Dicha aseveración corre el riesgo de caer en el anacronismo, aunque no por ello es menos interesante. Por otro lado, habría que considerar, como menciona León Portilla, que antes de Charnay hubo otras expediciones, más no excavaciones, como la de Antonio García Cubas. *Cfr.* Miguel León Portilla, “Tula Xicocotitlan: historia y arqueología” en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. 39, 2008, p.67.

⁷ Es importante mencionar que en dicha época la discusión primordial giraba en torno a hallar la cultura primigenia, los orígenes y las características de los constructores de esos grandes monumentos y no tanto observar a las civilizaciones precolombinas como unidad cultural. Esto último tuvo como consecuencia la formación del concepto de Mesoamérica como un objeto de estudio y no sucedió sino hasta 1943 en medio de las discusiones en el ámbito académico. *Vid.* Lorena Careaga, “Invasores, exploradores y viajeros: la vida cotidiana en Yucatán desde la óptica del otro, 1834-1906”. Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, 2015, cap. 2 y 3. En el capítulo 2 de esta investigación se retomará el tema.

⁸ Tripp Evans, “The Toltec lens of Désiré Charnay” en *Romancing the maya: Mexican antiquity in the American imagination, 1820-1915*, Austin, University of Texas, 2004.

Así, ha sido retomado en compilaciones de historia de la fotografía como representante de los fotógrafos viajeros o de la fotografía arqueológica del siglo XIX, señalando su valor como pionero de este estilo en América y dentro de la línea de otros personajes que realizaron imágenes de las exploraciones francesas o bien, de otras ciudades y monumentos antiguos (Italia, Grecia, España). Un ejemplo concreto es la tesis doctoral de María del Carmen Valderrama Zaldívar,⁹ quien hace una división de los tres viajes a México caracterizándolos como etapas en su vida, y en donde destaca la descripción iconográfica de cada una de las imágenes de *Ciudades y ruinas americanas*, haciendo énfasis en la interpretación de ellas a partir de elementos técnicos de la fotografía, como el encuadre, la luz y el análisis de la composición.

Asimismo, se ha incluido al autor en los estudios generales de historia de la fotografía mexicana. En este sentido se encuentra la obra de Oliver Debroise, quien critica la “mirada estetizante” que provoca cierto tipo de enfoque que revaloriza el concepto de autor frente a otras interpretaciones que priorizan los contextos. Así, coloca a Charnay entre el rubro de fotógrafos viajeros por su condición de extranjería, característica de los primeros años de la fotografía en México y el de explorador fotógrafo (lo cual lo ubica como una especie de fotógrafo arqueólogo). La importancia que Debroise le asigna estriba en lo que su obra implicó para la formación de una imagen romántica del pasado mexicano a través de sus fotografías de ruinas.¹⁰ En el mismo sentido están las menciones que de Charnay hace Rosa Casanova en su texto acerca de la fotografía en México en el siglo XIX.¹¹

⁹ María del Carmen Valderrama Zaldívar, “Fotografías viejas, historias nuevas: Désiré Charnay y la arqueología mexicana (México, 1857-1887)” Tesis para obtener el grado de Maestría en Estudios de Arte, México, Universidad Iberoamericana, 2005.

¹⁰ Dice Debroise “Aunque sus intenciones sean “científicas”, estos exploradores que fotografían en esta etapa inicial como “artistas” “no buscan tanto la precisión como el efecto, la espectacularidad. Su obra en ese sentido resulta ambigua: si abren el camino de la fotografía arqueológica, a la postre resultan más bien

Un rubro aparte merecen los estudios realizados desde el ámbito de la conservación que, aun cuando son cercanos a las interpretaciones de la historia del arte, han aportado elementos desde el punto de vista técnico que permiten mirar a las fotografías de Charnay desde otro enfoque. Dentro de estos textos se encuentra el artículo puntual y vastamente documentado de Juliana Bittencourt y Patricia E. Carrillo Medrano¹², que aporta nuevos elementos para su estudio y conservación. Asimismo, está el artículo de Sabrina Esmeraldo acerca de las técnicas utilizadas en las fotografías de Charnay¹³ o los estudios especializados desarrollados en la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía,¹⁴ los cuales contribuyen con datos suficientes para comenzar la reconstrucción histórica de los objetos y su manufactura. Cabe resaltar que Charnay, a diferencia de otros fotógrafos decimonónicos, ha sido ampliamente trabajado desde esta perspectiva, quizá por el relativo fácil acceso que se tiene a su obra.

Otra vertiente sería la que se centra en su estudio desde la literatura de viajes. El artículo de José Roberto Gallegos Téllez Rojo¹⁵ es representativo en cuanto a que hace un comparativo de dos momentos del autor y propone una división que, con sus reservas, se ha retomado en esta investigación: por un lado, el primer Charnay, más orientado a la literatura

forjadores de una visión específica de México.” Oliver Debroise, *Fuga mexicana: un recorrido por la fotografía en México*, México, CONACULTA, 1994, p. 137-138.

¹¹ Rosa Casanova, “Un nuevo modo de representar: fotografía en México, 1839-1861” en *Hacia otra historia del arte en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008.

¹² Juliana Bittencourt y Patricia E. Carrillo Medrano, “A través del lente del explorador: una aproximación al álbum fotográfico *Ciudades y ruinas americanas*, de Désiré Charnay”, en *Boletín de monumentos históricos*, tercera época, núm. 31, mayo-agosto 2014.

¹³ *Le Yucatán est ailleurs. Expéditions photographiques (1857-1886) de Désiré Charnay*, Paris, Musée du Quai Branly-Actes Sud, 2007. Dicha exposición trató de rescatar el trabajo fotográfico de Charnay y de su empresa mexicana, aprovechando el material que se conserva en dicho museo y que comprende la más grande colección de los negativos del viajero francés.

¹⁴ Juliana Bittencourt, “Proyecto de conservación del álbum *Ciudades y ruinas americanas*: Mitla, Palenque, Izamal, Chichen Itzá, Uxmal de Désiré Charnay, procedente de la mapoteca “Manuel Orozco y Berra”: dictamen de conservación”, México Escuela Nacional de Conservación, restauración y Museografía, 2011.

¹⁵ “Dos visitas a México...un solo país. La mirada en dos libros de Charnay” en *Los Pueblos Indios y el parteaguas de la Independencia de México*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1999.

de viajes (aunque el autor no registra la importancia de las fotografías) y un segundo momento, en su expedición de 1880 como un personaje más científico, lo que se reconoce en los contenidos de su publicación a partir de dicho periplo: *Les Anciennes Villes du Nouveau Monde*, que puede ser considerado un texto más teórico y menos anecdótico que *Ciudades y ruinas americanas*.

En el artículo de Pascale Villegas, la autora hace un recorrido sobre la vida y viajes de Charnay, retomando lo dicho por sus principales biógrafos y recuperando su reconocimiento en sociedades científicas, haciendo hincapié en que aun cuando sea considerado como poco científico su intención fue la de incrementar los museos franceses, por lo que su afán de generar conocimiento sobre México y las civilizaciones precolombinas lo hace ser considerado como un “americanista”.¹⁶

Mención aparte requieren los trabajos de sus principales biógrafos. Por un lado, se encuentra la obra clásica de Keith Davis *Desiré Charnay, Expeditionary Photographer*¹⁷, quien fue el primero en realizar una investigación sistemática acerca de la obra de Charnay, que incluye no solo su estancia en América sino también su trabajo en Asia y África, el cual es sumamente vasto, y que permite tener una visión global de toda la labor del autor. En ese sentido, por ejemplo, podemos ver que no sólo tuvo un interés arqueológico (el que desarrolló más ampliamente en México) sino antropológico y cuyas fotografías dejan ver también una parte artística, la cual es descrita ampliamente por Davis. Hay que señalar que

¹⁶ Pascale Villegas, “Fotógrafo, viajero, escritor, arqueólogo y espía francés en tierras mayas: Désiré Charnay”, en *Del mar y la tierra firme. Miradas viajeras sobre los horizontes peninsulares*, Mario Humberto Ruz y Eréndira Peniche García (Coords.), Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Campeche, 2011, pp. 155-166.

¹⁷ Keith F. Davis, *Desiré Charnay, Expeditionary Photographer*, Albuquerque, University of New Mexico, 1981.

muchos de los datos biográficos y de lo que se sabe acerca de sus negativos, notas y publicaciones que se incluyen en la obra de Davis no han sido superados.

Los textos introductorios de las ediciones acerca de lo que hoy conocemos como *Ciudades y ruinas americanas*, cuyo texto de viaje es *Le Mexique*, en sus ediciones de 1987 y 2001, así como los artículos publicados por el arqueólogo francés Pascal Mongne,¹⁸ constituyen los estudios más recientes sobre Charnay. Dicho autor ha realizado trabajo de investigación en torno a la vida del viajero francés, a quien define como “explorador, arqueólogo, fotógrafo y escritor”,¹⁹ y ha completado los datos emitidos por Davis, sobre todo a través de documentos alojados en la Bibliothèque Nationale de Francia y el Musée du quai Branly, como es el caso de manuscritos y objetos de sus viajes que se encuentran en dichas colecciones, los cuales fueron de gran valía para la presente investigación.

La imagen que Mongne ha construido del viajero francés corresponde a la de un personaje límite entre los *savants* decimonónicos y los científicos de finales del siglo, cuya labor extraordinaria fue la de dar a conocer a los grandes sabios franceses el pasado prehispánico mexicano. Asimismo, enaltece su valentía, cual personaje propio del romanticismo que tuvo que padecer en tierras inhóspitas, cargar con cientos de kilos de equipaje y vivir las penurias y los peligros de un país en “pronunciamientos” constantes. En fin, Mongne ofrece el perfil de Charnay como el de un hombre de acciones heroicas en nombre de la ciencia.

¹⁸ Désiré Charnay, *Voyage au Mexique, 1858-1861*, Paris, Ginkgo Éditeur, 2001; Désiré Charnay, *Le Mexique, 1858-1861, Souvenirs et impressions de voyage*, La Chapelle Montligeon, Editions du Griot, 1987; “Désiré Charnay y la imagen fotográfica de México” en *Los americanistas del siglo XIX: la construcción de una comunidad científica internacional*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt, Vervuert, 2005 y “Désiré Charnay. De la photographie a la archéologie”. Podríamos incluir también en este rubro el artículo de François Brunet “L’entreprise américaine de Désiré Charnay”, ambos artículos incluidos en *Le Yucatán est ailleurs...*

¹⁹ Pascal Mongne, “Désiré Charnay : Explorateur, archéologue, photographe et écrivain” en Charnay, *Voyage...*, p. 11.

En el año 2007 se llevó a cabo en Francia un reconocimiento de la obra fotográfica de Charnay en una exposición de sus trabajos sobre México “*Le Yucatán est ailleurs*”. *Désiré Charnay. Expéditions Photographiques (1857-1886)*”. La importancia que aún despierta en los círculos americanistas franceses y en los intelectuales mexicanos es evidente, pues las opiniones se centran en lo provechoso que fue para México que existieran exposiciones de tal envergadura, ya es una manera de mostrar nuestras grandezas. Al respecto han escrito personajes como Carlos Tello, quien dentro de sus intereses por hablar sobre los viajeros y las exploraciones en la zona maya se ha referido al trabajo de Charnay como de gran valía para el conocimiento de la región que ha llegado hasta nuestros días. Cabe mencionar que en estos textos se refiere a los viajeros y exploradores como grandes hombres que, gracias a su tenacidad, dieron a conocer los sitios arqueológicos.²⁰

Como ya se mencionó, *Cités et Ruines Americaines* fue una obra publicada en París entre 1862 y 1863 como un álbum fotográfico y texto. En 1864 se realizó una edición en formato pequeño, titulada *Le Mexique et ses monuments anciens*, que sólo incluía un texto introductorio y una selección de fotografías, publicado en París por E. Bondonneau. En México, se publicó en 1866 bajo el nombre de *Ciudades y ruinas americanas*, edición de sólo texto, que incluía únicamente *Antiquités Americaines*, es decir, el texto escrito por Viollet Le Duc. Las fotografías, reproducidas por J. Michaud quien aparecía como el autor de éstas, fueron publicadas en 1866 por el mismo Michaud como álbum, en un formato más pequeño con el mismo nombre de *Ciudades y ruinas americanas*.

²⁰ Carlos Tello Díaz, “Las fotos de Charnay en el museo quai Branly” en *Nexos*, No. 355, Julio de 2007; o la nota del diario *Milenio* del 13 de febrero de 2007 en la sección de cultura. Ante este tipo de comentarios vale la pena considerar una pregunta que, en torno a Charnay, lanza Homero Aridjis sobre el tema: “pero ¿cuánto de lo que vemos ahora en un sitio como Palenque o Ek Balam es obra de la imaginación ilustrada?” en Homero Aridjis, “Charnay y los paraísos perdidos” en *Reforma*, 20 de mayo 2007. Carlos Tello, “Yaxchilan” en *Nexos*, marzo de 2014

Ya en el siglo XX, en 1987 se editó en Francia *Le Mexique (1858-1861) souvenirs et impressions de voyage*, versión de sólo texto publicado con apuntes de Pascal Mongne. En México, en 1993, se publicó *Ciudades de Luz* que incluye el prefacio escrito por Charnay y que contenía imágenes correspondientes sólo a la zona maya, así como una traducción del texto de Viollet Le Duc. *Le Mexique* ha sido traducido al castellano en ediciones recientes que han adquirido el nombre de *Ciudades y ruinas americanas*, aun cuando no incluyen el texto de Viollet Le Duc ni las fotografías, como es el caso de la edición del Conaculta de 1993 con prólogo de Lorenzo Ochoa y la edición del Banco de México, con estudio introductorio y traducción de Víctor Jiménez, que incluye, como tomo aparte, el álbum fotográfico con reproducciones de las fotografías que se encuentra en el acervo de la Mapoteca Manuel Orozco y Berra.

Habría que apuntar que *Cités et Ruines Americaines* no fue la única publicación de Charnay sobre tema mexicano, pues le siguieron *Les Anciennes Villes du Nouveau Monde*, el texto aparecido como *Mis descubrimientos en México y en la América Central y Viaje a Yucatán*; y las ediciones que hizo a las *Cartas de Hernán Cortés a Carlos V* y al *Códice Ramírez*, así como sus novelas de corte histórico *Une Princesse Indienne* y *À travers des forêts vierges*, este último texto con una estructura similar a un libro de viajes, desde Flores, Guatemala, a la ciudad de México, sólo que novelado y con la inclusión de numerosos datos históricos.

En cuanto a las fuentes, para llevar a cabo la presente investigación se consultaron varios repositorios documentales tanto físicos como electrónicos. Respecto a las ediciones de la obra *Ciudades y ruinas americanas* se consultaron de manera física los álbumes fotográficos de la Biblioteca Nacional de México, la Biblioteca de México José

Vasconcelos, la Mapoteca Manuel Orozco y Berra del Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera y el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. En cuanto a la obra escrita, se revisaron la versión con los textos de Viollet Le Duc y Charnay de *Cités et Ruines Americaines*, editada por Gidé en 1863, y una edición de 1863 de *Le Mexique (1858-1861) Souvenirs et impressions de voyage* que se encuentran en la Biblioteca Nacional de México, así como las ediciones contemporáneas tanto mexicanas como francesas de ambos textos.

En cuanto a los documentos digitalizados, se revisaron tanto textos como álbumes fotográficos que se encuentran en los siguientes repositorios digitales: Digital Collection de la Public Library of New York, Gallica de la Bibliothèque Nationale de France, la colección digital del Getty Research Institute, la colección del Musée du quai Branly, la Princeton University Digital Library, la Colección Jay I. Kislak de la Library of Congress, la Fototeca Nacional de México, la colección digital del Smithsonian Institute y la Beinecke Digital Collection, de la biblioteca de la Universidad de Yale.

Asimismo, se consultó el Archivo General de la Nación que resguarda algunos documentos de referencia para seguir la pista de las actividades realizadas por Charnay. También se revisaron los registros del repositorio digital de los Archives Nationales de Francia. Los materiales hemerográficos fueron consultados en la Hemeroteca Nacional de México, a través de la Hemeroteca Nacional Digital de México, las plataformas digitales Hathi Trust Digital Library, así como los repositorios digitales Persée y Gallica de la Bibliothèque Nationale de Francia.

Por otra parte, fue necesario retomar algunas lecturas teóricas en relación con los viajeros y con la fotografía, por lo que se hace un reconocimiento, para el primer caso, a los

clásicos estudios de Juan A. Ortega y Medina y a Juan Pimentel, quien en su texto *Testigos del Mundo*²¹ hace una reflexión acerca del papel de los viajeros en la generación del conocimiento del mundo moderno. En cuanto a la fotografía, se retomó como principal punto de partida el texto de Philippe Dubois en torno al acto fotográfico y su sentido como representación.²²

Finalmente, respecto al contenido, el capítulo 1 se desarrolla a manera de introducción de los referentes que se deben considerar antes de adentrarse al análisis de la obra concreta de Désiré Charnay. Se comenzó por decir lo que se entenderá por literatura de viaje en general en el ámbito decimonónico para después adentrarnos en el caso específico de la producción viajera en nuestro país. Lo anterior, para situar la obra escrita de nuestro personaje en este tipo de literatura e identificar cómo se comenzó a construir la imagen de viajero que tiene hasta nuestros días. Asimismo, se dará un contexto de los viajes emprendidos hacia México en la segunda mitad del siglo XIX.

Dado que uno de los objetivos de esta investigación es mirar a Charnay como ejemplo de la construcción de la figura de explorador y el tipo de conocimiento que estos personajes generaban, comenzaremos por establecer muy brevemente dicho concepto y considerar que el conocimiento es una construcción histórica y, por lo tanto, cambiante y dependiente de varias circunstancias económicas, culturales o sociales. Ello, para entender cómo se fue construyendo la imagen de los exploradores como gente de ciencia, que finalmente constituyeron la base para la formación de disciplinas sociales que respondían a circunstancias del siglo XIX.

²¹ Juan Pimentel, *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

²² Phillippe Dubois, *El acto fotográfico: de la representación a la recepción*, Barcelona, Paidós, 1986.

Asimismo, abordaremos tangencialmente cómo el estudio de lo que en el siglo XIX se conocía como antigüedades se inscribía en un contexto de recuperación del pasado y justificación del presente, por lo que, en ese sentido, también se reflexiona sobre su impacto en México, por lo que haremos un breve recorrido por los estudios que ya se llevaban a cabo en México en torno a los vestigios precolombinos, con la intención de situar a nuestro personaje.

En el capítulo 2 se analizará a nuestro autor desde la perspectiva del viajero, por lo que iniciaremos por un breve recorrido de la vida de Désiré Charnay a manera de pequeña biografía que nos permitirá situar el contexto en el que se produjo la obra *Ciudades y Ruinas Americanas*. La idea de presentarlo en esta faceta de viajero pretende ir sentando bases para el estudio de la literatura viajera desde una perspectiva más integral, que nos permita dar cuenta de sus alcances como fuente histórica; que nos proporcione datos sobre momentos históricos concretos, pero también para entenderla como una producción cultural específica de ciertas circunstancias. Así, veremos las implicaciones de construir la imagen de un viajero en la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo si este personaje contaba no ya con una descripción de los paisajes y costumbres del país visitado, sino con otros instrumentos no sólo narrativos sino “intelectuales” como en el caso de nuestro personaje.

En este sentido, es importante hacer hincapié en la manera en la que se van hilando sus facetas pues, como podremos ver, en el siglo XIX no solamente se podía ser viajero que narraba los tópicos más comunes en este tipo de textos, de lo cual ya se había consolidado una industria de viajeros, ilustradores y editores, sino que simultáneamente podía realizarse una labor oscilante entre lo “científico” y lo “literario”, con todas las implicaciones que ello tiene, en un contexto de exaltación de un tipo de conocimiento o un parámetro específico de

civilización. No se trata en esta tesis de elaborar una biografía del autor, sino una caracterización, a través de él, que nos permita un estudio más profundo de un contexto particular, aunque para ello debemos hacer referencia a pasajes específicos de su vida.

Para entenderlo en su faceta de explorador, hay que considerar qué se había trabajado y qué se discutía en cuanto a los estudios de las antigüedades desde principios del siglo XIX, tomando como referencia los estudios de Humboldt y los discursos que se tenían del pasado mexicano. Esto servirá para reflexionar acerca de cómo se van construyendo los discursos de los conocimientos, que se superan con nuevos generados por la llegada de nuevos personajes, discursos, técnicas, posicionamientos científicos y la institucionalización de las disciplinas. Así, Charnay venía apoyado por un ministerio francés o un mecenas y posteriormente, en el periodo finisecular, fue desplazado por otros personajes que venían respaldados por instituciones académicas que se especializaban en estudios más cercanos a lo que hoy conocemos como disciplinas de las ciencias sociales.

Esto nos llevará a deliberar en torno a la construcción de un tipo de saber que respondía a ciertas dinámicas de la situación europea en la segunda mitad del siglo XIX, en donde se buscaba solventar con argumentos científicos un discurso colonialista. Así, podemos ver que las posturas empiristas en las que se basaba la adquisición del conocimiento científico se sustentaban en la construcción de datos verídicos que proporcionaban mecanismos tales como la fotografía.

Para el caso de Charnay lo anterior cobra relevancia, ya que puede observarse a lo largo de toda su obra sobre México que fue un personaje cuyo uso de las fotografías lo introdujo a círculos académicos y eruditos en un momento en el que no existía la arqueología como una disciplina científica sino la práctica anticuaria como una forma de

recuperación del pasado, el cual no sólo serviría para fines educativos o de exaltación patriótica en la conformación del discurso histórico de las naciones, sino también para fines políticos y económicos.

Finalmente, en el capítulo 3 se aborda al Charnay fotógrafo. Regularmente esta faceta se ha estudiado desde la historia del arte y, a últimas fechas, ha sido considerada su importancia en la reconstrucción de la historia de la arqueología; sin embargo, se suele mirar de una manera aislada, por lo que este último capítulo se liga a los anteriores bajo la premisa de que su labor como fotógrafo estaba inscrita, de manera integral, a la de viajero y explorador para llevar a cabo una tarea más grande en la generación de conocimiento para su Francia natal.

Se verá la importancia de la imagen en los textos de viaje decimonónicos para entender cómo se inscribe la obra visual de Charnay en este contexto. Asimismo, seguiremos las pistas que nos permitan inferir la manera en que se fue construyendo la labor fotográfica del autor, cómo se difundió y con ello deducir algunas de las prácticas que se desarrollaron en torno a estos objetos en México. Finalmente, se presenta una discusión que parecería tangencial en los estudios históricos, pero que cobra relevancia al pensar en el desarrollo de la fotografía y su práctica durante el siglo XIX, la cual no puede explicarse sino en un contexto de conocimiento, ciencia y progreso material, dado el halo de objetividad que le brinda el ser un proceso mecánico que a primera vista está desprovisto de la subjetividad de su creador. Esta condición revolucionaría el sentido del ver, su importancia y su uso en un ámbito científico frente a otras técnicas de reproducción de lo visto.

Esta investigación se replantea la idea del explorador como hacedor de un conocimiento cuya conformación es histórica y cómo puede determinarse el papel de la fotografía en el siglo XIX, para llevarnos a nuevos derroteros en las pesquisas sobre el México de esa centuria. Desde el análisis particular de un viajero, explorador y fotógrafo se arroja luz sobre hasta dónde influyó el surgimiento del estudio sistemático del mundo en la conceptualización de los viajeros en general.

De viajeros y exploradores en el siglo XIX

En este primer capítulo trataremos acerca de los viajeros y los exploradores en el siglo XIX para contextualizar cómo es que el estudio de los vestigios del pasado está vinculado a los viajes, no sólo de reconocimiento del mundo, sino con otras finalidades, en particular, cómo fue que se desarrolló el interés de los viajeros decimonónicos por las culturas prehispánicas de nuestro país.

Se busca establecer algunas referencias que nos permitan enmarcar el análisis de la obra inicial de Désiré Charnay, conocida como *Ciudades y ruinas americanas*, que incluye el texto *Le Mexique(1858-1861) Souvenirs et impressions de voyage*¹, el cual narra su viaje por nuestro país, que marcaría su inicio en la elaboración de una serie de relatos no sólo de México, sino de otras latitudes, razón por la que es considerado como un viajero e incorporado dentro de la literatura de viajes decimonónica.

Por otro lado, *Ciudades y ruinas americanas*, como su nombre lo indica, también incluía una serie de fotografías acerca de las “ruinas” mexicanas, que eran comentadas en el texto. Su interés por el estudio del pasado prehispánico hizo que, al momento de su regreso a Francia, Charnay comenzara su especialización en lo que se conocía como antigüedades mexicanas, en la fotografía, y en general en la exploración de otros territorios, por lo que a la par de viajero es considerado explorador, por lo que es necesario estudiarlo desde ambas perspectivas.

En este capítulo referiremos a los viajeros en general y los que vinieron a México en particular y sus características en el siglo XIX, así como a la importancia de la literatura de

¹ Su llegada a México fue a finales de 1857, sin embargo, su actividad exploradora y fotográfica inició en 1858, razón por la cual su obra *Le Mexique* hace referencia a sus “souvenirs et impressions du voyage” a partir de ese año.

viaje no solo para el conocimiento de otras latitudes, sino para el deleite de sus lectores. A la par, mencionaremos la importancia del estudio de las antigüedades, cuya práctica anticuaria estaba estrechamente ligada con el viaje, lo que permite el estudio de aquellos personajes interesados en el pasado prehispánico mexicano, muchos de los cuales tenían actividad allende las fronteras.

1.1 Viajes y literatura de viaje

El 2 de febrero de 1861, Désiré Charnay pisaba suelo europeo tras, según sus propias palabras, cuatro años de ausencia en los que dejó su vida en París para adentrarse en un viaje hacia el continente americano, primera parada en su intención de recorrer el mundo con su cámara a la manera de un *tour* fotográfico. Su recorrido en esta primera jornada a México, que además sería su primer itinerario fotográfico, fue el inicio de una serie de travesías por varias regiones del mundo, descritas en su mayoría a través de textos publicados, por lo que, a la fecha, Charnay es considerado en primera instancia como un viajero.

Es por ello que podemos encontrarle en recopilaciones que abordan el tema durante el siglo XIX, pues sus recorridos y los relatos derivados de ellos fueron importantes en su momento y pueden darnos una muestra del significado de lo que se conoce a grandes rasgos como “literatura de viajes”, y del proceso para su elaboración, limitadas a un tiempo y características específicas, con travesías en el siglo XIX a cualquier parte del mundo, lejano o cercano, extraño o medianamente conocido.

La literatura de viaje, por lo menos en el siglo XIX, tenía como una de sus funciones el ser un medio de conocimiento, o por lo menos de acercamiento, a lo que no se conocía, máxime si los lugares descritos en la narración eran lejanos o distantes

culturalmente. Por ello, en un sentido clásico, por lo general en un viaje se presta atención a lo “exótico”, es decir, a lo que se sale de los paradigmas de la cotidianidad, a lo admirable y digno de ser consignado.

Así pues, el viajero narra su travesía con observaciones sobre temas recurrentes tales como el clima, rutas, caminos, costumbres de sus habitantes, historia relevante del lugar en cuestión, o anécdotas que pudieran ser interesantes y motivaran la atención del lector y, en algunos casos, algún otro tema similar, dependiendo de la razón o motivos del desplazamiento. Todo ello a través del filtro de la extranjería y de las inquietudes particulares.² Que seamos conscientes de esta condición nos permitirá ser críticos ante lo descrito.

Esta necesidad de “dar cuenta” se apoyaba, en algunos casos, en la intención de hacer públicas, por medio de este tipo de relatos, observaciones que evidenciaran la superioridad racial o cultural de una sociedad determinada. Lo anterior estaba ligado a las ideas que desde el siglo XVIII se desarrollaban acerca de los orígenes de la humanidad y su devenir, lo que en algunas ocasiones implicaba “arrastrar” y actualizar las teorías que se desarrollaron desde los primeros encuentros de ultramar, para justificar el sojuzgamiento de los indígenas americanos o de los habitantes de cualquier otra parte del mundo no europeo.³

En el siglo XIX quizá el discurso no resultaba tan evidente; sin embargo, la

² Noé Ángeles Escobar, *et. al.* “Las bibliotecas, imprentas y librerías en las guías de forasteros y obras relacionadas de la ciudad de México”, en *Investigación bibliotecológica*, México, Vol. 23, Núm. 47, ene-abr 2009, p. 97.

³ Al respecto corrió mucha tinta desde el siglo XVI y las discusiones perduraron aun hasta el siglo XIX con el surgimiento de varias disciplinas, como la antropología o la etnología. Sin embargo, fue en el siglo XVIII cuando el debate tuvo gran relevancia debido a que se plantearon teorías que, con carácter científico, hacían hincapié en la inferioridad de los habitantes ultramarinos, como es el caso de las de Buffon o con explicaciones mezcladas entre lo bíblico y lo científico acerca de los orígenes de los tipos raciales y la determinación de ser unos sojuzgados por los otros. *Cfr.* Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica, 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982; Urs Bitterli, *Los salvajes y los Civilizados*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

descalificación era recurrente. Así lo podemos ver en algunos pasajes de los textos realizados por Charnay, sobre todo en lo referente a las capacidades intelectuales de la población mexicana. Es necesario apuntalarlo, ya que será algo repetido sobre todo en el contexto de los viajeros exploradores, ya que al final del día ellos estaban generando una imagen de los territorios que “daban a conocer”. En este sentido, como menciona Urs Bitterli, “La razón fue declarada instancia determinante y obligatoria para todos en el acto de enjuiciar otros pueblos y culturas [...] el grado de capacitación intelectual y la mayoría de edad de otras culturas eran cosas que por fuerza las decidía el hecho de hasta qué punto dichas culturas se aproximan intelectual e incluso físicamente al observador”.⁴

En este contexto es importante mencionar la obra de Mary Louise Pratt, quien hace un análisis de la producción viajera desde una crítica en términos del discurso imperialista. Sobre todo, es importante considerar que el viaje implicaba no sólo una manifestación del que viajaba, sino también del receptor. Es decir, varios de estos discursos imperialistas no sólo eran lanzados por el viajero, sino asumidos por la población receptora.⁵ Esto es importante pues quizá muchos de los argumentos vertidos acerca de la realidad de los lugares no europeos se asumieron como exactos e, incluso en nuestros días, se siguen considerando vigentes.

⁴ Bitterli, *Op Cit*, p. 389.

⁵ Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel writing and transculturation*, London, New York, Routledge, 1992. Sería otro tema, no menos interesante, la recepción que tuvieron en México algunas obras acerca de él mismo que fueron polémicas por su contenido. Tal fue el caso de *La Vida en México*, de Fanny Calderón de la Barca, cuya crítica iba en torno al supuesto desconocimiento del país, aunque ello no impedía que se asumiera la inferioridad de algunos grupos sociales y en algunos casos la superioridad sobre todo europea. En este sentido también habría que considerar el estudio de viajeros no europeos, latinoamericanos, cuya realidad “espejeada” en México no era tan diametralmente distinta en el momento de describirla. Un ejemplo de ello es Federico C. Aguilar, quien llegó de Colombia a México en 1883 y cuyo texto *Último año de residencia en México* deja ver “una mezcla de admiración y recelo, que evidencia la rivalidad de los países antaño territorios ultramarinos de España por participar en el gran concierto de la modernidad y el progreso decimonónico”. Julieta I. Martínez, “Miradas contrastantes: la ciudad de México vista por viajeros extranjeros” en *Instantáneas de la ciudad de México: un álbum de 1883-1884*, Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (Coords.), México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa, 2013, Tomo I, p. 108.

En todo caso, los libros de viaje del siglo XIX satisfacían una necesidad de información o conocimiento de acerca de los lugares visitados y en este sentido proporcionaban datos prácticos, con diferentes grados de rigurosidad. No se trata pues de una crónica, en el sentido de una narración ordenada de los acontecimientos ocurridos, sino de la descripción de un recorrido, con elementos que daban fe de lo que se decía, por lo que algunos autores recurrían a las citas de algún estudioso del lugar visitado, así como a dibujos, grabados, estadísticas, notas periodísticas o fotografías, entre otros elementos.⁶

Como en el siglo XVIII, los autores decimonónicos tuvieron la posibilidad de comunicarse con nuevos territorios y despertar entre los lectores el deseo de saber e informarse. Las circunstancias dadas por la Ilustración y su interés exacerbado por el conocimiento del mundo en su totalidad hicieron que, desde la segunda mitad del siglo XVIII, las grandes travesías fueran motivo de ediciones que recopilaban las obras más reconocidas por distintas partes del mundo, empezando con las efectuadas por los antiguos para finalizar con las que se estaban realizando en ese momento.⁷ Este tipo de colecciones circularon ampliamente y los viajes recientes eran reeditados y compilados aun a finales del siglo XIX.⁸

⁶ Mariela Sansoni, Ileana, “Encuentro en Venezuela, o casi. Literatura de viajes y viajeros argentinos por América, siglo XIX” en *Signos históricos*, II.3 (junio, 2000), p. 133.

⁷ Formaba parte del proyecto ambicioso de la Ilustración, pues el conocimiento total incluía el plano de lo social y lo natural, de lo geográfico y lo moral. Un ejemplo de esta intención de totalidad fue sin duda, la enciclopedia.

⁸ Cabe señalar la importancia de tales publicaciones en el contexto en el que se buscaba hacer una “suma del saber” para un mejor reconocimiento de los territorios poseídos o bien, como forma de generar conocimiento, a partir de las descripciones hechas por viajeros, con información que de otra manera no podía ser obtenida ante la lejanía de los territorios, al ser los ellos una suerte de “corresponsales” que enriquecían la labor de los estudiosos, como menciona Bitterli: “al lado del naturalista viajero hizo su aparición el sabio que realizaba investigaciones privadas, en contacto con todo el mundo gracias a la correspondencia científica, y que registraba, comparaba y evaluaba celosamente los informes que le llegaban. [...] el estudioso particular era la contrafigura necesaria del investigador viajero.” Bitterli, *op. cit.*, p. 262. Habría que adelantar que, con el establecimiento de las sociedades de conocimiento la división entre ambos personajes se fue perdiendo, en el momento en que los viajeros se incorporaron a instituciones que originalmente habían pertenecido a los “estudiosos de gabinete”.

Con el auge de este género en el siglo XIX se dio otra modalidad de transmisión de la experiencia; es decir, un tipo diferente de escritura literaria que resultaba bastante rentable gracias al “incremento generalizado de la lectura entre capas sociales más extensas” y a que los viajeros no eran ya necesariamente especialistas, sino una “diversidad de autores involucrados en dicha construcción literaria.”⁹ Como menciona Juan Pimentel, “naturalistas, matemáticos y astrónomos, pero también a negociantes, periodistas, editores de literatura juvenil, religiosos, lores y novelistas enmarcados todos en una narrativa que era un negocio y un objeto de comercio y consumo, un producto impulsado por academias científicas, editoriales y compañías de comercio, pero también por modas y gustos muy extendidos.”¹⁰

A principio del siglo XIX, las rutas de ultramar en Asia, Oceanía, África o América cumplían con la tarea de satisfacer el interés de algunos países de mayor desarrollo, sobre todo económico, como Inglaterra, Francia y Alemania, por conocer y catalogar el mundo: “la misma geografía se había vuelto un instrumento de las potencias colonialistas, y orientaría de manera peculiar varias e importantes relaciones de viajes. Ya desde el principio del siglo XIX, había comenzado en Europa un movimiento de tipo colonizador apoyado por los gobiernos, y por diversas sociedades, en su mayor parte geográficas y comerciales.”¹¹

Así, los viajes se volvieron más frecuentes, sobre todo por el interés de adquirir dominio político o económico o ver en territorios extra europeos lugares de promisión y la posibilidad de mejorar el nivel de vida. A ello contribuyó el auge de la literatura viajera

⁹ Juan Pimentel, *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 245-246.

¹⁰ *Ibid.*, p. 247-248.

¹¹ Lily Litvak, *El ajedrez de estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Barcelona, Laia, 1987.p. 125.

como un género consolidado, ya sea para entretener o como forma de difusión del conocimiento, por lo que el arribo del siglo XIX significó un gran impulso ya que se dio cierta sistematización en los temas y las descripciones concordaban con las corrientes literarias o filosóficas en boga, que influían en el modo de entender y describir lo que no era propio.¹²

También habría que mencionar que el impulso para emprender viajes, no sólo a ultramar sino a lugares más cercanos, tuvo como consecuencia el desarrollo de la literatura de viaje y el nacimiento de subgéneros en torno al tema: guías de viajero, itinerarios, guías de postas, etc., cuyo contenido estaba especializado en dar soporte al trotamundos.¹³ Así, este subgénero de obras de carácter “instrumental” es notable en un contexto en el que visitar otras latitudes adquirió cierta relevancia, no solo editorial sino en términos prácticos de la actividad de algunas poblaciones locales y de ultramar. Un ejemplo de ello, podríamos verlo en la elaboración y contenidos de las *Guías de Viajeros*.

En nuestro país hay una gran variedad de ellas. Las más reconocidas, por citar algunos ejemplos, son las de Juan Nepomuceno Almonte, Mariano Galván Rivera, Juan N. del Valle o la de Marcos Arroniz quien, ya en vísperas de la segunda mitad del siglo XIX, reconocía la importancia de los viajeros en nuestro país, y más aún, la importancia e influencia que sus narraciones tenían en la construcción de la imagen que se tenía de México en los países europeos. Dice el autor:

Solamente quisimos presentar a la vista del viajero todo lo que
pudiese interesarle, y estuviera en relación con lo útil y

¹² *Ibid.*, p. 11.

¹³ Horacio Capel, “Geografía y Arte Apodémica en el siglo de los viajes” en *Geocrítica*, Año IX, Núm.56 Barcelona, Universidad de Barcelona, 1985, Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/geo56.htm> Fecha de consulta: 3 de mayo de 2019.

pintoresco; refutando con ejemplos irrecusables a esos autores que se han ocupado ligeramente y con malevolencia de nuestra querida Patria, la que, sean cuales fueren sus errores y desgracias, merece un tributo de admiración y respeto del mundo civilizado. Si hubiésemos acertado en nuestro objeto, sirviendo de alguna utilidad al país que nos dio el ser y al viajero extranjero que lo visite, esta será nuestra mejor recompensa.¹⁴

Podemos rescatar que Arroniz consideraba de gran importancia mostrar la imagen de un país digno ante los ojos extranjeros, sobre todo frente a lo que creía que eran ataques o infundios por parte de algunos autores que, en su opinión, tergiversaban la situación de México. No omito señalar que dicha guía contiene un poco de historia precolombina, exaltando su grandeza; un directorio comentado de establecimientos religiosos, académicos y comerciales; usos y costumbres; descripción del estado de la literatura; descripción histórica de la ciudad de México y curiosidades de la república.

Otra derivación de la literatura de viaje era el formato mismo en que se daba a conocer. No sólo se trataba de libros que se editaban en los países de origen del viajero (y con múltiples ediciones en otros países e idiomas),¹⁵ sino otros formatos de divulgación de los viajes. Tal fue el caso de su publicación en formatos muy característicos de la época,

¹⁴ Marcos Arroniz, *Manual del viajero en México*, México, Instituto Mora, 1991. (Colección Facsímiles), p. 5. Apareció por primera vez en 1858. Publicaciones como esta fueron comunes en varios países y se conocen como guías de viajeros, guías de forasteros o guías de postas, cuya finalidad era brindar información al viajero acerca de servicios, costumbres e historia de los lugares. Para un estudio de la historia de las guías en México, ver Ángeles, *op. cit.*, y Beatriz Alondra Durán Oñate, “Guías y manuales de viajeros en el México decimonónico: tres visiones conservadoras del proyecto de nación” en *Oficio, historia de historia e interdisciplina*, núm. 5, julio-diciembre 2017.

¹⁵ Chantal Cramaussel, “Francia y el Norte de México (1821-1867)” en *México-Francia, memoria de una sensibilidad común siglo XIX-XX*, Javier Pérez Siller (coord.) México, Universidad Autónoma de Puebla. El Colegio de San Luis. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2004, Tomo II, p. 427.

como las “entregas” en periódicos o a manera de folletín,¹⁶ lo que permitía su acceso a un público cautivo, pero igualmente interesado en el tema.

Habría que considerar que la prensa ya publicaba narraciones de viaje desde el siglo XVIII debido a la tradición enciclopedista de dar cuenta de temas misceláneos de interés común, en este caso, los descubrimientos, puesto que no se entendía el viaje como un asunto “literario”, sino como un acercamiento al conocimiento.¹⁷ Sin embargo, estas narraciones aumentaron cuantiosamente en el siglo XIX cuando se comenzaron a editar publicaciones periódicas especializadas en el género. Cabe señalar que, aunque no se empleaban tecnicismos al respecto, sí se trataba de narraciones con temas específicos para un público más conocedor.¹⁸

Sin embargo, como comenta Venayre, será con la publicación de revistas como *Le Tour du Monde*, en 1861, cuando esto adquirió un verdadero auge. Sería el momento de consolidación de un género altamente consumido y en el que se reproducían grabados de artistas reconocidos, como lo fue Gustav Doré. Su intención era publicar viajes a diferentes partes del mundo y se tenía como *plus* el prestigio y la credibilidad del autor, así como la

¹⁶Sylvain Venayre, “La Prensa de viajes en Francia durante el siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Vol. IX, Núm. 1 y 2, 2004, p. 133. Habría que señalar que ello no sólo sucedía en Francia sino en otras latitudes.

¹⁷*Ibid.*, p. 129.

¹⁸ Chantal Cramaussel menciona que para el caso de Francia estaban las revistas científicas: *Bulletin de la Société de Géographie*, *Revue des Deux Mondes* y la *Revue Britannique*; como revistas de divulgación estaban *L'Illustration* y *Le Tour du Monde*, ambas publicaciones del mismo director: Edouard Charton. Cramaussel y Venayre coinciden en que la *Revue Britannique* sería el antecedente más claro de publicar estos relatos de viaje, dado que reproducía extractos de artículos aparecidos en Estados Unidos y sobre todo en Inglaterra, que tenía ya una gran tradición al respecto, debido a que en este lugar se había popularizado el “*Grand Tour*”, es decir, aquellos viajes por varios países que emprendían principalmente los jóvenes para adquirir conocimientos varios. Cramaussel, *op. cit.*, p. 430, Venayre, *op. cit.* p. 128.

proliferación de imágenes y notas al pie que sustentaban la lectura.¹⁹ En el prólogo de esta revista se lee:

Le Tour du Monde tiene como objetivo dar a conocer los viajes de nuestros tiempos, sean franceses o extranjeros, los más dignos de confianza, y que ofrecen el mayor interés a la imaginación, a la curiosidad o al estudio. Se admiten de preferencia las relaciones inéditas, pero también se admitirán aquellas que, ya publicadas, no pueden ser omitidas de un índice completo de las exploraciones contemporáneas de nuestro globo. *Le Tour du monde* no está, por cierto, destinada a alguna clase especial de lectores. Eso respondería mal a la intención de sus fundadores al no ser tan variada y tan universal como su objeto mismo que es el espectáculo verdadero y animado de la naturaleza y de la vida humana sobre toda la superficie de la tierra.²⁰

No olvidemos que, para el caso de Francia, el siglo XIX fue una época de expansionismo colonialista, por lo que muchos querían saber acerca de los territorios recién colonizados, o bien, de lugares lejanos, aunque ya reconocidos en el imaginario europeo, como era el caso de América. Ese conocimiento no sólo se basaba en una perspectiva romántica del exotismo y la vida salvaje, aunque claramente algunos relatos de viaje no

¹⁹ Covadonga Grijalba Castaños, “Viajar, contar, soñar...con Le Tour du Monde”, en *El texto como encrucijada: estudios franceses y francófonos*, Actas del XI Congreso de la APFFUE, Logroño, Universidad de La Rioja, 2003, vol. II, p. 77-78.

²⁰ Edouard Chartón, “Préface” en *Le Tour du Monde*, Vol. 1, 1861/01, p. V. T

podían huir de ello, sino también como un saber “no formal”, no académico, pero sí “verídico” del mundo.

No es de extrañar por ello que *Le Tour du Monde* diera tanto peso a las notas al pie o a las ilustraciones, cuyo valor extra era su particularidad de ser generadas a partir de fotografías.²¹ No es casual, pues, que Charnay fuera un autor que apareciese en dicha revista, puesto que era un hombre que, más allá de relatar su viaje, podía “ilustrarlo” con sus propias imágenes que capturaba durante sus jornadas en diversas partes del mundo.²²

En México también se publicaban secciones de periódicos y de revistas dedicadas a los viajes y lo narrado dependía de la vocación de la publicación en cuestión. Así pues, podemos ver ciertos temas, como viajes de misioneros o de jornadas hacia Tierra Santa en las publicaciones dirigidas a mujeres,²³ o incluso también se hacía mención de los viajes en algunas líneas en el periódico, haciendo alusión a narraciones sobre México para polemizar con el público lector acerca de su contenido y las opiniones que algún extranjero podía tener sobre México.

Por otro lado, la llegada de extranjeros al México decimonónico tuvo su origen, en parte, en los acontecimientos políticos y económicos que dieron paso a las futuras sociedades liberales y capitalistas. Se explican así los viajes al resto de la América española, y también a los países africanos, asiáticos y las islas Polinesias, con la intención

²¹ *Ibid.*, p. VII. En el capítulo 3 de la presente investigación se desarrollará más ampliamente este punto.

²² Algunas de sus narraciones aparecidas en esta revista fueron ilustradas con grabados a partir de sus propias fotografías, sin embargo, sus imágenes también ilustraron artículos de otros autores, como es el caso “Voyage au Mexique” de Ernest Vigneaux en donde se reproducen sus fotografías del “árbol de la noche triste” y de algunas de los llamados “tipos populares”. Cfr. E. Vigneaux, « Voyage au Mexique » en *Le Tour du Monde*, 1862 (01) Vol.5.

²³ Nathalie Ludec, “La lectura del viaje en unas revistas femeninas del siglo XIX mexicano”, en Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Nuevos caminos del hispanismo... París, del 9 al 13 de julio de 2007 / coord. Pierre Civil, Françoise Crémoux, Vol. 2, 2010, disponible en <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00336826>, consultado el 23 de marzo de 2016.

no solo de retomar la imagen desgastada del “buen salvaje”, sino de volver realidad las metas de expansión de los países de origen y confirmarse como maduros y civilizados.

América, en toda la extensión del término, fue motivo de la visita de un variado número de extranjeros que llegaban a las tierras de ultramar a diferentes latitudes y por diversos motivos durante el siglo XIX. Para el caso latinoamericano, la reciente independencia de los territorios coloniales españoles atrajo a los visitantes que no solo se interesaron en la efervescencia política, sino en otros ámbitos como la colonización o la explotación de los recursos naturales.

Para anotar los antecedentes, no debemos pasar por alto las expediciones realizadas por la Corona española en los albores del siglo XIX. Tal fue el caso de las misiones científicas auspiciadas por los mismos órganos del gobierno metropolitano, como las emprendidas por Carlos III de España, quien, desde su juventud como rey de Nápoles, había llevado a cabo excavaciones en Pompeya y Herculano, hazaña que posteriormente buscó repetir en el sureste del territorio novohispano.²⁴

La literatura de viaje que incluye simultáneamente al explorador viajero y arqueólogo para el caso de la América española se remonta al siglo XVIII, con personajes tales como Lorenzo Boturini, Benito María Moxó, Francisco de Ajofrín, Antonio del Río y ya en la transición y primeros años del siglo XIX Guillermo Dupaix o Juan Galindo (o John Gallager). Los viajes decimonónicos tendrían su característica en que comenzaron a tratarse como un género específico en un sentido literario, informativo, científico, educativo y recreativo como un tema de actualidad entre ciertos círculos de la sociedad.

²⁴ Elena Isabel Estrada de Gerlero, “Carlos III y los estudios anticuarios en Nueva España” en *1492-1992 V Centenario arte e historia*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. Uno de los antecedentes novohispanos más evidente es el de la Real Expedición Anticuaria en Nueva España llevada a cabo entre 1805 y 1809, en la cual profundizaremos más adelante.

Un tema aparte deberían ser las implicaciones de la obra de Alexander von Humboldt en el ámbito social y político, esencialmente europeo. Ciertamente, la obra de Humboldt fue bastante leída, lo asumimos por el número de ediciones y las referencias que de dicha obra hicieron numerosos viandantes,²⁵ por lo que se ha pensado que generó una especie de “mito” acerca de las riquezas de la Nueva España al hacer hincapié en el potencial de recursos naturales y sus posibilidades de explotación con la tecnología adecuada.

Ciertamente, la lectura de textos como el de este personaje alemán, aunado a las posibilidades, mitificadas o no, que significaba la posible explotación de los recursos de uno de los territorios más importantes y nada despreciables de la América hispana, daban tela de dónde cortar a múltiples actores que dejaron sus escritos viajeros para la posteridad y beneplácito de sus lectores contemporáneos: diplomáticos, potenciales migrantes, artistas, científicos, etc.

Chantal Cramaussel menciona que el interés sobre territorios no europeos estuvo estrechamente ligado a los posibles beneficios económicos en el contexto del expansionismo colonial, no sólo por la explotación de recursos sino como un destino para fines de emigración. Así, estos territorios, como México, estuvieron en el radar de los viajeros en momentos muy específicos, ya que había un interés más preponderante por territorios en Asia, África u Oceanía.²⁶ Lo anterior tiene sentido si consideramos que los

²⁵ Incluso fuera del ámbito viajero y ya bien entrado el siglo, como las referencias que hacen los corresponsales y miembros de la Comisión Científica de México. Ver *Archives de la Commission Scientifique du Mexique publiées sous les auspices du Ministère de L'Instruction Publique*, Paris, Imprimerie Impériale, 1865, Tomo I, *passim*.

²⁶ Chantal Cramaussel, “La literatura de viajes del siglo XIX en México” en *Historias Paralelas. Actas del primer encuentro de historia México-Perú*. Margarita Guerra Martinière y Dense Rouillon Almeida (ed.), Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-El Colegio de Michoacán, 2005, p. 391-392. Sobre el tema de la emigración, se puede consultar el artículo de Frank Caestecker “El emigrante” en Ute Frevert *et al.*, *El hombre del siglo XIX*, Madrid, Alianza, 2001, donde se hace un estudio demográfico que da idea de las

álbumes ilustrados, los relatos románticos de lugares exóticos o las novelas de aventuras tenían como escenario otros escenarios, generalmente no latinoamericanos, que eran parte de los avances colonialistas europeos que se intensificaron a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Siguiendo a la misma autora, podríamos considerar que, para finales de la primera mitad del siglo XIX, época de mayor auge de la literatura de viaje en torno a México, ya existía en Europa un público cautivo interesado en el conocimiento de los territorios ultramarinos, por lo que no fue difícil que el género se insertara en el mercado literario, principalmente francés, y que pudiéramos extender a otros países como el Reino Unido o Alemania. Sin embargo, no habría que ignorar la importante producción viajera, referente a México, elaborada desde otras latitudes como Estados Unidos, la cual se producía en un contexto diferente.²⁷

No sólo Humboldt sino viajeros posteriores contribuyeron a una construcción de la imagen de México realizada no sólo por los libros de viaje o estudios eruditos que se publicaban en Europa y Estados Unidos, sino también por otro tipo de lecturas. Cramaussel menciona que, generalmente, la imagen que se generaba de nuestro país se basaba, por ser más accesibles, en las narraciones aparecidas en los periódicos o en las novelas de aventuras, las cuales “no fueron todas escritas por personas que habían conocido México, pero contribuían a formar un imaginario poblado de personajes que pasaban a considerarse

grandes olas migratorias que caracterizaron a la Europa decimonónica, en viajes intracontinentales y de ultramar.

²⁷ El caso de los viajeros estadounidenses estaría más ligado a cuestiones de tipo expansionista en el marco del “Destino manifiesto”, lo que marcaría su actividad no sólo viajera, sino diplomática y militar en varias latitudes americanas durante el siglo XIX. Como lo veremos a lo largo de esta tesis, el texto de Stephens resultará paradigmático en este contexto, así como el desarrollo de los estudios proto arqueológicos de la “zona maya”. *Cfr.* Ortega y Medina, “Monroísmo arqueológico” en *Cuadernos americanos*, núm. 5 y 6, 1953; Careaga, *op. cit.*; Guillermo Palacios, “Los *Bostonians*, Yucatán y los primeros rumbos de la arqueología americanista estadounidense, 1875-1894” en *Historia Mexicana*, Vol. LXII, núm. 1, Julio- septiembre 2012.

emblemáticos de aquellas tierras.”²⁸ Asimismo, habría que considerar la importancia de las publicaciones periódicas, especializadas o no, la cuales, aunque poco asequibles para el gran público, fueron conocidas en los circuitos de gente susceptible de emprender viajes de ultramar.²⁹

No debe extrañarnos que obras tales como las de Frederick Catherwood y John Lloyd Stephens fueran bastante conocidas, pues seguramente existía un buen número de lectores dispuestos a estar al día en cuestiones de viajes y conocimientos de lugares lejanos. Así también lo demuestra el éxito editorial de varios libros de viaje sobre nuestro país, como las obras de Fanny Calderón de la Barca, William Bullock, Brantz Mayer o Henry Ward, sólo por citar algunos ejemplos.

Otra consideración relativa a este tema y a los personajes que vinieron a México y dejaron una narrativa al respecto es la que hace José Enrique Covarrubias, quien no habla de literatura de viajeros, sino de literatura extranjera sobre México y esta denominación no sólo incluye a viajeros, considerados como aquellos que tienen una estancia relativamente corta en el país y cuentan con un motivo específico para su viaje, sino a los migrantes, es

²⁸ Cramaussel, “*Literatura...*” p. 400. En México existe un limitado universo de obras decimonónicas que pudieran ser consideradas como de aventuras, sin embargo, podemos ver los ejemplos de los franceses Paul Duplessis con sus *Aventures Mexicaines* y Gabriel Ferry con obras como *Capitaine Don Blas et les jarochos. Scènes de la vie mexicaine* o *Costal l’indien; roman historique. Scènes de la guerre de l’indépendance du Mexique*; o el capitán estadounidense Thomas Mayne Reid, quien escribió algunas novelas como *The rifle rangers; or adventures in southern México* o *The White Chief; a legend of north-México*. Sin embargo, habría que hacer una revisión de aquellos que aparecieron en las publicaciones periódicas de países como Francia o Inglaterra con tema mexicano. En el caso de Désiré Charnay, él da cuenta de cómo esas lecturas habían creado lo que él, desde su postura asumida de ser paladín de la verdad sobre México, consideraba una imagen distorsionada de la realidad. “Algunos novelistas de moda, sin embargo, han elegido estos arenosos desiertos como escenario de imposibles aventuras [...] ¡Oh, capitán Maine Read (*sic*), que feas mentiras le cuenta usted a sus indulgentes lectores!”. Désiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas*, México, Banco de México, 1994, Tomo I, p. 42

²⁹ El caso más emblemático es el de *Le Tour de Monde* que, aunque no un gran lujo, sí era un objeto costoso, como menciona la misma Chantal Cramaussel: “la adquirirían personas acomodadas sedientas de conocimientos geográficos y de aventuras, coleccionistas, inversionistas y también millonarios que soñaban algún día viajar a otros continentes o darse el lujo de dar la vuelta al planeta, actividad que se había puesto de moda en esa época en la que el planeta tierra parecía estrecharse.” Cramaussel, *Francia...*, p. 431.

decir a los extranjeros radicados en México, aunque no necesariamente desprovistos de una misión específica.³⁰

Así pues, los extranjeros que produjeron obras con tema mexicano nos dan luz para suponer el lugar que nuestro país ocupaba en el tránsito de personas de un país a otro, ya sea a corto o a mediano plazo.³¹ Este flujo de viajeros se observa desde los primeros años posteriores a la guerra de independencia. La inestabilidad provocada durante la guerra de Reforma, si bien no lo suspendió por completo, sí lo disminuyó, restableciéndose durante el Segundo Imperio, periodo en el que se generaron múltiples narraciones de integrantes de las tropas, miembros de la corte o del servicio personal de los emperadores Carlota y Maximiliano, entre otros. Por ello podríamos decir que México fue visitado, a lo largo del siglo XIX, casi ininterrumpidamente, por motivos diversos.³²

A lo largo de estas décadas, se puede observar la llegada de británicos, estadounidenses, franceses y alemanes, sin excluir otros lugares de origen, y que en su mayoría venían por motivos diplomáticos y comerciantes. Por otro lado, en sus escritos

³⁰ Covarrubias los categoriza como inmigrantes, “extranjeros radicados en México durante un tiempo prolongado y desprovistos de una misión específica que condicionara su estancia o interés en el país.” José Enrique Covarrubias, *Visión extranjera de México, 1840-1867*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mora, 1998, p. 9.

³¹ Para el caso de la población francesa en México es imprescindible acercarse a las obras recientes de Javier Pérez-Siller, quien ha hecho un análisis cualitativo y cuantitativo de los franceses que vivieron en México durante el siglo XIX, así como su implicación en la cultura de ambos países. Asimismo, para el caso específico de población francesa en Veracruz, *Vid.* Gerardo Manuel Medina Reyes, “Venidos Allende el Atlántico: inmigrantes franceses en Veracruz, 1821-1861”, Tesis para Obtener el grado de Maestría en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, 2014.

³² *Cfr.* Julieta Izcarulli Martínez López “La Semana Santa en el México decimonónico a través de los viajeros extranjeros” Tesis para obtener el título de Licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2008, pp. 5-9. La tesis de Lorena Careaga, *op. Cit.*, nos puede dar muestra de la afluencia de viajeros en Yucatán, la cual no fue interrumpida ni siquiera en los momentos de mayor inestabilidad por la guerra de Reforma y la llamada “Guerra de castas”. Para ver una extensa recopilación de la gran variedad de viajeros que han venido a México, puede revisarse el trabajo exhaustivo que realiza José N. Iturriaga de la Fuente. *Anecdotario de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988. En cada uno de los 4 volúmenes, el compilador hace cuadros estadísticos sobre nacionalidad de los autores seleccionados, el siglo en el que vinieron, la entidad o región del país que visitaron, así como sus ocupaciones, entre otros aspectos.

centraron su mirada en la situación política del país en construcción, sin dejar de abordar las costumbres, la situación social, la historia, las antigüedades y la aportación de datos científicos acerca del territorio. También habría que considerar la llegada de artistas interesados en los paisajes, científicos (con pretensiones de estudios botánicos, geológicos o geográficos) y coleccionistas curiosos del pasado prehispánico. En general, toda una gama de personajes diversos con múltiples preferencias.

En general, el viaje fue un tema digno de variadas publicaciones, o al menos así sucedió hasta finales del siglo XIX, cuando el desarrollo de lo que hoy llamamos ciencias sociales generó literatura especializada en el estudio de los lugares y las sociedades, a la par que el desarrollo tecnológico permitió mejoras en la movilidad de las personas, y con ello, la posibilidad de desplazarse con menos dificultad a lugares lejanos. Estas situaciones dejaron eventualmente en desuso, y en algunos casos también en desprestigio, a la literatura de viaje. Este auge y decadencia son claros y manifiestos en las etapas de la vida de Désiré Charnay, como se verá en las páginas subsecuentes.

Como hemos visto, la literatura de viaje fue una práctica común y redituable durante el siglo XIX, por lo que se construyó un circuito comercial con mecenazgos, clientes, viajeros, exploradores, recolectores, museos, expositores, publicaciones, etc.³³ México no fue ajeno a ello, por lo que recibió una cantidad considerable de viajeros interesados en variados temas mexicanos. Uno de ellos fue, sin duda, las antigüedades, las cuales generaron el desfile de diferentes “exploradores” y despertaron el interés de varios de los viajeros decimonónicos en nuestro país, como veremos a continuación.

³³ Cintia Velásquez Marroni, “En busca del pasado. El coleccionismo de antigüedades prehispánicas en las primeras dos décadas del México independiente”, Tesis para obtener el título de Licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006.

1.2 Viajeros y exploradores

Hemos expuesto las circunstancias que llevaron a que en el siglo XIX existiera una considerable actividad viajera, que respondía a una necesidad de conocimiento y sujeción del mundo por medio del pensamiento en boga, en concordancia con los postulados ilustrados heredados desde el siglo XVIII. En materia de viajes, se buscaba una pretendida veracidad y, por lo tanto, objetividad empírica en las descripciones de los lugares visitados.

Como podemos inferir, la cada vez más específica labor descriptiva de los viajeros abonó a la conformación de campos de estudio o disciplinas de lo que hoy consideramos como ciencias sociales, como es el caso de la arqueología, a partir de la especialización en el estudio de los restos materiales del pasado, y lo mismo sucedería con otras disciplinas.³⁴

Ahora bien, al acercarnos a los viajes que han sido considerados como arqueológicos es necesario referirnos a la práctica anticuaria, como una actividad precursora al tener interés en el estudio y colección de la materialidad del pasado, pero sin

³⁴ Una definición de ciencia social, que resulta pertinente para los fines de esta investigación, consiste en el conjunto de disciplinas que estudian a la humanidad y los actos derivados de ella. Tendrían su origen en lo que en el siglo XVIII se entendió como “ciencias del hombre”, nuevo rubro en el espacio del conocimiento, lo cual sólo fue posible gracias de los planteamientos filosóficos que permitieron asumir al hombre como un objeto de estudio, distinto a la historia natural. La construcción de la humanidad como objeto de estudio tuvo su punto de inflexión a inicios del siglo XIX dada la intención de extender el método científico a los distintos ámbitos de la reflexión humana, *Cfr.* John Zammito, *Kant Herder and the birth of anthropology*, Chicago and London, The University of Chicago Press, 2002, p. 4 y 226; Max Weber, *La “Objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, Madrid, Alianza, 2009, p. 15; Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 2001, p. 334-362. Para Wallerstein, las ciencias sociales no sólo tendrían su origen en un cambio de paradigma al centrarse en el valor del método deductivo o de la intencionalidad por extender el conocimiento a otras ramas del mundo, trascendiendo el ámbito de la naturaleza, sino que, en un sentido más pragmático y concreto, derivó de la ruptura ideológica a partir de la revolución francesa, que requería de un “conocimiento concreto de las realidades del momento” a través de lo que, en el siglo XIX se definió como “el estudio empírico del mundo social”, un estudio realizado con la intención de comprender el “cambio normal” y por ende, influir en él.” Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, p. 21.

la reflexión sistemática o método que contiene esta disciplina en nuestros días, lo que implicaba una conceptualización específica de dichos objetos.³⁵

Es a partir de entonces que las curiosidades de antaño comenzaron a tomar un nuevo cariz, pues los objetos materiales de las civilizaciones antiguas se consideraron artículos que merecían un estudio sistemático dentro de una división que aún no era muy clara entre lo natural y lo social.³⁶ Para el caso americano, podemos ver cómo, desde inicios del siglo XIX, se comenzó a dar un “giro histórico” en las investigaciones en torno a los territorios de la América española. La introducción de las *Noticias americanas* de Antonio de Ulloa, naturalista fundador del Estudio y Gabinete de Historia Natural de España, resume en 1792 este interés:

Las memorias de la antigüedad son las demostraciones verídicas de lo que fueron las gentes en los tiempos a que se refieren: por ellas viene a averiguarse lo que alcanzaron, el modo en que se manejaron, su gobierno y economía. Y a este respecto lo que han adelantado o perdido, lo numeroso de sus gentíos, la industria, el valor y las máximas de manejarse. Sin los monumentos que sin embargo de la ruina de los tiempos se conservan en alguna parte, no habría documentos formales donde inferirlo. De ellos se comprende la semejanza que

³⁵ Desde el siglo XVIII, la acepción de un anticuario en el idioma castellano refiere al “que hace profesión o estudio particular del conocimiento de las cosas antiguas” y que puede coleccionarlas y lucrar o no con ellas. En este sentido, habría que señalar que, aun cuando el término “arqueología” ya comienza a ser utilizado desde mediados del siglo XIX para referir al “estudio de los monumentos y cosas de la antigüedad”, esta no es considerada como ciencia sino hasta el siglo XX. *Cfr.* <http://web.frl.es/ntllet/SrvltGUILoginNtlletPub>

³⁶ Una muestra de ello serían las disertaciones de Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu acerca de la diversidad humana y de los factores políticos, físicos y morales que llevarían al conocimiento del espíritu general de las naciones, como un medio para hacer tipologías respecto a las sociedades que se descubrían ante los intelectuales franceses.

tuvieron unos pueblos con otros y por este medio se llega –en aquella forma que es posible- a desentrañar su origen que es uno de los más particulares que incitan al deseo.³⁷

Por un lado, Ulloa planteaba la importancia de la recolección, observación e interpretación de las ruinas para emprender un estudio veraz del pasado de las sociedades humanas en distintas ramas. Así, se le daba al objeto una importancia significativa en cuanto a documento que contenía cierto valor como evidencia de lo que se estudiaba. Por otro lado, es claro que su texto corresponde a una serie de expectativas europeas que buscaban satisfacerse en los territorios americanos. En el caso concreto de la metrópoli madrileña, Carlos III se distinguía por su predilección por las ruinas, inquietud despertada desde sus años como rey de Nápoles, y por su interés en el conocimiento de sus territorios para su mejor sujeción.

No se trata aquí de encontrar los orígenes del comercio de objetos de distinta índole, pues eso nos llevaría a plantearnos cuestiones que salen del límite tanto conceptual como temático de nuestro estudio. Sin embargo, es preciso reflexionar, aunque sea tangencialmente, en torno a la importancia social e incluso económica que ciertos objetos han adquirido con el paso del tiempo y en diversas circunstancias. Por ejemplo, el empirismo de los siglos XVIII y XIX motivó, como podremos ver en esta investigación, que tanto en la fotografía como en las piezas o “antigüedades, se depositara un considerable valor como medios para tener acceso al conocimiento de la América prehispánica.

Respecto a las piezas, su importancia para el acercamiento a las civilizaciones pasadas generó, incluso por varios siglos, un comercio de objetos que en un primer

³⁷ Antonio Ulloa, *Noticias americanas*, 1972, citado en Estrada de Gerlero, *op. cit.*, p. 74-75.

momento tuvieron valor como cosas exóticas y curiosas, que posteriormente los obtendrían en materia de observación científica y habían sido importantes aun antes de ser estimados como evidencia material para la adquisición de conocimiento.

Podríamos considerar que, en el caso americano, desde el siglo XVI se excavaba para buscar piezas atractivas para el comercio, generalmente basados en un principio estético, o por el valor intrínseco que una pieza antigua y lejana llegaría a tener en los mercados europeos, lo que llevó a muchos actos de saqueo.³⁸

Posteriormente, los objetos comenzaron a funcionar como evidencia, una “fuente directa, tangible e indiscutible” del pasado, considerados menos manipulables y, por lo tanto, más confiables para el estudio de los pueblos que antecederon, los orígenes y la edad del hombre,³⁹ sin que se contemplara la posibilidad de asociarlos a una investigación más profunda. Sin embargo, a partir de esos objetos, los sabios de esos tiempos construyeron sus campos de estudio y sus teorías sobre la cultura material, las creencias y el grado de civilización de las sociedades indígenas.⁴⁰

En el caso de los territorios lejanos, los sabios y los curiosos utilizaban las “pruebas” traídas por las personas que tenían la posibilidad de desplazarse que, en el caso americano, pudieron ser, en un principio, “funcionarios coloniales, misioneros, marineros,

³⁸ Una de las “diferencias” de la arqueología frente a prácticas anteriores como el coleccionismo y anticuarismo sería que no había un interés por “comprender el contexto en el que se hallaban los objetos” sino que la importancia estaba en el valor del objeto en sí mismo. *Vid.* Bruce G. Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 46.

³⁹ Alain Schnapp, *The discovery of the past*, New York, H. N. Abrams, 1997, p. 36.

⁴⁰ Por indígenas no sólo nos referimos a los habitantes de la América española (asociados a una idea de salvaje y por lo tanto motivo de dominación y marginalidad), sino en una acepción más simple y generalizada, de “originario del país de que se trata”. Así los indígenas, incluso europeos, comienzan a interesarse en un esfuerzo por construir y fortalecer los nacientes Estados nacionales. Para el caso del cambio de percepción en las piezas indígenas de América *vid.* Pascal Riviale, “Las colecciones americanas en Francia en el siglo XIX: objetos de curiosidad, objetos de estudio” en *Los americanistas del siglo XIX: la construcción de una comunidad científica internacional*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt, Vervuert, 2005, p. 23.

militares, etc.,” y posteriormente, cualquiera que tuviera la posibilidad económica de viajar por diversos motivos, lo que desarrolló una red de estudio y adquisición de piezas prehispánicas. En esa época, el desarrollo espectacular de las ventas en subasta hizo posible que cualquier persona con recursos económicos pudiese formar una colección.⁴¹

Así pues, a partir de la Ilustración la práctica anticuaria respondió, en primera instancia, a la necesidad de certidumbre conforme al pensamiento científico, lo que también implicaba una manera diferente de pensar el pasado, que tuvo que ver con dos circunstancias precisas: la formación de los Estados nacionales y la visión romántica del pasado.

Para el primer caso, se hizo necesario el reconocimiento de los hechos comunes que unificaran a las comunidades, por lo que se hacía útil la búsqueda de aquellos vestigios que dieran cuenta de un pasado común, ya sea hacia el interior, como cohesionador, o hacia el exterior, manifestando a través de evidencias materiales, las diferencias de un pueblo frente a otros e incluso una supuesta superioridad a través de los cánones de civilización.⁴²

El interés por los territorios que no entraban en los parámetros de la civilización occidental, por ejemplo, Asia, África o América, había logrado que se formaran órganos científicos que buscaran explicaciones sobre aquellas sociedades calificadas “primitivas” o

⁴¹ *Ibid.*, p. 24.

⁴² Sobre el concepto de superioridad europea, comúnmente se han establecido dos ideas diferentes: por un lado la que sostiene que los exploradores, viajeros y o cualquier otra persona, sobre todo europea, venían con ciertas ideas que no podían eludir sobre un nivel tecnológico, económico o moral que comparaban con los menos civilizados; y por otro, existen versiones de que los viajeros, principalmente los decimonónicos, al venir con un pensamiento más científicista, dejaban atrás esos conceptos y se enfocaban en un estudio objetivo, donde se relativizaba la superioridad europea. Pensamos, sin embargo, que ambas posiciones buscan justificar de alguna manera las prácticas racistas que llevaron a la colonización de territorios que consideraban inferiores, tratando de mostrar una imagen “menos cruel”, por así decirlo, de sus antepasados europeos. Para ver algunas opiniones al respecto *cfr.* Michel Bertrand et Laurent Vidal, “Introduction” en *A la redécouverte des Amériques: les voyageurs européens au siècle des indépendances*, Toulouse, Presse Universitaires du Mirail, 2002 y Peter Burke, *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*, Barcelona Paidós, 2002. (Paidós orígenes; 32).

“precarias” que, en última instancia, eran consideradas como la muestra del pasado de la civilización en una época presente.

La revisión del devenir humano llevó a concebir que, así como existían leyes y explicaciones científicas para aprehender la naturaleza, igualmente debía ser con las sociedades. Se pensaba que tal como sucedía con los fenómenos físicos, en ellas también debían existir “causas y efectos” que había que estudiar y entender y se formularon teorías en torno a estadios de los grupos humanos que explicaran el desarrollo y la superioridad de aquellos que imponían esa forma de ver el mundo. Fue así que se justificó la existencia y la sujeción de grupos humanos considerados “atrasados”.⁴³

En este contexto surgieron disciplinas como la etnología y la arqueología como un medio de recuperación del pasado “salvaje”, sobreviviente del primitivismo que, para beneplácito de algunos “científicos” en el siglo XIX todavía era observable en distintas partes del mundo. La especialización de los objetos de estudio de estas nuevas disciplinas se pensó como un medio para “mejorar” el conocimiento.⁴⁴

Las ruinas eran evocadoras de un pasado irrecuperable y se consideraban como un medio de acercarse ante la fugacidad, ante lo efímero del tiempo. El romanticismo asentó varios de sus postulados en estas ideas, sobre todo tomando en cuenta particularidades étnicas, pues se miraba hacia atrás buscando justificaciones del presente o como un

⁴³ Acerca de los antecedentes sobre el estudio de lo social y las explicaciones acerca de las tres edades de la humanidad en las discusiones acerca del nivel de civilización de los grupos sociales en los siglos XVIII-XIX, ver el texto de Ronald Meek, *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, México, Siglo XXI, 1981, cap. 2.

⁴⁴ La especificación en los campos de estudio y la creación de nuevas disciplinas para sistematizar dicha información puede, o no, surgir de la necesidad de un pensamiento más “moderno”. Sin embargo, habría que acercarse a las posturas que debaten dicho planteamiento y que discuten la relatividad de esas “ramas del conocimiento” de la herencia occidental. Para la primera postura, Burke, *op. cit.*; para la segunda, Wallerstein. *Abrir las ciencias sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 1996.

momento anhelado, lleno de melancolía. Por esta razón no es raro que autores como René de Chateaubriand, Theophile Gautier, o Alexandre Dumas tuvieran como escenarios los trópicos, el lejano oriente o aquellas sociedades que, en menor o mayor intensidad se alejaban de los parámetros europeos.⁴⁵

Como hemos visto a lo largo de estas líneas, la práctica anticuaria se convirtió en una actividad bastante extendida, gracias a la necesidad de certidumbres que demandaba la ciencia moderna y la curiosidad y el estatus que desataba el coleccionismo de piezas antiguas. El afán de recabar evidencia de cualquier actividad humana y de cualquier fenómeno natural para la eficiente sistematización y comprensión del mundo hizo del conocimiento a través de la experiencia una obsesión, que llevaría hasta lo que se conserva hoy en día como un culto a los documentos de cualquier índole.

El deseo de aprehender el pasado también desarrolló la fascinación por los vestigios, aunado al contexto social que sostenían las tesis románticas sobre el ayer. Estas circunstancias harían que el comercio de antigüedades, así como los viajes para conseguirlas, se convirtieran en una actividad bastante redituable, por lo que una considerable cantidad de individuos recorrieron amplias extensiones del planeta para conseguirlas durante el siglo XIX.

Es por ello que no debemos pensar que la presencia de viajeros extranjeros en las

⁴⁵ La *Atala* de Chateaubriand, por ejemplo, en la Florida; Gautier, por su parte, era de tendencia más orientalista y estaba fascinado por la herencia islámica en España; y en el caso de Dumas, es interesante una obra que publicó en la década de 1850 con el título de *Diario de Marie Giovanni: viaje de una parisiense*, texto que podríamos considerar una combinación de literatura de viaje con novela de aventuras, donde una joven y guapa mujer francesa recorre los territorios coloniales de su patria: Tasmania y Nueva Zelanda, y los lugares considerados de gran interés para incorporarse en la lista de colonias francesas: California, Hawai y México.

ruinas fue “accidental”, como menciona Ignacio Bernal,⁴⁶ sino que se trata de un interés genuino en dichos temas, tanto para el viajero como para el lector de sus escritos. Asimismo, es claro que, en la mayoría de los casos, se trata de empresas individuales sin ánimo de un estudio sistemático. Los métodos para su estudio llegarían a finales de siglo XIX, sobre todo teniendo como antecedente la creación de sociedades científicas para tal efecto, así como la creación de institutos y de cátedras universitarias especializadas en el tema.⁴⁷

Fue entonces hasta el periodo finisecular que se inició la práctica arqueológica de manera sistemática, haciendo excavaciones planeadas y no de forma aleatoria, cuidando de no destruir los elementos encontrados, entre otras cosas. Sin embargo, antes de ello se cristalizó un conocimiento empírico sobre algunas teorías que, si bien poco fundamentadas, generaron interés por las civilizaciones prehispánicas, lo que llevaría a personajes como Charnay a ser considerado especialista en las antigüedades mexicanas, sobre todo en círculos tales como las sociedades científicas francesas, en donde convivían las ideas y teorías de otros *exploradores*, algunos con experiencia en diversas partes del mundo.

⁴⁶ Ignacio Bernal dice: “La accidental presencia entre las ruinas mexicanas de un buen número de extranjeros, que viajan más que los nacionales, tanto europeos como norteamericanos, es resultado de empresas individuales y no de instituciones que pretendieran un programa definido. Tal vez por ello no reflejan las ideas en arqueología ya presentes en otras áreas del mundo”. Bernal, “La arqueología de México: historiadores y viajeros entre 1825-1880” en *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p.100. La arqueología como el estudio de la materialidad del pasado estuvo en primera instancia ligado al anticuarismo, y ya en el siglo XIX puede entenderse como el estudio de objetos de la antigüedad a través de actividades como la paleontología o la estratigrafía, para el conocimiento de los habitantes antiguos de la misma Europa y que intentaban datar los hallazgos para dar continuidad a las teorías acerca de los orígenes del hombre. Sobre la situación de estos estudios en la Europa decimonónica ver Trigger, *op.cit.*

⁴⁷ Para el caso francés estaría no sólo el desarrollo de sociedades científicas como la antropología, etnografía o geografía, sino el Instituto de El Cairo y posteriormente las Comisiones Científicas, así como el establecimiento de cátedras en universidades y museos. Para el caso de Estados Unidos, el dinero aportado por particulares a la creación de museos específicos como el Peabody Museum y las colecciones del Smithsonian Institute, así como de cátedras universitarias, como en la Universidad de Harvard. *Vid.* Trigger, *op. cit.*, p. 148-150 y Palacios, *op. cit.*

Para fines de esta investigación, referiremos con el término *explorador* a aquellos personajes que se inscribieron en una categoría intermedia entre la afición y el estudio sistemático de las civilizaciones pasadas.⁴⁸ Este término, en el contexto de la segunda mitad del siglo XIX, tenía una connotación que navegaba entre la crónica o descripción (aunque no por ello falto de curiosidad y de búsqueda de certezas) y el pensamiento científico.

Un *explorador* estaría en un lugar intermedio entre el científico y el aventurero o diletante, y respondía a un contexto determinado del desarrollo de las sociedades científicas, el pensamiento científico y el avance colonialista de Francia (y otros territorios). Asimismo, comprende una serie de características propias, al no pretender generar un conocimiento total, como el de los “eruditos enciclopedistas”, ni tan especializado y constreñido como el de los “profesionales.”⁴⁹

Cabría mencionar que el antecedente más cercano de este tipo de personajes es, por lo menos en territorio americano, Alexander von Humboldt, quien recorrió estas latitudes observando y recabando notas de la naturaleza sin dejar de lado reflexiones acerca de lo social. Los planteamientos filosóficos y las mediciones a través de diversos objetos e incluso la práctica taxonómica de los especímenes de estas tierras aparecen recurrentemente en sus textos acerca de sus recorridos por América.

⁴⁸ Consideramos pertinente adherirnos a este concepto debido a que el término ya era utilizado, al menos en castellano, desde el siglo XVIII. Es interesante pensar cómo los viajes fueron delimitando conceptos que no necesariamente estaban ligados a ellos, como en este caso. Según el diccionario de la RAE de 1780, un explorador es aquel “que investiga y desea alcanzar y saber con certeza alguna cosa, la escudriña y examina con diligencia y cuidado.” En *Nuevo Diccionario Histórico del español*, consultado en: <http://web.frl.es/ntllet/SrvltGUILoginNtlletPub>. Para el caso del siglo XIX, este tipo de personajes incrementó su relevancia cuando se les relacionó con el “descubrimiento” occidental de las antiguas civilizaciones y de sus vestigios. No omitimos mencionar que, como podremos ver más adelante, este término es inherente a una práctica que tiene que ver con la idea de recorrer y descubrir “a la razón” los misterios del mundo no occidental, por lo que el explorador, aparte de ser pionero, se convierte en una especie de héroe secular y racional en beneficio de la “civilización”. Una imagen que es más que evidente en los textos del personaje guía de esta investigación.

⁴⁹ Sébastien Benoit, “Hacia una definición histórica del explorador: Henri Coudreau (1859-1899). De la Guyana al Brasil” en *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2007, vol. 2, p. 413.

Sobre su proceder, habría que considerar dos elementos; en primer lugar, que él representa el modelo de explorador erudito, entendido en múltiples rubros del conocimiento en un tiempo en el que no existía la especialización del conocimiento, lo que le permitía una comprensión global de sus objetos de estudio; por el otro, ejemplifica cómo es que se entendía y buscaba la aprehensión de conocimiento a través de los que hasta ese entonces había sido la historia natural (y todos los rubros que englobaba, desde la botánica hasta la antropología) y cómo se daba paso a la historia social a través del estudio de la naturaleza.

Como ya se ha mencionado, existía una efervescencia relativa al conocimiento de las civilizaciones antiguas y, aunque es probable que esta información no fuera accesible a todas las personas, sí es posible que los interesados tuvieran acceso a las obras publicadas sobre el tema. Tal fue el caso de Charnay, quien, aun cuando poseía una formación académica en el ámbito de las letras, no tenía un conocimiento formal de los estudios acerca de los objetos prehispánicos, sin embargo, es probable que conociera algunos textos respecto a los antiguos pobladores, sobre todo, de sus interlocutores, es decir, otros exploradores a quienes rebatía.

Respecto a nuestro país, en la mayoría de los viajeros aun cuando no habían venido expresamente a realizar estudios sobre las antigüedades, la referencia a los monumentos y piezas elaboradas por las civilizaciones prehispánicas era casi obligada, sobre todo en la medida en que tenían contacto con los círculos letrados de la sociedad, los estudios de algunos eruditos del tema, conocían las piezas resguardadas en el naciente Museo Nacional o hacían alguna que otra visita recreativa a determinadas ruinas.

Cuando Charnay pisó suelo mexicano, ya existía una lista de personajes que habían recorrido los monumentos antiguos o que se habían destacado por su labor recopilatoria y

estudios del pasado prehispánico, como Lorenzo Boturini. Para el caso de lo que hoy conocemos como la zona maya podríamos mencionar a Juan Galindo, Antonio del Río, Guillermo Dupaix, Frédéric Waldeck, Emanuel von Friedrichsthal o John Stephens; y para otras zonas del país con igual importancia arqueológica están, aunque con breves descripciones, Humboldt y Gustav von Tempsky en Mitla, Brantz Mayer en Cholula, Xochicalco y Teotihuacan e Isidore Löwenstern en Xochicalco y Teotihuacan.⁵⁰

Un ejemplo particular es el de William Bullock, cuyo interés estaba relacionado con el comercio y difusión de antigüedades en el viejo mundo, no tanto con una afición científica, búsqueda o exploración del pasado prehispánico, lo que nos habla de la importancia de la circulación de estos objetos y de su exhibición.⁵¹

Asimismo, en 1841 se publicó en Estados Unidos la obra de William Prescott acerca de la historia antigua de México la cual fue traducida ese mismo año al francés, por lo que además de las representaciones visuales y descripciones de las antigüedades mexicanas, también circulaban estudios rigurosos acerca del pasado mexicano. Lo anterior permitió que, para la segunda mitad del siglo, ya se contara con un número considerable de

⁵⁰ Gustav von Tempsky fue un noble prusiano que, de camino a la costa Misquito en Nicaragua, atravesó el país desde San Francisco, donde se encontraba buscando oro. Su libro, publicado en 1853 lleva por título *Mitla* e incluye algunos grabados a partir de sus dibujos. Su estancia en Mitla fue muy corta y no ofrece mayores detalles en la descripción de los edificios, sin embargo, es de llamar la atención que este lugar diera nombre al libro, tal vez por la curiosidad que podía despertar ente los lectores. Brantz Mayer era el secretario de la legación estadounidense en México de 1841 a 1842, quien dejó memoria de su estancia en su obra *México, lo que fue y lo que es*. Isidore Löwenstern fue un viajero y lingüista austriaco que estuvo en México en 1843, cuyo texto *Le Mexique: souvenirs d'un voyageur* deja ver su interés por la visita a las ruinas prehispánicas y por ofrecer datos acerca de las razas, con especial interés en los indios y sobre los orígenes del hombre, sin duda por tener relación con sus trabajos lingüísticos acerca de antiguas civilizaciones como Babilonia.

⁵¹ Ortega y Medina menciona que Bullock “fue también un entusiasta coleccionista, de suerte que en 1808 a la par que estaba al frente de una joyería y orfebrería en Liverpool publicó un catálogo descriptivo de un museo que él había montado y abierto al público, que consistía en obras de arte, armaduras, objetos y especies de historia natural, además de muchísimas curiosidades que el capitán y gran navegante James Cook había traído de los mares del sur.” En Juan A. Ortega y Medina, “Introducción” en William Bullock, *Seis meses de residencia en México*, México, Banco de México, 1983. Recordemos también que había experimentado en México con el negocio de la minería, en el cual parece no haber tenido tanta suerte como con el coleccionismo. El catálogo de la exposición se ha publicado en México en William Bullock, *Catálogo de la primera exposición de arte prehispánico*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, 1991.

referencias bibliográficas sobre el tema, como la monumental antología de Lord Kingsborough *Antiquities of Mexico*, publicada entre 1830 y 1848, o los trabajos de Antonio del Río, cuya obra se conoció hasta 1822,⁵² despertando gran curiosidad por el estudio de sitios como Palenque que permanecería en el imaginario de propios y extraños y condicionaría las futuras excursiones en la zona, o el concurso auspiciado por la Sociedad de Geografía de París para conseguir información nueva y fidedigna sobre este lugar.⁵³

Sin embargo, aun cuando existe referencia a “manuales” o “instructivos” acerca de la recolección de ciertos datos “arqueológicos” con el interés de convertir esta actividad en una tarea más científica, debe considerarse que en la mayoría de los casos los exploradores eran aficionados o curiosos que habían dedicado buena parte de su vida al coleccionismo, o bien, miembros de la burocracia imperial que seguían convenciones sobre la búsqueda, descripción y recolección de piezas.⁵⁴

Tal fue el caso de Guillermo Dupaix, un hombre dedicado a la carrera militar y con el grado de capitán del regimiento de Dragones de Nueva España,⁵⁵ quien fue recomendado

⁵² Que se publicaría bajo el título *Description of the Ruins of an Ancient City, Discovered Near Palenque, in the Kingdom of Guatemala in Spanish America, from the Original Manuscript Report of Captain Don Antonio del Rio: Followed by Teatro Critico Americano by Doctor Paul Felix Cabrera*. Miguel Ángel Díaz Perera, “Tras las huellas de Palenque: las primeras exploraciones”, en *Liminar*, año 7, Vol. 7, no.1, junio 2009, p. 114.

⁵³ Vid. Careaga, *op. cit.*; Carolina Depetris anota puntualmente las características de dicha convocatoria publicada en 1826 y que premiaría a quien proporcionara información de las ruinas de Palenque, lo que incluía brindar planos y detalles de las esculturas, mapas de las ruinas, observaciones acerca de los habitantes cercanos y sus costumbres y, de ser posible, vocabularios e información sobre Votán, personaje que originalmente había sido mencionado por Juan Galindo y retomado por Kingsborough. Carolina Depetris, *El héroe involuntario: Frédéric de Waldeck y su viaje por Yucatán*, Mérida, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2014, cap. 1. Para más detalles acerca del Votán ver Miguel Ángel Díaz Perera, “El Fundamento de una nación en el sureste novohispano: A propósito de Votán, sacerdote fundador de Palenque, (1773-1994)” en *Liminar, Estudios sociales y humanísticos*, año 10, Vol. X, núm, 1, junio de 2012. Uno de los participantes en esta convocatoria fue Frédéric Waldeck, lo que incitó su viaje a México y su específica estancia en Palenque, aun cuando el motivo oficial de su llegada a nuestro país fuera con otras tareas.

⁵⁴ Estas normas fueron publicadas por el Museo de Historia Natural de París, por la Sociedad de Antropología de París o por la Sociedad de Geografía de esa misma ciudad. Riviale, *op. cit.*, p. 27- 28. Pimentel, *op. cit.*, p. 18.

⁵⁵ Era un cuerpo fijo del ejército de Nueva España, formado en 1765.

por el virrey José de Iturrigaray para dirigir la Real Expedición Anticuaria, encomendada por Carlos IV “con el fin de localizar y documentar vestigios significativos de la antigüedad indígena”,⁵⁶ por lo que recorrió Palenque, Xochicalco y otros lugares entre 1805 y 1809.

Esta expedición comenzó a dar atisbos de cierta sistematización, lo que ha generado que a Dupaix se le considere como el iniciador de la ola de “viajeros arqueólogos” en México, antecedente de personajes como John Lloyd Stephens, Frédéric Waldeck, Désiré Charnay, Alfred Maudslay o Augusto Le Plongeon, aun cuando se trataba de un estudio en que no estaba claro el criterio normativo para llevar a cabo la observación empírica requerida.⁵⁷

En el momento de su recorrido, Dupaix ya contaba con la experiencia en el estudio de antigüedades⁵⁸ y echó mano de dibujos que apoyaran su escrito descriptivo y su inventario. Los dibujos, realizados por José Luciano Castañeda, quien formaba parte de su expedición, dan cuenta del estado de las ruinas y de algunas de las inscripciones que en ellas se encontraban. Se publicaron con éxito en Europa y formaron parte de recopilaciones sobre la América precolombina.⁵⁹

⁵⁶ Leonardo López Lujan, *El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794*, México, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2015, p. 18.

⁵⁷ José Alcina Franch, *El descubrimiento científico de América*, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 223. Como ya hemos visto, a los viajes se les ha denominado según su “intención” o el motivo que los origina, sin embargo, según nuestras disertaciones anteriores no podríamos considerar un viajero a Dupaix, dado que su motivo y su labor, así como el texto derivado de ello, distan de ello por ser la suya una misión oficial para realizar una labor de trabajador de la corona. Sin embargo, haciendo esta salvedad, emplearemos el término genérico que se les ha asignado para su estudio.

⁵⁸ Recientemente se ha publicado la investigación producto de la exposición “El Capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, que es “un primer inventario de esculturas mexica y tepanecas que se hallaban en la capital colonial.” López Lujan, *op. cit.*, p. 18. En dicha publicación podemos ver nuevas noticias sobre sus datos biográficos, que nos permiten entender cómo había emprendido un *Grand Tour* por Italia y Grecia; su interés acerca de Egipto y Roma, y sus viajes a España y Portugal, lo que implica que tenía conocimiento empírico sobre ruinas, lecturas sobre civilizaciones antiguas y, finalmente, ciertos conocimientos como anticuario.

⁵⁹ En 1831 se publicarían los escritos de Dupaix editados en Londres por Lord Kingsborough y posteriormente en París, editados por Baradère en 1834. López Lujan, *Op. Cit*, p. 18. Para una investigación

Los textos acerca de las antigüedades mexicanas fueron una constante desde el siglo XVI y continuaron cultivándose por propios y extraños. Sin embargo, el auge viajero del siglo XIX y la revalorización de los objetos y las civilizaciones prehispánicas que se desarrolló a la par con los intereses científicos de la época, hacen que en ocasiones pensemos, con base en la retórica utilizada por los exploradores decimonónicos, que los sitios visitados eran del todo inexplorados o completamente inaccesibles. Ello se debe, por lo general, a que la historia de las exploraciones ha tenido como base las grandes obras publicadas con éxito en Europa, (lo cual no nos da un panorama certero, sino un tema de análisis aparte), por lo que no se consideran de gran relevancia los saberes locales.⁶⁰

Siguiendo este principio, el viaje con mayor impacto en el siglo XIX fue el del abogado estadounidense John Lloyd Stephens, autor de *Incidentes de viaje en América Central, Chiapas y Yucatán*, que cuenta con dibujos del también famoso arquitecto y dibujante británico Frederick Catherwood. Stephens había llegado a Centroamérica en 1841, con intereses más cercanos a la política exterior de su país que al estudio de las antigüedades prehispánicas, tras su recorrido por varios territorios del este de Europa como Egipto, Grecia, Turquía, entre otros. Su obra logró impresionar a los lectores con su arte y se convirtió en un éxito editorial, siendo leído en Europa, Estados Unidos y México por los interesados en el tema.⁶¹

acerca de cómo consiguió Baradère dichos documentos ver Miruna Achim, “Setenta pájaros africanos por antigüedades mexicanas. O, cómo construir un museo nacional, México, 1828” en *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, Achim, Miruna, Granados, Aimer (coords.) México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa, 2011.

⁶⁰ Sin embargo, antes y después de Dupaix hay varias expediciones con diferentes intenciones. Esto se ha documentado y un seguimiento puntual de ello está en Díaz, “Tras las Huellas...”, *Passim*. Pocas veces, por ejemplo, se encuentran referencias a personas como Juan Galindo, explorador de origen irlandés naturalizado guatemalteco, que anduvo en Copán y Palenque, entre otros, y que propuso cierta unidad arquitectónica entre la zona maya. *Ídem*.

⁶¹ No podemos afirmar que fuese una publicación dirigida a un público iniciado, por el contrario, seguramente estaba en las bibliotecas de mucha gente, pues sus temas eran bastante recurrentes tanto por los viajes como

Sus viajes ya habían sido *best sellers*, debido al interés que el conocimiento de las civilizaciones antiguas provocaba, y más aún por la prosa sencilla y los toques románticos que el autor impregnaba en la narración de sus andanzas. Stephens, junto a Catherwood, exploraron Copán, Quiriguá y Palenque en un primer viaje. El éxito editorial de *Incidentes* hizo que se emprendiera un segundo viaje, esta vez a Yucatán.

Stephens y Catherwood pueden ser considerados ejemplo de los viajeros, aventureros y exploradores que caracterizaron el siglo XIX. Su obra ha sido reconocida como de gran valor por los datos representativos que aporta, producto del tiempo invertido en la exploración y descripción detallada de los sitios. Aun con ello, las imágenes derivadas de sus viajes, así como las teorías y las opiniones sostenidas por Stephens han ido perdiendo validez con el paso del tiempo en el ámbito de los estudiosos del pasado prehispánico, no así en el artístico, a pesar de los nuevos descubrimientos y el mejoramiento de las técnicas visuales.

En este contexto, los anticuarios y exploradores del siglo XIX, así como sus obras, fueron en el siglo XX desplazados por aquellos que conformarían los inicios de los estudios arqueológicos. Sin embargo, en su momento, representaron la principal fuente del saber en materia de antigüedades, siendo los pioneros de las disciplinas que posteriormente se institucionalizarían. Así es como habría que entender su importancia, sus aportes y sus

por las antigüedades. Así lo demuestran las ventas de sus ediciones y la posterior publicación de *Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan*, simultáneamente en Londres y Nueva York en 1844, con litografías en color a partir de los dibujos de Catherwood, en una edición de 300 ejemplares los cuales sobreviven, en su mayoría, en colecciones privadas o bibliotecas. A la par, la fama que Stephens tenía como viajero explorador de las civilizaciones antiguas le valía un considerable tiraje de obras. El hecho es que ya contaba con una carrera consolidada como viajero y explorador en Egipto, de lo cual también publicó “incidentes de viaje”, que alcanzó altos niveles de ejemplares publicados: 20,000. Su libro sobre la zona maya alcanzó los 15,000. Cfr. “The late John L. Stephens” en *Putnam's Monthly Magazine of American Literature, Science and Art*, Vol. 1, 1853. Para más datos acerca de las ediciones y número de ejemplares Vid. Ortega y Medina, “Monroísmo...”, p. 172. Algunos viajeros, posteriores a él lo utilizaron como guía o por lo menos lo mencionan como un antecedente en sus conocimientos sobre la América precolombina, como lo dejan ver el mismo Charnay, Brantz Mayer, Eduard Burnett Taylor, C. Becher, entre otros.

criterios de veracidad, pues en este ámbito, como dice Juan Pimentel: “toda verdad tiene denominación de origen y fecha de caducidad.”⁶²

La orientación de las exploraciones francesas del último tercio del siglo XIX contrasta con la de los viajeros de la primera mitad de esa misma centuria, que como vimos no “ni científicos, ni millonarios, ni negociantes en busca de ganancias o informantes confidenciales”, sino personas de diferentes orígenes sociales y fortuna que venían huyendo de las crisis europeas.⁶³

Ya señalamos que la práctica anticuaria estuvo inevitablemente unida a los viajes de exploración, necesidad de conocimiento del mundo y de recopilación de vestigios del pasado en un momento de consolidación de los Estados nacionales. El ímpetu en el estudio de la materialidad del pasado en los países europeos, así como la necesidad científica de encontrar los orígenes de la humanidad, fueron grandes parteaguas para comenzar a realizar investigaciones cada vez más sistemáticas de las ruinas, objetos y restos materiales, lo que con el tiempo llevaría a la formación de disciplinas como la paleontología y técnicas como la estratigrafía que serán de gran aporte en la concepción de la arqueología como una disciplina rigurosa.

En medio de lo anterior, los viajes a lugares no occidentales que tenían mucho que ofrecer en cuanto al desciframiento de las culturas antiguas, como es el caso de Egipto, Grecia, Roma y los países asiáticos, cuyos estudios son englobados en el término orientalismo, así como el interés por los territorios americanos con civilizaciones anteriores a la llegada de España, contribuyó a que se activara el interés por conocer más acerca de los

⁶² Pimentel, *op. cit.*, p. 143.

⁶³ Beatriz Urías Horcasitas, *Indígena y criminal: interpretaciones del derecho y la antropología en México, 1871-1921*, México, Universidad Iberoamericana, 2000, p. 80.

antiguos pobladores de México. Por ello no es de extrañar el éxito editorial de los textos que se publicaron en Europa sobre estos temas, desde Prescott hasta los testimonios de Dupaix.

Los viajes hacia la península de Yucatán y Chiapas no eran pues una novedad en la segunda mitad del siglo XIX. Recordemos que fue una zona bastante visitada por el atractivo de sus ruinas. Así pues, se habían hecho viajes de reconocimiento desde los inicios de siglo y fue continua la llegada de personajes interesados en el tema de la antigüedad americana. Es importante tenerlo en cuenta, ya que en el momento en que Charnay publicó su obra *Ciudades y ruinas americanas* ya existían textos e imágenes de los diferentes personajes que le precedieron.

Las características de la primera obra de Charnay nos permiten tener acceso a un personaje que, en una primera instancia, tuvo intereses generales para recorrer el mundo y que, posteriormente, encontró camino en la fotografía y el estudio de las particularidades de nacentes disciplinas como la arqueología o la antropología, no sólo en México sino en otras latitudes. En este sentido, podríamos considerarlo como un viajero, cuya obra tiene las características descritas en páginas anteriores y que se inscribe en este tenor de conocimiento de un mundo que aun cuando no era desconocido, sí era motivo de curiosidad, como lo fueron los países americanos antiguamente dominados por España (y en el ojo del dominio francés) y otros territorios de clara influencia colonial europea.

Como hemos visto, el flujo de exploradores fue constante durante el siglo XIX, lo que implicaba un interés creciente que culminaría en la especialización y constitución de las civilizaciones precolombinas como objeto de estudio. Para la época del primer viaje de Charnay a México la profesionalización de la arqueología en nuestro país estaba aún

distante; sin embargo, fue el momento justo en el que pudo concretarse la labor de estos personajes que hemos definido como *exploradores*. En las siguientes líneas, trazaremos algunas referencias biográficas del personaje, así como el análisis de su obra viajera para, posteriormente, entrelazarlo con su faceta de explorador.

Para situar el escenario en el que esto fue posible, para el caso de nuestro personaje, en el siguiente apartado haremos una reflexión en torno a los estudios de las antigüedades americanas a partir de los parámetros estéticos y filosóficos de la época, basándonos en el antecedente de Humboldt. Una discusión en la que, de manera voluntaria o no, estaban implicados aquellos que hablaban sobre los vestigios y las civilizaciones prehispánicas y que marcaría el eje de temas varios que nuestro personaje incluyó en sus textos.

2. Désiré Charnay y Ciudades y ruinas americanas

En el capítulo anterior se ha dado el contexto de los viajes y de la exploración en el siglo XIX. Enseguida veremos cómo es que Désiré Charnay se inscribió en ello, en primer lugar a través de un esbozo biográfico, y posteriormente de un análisis de su narración de viaje por México, en donde podremos observar un texto que, a la vez que narra los temas habituales de la literatura de viaje decimonónica, deja ver su labor expedicionaria, la cual sostiene buena parte de sus opiniones acerca de nuestro país, pues como hemos visto, es de importancia la relación que el viajero establecía “con el lugar que visitaba y su posicionamiento dentro de unas estructuras de significación basadas (en la mayoría de los casos) en lo europeo.”¹

En segunda instancia veremos cómo narró sus recorridos y exploraciones, y cómo sus explicaciones del México antiguo condicionaron, de cierta manera, sus opiniones en torno al país que visitaba. En este sentido, veremos que el estudio de las antigüedades era relevante para debatir temas más amplios, tales como el origen del hombre o el nivel de civilización de las naciones, cuestiones que finalmente apelaban al interés por los orígenes y la consecuente distinción entre las diferentes sociedades y dieron sentido a la construcción de personajes como Charnay que, de ser viajeros, cambiaron su estatus al de reconocidos exploradores.²

Lo anterior, como hemos señalado, cuando se buscaban los medios para fundamentar una actitud “paternalista” y las relaciones de dominación se centrarían en aquel que se miraba como diferente a la unidad cultural europea y por lo tanto inferior.

¹ Santiago Muñoz Arbeláez, “Las imágenes de viajeros en el siglo XIX. El caso de los grabados de Charles Safray” en *Historia y Grafía*, núm. 34, 2010, p. 179.

² Podríamos considerar estos elementos de gran importancia para la formación de identidades étnicas, identidades nacionales que finalmente llevarían al establecimiento de los nacionalismos decimonónicos. Lo anterior, siguiendo la propuesta de Anthony Smith, *Las identidades nacionales*, Madrid, Trota, 1997, cap. 1 y 2

Estas consideraciones se encontraban influidas por la conciencia de que Europa se encontraba a la cabeza de la historia universal, a partir de la premisa de la supremacía occidental en el estudio de las sociedades consideradas primitivas, inferiores o poco civilizadas.³

La institucionalización de ciertas prácticas (que no presentaban una metodología clara, principio requerido para considerarse una disciplina científica) fue un proceso que pudiéramos establecer a partir de la segunda mitad del siglo XIX. La antropología, la etnología, la arqueología, por ejemplo, fueron prácticas acogidas en el ámbito académico, es decir, como campos de conocimiento, sólo hasta que se la dotó de un objeto de estudio preciso y una serie de disposiciones metodológicas “universales”.⁴

Así pues, veremos cómo este personaje se inscribió en la ola de extranjeros que se ocuparon del estudio y difusión del pasado mexicano antes de que la arqueología adquiriera

³ Mechthild Rutsch, *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2007, p. 26. Como comenta Wallerstein, el descolonialismo del siglo XX haría replantearse los objetos de estudio de la antropología y se convertiría en el estudio de las “minorías”, comunidades resultantes de los cambios en las sociedades modernas: negros, indígenas, migrantes, mujeres, niños, pobres del tercer mundo, es decir, aquellos que como en siglos pasados son sujetos de dominación para el capitalismo del siglo XXI. Vid. Immanuel Wallerstein, *Abrir Las Ciencias Sociales*, México, Siglo XXI, 1996.

⁴ El término “disciplina” implica la profesionalización de una práctica, por lo que tiene como consecuencia su institucionalización a través de cátedras universitarias y la creación de parámetros metodológicos que la constituyan. Su concepción implicó la división de la “labor intelectual” para el mejor conocimiento y sujeción del mundo basado en investigaciones empíricas. Esta diferencia va en contraposición a las que serían actividades que, como en el caso de la exploración anticuaria en los siglos XVIII y XIX, no estaban constituidas como tales y por ello no podemos hablar de su existencia. Vid. John Zammuto, *Kant Herder and the birth of anthropology*, Chicago and London, The University of Chicago Press, 2002, p. 4-11. Por su parte, Wallerstein sostiene que la creación de las “nuevas disciplinas sociales” se convirtió en el modo de restringir el estudio del cambio social que lo volvería más útil y sustentador de las políticas de los Estados (...) basado en el supuesto de que no se podía obtener dicho conocimiento en forma deductiva a partir de la comprensión metafísica del mundo invariable”. Vid. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, 5ª edición, México, Siglo XXI, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 1998, p. 21-23. Sin embargo, podemos considerar el conjunto de conocimientos anteriores, ya que las disciplinas no se crean de la nada, sino a partir de la institucionalización de ciertos saberes. Por institucionalización podríamos decir que se refiere a un conjunto de prácticas que dan respaldo y sentido a las disciplinas, como es el caso de las cátedras universitarias, los lenguajes especializados y “se funda la diferencia entre observador y objeto, así como entre experto y lego. Aparecen las discusiones teóricas y surge la retórica del método científico como legitimación.” Carlos Pérez Soto, *Desde Hegel: para una crítica radical de las ciencias sociales*, México, Ítaca, 2008, p. 33.

su estatus de disciplina científica, en un momento en el que representaron la mayor fuente del saber en materia de antigüedades de las tierras que visitaban y que a finales del siglo XIX, la adquisición de una metodología que llevó a un estudio sistemático de las antigüedades, siguiendo una serie de convenciones “científicas”, desplazó las acciones anteriores por considerarlas obsoletas, aunque, como veremos más adelante, en el caso de Charnay su obra se ha mantenido gracias al uso de la imagen.

2.1 El viajero. *Le Mexique (1858-1861). Souvenirs et impressions de voyage*

Los datos biográficos de Charnay han sido considerablemente difundidos por sus principales biógrafos, quienes tomaron la información de los archivos resguardados en Francia. No obstante, en las siguientes líneas daremos un esbozo que nos permita acotar algunos aspectos de su vida y obra.

Claude Joseph Désiré Charnay nació el 2 de mayo de 1828 en el departamento de Ródano, Francia. Perteneció a una familia económicamente solvente que contaba con varias propiedades, circunstancia que hizo posible su formación en literatura en su natal Francia y algunos viajes a Inglaterra y Alemania durante su juventud. En 1850, tras concluir sus estudios, decidió marcharse a Estados Unidos para dedicarse a la docencia del francés en un colegio de señoritas.⁵

La mayoría de sus biógrafos asegura que fue durante su estancia en el país del norte que entró en contacto con la obra de John L. Stephens y F. Catherwood acerca de sus recorridos en Centroamérica, y que ello fue el detonante para que se interesara en las civilizaciones prehispánicas. Sin embargo, la idea original de su proyecto consistía en una

⁵ Keith F. Davis, *Desire Charnay, Expeditionary Photographer*, Albuquerque, University of New Mexico, 1981.

“Mission artistique autour du monde”, cuya finalidad era “reunir un álbum fotográfico de los lugares visitados”⁶, lo cual incluía iniciar su recorrido en América y terminarlo en Asia, según se menciona en los documentos derivados de los permisos para su “Misión Artística” a través del Ministerio de Instrucción Pública de Francia.

Es claro que su viaje se interrumpiría en México. Y aunque la mayoría de los autores que lo reseñan retoman como su intención única e inicial el recorrer los mismo pasos de Stephens en el sureste de México para apreciar las antiguas civilizaciones, es pertinente señalar el “cambio de planes” del autor y la manera en la que fue adaptando su discurso conforme a lo que se requería saber y comercializar, pues es claro que resultó más redituable, incluso intelectualmente, un recorrido específico, sobre todo cuando ya no se buscaba la totalidad del saber en los grandes viajes alrededor del mundo.

De cualquier modo, entre 1851 y 1857 regresó a Francia, en donde comenzó a adquirir sus conocimientos sobre fotografía, así como los recursos materiales necesarios para emprender un “viaje artístico” alrededor del mundo,⁷ aunque una vez iniciada su travesía, su trabajo se concentró en México y sus monumentos prehispánicos ante la falta, en su opinión, de un conocimiento preciso de ellos. Finalmente, entonces, se inició (o se consolidó) al parecer su interés por explotar el tema de las civilizaciones prehispánicas. La novedad que planteó en su texto se centró en el uso de la fotografía para registrar las

⁶ Christine Barthe, « L'expérience du voyage » en *Le Yucatán est ailleurs. Expéditions photographiques (1857-1886) de Désiré Charnay*, Paris, Musée du Quai Branly-Actes Sud, 2007, p. 36; Archives Nationales. Ministère de l'Instruction Publique. F/21/2285, citado por Barthe y cuya descripción fue consultada en <https://www.siv.archives-nationales.culture.gouv.fr>

⁷ *Idem.*

antigüedades mexicanas, con la premisa de que conseguiría un conocimiento fiel y realista de ellas.⁸

El apoyo institucional lo obtuvo del Ministerio de Instrucción Pública, razón por la cual en varias ocasiones se ostenta como “enviado de su Majestad Napoleón III” y por lo que la edición de su obra está dedicada a este personaje. En abril de 1857 salió de París hacia la Gran Bretaña para embarcarse, junto con “dos amigos”, su pesado equipaje que incluía sus instrumentos fotográficos, el respaldo del Ministerio de Instrucción y el dinero propio para llevar a cabo su misión, hacia Boston, Estados Unidos, país que recorrería durante ocho meses, desembarcando a finales del mismo año en el puerto de Veracruz.⁹

Su incipiente labor fotográfica se llevó a cabo en la capital del país desde inicios de 1858 por varios meses, esperando condiciones para emprender su viaje hacia el sur y generando más recursos que le permitieran llevar a cabo su labor sin contratiempos.¹⁰ En la ciudad de México junto con los que suponemos eran sus compañeros de viaje, Pinet y Camus, realizó “retratos en papel y ambrotipo y reproducción de pinturas, grabados, dibujo, etc.” en el “almacén de estampas” de su compatriota Julio Michaud.¹¹

Mientras llevaba a cabo los preparativos pertinentes para su expedición, aprovechó para recorrer la urbe y sus alrededores fotografiando las construcciones más sobresalientes, lo que le daría material para que en el mes de abril de ese mismo año se publicara, a manera

⁸ Cfr. Désiré Charnay, « Préface » en *Cités et ruines américaines : Mitla, Palenque, Izamal, Chichen-Itza, Uxmal*, Paris, Gidé, 1863, p. II.

⁹ Víctor Jiménez, “Introducción” en *Ciudades y ruinas americanas: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén- Itzá, Uxmal*, México, Banco de México, 1994, v.1. p. 17; Charnay, *Ciudades...*, p. 39.

¹⁰ Davis, *op. cit.*

¹¹ *El Monitor Republicano*, 09/01/1858, p. 4. En él se señala a Charnay, Camus y Pinet como “fotógrafos enviados del gobierno francés”. De manera muy similar se anunciaban estos tres personajes en su publicidad canadiense, promocionando la venta de sus fotografías de “vistas de Canadá” que suponemos incluía sus imágenes de las cataratas del Niágara y la elaboración de retratos. *Montreal Daily*, 05/05/1857, p. 2, reproducido en *Le Yucatán...*p. 10.

de entregas, el *Álbum fotográfico mexicano*, el cual incluía 25 vistas de monumentos coloniales, siete de sus ruinas y alrededores y, como se menciona en el diario *La Sociedad*, unas vistas del Niágara como regalo a sus suscriptores. Toda la producción fotográfica es de Charnay, quien se presentaba como “encargado por S. M. el emperador de los franceses de juntar para el museo de Louvre la colección mexicana tan rica por sus monumentos, tan interesante por sus ruinas”.¹² La entrega era de dos imágenes mensuales que iban acompañadas de textos explicativos escritos por varios autores, entre ellos destacan el geógrafo e historiador Manuel Orozco y Berra y el médico Jules Laverrière, quien realizó el de la primera entrega, correspondiente al “Bosque de Chapultepec”.¹³

Posteriormente, a partir de la segunda mitad de 1858, comenzó su travesía hacia el sur del país. Según la narración de su texto *Le Mexique*, que se incluye en la obra *Cités et Ruines Américaines*, su recorrido se inició en la ciudad de México hacia Tehuacán, Oaxaca, Mitla, Santa María del Tule, Ixtlán, Tuxtepec, Tlacotalpan, Veracruz, Sisal, Mérida, Izamal, Uxmal, Chichén-Itzá, Dzitas, Ticul, Campeche, Ciudad del Carmen, Palenque, Tumbalá, Yajalón, Tenejapa, San Cristóbal, Tuxtla Gutiérrez, Tehuantepec, Oaxaca, ciudad de México, Puebla y Veracruz, y duró alrededor de dos años.

Podemos advertir que su travesía fue accidentada, no sólo por la situación política que se vivía a raíz de la guerra de Reforma y la Guerra de Castas, sino por las dificultades que presentaba viajar a lo largo del país. De ahí que realizara el viaje en por lo menos dos

¹² *La Sociedad*, 08/04/1858, p. 4. La suscripción para la compra de estas imágenes al igual que las de la “Panorámica de la ciudad” se realizaba en el mencionado establecimiento de Julio Michaud.

¹³ *Ídem*; *El Siglo XIX*, 06/05/1858, p. 3. En 1860, Julio Michaud editaría el *Álbum* a partir de reproducciones de las fotografías de Charnay. Laverrière fue un médico, “antiguo profesor de la Escuela Nacional de Agricultura de San Jacinto y socio honorario de la Sociedad de Geografía y Estadística de México”, Cfr. Rebeca Vanesa García Corzo, “Entramados de la seda en México a fines del siglo XIX y principios del XX” Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia y Análisis Social, métodos y análisis sociocultural, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2012. Charnay lo menciona por haber descubierto las ruinas de Tlalmanalco y por tener conocimientos técnicos acerca del volcán Popocatepetl.

etapas: de 1858 a 1859, periodo en el que presumiblemente viajó desde la ciudad de México a Yucatán y Chiapas, en donde se interrumpió, para posteriormente reiniciar el viaje hacia Oaxaca y, por segunda vez, a Yucatán y Chiapas a inicios de 1860.¹⁴

Ello puede suponerse gracias a las menciones que el propio Charnay hace en anécdotas que nos muestran que su narración no es lineal temporalmente. Por ejemplo, cuando habla de su encuentro con bandidos y dice haber perdido sus notas y fotografías señala: “La vida de los viajeros está siempre a merced del primer bandido, así como me sucedió a mí, verse despojados del producto de seis meses de trabajo, un gasto enorme y fatigas sin fin: yo me encontré con mis placas rotas y casi todas mis notas robadas”,¹⁵ lo cual, asumimos, le implicó volver a los sitios a capturar nuevas fotografías. O cuando dice: “preparé así mi expedición a Mitla, pues debía regresar luego a Yucatán, llegar a Palenque, cruzar la sierra para hacer el recorrido de la provincia de Chiapas y pasar por Tehuantepec de regreso a Oaxaca.”¹⁶ lo que hace evidente un anterior viaje a Yucatán e incluso a Chiapas, ya que en Oaxaca, de camino a Veracruz, atravesando la Sierra Juárez, menciona a una guacamaya que los acompañaba y “había traído de Chiapas en ocasión de un primer viaje.”¹⁷

¹⁴ Mongne señala una posible salida del país entre 1859 y 1860, tras haber empezado a recorrer la península de Yucatán, debido a las difíciles condiciones provocadas por la guerra civil, tal vez a Estados Unidos, como señalan Ochoa y Davis. Pascal Mongne, “Désiré Charnay: Explorateur, archéologue, photographe et écrivain» en Désiré Charnay, *Voyage au Mexique 1858-1861*, Paris, Ginkgo Éditeur, 2001; Lorenzo Ochoa, “Prólogo” en *Ciudades y Ruinas Americanas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994; *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 6ta edición, México, Porrúa, 1995, Vol. 1, p. 732; Davis, *op. cit.*; Pasaporte, México, 1859, en AGN, Instituciones gubernamentales siglo XIX, Gobernación siglo XIX. Vol. 49, Exp. 17. Este último documento da cuenta de su entrada a México en 1859, sin más detalles del lugar de origen.

¹⁵ Désiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén- Itzá, Uxmal*, México, Banco de México, 1994, v.1, p. 124-125.

¹⁶ *Ibid.*, p. 115.

¹⁷ *Ibid.*, p. 128.

Tras su regreso a Francia a inicios del año de 1861, Charnay organizó una exposición para mostrar el trabajo realizado en territorio mexicano, la cual fue un éxito debido a la curiosidad que existía por conocer los lugares americanos. Más aún, si consideramos que sus fotografías fueron las primeras con tema prehispánico en capturarse y exhibirse, pues antes de ellas sólo existían grabados.¹⁸ Fue entre 1862 y 1863 cuando se publicó su primera obra: *Cités et Ruines Américaines* que incluía el texto de viaje *Le Mexique (1858-1861 Souvenirs de Voyage)*, 49 láminas (47 fotografías impresas en papel albúmina y 2 fotolitografías) y el texto *Antiquités Américaines* escrito por Eugène Viollet Le Duc.

Algunos autores mencionan que pudo haber regresado a México en 1865, durante el imperio de Maximiliano. Aunque no hay evidencia de que así haya sido, se especula que vino como informante, dado su conocimiento del territorio mexicano, o bien como integrante de la Comisión Científica fotografiando el norte del país y algunas partes de Yucatán. Sin embargo, no se han encontrado documentos o fotografías que confirmen este

¹⁸ *Ibid.*, p. 273. Los primeros daguerrotipos de la zona maya fueron realizados por el barón Emmanuel Von Friedrichsthal, secretario de la legación de Austria en México en 1840, sin embargo, aunque existen evidencias de su existencia gracias a las menciones de otros viajeros y la prensa, no se conservan, salvo un par que no hacen referencia a edificios sino a monolitos. *Vid.* Lorena Careaga, “Invasores, exploradores y viajeros: la vida cotidiana en Yucatán desde la óptica del otro, 1834-1906”, Tesis para obtener el grado de Doctora en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2015, p. 64; Adam T. Sellen y Linneth S. Lowe, “*Ruinas de Yucatán*”. *Album fotográfico del siglo XIX*, Mérida, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2013, p. 10. En este último texto se menciona incluso la noticia de una improvisada exposición de sus daguerrotipos y dibujos hechos a partir de ellos ante periodistas en Nueva York. Catherwood y Stephens también llevaban cámara de daguerrotipos en su segundo viaje, es decir, en su viaje a Yucatán; sin embargo, según Rosa Casanova, al no alcanzar la nitidez deseada, desearon la idea de obtener estas impresiones y optaron por continuar con los dibujos y calcas. Rosa Casanova, “Un nuevo modo de representar: fotografía en México, 1839-1861” en *Hacia otra historia del arte en México*, en *Hacia otra historia del arte en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2008, p. 197-198. En su texto, Stephens no deja constancia de sus capturas de ruinas, aunque narra el privilegio del uso de la cámara lúcida para las cuestiones arqueológicas y el uso “lúdico” o para socializar de su cámara de daguerrotipos. Una discusión más amplia sobre este tema se verá en el capítulo tercero de esta investigación. Como se mencionó, Pal Rosti había distribuido su trabajo fotográfico, que incluía algunas imágenes de Xochicalco, sin embargo, no tuvieron difusión. *Vid.* Katalin Jancsó, “Húngaros en los trópicos. Rosti Pál y otros viajeros en el Caribe y en América Central en la segunda parte del siglo XIX” en *Acta hispánica XVIII*, Universidad de Szeged. Departamento de Estudios Hispánicos, 2013.

supuesto, ni evidencia en los documentos de la Comisión Científica, en donde sólo se mencionan sus fotografías y sus descripciones en los documentos enviados por los personajes que sí formaban parte de ella, como es el caso del capitán Dutrelaine y sus informes acerca de Mitla.¹⁹

Por el contrario, entre 1863 y 1880 recorrió otras partes del mundo, presumiblemente gracias al éxito que tuvo a partir de su viaje a México, en algunos casos como fotógrafo de expediciones oficiales de su país en territorios coloniales franceses, como fue el caso de Madagascar (1862), y en algunos otros como explorador en territorios coloniales de otros países europeos como Java y Australia (1878). Asimismo, recorrió territorios americanos de los que no se conservan fotografías y de los que escribió algunas crónicas de viaje, como fue el caso de Chile y Uruguay (entre 1874 y 1877).²⁰

¹⁹ Esta tesis es sostenida, entre otros, por Pascal Mongne y ha sido reproducida por quienes le preceden. Sin embargo, el mismo autor reconoce que no cuenta con los elementos necesarios para hacer esta afirmación. Cfr. Anne Marie Mergier “El tesoro perdido” en *Proceso*, 11 de marzo de 2007. núm. 1585. Asimismo, se ha indagado en los textos publicados por la *Commission Scientifique du Mexique* sin obtener datos que lo vinculen a ella de las maneras en que pudo haber formado parte, ya sea como delegado residente en México, viajero o corresponsal que podía vivir o no en el país. Las únicas menciones que se hacen de Charnay son, principalmente, las del abate Charles Ettiene Brasseur de Bourbourg, quien oficialmente formaba parte de la Comisión y hace referencia a las imágenes y descripciones incluidas en *Ciudades y Ruinas Americanas*, o de la carta enviada por Charnay que Armand de Quatrefages leyó en la sesión del 25 de febrero de 1864 de la Comisión, y que refiere a los “lugares que serán interesantes de estudiar”. *Archives de la Commission Scientifique du Mexique publiés sous les auspices du Ministère de L’Instruction Publique*, Paris, Imprimerie Impériale, 1867, Tomo I, pp. 90-110 y 123 y 124. En fechas más recientes, se ha desechado la idea de que Charnay vino como parte de la Comisión; sin embargo, se sigue aludiendo a su venida a México basada en las palabras de Mongne. “Curiosamente Charnay, aunque ya muy famoso, no pertenecía a la Comisión Científica en México, aun así, aprovechó la intervención para ir a México. Mongne supone que se benefició de una misión oficial, en un marco político” en María Haydée García Bravo y Eric Taladoire, “Más allá de los archivos de la Comisión Científica en México. Las aportaciones de las bibliotecas y de los museos” en *Arqueología Mexicana*, núm. 138, marzo-abril 2016, p. 79.

²⁰ A raíz de su viaje al sur de África aparecieron los textos: “Madagascar à vol d’oiseau” en *Le Tour du Monde*, Vol X, 1864. pp. 193-230 y «Excursion à Madagascar par M. Désiré Charnay» en *Bulletin de la Société de géographie*, 1864, t. 7, p. 414. En cuanto a sus viajes a Sudamérica Cfr. Peter E. Palmquist y Thomas R. Kailbourn, *Pioneer Photographers of the Far West: A Biographical Dictionary, 1840-1865*, Stanford, Stanford University Press, 2000, p. 172-174. Derivado de este viaje sudamericano publicó *A travers la Pampa y Buenos Aires*, París, Martinette, 1877 y “A travers la Pampa et la Cordillère. De Montevideo à Santa Rosa” en *Le Tour du Monde*, XXIV, 1876. En cuanto a sus viajes a Java y Australia, también aparecieron como “Six Semaines à Java”, y “Six Mois in Australie”, en *Le Tour du Monde*, 1880. Asimismo, fue presentado “un resumen” de su viaje “ante la Geographical Society de París” en 1879. Dicho viaje, habría sido de carácter más “científico”, aunque ello incluyera “mediciones craneales”, “aves” y “minerales”. Juliana

Las fotografías de estos lugares giran en torno a la arquitectura local y sus habitantes, estos últimos plasmados en imágenes que podríamos considerar etnográficas, mas no antropométricas puesto que, aun cuando se enfatizan sus características físicas, no cumplen con los registros de tipos raciales; así lo podemos ver en el caso de los habitantes de Madagascar, de los aborígenes australianos y en su viaje a México de 1880-1882. La mayor parte (negativos, positivos y reproducciones de ambas) se conservan en Francia y algunas otras en acervos de Alemania, Brasil, España, Estados Unidos y México.

Charnay publicó un número importante de textos. Aquellos correspondientes a sus expediciones fueron publicados en forma de artículos principalmente en *Le Tour du Monde* y otras publicaciones periódicas francesas, así como reproducciones de cartas o extractos de textos en los periódicos locales de los lugares que visitaba, revistas especializadas (tanto viajeras como científicas o literarias), compilaciones de viajes y libros.²¹

En 1880 regresó de nuevo a nuestro país, ahora con el patrocinio de la Comisión Científica de París, en una expedición franco-americana que contaba con el apoyo financiero de Pierre Lorillard, hombre de negocios con alma de anticuario cuya fortuna, basada en su emporio tabaquero, le permitía costear exploraciones en el sureste mexicano.

Sin embargo, México había cambiado en 20 años y, aunque se le reconociera su labor de estudio de las antigüedades mexicanas, ya comenzaba a existir una idea de conservación de los objetos materiales del pasado prehispánico nacional. Es por esta razón que hubo un debate en el congreso mexicano en torno a las condiciones de la actividad del

Bittencourt y Patricia E. Carrillo Medrano, "A través del lente del explorador: una aproximación al álbum fotográfico Ciudades y ruinas americanas, de Désiré Charnay", en *Boletín de monumentos históricos*, tercera época, núm. 31, mayo-agosto 2014. p. 123.

²¹ Por ejemplo, en *Le Tour du Monde, Nouvelle Géographie Universelle, Revue des cours littéraires et scientifiques, L'exploration, Journal de la société de américanistes de Paris, Le Monde Illustrée, Gazette des Beaux-Arts, Le XIX siècle, Revue National et Estrangère, Nouvelles annales des voyages, Journal des Savants*, etc. Keith Davis recopila la mayoría de sus publicaciones a manera de anexo. Davis, *op. Cit.*

fotógrafo y explorador francés, sobre todo porque la expedición contemplaba exportar a Francia los objetos encontrados durante las excavaciones que llevara a cabo.²²

A pesar de esta controversia, Charnay continuó con sus expediciones al sureste mexicano. También realizó actividades de excavación en algunos lugares del centro del país como Teotihuacan, Tenenepanco o Tula, a partir de las cuales generó textos publicados tanto en revistas especializadas (*The North American Review*) como periódicos, acerca de la vinculación de las antiguas civilizaciones entre sí, principalmente Tula y Chichén Itzá, con la premisa de que las civilizaciones prehispánicas que habitaron el actual territorio mexicano descendían de una cultura primigenia, atribuida a los toltecas, lo que trataba de demostrar mediante la comparación de elementos arquitectónicos y artísticos compartidos.

En 1881, tras haber ido a Comalcalco y después de una accidentada estancia en Palenque, interrumpió su recorrido debido a los problemas de salud de él y su acompañante, que le imposibilitaron continuar hacia Yucatán y le hicieron volver a Francia. Ese mismo año regresó a México y continuó su recorrido por Tula, Teotihuacán, Mérida, Aké, Chichén-Itzá, Izamal, Kabah, Uxmal, Yaxchilán, Mitla y la ciudad de México. Incluso llegó a lugares más lejanos como Copán y Tikal. Durante esta expedición fue que, con ayuda de sus guías indígenas, navegó el río Usumacinta y llegó a Yaxchilán, una “ciudad perdida” poco explorada y de difícil acceso a la que se refirió como “Ciudad Lorillard” en honor a su mecenas. En este lugar se encontró con Alfred Maudslay, explorador británico que

²² Clementina Díaz de Ovando, *Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990; Sonia Lombardo de Ruiz, *El pasado prehispánico en la cultura nacional: memoria hemerográfica, 1877-1911*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994, vol.1; Christina Bueno, *The pursuit of ruins: Archaeology, History, and the Making of Modern Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico, 2016. En el apartado final de esta investigación se volverá a retomar el tema.

realizaba trabajos de exploración en América Central, considerado precursor de la práctica arqueológica en nuestro país y quien había llegado a este sitio algunos días antes que él.²³

De regreso a Francia, expuso una gran cantidad de piezas, moldes y fotografías producto de su viaje a México, las cuales se resguardaron en el *Musée d'Ethnographie du Trocadéro*, que posteriormente sería el *Musée de l'Homme* y cuyas colecciones se concentran desde 1998 en el *Musée du quai Branly*, recinto que hoy conserva la mayor cantidad de objetos fotográficos de Charnay y piezas recopiladas durante sus viajes.

En Francia continuó sus publicaciones acerca de las antigüedades mexicanas en revistas especializadas y en 1885 publicó en francés *Les Anciennes Villes du nouveau monde. Voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique centrale*, obra recopilatoria de los viajes que había emprendido hasta ese momento por México y América Central. En 1886 volvió a México, en donde únicamente recorrió territorio yucateco: Mérida, Uxmal, Labná, Tecax, Izamal, Ek-balam y Jaina, experiencias que narró en *Ma dernier voyage* publicado en Francia en 1887 y en México como *Viaje a Yucatán*, en 1888. Dentro de los últimos recorridos que se tienen registrados, está el que emprendió a Yemen en 1896, aunque se piensa que también pudo haber ido a Argelia, ya sea como viajero o bien, para pasar largas temporadas en una especie de retiro, con estancias intermitentes entre París y Argelia durante los últimos años de su vida, sobre todo cuando su producción “científica” ya había disminuido.²⁴

²³ Aun cuando no era desconocido para sus pobladores el lugar fue poco explorado y dado a conocer al mundo occidental. Según la historiografía, la primera mención fue dada por Juan Galindo en sus recorridos de 1833 y se sabe que Maudslay pudo llegar gracias a los informes de Galindo y Edwin Rockstroh, con quien probablemente entró en contacto durante su estancia en Guatemala. En 1897 arribaría Teoberto Maler, quien lo refirió con el nombre de Yaxchilán, que actualmente conocemos. Cfr. Roberto García Moll, *La arquitectura de Yaxchilán*, México, Consejo Nacional de Antropología e Historia, Plaza y Valdés, 2003. pp. 23-29.

²⁴ La narración del viaje a Yemen aparece como libro *Excursions au Yémen: voyage exécuté en 1896 par Désiré Charnay et A. Deflers*, Paris, Hachette, 1896 y en “Excursions au Yemen” en *Le Tour du Monde*, 1898,

Fue distinguido como miembro de la Sociedad Antropológica de París en 1883, en calidad de arqueólogo, y como Oficial de la Legión de Honor francesa en 1888, en reconocimiento a su labor de explorador. Por esta razón asistió como representante de su gobierno a eventos tales como la Exposición Universal en Chicago en 1893 y el Congreso Internacional de Americanistas de 1892 en Huelva, España.²⁵

Durante sus últimos años de vida, Charnay abandonó la exploración y se dedicó a la escritura. Fue autor de novelas con motivo mexicano como *Une Princesse indienne avant la conquête, roman historique* (1888), *A travers les forêts vierges : aventures d'une famille en Voyage* (1898) y traductor de obras como *Lettres de Fernand Cortès à Charles-Quint sur la découverte et la conquête du Mexique* (1896) e *Histoire de l'origine des Indiens qui habitent la Nouvelle Espagne selon leurs traditions : manuscrit Ramirez* (1903).

Murió de neumonía en la ciudad de París el 24 de octubre de 1915. Para ese año, ya había dejado atrás los viajes y las publicaciones de toda índole, pues sus escritos concernientes al origen de los antiguos americanos ya estaban superados por los estudios generados por personajes respaldados por instituciones académicas, principalmente estadounidenses.

Como podemos observar, Charnay no era un científico de formación, sino más bien un hombre de letras que se vio interesado en las exploraciones y, sobre todo, en las que se desarrollaron en territorio maya. Sin embargo, no fue un hecho fortuito su acercamiento a

nouv. Série, p. 265. Cabe señalar que en ambos textos Charnay es coautor con Albert Deflers, botánico francés. En cuanto a la información de Argelia, Pascal Mongne refiere una fallida expedición a la entonces colonia francesa, posterior a la también fallida expedición en Yemen debido a conflictos políticos en los entonces territorios franceses. Asimismo, comenta sus estancias intermitentes entre París y Argelia durante los últimos años de vida del autor, sobre todo cuando su producción “científica” ya estaba en decadencia. Mongne, *op. cit.* p. 52-55

²⁵ Archives Nationales/Basse de Donnes Léonore/ Légion d'honneur/LH/492/73 consultado en <http://www.culture.gouv.fr/public/mistral/leonore> . *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1883.

las obras pertinentes para ampliar su interés por los restos arqueológicos de civilizaciones antiguas, pues, como hemos visto, este tipo de tópicos eran bastante comunes y frecuentes en la literatura de la época.

En el caso de la obra que nos ocupa, recordemos que el texto del viaje apareció con el nombre de *Le Mexique (1858-1960) souvenirs de voyage*, incluido en *Cités et ruines américaines* publicada entre 1862-1863. Para ese año, su autor ya había mostrado los resultados de su viaje a México en una exposición fotográfica y a través escritos publicados en 1862 en *Le Tour du Monde* bajo el título “Un Voyage au Yucatan” con “texto inédito y fotografías de D. Charnay”, cuyo viaje es fechado en 1860, cuando está por “segunda vez en Veracruz”.²⁶

También, en el mismo número, aparece el texto “Mexico”, cuyo viaje es fechado en 1861 y, de igual manera, contiene lo concerniente a la ciudad de México y sus alrededores, con algunas diferencias respecto al texto que más tarde aparecería en *Le Mexique*. En ambos artículos se reproducen varios grabados, a partir de fotografías de Charnay, que pertenecen a cuando menos dos obras: *Cités et ruines américaines* y el *Álbum fotográfico mexicano*, así como fotos inéditas, tal es el caso a la correspondiente a la semana santa en Mérida.²⁷

Le Mexique se compone de diecisiete capítulos los cuales, supuestamente estarían ordenados cronológicamente, de acuerdo con el recorrido del autor por el país. Sin embargo, como ya vimos su viaje fue accidentado, por lo que habría ciertas interrupciones.

²⁶ Désiré Charnay, «Un Voyage au Yucatan» en *Le Tour du Monde*, Vol. V, 1862.

²⁷ Désiré Charnay, «Mexico» en *Ibid.*, pp. 353-368. Incluso después de la edición de *Cités et Ruines Americaines*, se siguieron reproduciendo textos e imágenes de su primer viaje a México, como lo podemos ver en 1866, ya casi en el ocaso de la ocupación francesa en México, cuando aún publicaba extractos de la mencionada obra, quizá por el interés que para entonces despertaba México. Désiré Charnay, “Yucatan et ses ruines” *Le Monde Illustrée*, T. XVIII, núm. 479, 16/06/1866.

Su recorrido comienza en Veracruz, puerto por el que ingresa al país, y continúa hacia la ciudad de México, de donde parte a Tehuacán, Oaxaca, Yucatán, Chiapas, Tehuantepec, la ciudad de México nuevamente para registrar su ascenso al Popocatepetl, última aventura antes de cortar de tajo y reducir drásticamente el relato, para describir su salida nuevamente para Veracruz y su llegada a Francia.

La obra contiene algunas reflexiones en torno a la situación política y social de México, así como algunos datos históricos correspondientes a la situación social tras la llegada de los españoles, las civilizaciones prehispánicas en Yucatán o los “pronunciamientos” o levantamientos armados que sostenían a los gobiernos a partir de la independencia del país. Este último tópico era de especial interés, sobre todo si tomamos en cuenta que realizó su recorrido durante la Guerra de Reforma, lo que le fue propicio para ahondar con su pluma en el estado del país, aunque ello no excluye que su narración haga hincapié en costumbres y anécdotas, pues trata, aunque sea brevemente, de dar cuenta de ello en cada lugar que visita.

Asimismo, incluye casi siempre la descripción del lugar con todos los adjetivos posibles y hace una caracterización de los habitantes en cuanto a raza, condición social y moral, así como alguna anécdota picaresca en donde casi siempre él es el protagonista. Así, podemos ver los temas misceláneos, que van desde su opinión de la población francesa en México, hasta su infestación de niguas; desde sus comentarios relativos a la arquitectura de la ciudad de México, hasta sus consideraciones acerca de las mujeres mexicanas, tema en el que es particularmente insistente.

El texto está escrito en primera persona y va narrando los acontecimientos en un supuesto orden cronológico. En algunas ocasiones introduce diálogos y también se detiene

a citar pasajes enteros de alguna obra que daba cuenta de la historia de la conquista, de la situación política del país o del estudio de las antigüedades mexicanas, como es el caso de Fray Diego de Landa y Fray Diego López de Cogolludo para sus anotaciones acerca de Yucatán. En algunos casos hace referencia a Stephens u otros viajeros, sobre todo al hacer las descripciones de los monumentos, las cuales, en algunos casos, son muy extensas. De esta manera también se sigue el hilo de cómo fueron tomadas las fotografías y qué es lo que él veía en las ruinas.

Asimismo, su paso por diversos lugares del sureste del país le permitió hacer descripciones basadas en la observación de la sociedad, por lo que hace gran mención de las costumbres de los lugareños y una fuerte crítica social a lo que él considera elementos de un país poco civilizado en todos los estratos sociales, principalmente en los más bajos. Sin embargo, habría que matizar que su convivencia fue básicamente con sus paisanos y con algunos sectores de la alta sociedad mexicana tanto en la capital del país como en el resto de los lugares de su recorrido. Su roce con la gente de a pie en las ciudades y los indios en sus exploraciones se dio a través de sus recorridos, al tenerlos como criados o convivir con ellos como parte de sus itinerarios.

El estudio de lo social, que incluye la descripción de los grupos sociales de los lugares que recorrió, está basado principalmente en la división de tierra caliente y media y las implicaciones que en el comportamiento de los pobladores tiene. Hace comparaciones entre los diferentes grupos tomando en cuenta su situación geográfica y por ello sus condiciones climáticas, y en la diversidad racial, haciendo énfasis en su calidad moral y la cercanía con su propio concepto de civilización.

Por ejemplo, en la ciudad de México se refiere a la población indígena, con la cual no tuvo oportunidad de tratar a gran detalle, no sólo por la cortedad de tiempo sino por los grupos a los que frecuentó durante su estancia en este lugar. Así, los describe de la siguiente manera:

El pueblo en la Ciudad de México se compone de mestizos de todos los colores y de algunos indios que proporcionan al comercio los sirvientes masculinos y femeninos, los cargadores y los aguadores. Los barrios son un hervidero de mujeres y niños harapientos, con ínfimas chozas de las que escapan olores mefíticos. Estos seres, agobiados por las enfermedades y con los cabellos hirsutos, ofrecen el aspecto de una población consumida por el mal aire, la mala alimentación y el vicio.²⁸

Tras esta descripción de las condiciones materiales de su existencia, describe la calidad moral de la población, para él, alejada de la civilización:

A pesar de la bondad de su clima, la inalterable serenidad de su cielo y el estado de holgazanería en el que parece sumergirse con satisfacción, el lépero de la ciudad de México considera la vida como una terrible desgracia, y así se regocija ante la muerte de los suyos. Recuerda entonces a esas tribus de la Tracia que prorrumpía en gritos de desesperación al nacimiento de sus hijos y celebraban su muerte con actos de agradecimiento. En la ciudad de México las clases bajas parecerían haber heredado

²⁸ Charnay, *Ciudades...*, p. 63.

esta costumbre bárbara.²⁹

En ambos casos se puede ver una idea que remite a una especie de degeneración de los mexicanos de acuerdo a su condición social. En general, las clases menos favorecidas no eran de su agrado, pues eran consideradas denigradas, bárbaras, corrompidas, más que incivilizadas o salvajes. Es importante hacer esta distinción, ya que para el autor no eran lo mismo los indígenas, ellos sí más cercanos a lo salvaje, que los mestizos léperos o inmersos en la más terrible pobreza, pues éstos correspondían a un grupo de personas que no logró ser partícipe de las bondades de la civilización, razón por la cual son sujetos de su desprecio.

Otro de los temas abordados por Charnay y que es común a varios viajeros es el de la religiosidad, sobre todo de los indios y estar relacionadas sus creencias con su labor exploradora. La mayoría de las apreciaciones en torno a ello solían estar influenciadas no sólo por sus observaciones, lo que implicaría un cierto grado de empirismo, sino por una idea previa de lo que encontrarían respecto a la población y las costumbres de México, por ello, es probable que vinieran con algunos prejuicios originados por las ideas que se tenían en Europa, y principalmente en Francia, de lo que fue la evangelización novohispana y, sobre todo, la herencia moral y espiritual de España en territorios americanos, lo cual no siempre era bien aceptado, por lo que incluso se conoce como la Leyenda Negra.

Al hablar de la Leyenda Negra, hacemos referencia a una serie de juicios acerca del ser español, en donde se dejan ver ideas generadas a partir del siglo XVI, acerca de una España católica a ultranza, cruel, avara, atrasada materialmente, caótica, de herencia moral y demás vicios que, a juicio del resto de los países europeos (católicos o no), eran motivo de escarnio. Esta Leyenda Negra estaba principalmente patrocinada por Francia e Inglaterra

²⁹ *Ibid.*, p. 64.

que, aun con posiciones religiosas y filosóficas no siempre compartidas, consideraban importante señalar las mismas teorías que sobre la realidad americana se tenían desde el siglo XVI en torno a la calidad moral e incluso humana de los indios.³⁰

Así, entre los viajeros como Charnay resultaba una constante el opinar que la herencia española combinada con la herencia indígena constituía el origen de los males mexicanos y sumía al país en una espiral de inmoralidad, pobreza, superstición e ignorancia. Eran comunes en ellos, pues, estas ideas dado que, en un contexto de pensamiento europeo emanado de la ilustración, los comentarios parecían develar su avidez a juzgar los lugares visitados por su nivel de civilización.³¹ Dice Charnay:

¡Oh, Cortés, ha escrito uno de nuestros compatriotas -Jules Laverrière- Alvarado y todos ustedes, valerosos como Teseo, pero insaciables como Caco, no merecen ustedes estatuas de mármol, sino de arcilla! Lejos de ser apóstoles de la civilización, vuestro valor solo ha servido para el embrutecimiento de un pueblo, cuya suerte deberíais haber mejorado iniciándolo en los misterios de un destino superior. ¿Qué queda de vuestras heroicas acciones? Un pueblo arrancado a su antiguo esplendor, de un dudoso cristianismo Y que habría de hundirse, día con día, en una abyecta barbarie; algunas páginas gloriosas, pero impuras; una calle con el nombre de Alvarado, un viejo árbol

³⁰ O lo que en términos de Antonello Gerbi se ha considerado como la “disputa del Nuevo Mundo”. Vid, Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica, 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982; Urs Bitterli, *Los salvajes y los Civilizados*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

³¹ Se retoma el significado de civilización que ofrece Ortega y Medina, esto es, que como “mundo civilizado debe traducirse por mundo inmanentista, mecánico, pragmático, ilustrado y progresista; mundo disparado, en suma, hacia la modernidad”. Juan Antonio Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robredo, 1955. (México y lo mexicano, 22), p. 64.

decrépito y solitario que debería cuanto antes mezclar sus cenizas con las de aquellos infelices de los que evoca el fúnebre recuerdo.³²

Como se puede ver, en Charnay conviven tanto la idea de que los indios con los que convivió practicaban un cristianismo tergiversado, como que estas acciones se contraponen con el esplendor alcanzado por los antiguos pobladores. Esta idea es interesante porque, como se verá posteriormente, estos argumentos ayudaban a sostener el cuestionamiento sobre los personajes que construyeron las ruinas de las que tanto gustaba, en donde los indios vivos, claramente corrompidos por la degradación española, abyectos en la barbarie, no podían figurar como descendientes de los antiguos mayas, por ejemplo.

Una de estas herencias funestas era la religión, que para un hombre de tradición católica como Charnay, en México se presentaba hipócrita, inmoral y sobre todo malentendida o tergiversada. La idea de que en este país se practica un mal cristianismo, alejado de los preceptos más claros de la religión que el mismo autor profesa, es motivo de unas cuantas palabras, sobre todo poniendo en duda el prestigio tan grande que tienen los hombres religiosos en la sociedad mexicana: “Este respeto del pueblo y de la clase media por los padres es tan tenaz que no importa qué cosa hagan éstos que pudiera alejarlos de la gente por su conducta y la fama de su vida escandalosa, no tienen aquí ninguna consecuencia.”³³

Esta religiosidad que tanto es cuestionada respecto a la efectividad de la evangelización española alcanza su clímax cuando se hace referencia a las supersticiones, por demás numerosas, de los indios:

³² Charnay, *Ciudades...*, p. 73.

³³ *Ibid.*, p. 67.

El culto a las imágenes siempre ha sido bien acogido por los indios, que necesitan, en la simplicidad de su naturaleza, materializar el objeto de su adoración; es por eso que no se encuentra una iglesia india, ni en el lugar más alejado, que no esté provista de un pequeño museo de santos... Y de no ser por el lujo desplegado por las señoras, que se engalanan en estos días de duelo [Semana Santa] con sus más deslumbrantes atavíos, así como por los bonitos vestidos de las mestizas que acuden en tropel a estas ceremonias, no habría tenido para mí mayor interés la cosa.³⁴

Lo anterior hace evidente, para el autor, no sólo lo incomprensible de la mentalidad indígena, en los parámetros de un francés leído y estudiado, católico y decimonónico, sino el fracaso de los intentos de “civilizar” a estos personajes. Así lo deja ver en sus comentarios respecto a la veneración que los indios tenían al famoso árbol del Tule:

Los indios vigilan, mientras tanto, que ninguna mano profana ataque al viejo monumento: como todo aquello que concierne a su pasado rodean al sabino de una veneración supersticiosa; nadie puede visitarlo si no es bajo su supervisión; barren y limpian diariamente el pie del árbol y no tolerarían que alguien le trozara la ramita más diminuta. El indio tiene la religión del

³⁴ *Ibid.*, p. 151.

recuerdo, y quizá en las noches de tormenta escuche la voz de sus antepasados entre las ramas centenarias del viejo sabino.³⁵

El autor advierte que estas mismas supersticiones llevadas al extremo, son las que han hundido a los indios en la miseria, no sólo moral sino económica, pues Charnay no comprende la falta de pragmatismo respecto a los bienes materiales de los nativos, quienes en un mundo cuyo parámetro es la Francia colonialista, se vuelven ante sus ojos los más premodernos:

Como todo pueblo ignorante el indio esta poseído por supersticiones, pero yo no he encontrado en el Marquesado sino la avaricia llevada al grado de vicio nacional. En cualquier lugar del mundo el hombre esconde el dinero, pero sabe disfrutarlo y servirse de él en la necesidad. El indio no lo disfruta jamás; produce, pero nunca consume. Cualquiera que sea su fortuna, su riqueza oculta, la suma de sus ingresos, vive siempre de la misma manera...³⁶

Así pues, recordemos que la primera aparición del texto que se convertiría en *Le Mexique*, fue redactado, presumiblemente por el año de su publicación, alrededor de 1862, año en que las tropas francesas estaban ocupando suelo mexicano. Buen contexto para editar una obra sobre México, que permitió “conocerlo a través de sus fotografías” y sobre todo de la narración de viaje que Charnay escribió puntualizando sobre ciertos asuntos, sobre todo con lo referente al caos reinante en México:

³⁵ *Ibid.*, p. 108.

³⁶ *Ibid.*, p. 121.

El mexicano tiene, para todas sus debilidades, y si es necesario para todos sus crímenes, una excusa: la falta de educación, la carencia absoluta de una organización social. Pero, si nos remontamos a la edad media, o los tiempos de nuestras guerras de religión, e incluso al reinado de Luis XV, encontraremos que había entre nosotros más miserias y violencias de toda clase. Es la historia de los dos perros de Licurgo.³⁷

El texto hacía obviamente énfasis en una superioridad francesa que resulta evidente ante el autor, quien se muestra “preocupado” por la suerte del país:

Cuando se vive entre esta población mexicana, tan apasionada por las fiestas y los juegos, tan aferrada a sus viejas supersticiones y sus viejas costumbres, tan fatalmente ignorante y presuntuosa, tan voluptuosamente enemiga del trabajo o de un yugo cualquiera, sin administración, sin policía, sin hábitos adecuados y sin leyes, pasan por nuestra mente algunas extrañas ideas sobre la suerte que puede estarle reservada a esta inmensa república.³⁸

Pero esto es sólo un preámbulo para opinar acerca del futuro de México desde el proemio bélico de una Francia colonialista, defensora de la latinidad como el fundamento de las posibles intervenciones. Es claro que para él, México estaba en una especie de descontrol infantil en el que necesitaba la mano firme de algún país “civilizado”, justificando así la entrada de Francia en el escenario político mexicano:

³⁷ *Ibid.*, p. 83.

³⁸ *Ibid.*, p. 90.

Es una estupenda presa para el que sepa tomarla. Pero no estamos ya en el siglo de las conquistas, y sería superfluo dirigir una mirada interrogativa al viejo mundo; el mexicano mismo no sabría a qué potencia dirigirse para instaurar en su patria devastada un orden regular y las instituciones que le faltan. Aborrece al español, cuya tiranía tiene siempre presente; quiere al francés y respeta al inglés; en cuanto al americano, siente un terror indefinible: parecería que entreviese en él al futuro invasor de su patria, el dominador de su raza. Estaba reservado a Francia sacudir a México de su estupor. Pero fueron necesarias circunstancias extraordinarias: el cataclismo de un gran pueblo y el genio de un gran príncipe, para arrancarlo a la pendiente fatal que lo arrastraba hacia América.³⁹

Y es así como termina su apología de la intervención de las tropas francesas en México. Era la opinión del autor desde una perspectiva de ventaja, dado el conocimiento que podía tener del territorio (y quizá por eso sus biógrafos lo imaginan como parte de las expediciones francesas en México durante los años de la guerra), a manera de un conocedor del espacio, la historia, la población y los recursos materiales, un especialista pues, del tema mexicano:

Dueña de las grandes ciudades de la república, Veracruz, Puebla, la ciudad de México, Querétaro, etc., Francia vería a México, reconstruido con su cuidado e influencia, enriquecerse

³⁹ *Idem.*

con vías férreas, duplicando en unos cuantos meses sus inmensas riquezas y asegurando a nuestras fábricas la venta de su producto, para volcar en nuestras manos los tesoros metálicos en que abunda y lanzarlo hacia el porvenir con una riqueza que jamás ha soñado. En compensación ¿no nos estaría permitido pensar que el istmo de Tehuantepec pudiese entregárenos un día? ¿No será esta una admirable posesión, que pondría en nuestras manos la gran vía de comunicación del Golfo al Pacífico? Magnífica joya para hacer la pareja con la gran empresa del istmo de Suez.⁴⁰

Es claro que Charnay no oculta sus filias colonialistas y, ya sea por estrategia de ventas de su texto o porque en verdad es defensor de la causa intervencionista francesa en México, no pierde oportunidad de mencionarlo, de hacer evidente la necesidad de civilizar México, o algunas zonas específicas y ciertos sectores de la población. Es necesario tomar en cuenta este punto de vista tan particular del autor cuando analicemos su obra, ya que sus variadas actividades, incluso las que creemos menos politizadas, están atravesadas por estas opiniones que, en la mayoría de los casos alcanzan tintes racistas.

Charnay deja claro en su texto la intención de que su narración se considere como un testimonio fidedigno de la situación de México en diferentes aspectos. Como ya vimos, esto tiene que ver con la idea de haber sido testigo de lo que describe. Así lo observa en varios pasajes de su obra, la cual no es un tratado acerca de las civilizaciones antiguas, sino

⁴⁰ *Ibid.*, p. 91.

un libro de viaje que contempla su exploración en medio de un texto de temas más generales.

Así pues, él menciona: “¡Cuántos en Europa piensan que no hay en México sino salvajes en estado de naturaleza, y se imaginan todavía un pueblo viviendo bajo las palmeras, con la cabeza y la cintura adornadas con plumas! Los malos grabados han hecho más mal del que imaginamos, puesto que hablan más directamente al espíritu del pueblo que los libros que éste casi no lee, y perpetúan en la población los más deplorables errores.”⁴¹

En su prólogo, el autor es más directo al afirmar que su intención específica es el estudio de las ruinas:

Hace cinco años, cuando partí en búsqueda de ruinas maravillosas, mi intención era la de hacer un estudio profundo y de tratar el tema yo mismo. Sorprendido por la manera incompleta en que ciertos viajeros se habían acercado a este gran tema, me pareció que en una obra así de vasta, texto y grabado, todo debía ser rehecho. Atribuyendo la indiferencia del público por una civilización tan original a las incertidumbres que la ocultaron, deseaba que no se negara la exactitud de mi trabajo y tomé a la fotografía como testigo. Pero cuando estuve en presencia de los materiales, me sentí abrumado por la grandeza del trabajo y ya no encontré la fuerza para terminarlo.⁴²

⁴¹ *Ibid.*, p. 55.

⁴² Charnay, «Preface...», p. II.

Aun cuando podríamos considerar que su texto cuenta con una estructura de libro de viaje, en el que sus narraciones de temas varios tienen como intención el informar y recrear, en su prólogo el autor hace énfasis en sus intenciones de dar a conocer no sólo sus experiencias de viaje, sino sus vivencias derivadas de sus exploraciones y su interés en las antigüedades mexicanas, de las cuales, el material fotográfico tiene un valor especial, sobre todo si consideramos que estos elementos dotaban de cierta veracidad a las narraciones viajeras, por lo que no es raro que las mencione y les dé suma importancia.

En este apartado se ha retomado la obra escrita de Charnay para exponerlo en una faceta de viajero. La intención es analizar este tipo de obras en un contexto específico de la literatura de viajes en el siglo XIX y sus posibilidades para el estudio de procesos históricos específicos. La obra *Ciudades y ruinas americanas* resulta interesante pues, como menciona el mismo autor en su prólogo, es una mezcla de varias intenciones. En los siguientes apartados justamente trataremos de construir explicaciones en torno a otras dos de estas perspectivas de estudio: el explorador y el fotógrafo.

Así, hemos visto cómo la literatura de viaje tenía un papel preponderante en el conocimiento del mundo, considerando su valor testimonial en un momento en el que el empirismo era la base del conocimiento científico. Además, la literatura de este género no sólo respondía a un carácter científico, sino también al consumo literario de algunos círculos de las sociedades, tanto europeas como americanas, en el amplio sentido del término.

De tal manera, se entienden las ediciones de libros y de artículos en publicaciones periódicas con el tema viajero. Fue el caso de Charnay no sólo con su viaje a México, que constituyó su entrada a estos circuitos, sino a otras latitudes, para desarrollarse en el ámbito

literario con la escritura de novelas con tema mexicano. Todo esto en un momento del siglo XIX en donde las fronteras de las disciplinas artísticas, científicas y sociales no estaban definidas.

En las siguientes líneas veremos otras facetas del autor, tomando en cuenta que su obra contenía elementos que pudieran ser considerados mera narración de viaje a la par que datos “históricos” e información que en ese momento se pensaba pertinente (aunque no rigurosa) acerca de las civilizaciones prehispánicas, tema de gran interés en su obra.

Veremos cómo nuestro personaje estaba inserto en una serie de teorías y convenciones acerca de los estudios del pasado del hombre, principalmente americano, y cómo sus opiniones al respecto, aunque no tuvieran mucho eco más allá de sus lectores, por lo menos en este primer viaje, tuvieron un impacto en un contexto en el que Francia resolvía una intervención militar en México. Lo anterior nos puede ir dando pistas de cómo se construyen estas figuras con halo de heroicidad secular y cómo las formas de conocimiento o de expresar momentos de la historia son cambiantes, históricos, al igual que la construcción de temas de estudio.

Comencemos por anotar cómo el estudio de las civilizaciones antiguas tenía un interés específico en el entramado de discusiones filosóficas allende los mares, debates de los que los territorios americanos formaban parte esencial y que podemos retomar a partir de quien ha sido considerado el parteaguas en cuanto a los estudios minuciosos de la situación americana, Alejandro de Humboldt, y de cómo ello se inscribe en el interés por el estudio de las antigüedades prehispánicas de nuestro país en el siglo XIX, situación que contribuyó no sólo a la formación de teorías varias, sino también de discusiones con intereses que iban más allá del mero discurso objetivo del conocimiento inocuo.

2.2 La importancia del estudio de las “antigüedades mexicanas”

Cuando hablamos sobre viajeros que vinieron a Latinoamérica en el siglo XIX, es un tema obligado retomar a Alejandro von Humboldt como una referencia, ya sea en un plano metodológico, por ser aquel que inauguró rutas, o porque personajes posteriores buscaron confirmar o desmentir aquellas cosas que él mencionó, en este caso, de la Nueva España. Pero ¿qué importancia tuvo en el estudio de las antigüedades? Si bien es cierto que su obra cumbre de lo que hoy es el territorio mexicano: *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* no refiere abundante información sobre estos temas, pueden rescatarse algunos pasajes en los que el sabio alemán dejó ver cierto interés por las discusiones acerca del origen y las características de los antiguos pobladores de estas tierras.

Podemos observar la originalidad de los estudios de Humboldt por su interés en aportar a una explicación “holística” del mundo, es decir, integral, lo que lo hacía dar opiniones sobre lo social y lo natural. Su formación como científico le permitía encontrar ciertas relaciones entre el medio y la civilización, ubicándolo en un término medio entre las teorías “difusionistas” y una explicación diferente de las civilizaciones americanas. Sea como fuere, su importancia radica en el cambio de paradigmas en el estudio de las antigüedades, y en general, de la realidad americana, pues como dice Paul Kirchhoff comparándolo con los varios personajes que abordaron el tema americano: “aun cuando algunos de ellos mostraron en estas comparaciones mucha erudición, lo que generalmente les faltaba era método. El primero que supo plantear y estudiar este problema con rigor científico fue Alejandro de Humboldt.”⁴³

⁴³ Paul Kirchhoff, “La aportación de Humboldt al estudio de las antiguas civilizaciones americanas: un modelo y un programa” en *Ensayos sobre Humboldt*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, p. 90.

El *Ensayo político* no ofrece sino atisbos de lo que su autor consideraba un tema importante para el conocimiento de las tierras equinocciales: sus antiguas culturas. Sin embargo, este tema se concentró en otra obra que, si bien no es un tratado arqueológico sobre el Nuevo Mundo, sí retrata parte de su pensamiento sobre las antigüedades y su particular punto de vista sobre las relaciones de éstas con el medio que las produjo, explicación que llevará posteriormente a la generación de gran interés por estas tierras.

Vistas de las cordilleras y los monumentos de los pueblos indígenas de América es una obra en gran formato publicada en París en 1810, con subsecuentes ediciones en diferentes tamaños. Su objetivo era presentar un cuadro general de vistas de la naturaleza, monumentos arquitectónicos y antigüedades de América. En ella, el sabio alemán ofrece una introducción que manifiesta cuál será su postura respecto al estado del arte (y las sociedades que lo producen) y la naturaleza americana. También dejará claro su interés por los estudios sistemáticos de ruinas y paisajes importantes de los lugares visitados (México, Perú, Colombia y Ecuador). El texto forma parte de la gran obra monumental que Humboldt escribió respecto a sus viajes americanos y que se condensó en *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, publicada entre 1805 y 1834.

En esta obra es claro que el proceder de Humboldt estaba orientado hacia una descripción del medio físico: de la naturaleza, que explicara su relación con la historia de los lugares que describía.⁴⁴ Esto tendría que ver, según señala Labastida, con discusiones de la época acerca de la influencia del medio en el desarrollo de las culturas, por ejemplo, en

⁴⁴ Cfr. Claudine Leysinger, “Teobert Maler (1842-1917): Su mirada sobre México y sobre el estado de Chiapas (México)” en Maler, Teobert, *Sobre el estado de Chiapas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2006, (Con/textos historia de la ciencia; 1), p. 20; Claudine Leysinger, “Maler, Legacy and Mexico” en *Alexander von Humboldt. From the Americas to the Cosmos: an international interdisciplinary Conference*, October 14-16, 2004; Jaime Labastida, “Las aportaciones de Humboldt a la antropología mexicana”, en Humboldt, Alejandro de, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, México, Siglo XXI, 1995, vol. 1

la *Société des observateurs de l'homme*, así como con la comparación de las lenguas para hacer una clasificación de las culturas y las razas.⁴⁵

En esta tendencia a observar las creaciones de los antiguos pobladores de América, Humboldt estableció un parámetro que determinó su objeto de estudio. Para él, los monumentos, esculturas, códices y bajorrelieves no podían ser considerados como arte, sino como objetos dentro de un interés concreto: el histórico, el cual es temporal y “estudiable” científicamente, ya que el arte es algo sublime, atemporal, no es observable sino, digamos, admirable como recreación del espíritu humano:

Los monumentos de las naciones de las que nos separa un largo espacio de siglos pueden atraer nuestro interés de dos maneras muy diferentes. Una piedra grabada, una medalla de los hermosos tiempos de Grecia, interesan al amante de las artes por la severidad del estilo y lo acabado de la ejecución, aunque ninguna leyenda, ningún monograma relacione estos objetos con una época determinada de la historia: tal es el privilegio de lo que fue producido bajo el cielo del Asia menor y en una porción de la Europa austral. Por el contrario, los monumentos de los pueblos que no han alcanzado un alto grado de cultura intelectual, o que, ya por causas religiosas y políticas, o por la naturaleza de su organización, han parecido menos sensibles a la

⁴⁵ Labastida, *op. cit.*, p. XX.

belleza de las formas, no pueden ser considerados sino como monumentos históricos.⁴⁶

Esta diferencia entre objeto de arte y objeto histórico será fundamental para entender el interés “humboldtiano” por acercarse a las antigüedades americanas. El estudio sistemático de diferentes objetos no sólo despertará las opiniones sobre el origen de los pobladores que las crearon, sino que centrará el interés en las comparaciones entre diversas culturas que eran consideradas con el mismo nivel de desarrollo cultural entre ellas, a saber, en las llamadas indoeuropeas.

En estas explicaciones sobre el carácter del arte, Humboldt expresa una constante, esto es, su idea de civilización, la cual tiene, indudablemente, a Europa como parámetro. El arte de griegos y romanos, así como las instituciones elaboradas por ellos, se muestran como adelantos culturales que se han heredado hasta llegar a la Europa contemporánea. La relación que existe entre arte y civilización es que el arte es un reflejo de los “avances” que una sociedad experimenta en diversos ámbitos, lo que le permite ser más sensible en las expresiones de su realidad, manifestado a través de, por ejemplo, la belleza de las formas: “Si las obras de arte que han llegado a nosotros pertenecen a pueblos cuya civilización ha sido muy avanzada, es la armonía y la belleza de las formas, el genio con que fueron concebidas, lo que excita nuestra admiración.”⁴⁷

Humboldt deja claro que aun cuando reconoce cierto progreso en las sociedades antiguas americanas e incluso, como es el caso de Mitla, manifiesta su admiración por la excelencia de algunas formas con las que fueron adornados sus edificios, no puede llamarle

⁴⁶Alejandro de Humboldt, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, México, Siglo XXI, 1995, vol. 1, p. 17.

⁴⁷ *Ídem*.

propiamente arte, si bien tiene gran importancia para un estudio comparativo entre culturas: “sería preciso consultar las pinturas jeroglíficas, las construcciones de piedra labrada y las obras de escultura que se han conservado hasta nuestros días, y que si bien atestiguan la infancia de las artes, ofrecen no obstante analogías muy singulares con muchos monumentos de los pueblos más civilizados.”⁴⁸ Este tipo de estudios comparativos ya había sido iniciado por Winckelmann, quien a partir de sus estudios de Pompeya y Herculano se dio a la tarea de establecer cronologías de las civilizaciones para “estudiar los cambios producidos en los estilos artísticos y en la arquitectura monumental” de las civilizaciones mediterráneas. Situación que fue después replicada para tratar de clasificar y estudiar de una manera más sistemática los monumentos de la antigüedad.⁴⁹

Evidentemente el parámetro de Humboldt en la observación no podía ser otro sino el de la cultura clásica, porque el arte era considerado como tal en la medida de su acercamiento a los estándares de belleza y de ciertas características técnicas (como el uso de la perspectiva). Esta percepción funcionaba como una explicación de la realidad, tomando como referencia la figura humana, y el acercamiento a ese tipo de creatividad medía lo que en ese momento se consideraba lo más civilizado.⁵⁰

Para él, en suma, no podía hablarse de civilizaciones americanas avanzadas, pues era un hecho que no alcanzaban ese nivel cultural. Como vimos, llegó a estas conclusiones al establecer un comparativo entre lo americano y lo europeo, heredero de Grecia y Roma.

⁴⁸ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1966. (Sepan cuantos; 39), p. 55.

⁴⁹ Bruce Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 49.

⁵⁰ Para un estudio muy puntual acerca de la percepción del arte prehispánico en Humboldt: Antonio Castro Leal, “Alejandro de Humboldt y el arte prehispánico” en *Sobretiro de la memoria de El Colegio Nacional*, tomo IV, núm. 4, 1961. Acerca de los parámetros del arte occidental y su crítica frente a otros tipos de percepciones, incluso en Europa: Svetlana Alpers, *El arte de describir: el arte holandés en el siglo XVII*, Madrid, Hermann Blume, 1987.

Sin embargo, aun cuando consideremos que estos juicios hacen tabla rasa de todas las divergencias que pudieran existir entre distintas sociedades, en algunas ocasiones el sabio alemán deja ver ciertos atisbos de una comprensión, digamos más tolerancia, frente a los avances de las civilizaciones americanas: “Nada es más difícil que comparar naciones que han seguido caminos diferentes en su perfeccionamiento social. Los mexicanos y los peruanos no podrían ser juzgados según los principios extraídos de la historia de los pueblos a los que nuestros estudios nos acercan sin cesar.”⁵¹

Ahora bien, esta opinión no impidió su crítica de los avances de los pueblos precolombinos. Sin embargo, muestra ya la intención de estudiar las diferentes culturas atendiendo a características propias, es decir, tratando de entenderlas en su propio contexto, pero sin dejar de pensarlas dentro de una idea lineal (y por tanto única) de civilización.

Antes de clasificar a las naciones, es necesario estudiarlas de acuerdo con sus caracteres específicos, pues las circunstancias exteriores hacen variar al infinito los matices culturales que distinguen a las tribus de raza diferente, sobre todo cuando, establecidas en regiones muy alejadas las unas de las otras, han vivido largo tiempo bajo la influencia de gobiernos y cultos más o menos contrarios al progreso del espíritu y a la conservación de la libertad individual.⁵²

Estas reflexiones podrían estar basadas en las discusiones en torno los orígenes del hombre y el principio de la unidad humana que algunos pensadores sostenían, a través de argumentos científicos, con la intención de distanciarse de las explicaciones bíblicas. Un

⁵¹ Humboldt, *Vistas...*, p. 15.

⁵² *Ibid.*, p. 203.

ejemplo es Herder, quien a través de un enfoque individualizador buscaba las peculiaridades de los pueblos a partir de sus condiciones de vida, partiendo del “derecho de toda época y de toda cultura a una existencia independiente”, por lo que invitaba a no medir todas las épocas con el ideal propio (que en este caso se limitaba al occidente europeo), sino a través de su propio rasero.⁵³

Este tipo de comentarios dan pie a pensar que Humboldt tenía una postura ambigua frente a los pueblos prehispánicos y el estudio de sus vestigios, pues por un lado los consideraba “inferiores” o mejor dicho “atrasados” y por el otro tenía cierta “tolerancia” ante formas diversas de organización social y de sus producciones como son los objetos de “arte”. Con base en lo anterior, podemos relacionar su postura con las discusiones sobre el difusionismo,⁵⁴ teoría que se basa en la idea de que las construcciones americanas tuvieron la influencia de otras culturas lejanas por algún contacto tenido en alguna época previa. El posible “difusionismo” de Humboldt es un tema que aún se encuentra en discusión por los estudiosos de este personaje.

Así, las creaciones americanas, como las grandes construcciones arquitectónicas, la escultura y hasta los objetos cotidianos tendrían una influencia de culturas principalmente orientales, esto es, una difusión de ciertas técnicas y conocimientos varios. Esto implicaría que no había una originalidad americana o, por lo menos, no de manera explícita, pues el sabio alemán reconocía diferencias, lo que podría llevar a pensar en un desarrollo propio,

⁵³ Bitterli, *op. cit.*, p. 384.

⁵⁴ Para abordar con mayor amplitud el tema del difusionismo: Juan Antonio Ortega y Medina, “Monroísmo arqueológico” en *Cuadernos americanos*, núm. 5 y 6, 1953; Manuel Marzal, *Historia de la antropología*, Quito, Abya-Yala, 1997, vol. 2; Ángel Palerm, *Introducción a la teoría etnológica*, México, Cultural Educativa, 1967. Trigger, *op. cit.* p. 147. El caso contrario sería el pensar en el evolucionismo cultural en el que cada cultura existe como entidad única y tiene un particularismo histórico. aunque el difusionismo se sigue utilizando como un concepto en arqueología que goza de mayor sentido si se piensa como la constatación de elementos comunes explicables por las migraciones y procesos de aculturación. *Arqueología, conceptos clave*, Madrid, Akal, 2008, p. 147.

incluso entre los mismos pueblos americanos, pues enfatizaba la variedad de lenguas y su relación con el medio geográfico: “estos comentarios revelan una gran conciencia de la multiplicidad de la humanidad” lo que, según Leysinger, sería una “ruptura con el pensamiento de la ilustración.”⁵⁵

Este interés fue despertado por discusiones que se llevaban a cabo en la época en los círculos intelectuales europeos. Recordemos que los debates sobre el origen de los pobladores americanos se llevó a cabo desde su incorporación en los círculos occidentales, es decir, desde la llegada de los españoles a lo que se denominó Nuevo Mundo (por cierto, haciendo alusión a que era una especie de infante en la carrera del progreso en comparación con la vieja Europa) cuando sólo había un parámetro para la civilización, como menciona Ignacio Bernal: “la civilización, jamás las civilizaciones”, en el que los demás pueblos se califican según se les van acercando: los más próximos son menos malos y los más lejanos son peores.⁵⁶ Las discusiones teológicas de entonces se fueron modificando a lo largo de los siglos, sin embargo, se tenía el mismo matiz, a saber, el de la inferioridad o por lo menos la “diferencia” con los avances civilizatorios de las culturas occidentales de las cuales provenía la herencia europea.⁵⁷

Estas ideas continuaron hasta muy entrado el siglo XIX, aunque con algunos cambios que la época ilustrada dejó tras de sí, cuando se modificaron sustancialmente los argumentos, aunque no las ideas fundamentales. Las explicaciones teológicas se

⁵⁵ Leysinger, *Maler...*, p. 301; Ignacio Bernal, “Humboldt y la arqueología mexicana”, en *Ensayos sobre Humboldt*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.

⁵⁶ Bernal, *Humboldt...*, p. 129. Para un estudio más puntual de los argumentos vertidos acerca de la degeneración y la consecuente inmadurez que explicaba la inferioridad de los habitantes americanos, sobre todo con personajes como Buffon y De Paw, para quienes los determinismos a partir de ciertas características como el clima, la altitud, la humedad, etc. habían llevado a una reducción de las especies, no sólo en tamaño sino también en capacidades. *Vid. Gerbi. op. cit.*

⁵⁷ Un recorrido histórico por estas discusiones se puede ver en *Ibid.*, y Bitterli, *op. cit.*

sustituyeron por razones científicas, por lo que la búsqueda de antigüedades y su estudio sistemático se convirtió en una actividad que explicaba los avances o atrasos de algunas regiones de la tierra. Lo anterior era confirmado por los viajes que se emprendieron y daban pie a la comprensión de territorios poco conocidos.

Es así que no podemos aislar los viajes y las exploraciones decimonónicas de este contexto, pues probablemente estos personajes tuvieron conocimiento de aquellas teorías que opinaban sobre los orígenes y características de los antiguos pobladores americanos y que, en algunos casos, resultan anteriores al difusionismo de las últimas décadas del siglo XIX, en el que Friedrich Ratzel sostenía que los pueblos tenían elementos culturales comunes que se propagaban a través de migraciones hacia otros menos desarrollados que, con el tiempo, se iban degenerando, lo que explicaba la dispersión por el mundo de culturas y civilizaciones y ciertos rasgos que a veces eran compartidos, como los sistemas constructivos, detalles arquitectónicos o la escritura.

Habría que tomar en cuenta que el difusionismo se derivó del evolucionismo a finales del siglo XIX y principios del XX. En este sentido, aquellos estudiosos del tema no eran sino evolucionistas que consideraban la originalidad americana o la influencia de otras culturas con el parámetro de una única línea de progreso de la humanidad. Se utiliza el término difusionismo para expresar esta tendencia comparativa entre diferentes culturas y sus supuestas coincidencias. Este tipo de discusiones, como en el caso de los orígenes del hombre americano y su concepción del arte, eran en esa época “cuestiones filosóficas” más que históricas, como mencionó Humboldt.

Algunas suposiciones desarrolladas a partir de las exploraciones decimonónicas en la península de Yucatán y Chiapas tenían su base en las discusiones acerca del origen del

hombre en Europa. La monogénesis y la poligénesis eran teorías que, con fundamento científico, buscaban en algunos casos reafirmar y en otros refutar las explicaciones bíblicas que sobre el tema habían sido autoridad.⁵⁸ Ya no sólo se hablaba del carácter degenerado de los habitantes precolombinos o sobre la duda de su humanidad, sino que en la extensa carrera de la civilización se buscaba explicar diferencias tecnológicas, económicas y sociales que dieran mayor valor a unas culturas que otras.

En este sentido, no es extraño ver cómo los exploradores, además de valorar en términos morales a los indios vivos, se preguntaban quiénes eran los constructores de esos edificios en ruinas, que en algunos casos parecían haber sido de gran esplendor. La respuesta no resultaba obvia, mucho menos si se piensa en que los indios yucatecos estuvieron en rebelión declarada por varias décadas de la segunda mitad del siglo XIX y que, en términos racistas, algunos consideraban que no podían haber sido construidos por los antecesores de esos pobladores entonces presentes.

Según la clasificación que hace Lorena Careaga,⁵⁹ habría tres grandes teorías que se fueron modificando o adaptando a lo largo del siglo y que incluso llegan a ser contemporáneas, por lo que suponemos que dependían de factores no sólo meramente científicos, sino también de la nacionalidad de los extranjeros, de los círculos de la sociedad que frecuentaban o de sus intenciones políticas en el país.

⁵⁸ También estaban, entre otras, las teorías que proponían la existencia de migraciones asiáticas hacia América, cuyas personas fueron degenerando según los postulados de la influencia climática de Buffon. Se hablaba también de teorías antediluvianas, de descendientes de Votán (quien no era más que “hijo de Hércules y descendiente de Cadmo”), de Noé o de los pueblos perdidos de Israel y también hijos de fenicios, egipcios, etc. Estas discusiones con tintes bíblicos continuaron incluso hasta las últimas décadas del siglo XIX. *Vid.* Bitterli, *op. cit.*, pp. 410-424; Mario Humberto Ruz y Adam T. Sellen, “Presentación” en *Ideas, ideólogos e idearios en la construcción de la imagen peninsular*, Izamal, Gobierno del Estado de Yucatán, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2015, pp. 15-16.

⁵⁹ Careaga, *op. cit.* p. 122-130.

Algunas teorías suponían que el origen de los mayas provenía de grandes civilizaciones como Egipto o en los mitos griegos de la Atlántida o de algún territorio intercontinental ya desaparecido,⁶⁰ cuya difusión llegaría a varias otras civilizaciones allende los mares, mientras, otros se lo adjudicaban a los toltecas, entendidos como aquellos herederos de una gran civilización prehispánica primigenia.

La teoría “tolteca”, sostenida por Charnay más fervientemente a partir de sus expediciones en los primeros años de 1880, se dejaba ver desde su primer viaje, al contemplar lugares como Palenque y Chichén Itzá, en donde ya se planteaba la idea de que las civilizaciones americanas tenían características que pudiesen ser vinculadas o referenciadas a motivos asiáticos, como menciona, con la pretensión de “hacer una revisión de cómo las bases de las pirámides de Izamal, sus figuras gigantescas recuerdan a las esfinges egipcias. Según el autor, las esculturas del Palacio de las monjas en Chichen Itzá podrían parecerse a las figuras enormes de ídolos en la India, el palacio del gobernador a edificios de Grecia, los bajorrelieves de Palenque a los de los asirios y los palacios funerarios de Mitla reproducen ciertas mansiones de las ordenanzas china.”⁶¹ Sin embargo, les daba algún mérito de originalidad, aun cuando su grado de civilización dejara mucho que desear:

La historia de una raza que contendría una laguna en su recorrido a través de las diversas etapas de la civilización, que

⁶⁰ Esta teoría tuvo gran impacto a partir de los escritos de Alice y Augusto Le Plongeon, quienes dedicaron su vida a demostrar su posición de la manera más científica posible, a través de excavaciones, fotografías, estudios que hoy consideraríamos etnológicos y principios básicos de epigrafía. Se considera que el antecedente más próximo antes de los Le Plongeon fueron los estudios del abate Brasseur de Bourbourg, quien sostenía las varias similitudes entre egipcios y mayas y que, a través de sus incipientes traducciones de textos quichés y del alfabeto de Landa, suponía el origen atlante de los mayas. Careaga, *op. cit.*, pp. 124-126. Ruz, *op. cit.*, p. 16.

⁶¹ Charnay, *Preface...*, p. III.

habría pasado del estado salvaje al periodo de la caza saltándose, por falta de los medios necesarios, la época nómada de los pueblos pastores para llegar a los asentamientos estables de una alta civilización; ¿no podrían extraerse de este estudio conclusiones favorables a la idea de una raza americana autóctona, a la que se habrían incorporado más tarde diversas mezclas de razas extranjeras que no pudieron modificar sus instintos?⁶²

Por ello no es gratuito que Charnay, muy a la par de su compatriota Viollet Le Duc, mencione que “el significado filosófico de un estudio de este género será provechoso para todo el mundo; tal trabajo abordará las cuestiones vitales de la humanidad, la historia de las religiones está involucrada, así como la antropología. ¿Estos monumentos no están llamados a decirnos si sus fundadores fueron nuestros hermanos y nuestros contemporáneos, o si esta nueva tierra tuvo un génesis aparte?”⁶³ El interés por encontrar explicaciones válidas del origen de los pobladores del Nuevo Mundo y en particular de las civilizaciones mesoamericanas, es evidente en este tipo de comentarios de los autores.

Las teorías del peregrinar tolteca, que son el sostén de las posturas decimonónicas acerca del origen de los “hacedores” de las grandes construcciones prehispánicas, tenían eco en Charnay y otros personajes al no encontrar, según sus parámetros racistas, otra explicación acerca de cómo los ancestros de los mayas actuales obtuvieron los conocimientos técnicos que permitieron la construcción de las ruinas que ellos admiraban.

⁶² Charnay, *Ciudades...*, p. 211.

⁶³ Charnay, *Preface...*, p. II.

Las opiniones iniciales de Charnay acerca del tema ya habían sido expuestas por Frédéric Friedrichsthal, quien tuvo una mayor difusión en el contexto yucateco, al ser apoyado por los intelectuales contemporáneos como Justo Sierra O'Reilly, para quienes era congruente pensar que los indios peninsulares, en medio de su abyección, fueron una “casta aparte, inferior y al servicio de la raza tolteca.”⁶⁴

Ciertamente, las referencias históricas en las que se basaba la teoría acerca de la herencia tolteca de los mayas y otros pueblos coinciden con lo dicho en las crónicas del desplazamiento chichimeca con migraciones venidas del norte, y que incluso aparecen en textos como el *Popol Vuh*, que habla de los antepasados quichés y su contacto con Quetzalcóatl, y han fundamentado la imagen de los toltecas como una suerte de “padres fundadores” de las civilizaciones mesoamericanas. Sin embargo, habría que mencionar que, ya en la actualidad puede determinarse la diferencia entre el grupo étnico específico de un lugar físico o un “gentilicio para referirse a gente culta”, proveniente de los mitos fundacionales de diferentes grupos étnicos.⁶⁵

⁶⁴ Arturo Taracena y Adam T. Sellen, “Emanuel von Friedrichsthal: su viaje a América y el debate sobre el origen de la civilización maya” en *Península*, Vol. I, núm. 2, otoño de 2006, p. 62. Mencionan los autores que el 18 de abril de 1841, Friedrichsthal expuso ante Sierra O'Reilly su teoría en torno a la idea de que los constructores de todas las ruinas mayas pertenecían a “una raza caucásica en apariencia”, por los rasgos físicos de las esculturas encontradas en Palenque, “las cuales seguramente observó en las láminas de Waldeck”, así como por las que él había estudiado, dibujado y fotografiado en los sitios arqueológicos yucatecos antes mencionados. Según su explicación, una “raza” con “grandes conocimientos matemáticos y arquitectónicos”. *Ibid.*, p. 56. No hay que olvidar que Sierra estaba interesado en estos temas, por lo que escribió algunos textos históricos acerca de los indios yucatecos y realizó la traducción al castellano de la obra de Stephens.

⁶⁵ La investigación arqueológica y el estudio actual de las fuentes discuten sobre la existencia de una “Tula mítica” y la Tula que el día de hoy conocemos como un espacio físico en el estado de Hidalgo. Algunas posturas como la de León Portilla se basan en las crónicas del siglo XVI y posteriores que son leídas de una manera literal para sostener que se trata de un mismo lugar, aunque ello no implica el desconocimiento de que se hablaba de una *Tollan* genérica que “se refiere a grandes metrópolis”, como podían ser Chichén Itzá o Teotihuacan, construidas por grandes hombres. Miguel León Portilla, “Tula Xicocotitlan: historia y arqueología” en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. 39, 2008, p. 66-71. Por otra parte, López Lujan y López Austin sostienen que habría que diferenciar la parte mítica y fundacional que describen las crónicas y que sirvió durante un periodo específico para fundamentar un orden político, por lo que el provenir de Tula, o de los toltecas significaba una justificación y un elemento de cohesión ideológica en el posclásico (900-1521 d.C.). Leonardo López Lujan y Alfredo López Austin, “Los mexicas en Tula y Tula en México Tenochtitlan” en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. 38, 2007, p. 34.

Por otro lado, una tercera teoría sería la de Stephens y las ideas por él planteadas como un momento de “ruptura” o mejor dicho de “apertura” en cuanto a la apreciación de las antigüedades americanas y que están relacionadas con las tendencias que ya en la primera mitad del siglo XIX estaban en el aire, pues decía que no era necesario pensar en judíos, chinos o tártaros para explicar los monumentos mayas, ni recurrir a un viaje de los fenicios para saber quién construyó Uxmal: “Allí hay unos habitantes y es mucho más lógico suponer que sus antepasados fueron los que hicieron esa ciudad”.⁶⁶ Sin embargo, no podemos decir que tuviera una buena impresión de los indios vivos, es decir, de aquellos pobladores que en ese momento vivían y eran utilizados para llevar a cabo sus exploraciones o que en verdad fueran considerados los herederos de los constructores de tan majestuosos monumentos.⁶⁷ La situación fue más compleja según lo deja ver Juan Antonio Ortega y Medina en su obra *Monroísmo arqueológico*.

Es verdad que había inclinación de los estadounidenses por la leyenda negra, lo que hacía que se considerara a los indígenas de su tiempo como seres envilecidos por la codicia y la moral corrupta de los españoles. Sin embargo, Stephens tenía una actitud particular frente a los vestigios, pues calificó a las antigüedades como dignas de incorporarse a una estética propia, a un arte que sería el americano y debería entenderse con independencia de la tradición grecorromana, como una especie de etapa clásica americana. Estas ideas tenían que ver con la intención de establecer una separación con Europa en el terreno intelectual,

⁶⁶ Bernal, *Humboldt...*, 1962, p. 131.

⁶⁷ Para ver el tema indígena en el siglo XIX, específicamente la mirada que tenían de ellos algunos extranjeros Ver Brigitte B. de Lameiras, *Indios de México y viajeros extranjeros. Siglo XIX*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973. (SepSetentas; 74); *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un Estado Nación o un mosaico plurinacional?*, Manuel Ferrer (Coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2001. (Doctrina jurídica; 56).

una “autarquía investigadora” y un origen propio, alejado de las comparaciones con los pueblos asiáticos.⁶⁸

Lo anterior respondía a los intereses estadounidenses de erigirse como una nación con identidad propia, distante del yugo o la influencia europea, donde se “salvajizaba” lo americano y se le negaba una capacidad creativa propia, aunque, como dice Ortega y Medina: “Antes que Stephens, los Humboldt, Del Río, Dupaix, Kingsborough, Waldeck, etc., no habían sido insensibles a la misteriosa y subyugante belleza que irradiaban las artes plásticas prehispánicas; pero fue precisamente Stephens el que halló un sentido americano a tal belleza, y el que cayó en la cuenta de aprovecharla y aprehenderla en beneficio calculado de su nación.”⁶⁹

Se buscaba la invención de un pasado prehispánico glorioso para no quedarse al margen de la carrera del progreso, razón por la cual se generaron diversas instituciones que se consolidarían a finales del siglo XIX, dedicadas al estudio “etnográfico” y “arqueológico” de Latinoamérica, como lo serían el *Smithsonian Institute* y el *Peabody Museum* en Harvard, quienes emprendieron exploraciones en la zona maya con los primeros etnógrafos formados académicamente para el estudio de esta región.

En aquellas épocas, Francia buscaba, por su parte, llevar a cabo un “redescubrimiento” americano, por ello no es gratuito el interés que despertaron las antigüedades mexicanas. Se llevaron a cabo exploraciones y crearon sociedades de estudios sobre la materia, con gran énfasis en el tema, no con un matiz difusionista ni americanista, sino en un interés más general por estudiar desde las regiones andinas, mesoamericanas hasta las de América del norte, a fin de impulsar “la incorporación del mundo antiguo

⁶⁸ Ortega, *Monroísmo...*, p. 55.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 63.

americano a una historia occidental común: la historia universal.”⁷⁰ Se utilizó también el referente oriental para la explicación “científica” de los antiguos pobladores americanos. En este marco se entiende que, incluso Charnay mencione lo siguiente:

Estados Unidos se nos ha adelantado; en la época de los viajes de Stephens los estadounidenses habían intentado esta gravosa empresa, pero fracasaron ante la mala voluntad del gobierno de Chiapas. Hoy, cuando nuestras armas victoriosas llevan a México las ideas civilizadoras y la tranquilidad; hoy cuando la influencia francesa podría sustraer a este hermoso país de su absorción por la civilización estadounidense, ¿no sería el momento para incorporar algunas ideas de arte y de ciencia a la gloria de nuestras armas? Una nota del gobierno bastaría para allanar cualquier dificultad y para llevar a Francia documentos que causarían la envidia de Estados Unidos e Inglaterra.⁷¹

Si prestamos atención a los “métodos”, es claro que Humboldt fue un referente obligado para el americanismo francés, pues era el “*grand révélateur*” americano, basado en su tarea de investigación, además de su gran trayectoria como erudito y científico, así como su renombre en el ámbito de la ciencia ilustrada. Sin embargo, también lo fue Stephens, quien reforzaba el interés por estar a la vanguardia de los estudios americanistas, sobre todo si pensamos en lo que Francia estaba haciendo en sus territorios extra europeos.

⁷⁰ Antonio E. de Pedro Robles, “Arqueologías americanas. La representación del mundo antiguo mexicano y el debate estético en el contexto europeo de la primera mitad del siglo XIX” en *Decimonónica*, Vol. 6, núm. 1, invierno 2009, p. 46.

⁷¹ Charnay, *Ciudades...*, p. 220.

Por ello, no es gratuito que personajes como Charnay tuvieran como guía sus publicaciones, ya sea para afirmar o refutar sus ideas.

En medio de estas discusiones que iban más allá del interés científico, puro y objetivo, es que se inscribe la obra de nuestro personaje, por lo que no es extraño que dejara ver algunas ideas respecto al papel que en estas controversias podía no sólo jugar él como ciudadano francés, con las potestades que ello le daba en cuanto a sus opiniones y acciones, en un país que se consideraba inestable y propenso a ser colonizado, sino para su beneficio personal incursionando en los temas que en los círculos americanistas se discutían.

Fue así que Charnay fue construyendo su propia aventura personal, en la que podemos ver no sólo sus opiniones del país y de los indios en general, sino de su recorrido en función de sus objetivos al visitar los lugares específicos de lo más reconocido de las antigüedades mexicanas, y cómo fue que su labor, que se basaba en un discurso de objetividad gracias a la fotografía, nos da una muestra de qué se daba a conocer y bajo qué circunstancias a través de un europeo en el México del siglo XIX.

2.3 El explorador: Charnay y las ruinas mexicanas

En el verano de 1860, Charnay llegó por segunda vez a la península de Yucatán tras dos años de estancia en un México de gran inestabilidad política. En su narración deja ver a un hombre que se encontraba en circunstancias poco favorables para el viaje y la exploración, pero cuyo gran entusiasmo no dejaba decaer su labor. Más allá de que sepamos que efectivamente emprender un viaje por el México decimonónico no era una tarea fácil, nuestro personaje buscó edificar una imagen de sí mismo como un prócer del estudio de la

humanidad, a la altura de lo que se demandaría de un francés en México, en un momento en el que las tropas galas llegaban a nuestro país. Dice en su texto:

Iba a entrar en el territorio enemigo; iba a ver finalmente esas ruinas magníficas sobre las que había leído maravillosas relaciones; no había ya ningún peligro frente a mis ojos; incluso este no hacía sino añadir un nuevo encanto a esta expedición, mitad artística y mitad militar. Mi tropa se componía por el momento de veinticinco soldados e indios, y debía aumentar todavía más en Pisté. Era una endeble escolta; sin embargo, yo lanzaba miradas de satisfacción sobre este abigarrado ejército, mientras me veía a mí mismo a la cabeza de una expedición original, y pensaba, con cierto orgullo, que muy pocas veces se habrán tomado fotografías en tales condiciones.⁷²

Podemos también advertir en estas palabras que su interés por este primer viaje en México estaba aún lejos de las pretensiones científicas, y más cerca de las pretensiones artísticas, enarbolando su labor fotográfica que daría pie a los estudios más serios que llevarían a cabo sus connacionales. Lo anterior lo podemos sustentar si seguimos cómo fue que se difundió su obra.

Desde 1860, incluso antes de regresar a Francia, las noticias del viaje de Désiré Charnay por México ya se conocían en París a través del abate Brasseur de Bourbourg, quien tenía cierto prestigio en los círculos interesados en el conocimiento de las civilizaciones precolombinas y expresaba, a través de una carta leída en las sesiones de la

⁷² *Ibid.*, p. 160-161.

Sociedad de Etnografía de París, su encuentro en Zanatepec, Oaxaca, cuando Charnay iba rumbo a Tehuantepec y él hacia Guatemala. La carta del religioso mencionaba a un joven francés al que describe como un “artista fotógrafo enviado por el Ministerio de Estado a Yucatán, Chichen Itzá, Uxmal, Palenque, etc.” que llevaría a su natal Francia, a finales de ese año, una serie de fotografías de las antiguas civilizaciones americanas y “hará una exhibición pública la cual espero que persuada a nuestros queridos parisinos de que la América posee antigüedades dignas de ser exploradas.”⁷³

Para el año 1861 las imágenes capturadas en el viaje de Charnay ya se habían dado a conocer, por lo menos, en ciertos círculos franceses, pues nuestro personaje aparece mencionado en revistas como la *Revue orientale et américaine*, que lo valora por su labor fotográfica, en contraposición con los dibujos de sus antecesores como Catherwood o Waldeck, y que permite acercarse a los monumentos americanos, “monumentos que estamos comenzando a estudiar con mayor seguridad y a juzgar animosamente, no sólo a través de dibujos informados sino de copias fieles, e incluso a partir de fotografías como aquellas con las que el Sr. Charnay acaba de enriquecer el mundo del saber.”⁷⁴ Y es que se consideraba que esa era su aportación principal, por lo que se comenzaba a hablar de sus fotografías como una contribución importante para el estudio de ruinas que aunque fueron exploradas por otros, no habían sido reproducidas con la tecnología que representaba la imagen fotográfica y toda su carga testimonial.

Si bien tenemos noticia de la participación de nuestro explorador en 1861 como ponente en la segunda sesión anual de la Sociedad de Geografía de París, donde se refirió a

⁷³ *Comptes rendus des séances de la Société d'ethnographie américaine et orientale*, T. I, 1860, p. 74.

⁷⁴ *Revue orientale et américaine*, T. 7, 1861-1862, p. 135.

los “curiosos monumentos aborígenes de Yucatán,”⁷⁵ podemos inferir que su labor se limitaba a dar información de primera mano en los círculos de las diferentes sociedades parisinas, dejando en claro sus conocimientos empíricos acerca de su estancia en las tierras lejanas apoyado en su registro fotográfico y el acopio del material necesario para que aquellos ilustrados en el tema pudieran hacer sus estudios y conjeturas acerca del pasado americano. Función ésta de “corresponsal” que proporcionaba la materia prima y tenía que ver con la diferencia entre los “estudiosos de gabinete” y los viajeros.

Podemos deducir el impacto que tuvieron sus imágenes aun antes de la edición de las fotografías en forma de álbum, circulaban las imágenes en forma de grabados en publicaciones como *Le Tour du Monde* y no sólo de las ruinas sino de los monumentos de la ciudad de México y sus alrededores. Asimismo, se sabe que en 1862 donó tres fotografías al Museo de Etnografía de las “vistas de América central y un calendario Azteca”⁷⁶ y que entregó una colección de fotografías en forma de álbum directamente a Napoleón III como un regalo personal⁷⁷, lo que nos habla de la importancia que en el ámbito de los *savants* tuvo su trabajo por ser las primeras fotografías que daban cuenta de las ruinas americanas.

La publicación de *Cités et ruines américaines* fue reconocida principalmente por la aportación que las imágenes daban al conocimiento de una parte del pasado mexicano. En dicha obra, el texto escrito por Charnay, *Le Mexique*, no variaba mucho de otros libros de viaje de la época, aunque daba importancia a dos temas poco comunes: por un lado, la

⁷⁵ *Le temps*, 01/12/1861 ; *Annuaire de l'archéologue, du numismate et de l'antiquaire : pour l'année 1862*, en donde se mencionan sus andanzas a la par de Brasseur de Bourbourg.

⁷⁶ *Annuaire de la Société d'Ethnographie de Paris*, Año 3, 1862, p. 404.

⁷⁷ Juliana Bittencourt y Patricia E. Carrillo Medrano, “A través del lente del explorador: una aproximación al álbum fotográfico Ciudades y ruinas americanas, de Désiré Charnay”, en *Boletín de monumentos históricos*, tercera época, núm. 31, mayo-agosto 2014. En el capítulo 3 de esta investigación se hablará más acerca de los distintos álbumes.

reiterada alusión a los procesos fotográficos y asuntos relacionados con esta labor (a veces con referencias técnicas sumamente minuciosas), la cual también incluía su parte de heroicidad con los más de mil kilos de equipaje que regularmente son mencionados. Por otro lado, el de tratar de explicar la geografía y las complicaciones derivadas de ella, de las ruinas prehispánicas, con la mira de dar la impresión de ser un pionero y descubridor.

Ambos temas son desarrollados con poca modestia. Sin embargo, Charnay deja de lado el interés teórico y reconoce todo el crédito al extenso y nada despreciable texto *Antiquités américaines* del arquitecto francés Eugène Viollet-le-Duc, quien fue el que con mayor empeño escribió acerca de las diferencias y similitudes en cuanto a estilos arquitectónicos de los constructores prehispánicos y a sus disertaciones en torno a los orígenes de las civilizaciones americanas y su distinción racial, a la par que comparaba las posibles influencias nórdicas y asiáticas de la arquitectura prehispánica para establecer similitudes entre las razas. Para 1863, el arquitecto ya era reconocido por su labor de restauración basado en sus particulares teorías, lo que también implicaba la importancia que se ofreció a su obra y que tal vez influyó en la decisión del gobierno francés para que formara parte de la Comisión Científica de México. Esto implica que, desde que se difundió su empresa mexicana, Charnay no fue tan reconocido como *explorador*, sino como incipiente viajero y fotógrafo.⁷⁸

Un año después de la publicación de *Ciudades y ruinas americanas*, en 1864, se comenzaron a mencionar sus “descubrimientos arqueológicos”, no en un sentido de

⁷⁸ Varias son las publicaciones que retoman y subrayan esta faceta de Charnay, por ejemplo, en *Nouvelles annales des voyages, de la Géographie et de l'histoire*, de 1861, se hace alusión a sus 49 fotografías (las cuales ya se conocían antes de su publicación en 1863). *Annuaire encyclopédique: politique, économie sociale, statistique, administration*, 1862, p. 820, en el que se menciona “Las ruinas de México, planchas fotográficas por M. Charnay con un texto de Viollet Le Duc y Ferdinand Denis”. Este último era el conservador y administrador de la Bibliothèque Sainte-Geneviève y es mencionado en varios textos como posible autor, sin embargo, al parecer, no colaboró en la edición.

hallazgo de nuevos enclaves, sino en cuanto a la aportación de datos, que lo equiparaban con Brasseur, Catherwood, Galindo y Waldeck,⁷⁹ como parte de los personajes que dieron luz acerca de las civilizaciones precolombinas y en un contexto de interés por conocer más acerca de México, su territorio y su cultura.

Aun con ello, sus fotografías o su libro de viaje no fueron suficientes para que formara parte de la Comisión Científica de México, como sí lo hicieron otros personajes que ya tenían experiencia en México, como el abate Brasseur, quien fue designado por el Ministerio de Instrucción Pública francés como parte del Comité de historia, lingüística y arqueología, el cual estaba presidido por el barón Jean Baptiste Louis Gros y del que también formó parte Viollet Le-Duc y otros personajes con experiencia en México o en el estudio de la historia de las civilizaciones antiguas, como Joseph-Marius Alexis Aubin, César Daly o Henry Prevost.⁸⁰ Considero que no fue incorporado por dos motivos. El primero es que su experiencia teórica y práctica sobre los temas que era necesario abordar era muy limitada y no podría aportar los datos requeridos como parte de las funciones de la Comisión, el segundo es que no estaba demasiado vinculado con la sociedad mexicana como para poder venir y en medio de la vorágine salir adelante en sus labores. Particularmente, y siguiendo el rumbo de esta tesis, yo me decanto por la primera opción.

Sin embargo, aun cuando Charnay no formó parte de la Comisión, estuvo presente como referencia de los estudios que se realizaron y fue reconocida la calidad de sus fotografías, lo cual podemos ver en las múltiples menciones acerca de las imágenes de Chichen Itzá, Izamal, Uxmal y Mitla, cuya importancia señala el mismo capitán Dutrelaine,

⁷⁹ Richard Cortambert, *Peuples et voyageurs contemporains*, J. Gay, Paris, 1864, p. 150

⁸⁰ Un análisis más puntual acerca de estos personajes y la importancia de este y los otros comités de la Comisión pueden verse en Rosaura Ramírez Sevilla e Ismael Ledesma Mateos, “La Comisión Científica de México: una aventura colonialista trunca” en *Relaciones*, núm. 134, primavera 2013.

quien fue el jefe de la Comisión y realizó algunos recorridos por dicho lugar.⁸¹ Estas múltiples menciones hacen pensar que su labor fotográfica fue reconocida en su momento por un amplio círculo de estudiosos y ello tiene sentido si se piensa que eran las primeras imágenes que por su nitidez, tamaño y encuadre permitían dar testimonio de los edificios ruinosos.

No formar parte de tan importante empresa científica no le impidió ser considerado, en esos mismos años, para ir comisionado a Madagascar, otro enclave colonial de la Francia decimonónica, en un momento en el que se conjugaba el interés por el conocimiento de las sociedades sujetas y la avanzada militar. Así, Charnay no sólo se dedicó a escribir acerca de su estancia en los territorios australes, sino a fotografiar la vida en ese país con tintes de lo que hoy llamaríamos etnográfico, papel que también se reproduce en su texto *Madagascar à vol d'oiseau*. Hacer referencia a este viaje de nuestro personaje no es un acto ocioso si pensamos en la implicación que tuvo el afianzarse como fotógrafo de las expediciones francesas y reforzar su pluma, que cada vez se centraba más en cuestiones menos anecdóticas.

En sus *Monuments anciens du Mexique. Palenqué et autres ruines de l'ancienne civilisation du Mexique* Brasseur utiliza como ilustraciones los dibujos de Waldeck, pero menciona a Charnay y sus “descubrimientos”. No es sino hasta 1878 que en la *Revue*

⁸¹ El mismo Dutrelaine acepta la importante difusión, al menos en los círculos próximos a los miembros de la Comisión, de las fotografías de Charnay. “Conocía yo, antes de mi excursión las ruinas de Mitla, las vistas fotográficas que Mr. Charnay ha tomado de ellas; así pues, no me he contrariado por no estar en condiciones de tomar otras vistas después de las suyas. La colección de fotografías de Mitla por M. Charnay es tan completa y satisfactoria cómo es posible, y no creo que se pueda hacer mejor hoy.” Asimismo, haciendo referencia a la calidad del testimonio que representan las fotografías frente a otro tipo de representaciones manuales decía “Creo superfluo advertir a la Comisión que se cuide de los detestables dibujos de las ruinas de Mitla que se han publicado en los Estados Unidos por la Smithsonian Institution. Son una representación tan tosca, como poco exacta.” No puede dejar de advertirse el desdén con que se refiere a los estudios o publicaciones estadounidenses frente a los trabajos franceses, lo que deja ver una pugna por demás evidente y que también está presente en Charnay. *Archives de la Commission Scientifique du Mexique publiées sous les auspices du Ministère de L'Instruction Publique*, Paris, Imprimerie Impériale, 1867, Tomo III, p. 106.

politique et littéraire: revue des cours littéraires se hace referencia a una labor más “científica” de Charnay, toda vez que en sus viajes como el de Madagascar y los subsecuentes a los territorios coloniales asiáticos va en calidad de fotógrafo, sin embargo, ya se deja ver un interés que se aprecia más allá del mero recorrido sin un fin particular, pues dice la revista que: “El Sr. Désiré Charnay acaba de ser comisionado por el ministro de instrucción pública en una misión para explorar la Nueva Zelanda, Tasmania y la Nueva Gales del Sur. Esta misión no solamente tiene un interés geográfico: el Sr. Charnay debe entregarse al mismo tiempo a investigaciones detenidas de etnología y sobre todo de lingüística.”⁸²

A partir de entonces, comienza a extenderse más su participación en revistas especializadas, lo que también le permitió regresar a México como la cabeza de una expedición financiada por M. Lorillard en un proyecto franco-estadounidense y en el que se destacaba su aporte por la experiencia de viaje en otras partes del mundo y sobre todo en México. Este viaje tuvo grandes expectativas en cuanto a la obtención de datos interesantes para el estudio de los antiguos mexicanos, en un momento en el que instituciones como el *Peabody Museum* o el *Smithsonian Institute* emprendían expediciones con fines académicos en el sureste mexicano.

Consideramos que fue en este contexto que la expedición de Charnay tuvo tanta difusión, no sólo en el ámbito mexicano sino en el francés, en el que se enarbolaba la labor de nuestro personaje. Decía la prensa francesa: “Las investigaciones y excavaciones que durarán de dos a tres años serán llevadas a cabo en seis provincias dónde se espera

⁸² *Revue politique et littéraire : revue des cours littéraires*, Serie 2, Año 7, núm. 37, 16/03/1878, p. 883. La labor de Charnay en esos territorios australes parece haber tenido, ciertamente, un interés etnográfico, ya que visitó las reservaciones de aborígenes que en esa época existían en Australia, que derivaron en comentarios que hoy podríamos considerar profundamente racistas. Cfr. Ian Clark, *A peep at the blacks': A history of tourism at Coranderrk Aboriginal Station, 1863-1924*, Warschau/Berlin, De Gruyter, 2016. pp. 75-79.

encontrar pistas de los desconocidos que existieron mucho tiempo antes de la época de los aztecas, o incluso antes que las otras razas o tribus llamadas otomíes, chichimecas y olmecas, de los cuales solo se han recogido hasta ahora vagos vestigios”.⁸³ Señalaron así las teorías que sobre los toltecas sostenía Charnay y que fueron el eje de sus “investigaciones” en ese viaje.

Lo hasta ahora mencionado en este apartado contrasta con la percepción que actualmente se tiene de este autor, que resalta a ultranza su importancia como arqueólogo, viajero-arqueólogo o explorador, pues se le incluye en las recopilaciones de exploradores del centro y sureste de México en las historias generales de la arqueología y, cuando no se magnifica su “aventura” por México, haciendo una recuperación acrítica de sus mismos textos, se le fustiga por no haber sido lo suficientemente metódico en sus investigaciones. Sin embargo, hemos visto que, por lo menos en lo que concierne a su primer viaje a México, el estudio de antigüedades apenas daba atisbos de sistematizarse y someterse a esquemas metodológicos y teóricos específicos. Dentro de estas interpretaciones contemporáneas, dice uno de sus biógrafos:

Aunque hoy día Désiré Charnay es considerado como un arqueólogo, conviene destacar que, demasiado disperso por sus variados intereses, dedicó al cultivo de esta disciplina muy poco tiempo. Sus temporadas de trabajo de campo fueron, en comparación con sus campañas de exploraciones de ruinas y sus expediciones fotográficas, asombrosamente cortas. Las muy raras notas manuscritas, hechas *in situ* en sus excavaciones,

⁸³ *Les sciences populaires : journal hebdomadaire illustré*, año.1 n. 15, 1880, p. 239.

encontradas hasta ahora, no son más que diarios escritos sin orden, en los que mezcla la información científica con numerosas anécdotas y reflexiones personales. Charnay, al igual que sus contemporáneos que trabajaban en el mundo mediterráneo o en el Oriente, no parecía otorgar mucho interés a la metodología. Sus excavaciones hechas sin estratigrafía, reventando montículos y monumentos, no tenían otro objetivo que el despejo de ruinas espectaculares, la recolección de objetos bonitos y por cierto la búsqueda de la fama.⁸⁴

No es que deba descartarse por completo lo arriba citado, sobre todo lo concerniente a la búsqueda de la fama. Lo que se ha pretendido explicar en este segundo capítulo, es que no podemos tener una imagen teleológica del conocimiento, en que la arqueología o cualquier otra disciplina sea un ente que haya estado presente en todos los momentos de la humanidad, manifestándose de diversas maneras y sin cambios sustanciales a lo que sucede en nuestro presente.

Es por ello que a lo largo de estas líneas se ha pugnado por reafirmar que es pertinente entender cómo es que se concebía el estudio de las antigüedades y la exploración arqueológica en esos ayeres en los que no podemos aún hablar de disciplinas científicas conformadas y en donde, en vez de cátedras que permitieran la adquisición de conocimientos de manera metódica, lo que había eran sociedades de conocimiento, cuyo interés, basado en la adquisición de saber a través de métodos empíricos, no se amolda a lo que hoy entendemos como ciencia o conocimiento académico.

⁸⁴ Mongne, *Désiré...* p. 46.

Lo que hemos intentado explicar en las páginas anteriores de este apartado, es que ciertamente la etnografía, la arqueología y demás disciplinas del estudio de las civilizaciones no occidentales, tienen antecedentes que no pueden ser obviados ni juzgados de acuerdo con parámetros contemporáneos, pues, como menciona Lorena Careaga, “la arqueología nacía apenas como profesión y disciplina científica, nutriéndose de los estudios, observaciones y colecciones de anticuarios y naturalistas; todavía se carecía no sólo de evidencias suficientes, sino de un cuerpo teórico aún en formación y de una serie de herramientas metodológicas que estaban por crearse.”⁸⁵

Por ello es pertinente pensar que esa imagen de Charnay como arqueólogo explorador es, como todas las categorías, una construcción creada para un mejor estudio y no algo dado *per se*, ya que al partir de Francia en 1857 su intención inicial distaba de querer ser considerado un estudioso de las antigüedades americanas, como lo eran para ese entonces otros personajes tanto franceses como de otras nacionalidades, sino que buscaba dar aportes para que los capacitados en el asunto tuvieran elementos para generar teorías y explicaciones sólidas.

Ello no exime que en algunos pasajes de su texto se asuma como el continuador de una serie de exploraciones que dieron luz al pasado mexicano, al decir que “el álbum *Cités et ruines américaines* completa, y rectifica a veces, los vastos trabajos emprendidos en esta materia por ilustres viajeros”.⁸⁶ Basa su aportación sobre todo, en el ámbito de las imágenes que se han propagado del pasado mexicano y en donde admite, con extraña humildad, que su trabajo no aporta mayor cosa que los de otros sabios, más que, en el sentido más empirista posible, su verdad: “Por lo que me concierne, mi tarea es fácil: Yo digo lo que vi

⁸⁵ Careaga, *op. cit.*, p. 122.

⁸⁶ Charnay, *Preface...*, p. III.

y lo que pude observar; por lo que ofrezco una simple relación al público; en ella no obtendrá ningún valor que no sea la verdad”⁸⁷

Esta intención inicial se desarrollaría y modificaría a lo largo de los subsecuentes viajes que emprendería, por lo que, a su retorno a México en 1880, sus actividades fueron dirigidas a generar el conocimiento que se demandaba aun en algunos círculos especializados más no académicos. Y entonces, ¿cómo se fue construyendo esta referencia a su valor en cuanto a arqueólogo y estudioso del pasado mexicano?

Paralelo a la narración de su viaje en el formato de la literatura de viajes, el estudio de las civilizaciones prehispánicas no fue el punto nodal de su primera publicación. No sería sino hasta sus viajes posteriores que obtendría prestigio en ciertos ámbitos científicos franceses; incluso, después de su viaje a Madagascar y Java, Charnay giró hacia otros intereses que podían o no complementar sus estudios etnológicos. Así, por ejemplo, derivado de su segundo viaje a México, el cual tuvo un carácter marcadamente más científico, sus trabajos sirvieron como base a los antropólogos franceses, como fue el caso Ernest Théodor Hamy, quien dice haber tomado en cuenta sus notas acerca de mediciones óseas en poblaciones indígenas para su obra *Anthropologie du Mexique*, por lo que podemos suponer que realizó una labor antropológica, al parecer de manera tangencial a sus excavaciones, aunque no tenemos evidencia de ello. Sin embargo, estas acciones pudieron haber sucedido solo en una etapa muy tardía, en su segundo viaje, más de 20 años después del primer viaje a México, cuando ya había sido reclutado para varias expediciones y tenía una reputación que pudiéramos llamar “científica”.⁸⁸

⁸⁷ *Ibid.*, p. VIII-IX.

⁸⁸ No era extraño el que en el contexto sobre teoría de las razas se pensara en un estudio sistemático de las características fenotípicas en relación con las costumbres morales de los pueblos no europeos, estudios que al

En su primera obra, no fue tan ambicioso. En cuanto llega a Oaxaca, narra sus andanzas por Monte Albán y no duda en hacer referencia a las posibilidades de estudio de las antigüedades en ese lugar, pero también señala los “inconvenientes” que él, como “científico”, encuentra para ello, ya no sólo por la inseguridad de viajar en medio de guerras (la de Reforma y la de Castas), sino por la falta de cooperación por parte de los indios:

Debajo de las ruinas se extienden unos subterráneos: alguna vez han sido abiertos, pero la actitud hostil de los indios ha obligado a cerrarlos de nuevo antes de poder visitarlos y sacar los tesoros que encierran, yo quise, en vano continuar la empresa, pero me hubiese hecho falta el apoyo de unos cincuenta hombres, por lo menos, para proteger mi trabajo, y era imposible conseguir tal cosa frente a un gobierno desorganizado que no podía sostenerse a sí mismo.⁸⁹

Este tipo de comentarios acerca de la “poca cooperación” de los indios y la falta de mano dura del gobierno para obligarlos a darle la “ayuda” necesaria para que llevara a buen

final de cuentas estaban respaldados por un discurso científico en el marco de un contexto colonialista. En un texto posterior al que nos atañe en esta investigación, Charnay dice: “El indio yucateco es un tipo hermoso. La estructura ósea de su cráneo se aleja mucho de los fundadores de Palenque, cuya frente hundida y la cabeza terminada en punta se puede encontrar todavía en los indios de la montaña: debemos agregar que la mezcla del indio y el blanco ha producido en Yucatán una raza mestiza admirable que no se parece en nada a las mezclas de otras razas indias; además, los rasgos indios se conservan siempre, no importa que tan alejada se encuentre la filiación y cuan blanco sea el producto, de manera que el observador puede reconocer a primera vista a un mestizo yucateco entre otros mestizos.” Désiré Charnay, “Mis descubrimientos en México y en la América Central” en *América pintoresca: descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores. Carlos Wiener, doctor Crevaux, D. Charnay, etc., etc.*, Barcelona, Montaner y Simon, 1884. p. 165. Sin embargo, no hay mayor evidencia que esas breves referencias. A pesar de ello, autores como Beatriz Urías han sostenido que Charnay “realizó trabajos sobre mediciones óseas en poblaciones indígenas mexicanas que fueron publicados en la obra editada por T. Hamy, y otro trabajo sobre medición de cerebros humanos publicado en París. Désiré Charnay”. Urías, *op. cit.*, p. 80. No obstante, este último trabajo, “Cervelles humaines conservées” no trata de mediciones craneales, sino que incluye sus disertaciones sobre los cráneos encontrados en Tenenepanco, en 1880.

⁸⁹ Charnay, *Ciudades...*, p. 124.

fin sus excavaciones y estudios, era un tema que Charnay tuvo siempre presente. Incluso años después, en su segundo viaje, sigue haciendo referencia a ello y es por esta razón, entre algunas otras, que deriva en el cuestionamiento acerca de la “necesidad” de que personajes como él tuvieran que develar este tipo de monumentos por contar con la capacidad intelectual para hacerlo: “Solo nos queda por formular, sobre estas ruinas, un voto que muchos otros antes que nosotros han expresado ya. ¿No corresponde a una nación como la nuestra, cabeza y luz del mundo, tomar posesión de estos valiosos monumentos, ofreciéndoles en nuestros museos el lugar que su importancia reclama?”⁹⁰

Podemos ver la especie de misión cultural de la que sentía que formaba parte por ser Francia pionera en el establecimiento de sociedades de estudio y museos encargados del análisis de las civilizaciones antiguas. Sin embargo, no siempre se tomaban en cuenta los trabajos emprendidos por los mexicanos o incluso novohispanos, pues se consideraba que era Francia quien tenía una especie de “misión apostólica cultural”⁹¹ y, con ello, la superioridad intelectual para estudiar y explicar las sociedades del mundo no europeo, aunque ello implicara a veces la sujeción militar y política de los territorios. Como veremos más adelante, esta discusión alcanzó a los actos de Charnay décadas después, cuando se vería envuelto en una polémica en la que, más allá de su figura y prestigio, estaba involucrada una discusión sobre de la capacidad o incapacidad de México para la salvaguarda y estudio de los vestigios de su pasado.

A lo largo del texto, nuestro viajero deja ver que la información que los indios proporcionaban resultaba poco valorada frente a la labor de los exploradores, ya que

⁹⁰ *Ibid.*, p. 220.

⁹¹ Bitterli, *op.cit.*, p. 389. Esto como argumento para juzgar, a partir de los parámetros europeos, pero sobre todo franceses, a los pueblos y su nivel intelectual y de civilización, incluso para el estudio de su propio pasado, razón por la cual la salida de piezas arqueológicas a los grandes museos de las principales potencias coloniales no era una práctica mal vista, sino por el contrario, un “rescate” de la historia de la humanidad.

incluso se asumía que un lugar era desconocido si no había sido mencionado en la literatura generada por sus precursores, es decir, si no se había establecido y difundido en los círculos intelectuales extranjeros. Es por ello que, en ocasiones, puede pensarse que lugares como Palenque, Chichén Itzá y otros enclaves, ya sea de la península de Yucatán o de otras latitudes de México, eran territorios ignotos de difícil acceso y ubicación desconocida; sin embargo, hay evidencia de que la población cercana a estos lugares tenía pleno conocimiento de su existencia e, incluso, hacía uso de ellos.

También habría que tomar en cuenta que el término *exploración* no está ligado necesariamente a lo ignoto, pues como ya vimos en el caso de Chiapas y Yucatán, algunos eran lugares conocidos no sólo por los entendidos, sino por la población en general, para la cual no tenía el estatus de objeto de estudio en el ámbito de los anticuarios ni en el arqueológico como lo conocemos ahora. Es importante recordarlo, ya que a veces creemos que, tal como lo enuncian los viajeros decimonónicos, ellos fueron “descubridores”, aunque la discusión sería en torno a si el carácter de descubrimiento se lo da su inclusión en los circuitos de saber occidental o su existencia *per se*.

Por ejemplo, se sabe que Izamal, lugar muy próximo al centro del poblado del mismo nombre, Uxmal o Motul eran visitados por los habitantes locales,⁹² o que, en Palenque, que aun cuando la espesa vegetación cubriera las ruinas hasta hacerlas casi desaparecer, los habitantes del lugar tenían ubicadas las ruinas e incluso estaban al tanto de qué era lo que los exploradores deseaban ver, como El Palacio. Esto lo podemos deducir porque resultaba claro que los guías sabían por dónde entrar, ya que en todo el texto no se

⁹² Acerca de estos “viajes de fin de semana”, ver la referencia al texto *Alegre viaje de cuatro amigos a las ruinas de Uxmal en 18 de marzo de 1852*, de autor anónimo, citado en Mario Humberto Ruz y Adam T. Sellen, “Presentación” en *Ideas, ideólogos e idearios en la construcción de la imagen peninsular*, Izamal, Gobierno del Estado de Yucatán, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2015, p. 15.

menciona que se hubieran extraviado al querer llegar a algunos sitios.

Asimismo, sabían qué edificios eran lo más accesibles y atractivos para el viajero y el propio autor comenta que los pobladores tenían suficientes datos acerca de las ruinas. Dice Charnay: “un joven alemán me dijo que él había descubierto cinco o seis templos nuevos, adentrándose en la montaña...” o cuando menciona que el encargado de la iglesia de Santo Domingo lo “llevó a la casita que estaba frente a la suya, cuyo propietario poseía, incrustados en la pared de su vivienda, los dos bajorrelieves tan conocidos y reproducidos por todos los viajeros...” y que “Stephens reprodujo en su obra con mucha exactitud.”⁹³ Podemos pensar entonces que la construcción de espacios icónicos de las civilizaciones precolombinas fue un proceso en el que participaron activamente los pobladores locales y no necesariamente fue exclusivo de los exploradores, en su mayoría extranjeros, como generalmente se describe en la historiografía.

Un caso similar, y sólo por comparación, es el de Stephens en Copán en donde, podemos asumir, los exploradores podían llegar a las ruinas gracias a la información proporcionada por los pobladores y ello explica, quizá, el recelo con el que en ocasiones custodiaban las ruinas. Aunque esta situación es evidente, en el discurso no se considera como un conocimiento válido, con la idea decimonónica de que los exploradores constituían “hombres que en pos del conocimiento recorrieron lo que aún no había desentrañado la razón, amparados en la legitimidad otorgada por la antorcha civilizatoria.”⁹⁴

Cabe señalar que esta actitud se seguía teniendo frente a otro tipo de saberes, los cuales, por no haber sido estudiados y dados a conocer en los círculos de *savants*,

⁹³ Charnay, *Ciudades...*, p. 206.

⁹⁴ Benoit, *op.cit.*, p. 423.

parecieran no ser revelados a la razón. Al considerar que los indígenas con los que convivían no eran herederos de las civilizaciones por las que estaban interesados, los veían sin una conexión aparente con su objeto de estudio que les pudiera proporcionar más información, por lo que no existía el interés en echar mano de los nativos. Lo anterior es evidente en el caso de Charnay, cuyo desdén hacia las acciones y la existencia misma de los indígenas le impedía plantearse alguna de estas posibilidades.

Cual construcción de una figura de héroe clásico, la narración del francés va encaminada vanagloriarse por sus virtudes, las cuales incluyen la valentía suficiente para atravesar selvas y montañas, a la par de los elementos suficientes para mostrar la luz de territorios agrestes combatiendo la supuesta ignorancia de los habitantes. Por ejemplo, durante su estancia en Yucatán, menciona su opinión acerca del cura de la Cruz Montforte: “Este buen hombre no podía comprender que un mero asunto de arte o de ciencia me hubiera empujado a dejar mi patria, atravesar el océano, el mar, para venir, simplemente, a reproducir unas ruinas que los habitantes del lugar ni siquiera conocían.”⁹⁵

Así, pareciera que los pobladores del lugar, en su mayoría indígenas, no le resultaban de gran utilidad más que para servir de criados, por lo que no tuvo la menor intención de tener un acercamiento que hoy llamaríamos etnográfico para una mejor comprensión del entorno, como lo hicieron personajes como Alice y Augusto Le Plongeon. Con todo, sí menciona la ayuda de guías que prestaban sus servicios, lo que nos habla de personajes que tenían encomendada esa tarea y tenían cierto conocimiento de los lugares. En Palenque:

⁹⁵ Charnay, *Ciudades...*, p. 60.

Hacia dos días que don Agustín [funcionario del pueblo] había enviado a doce indios a las ruinas, a solicitud mía, para cortar los árboles y despejar los palacios; el trabajo ya debía estar avanzado y salí a encontrarme con ellos. Iba acompañado de mi criado y de un guía que el estado de Chiapas impone actualmente a cada viajero, mediante un sueldo de cinco francos diarios. Este debía servirme para dos propósitos; guiar mis exploraciones en los monumentos y vigilar mi comportamiento con respecto a los palacios; su consigna era impedir que yo cometiese cualquier acción que pudiese degradarlos. También nos seguían cuatro indios que cargaban mi equipaje, una mesa, diversos utensilios de cocina y provisiones alimenticias.⁹⁶

Charnay lanza estas palabras después de haber pasado nueve días en Palenque, en donde según su relato, tuvo una pésima experiencia, pues no contó con la “cooperación” suficiente de los indios para eliminar la maleza de los edificios; sus instrumentos para tomar las fotografías se estropearon y sus suministros se agotaron y las condiciones de humedad le impedían la elaboración de lo necesario para preparar sus negativos (y por ello, según sus propias palabras, no consiguió más que tres placas de menor calidad), lo atacaron los insectos y, en general, las circunstancias no le fueron benéficas en la espesa vegetación de la selva. Resulta interesante cómo Charnay va construyendo su relato casi en un sentido heroico, aun cuando su situación no era muy diferente a la de sus antecesores.⁹⁷

⁹⁶ *Ibid.*, p. 207.

⁹⁷ El mismo Frédéric Waldeck lo critica, entre otras cosas, por su poca tolerancia a las situaciones adversas en Palenque, las cuales “no le han permitido al Sr. Charnay quedarse más de veinticuatro horas. Otros exploradores no retrocedieron ante estos obstáculos: Del Río se ha quedado en Palenque treinta y cuatro días,

Al final de su viaje por Chiapas comenta: “Mi regreso al pueblo fue triste; iba yo con la cabeza agachada, con la actitud del vencido, pero prometiéndome, si Dios me presta vida, regresar un día para arrancar a estas ruinas imágenes más fieles y los moldes de sus preciosos monumentos.”⁹⁸ Y en efecto volvió casi veinte años después en condiciones diferentes, pero con la misma idea de “extraer” información fidedigna de esos edificios.

En expresiones como éstas, podemos entender cuál era la interpretación que los mismos exploradores daban a su trabajo, aunque es importante no perder de vista que, en el caso de Charnay, hablamos de su faceta de explorador, por distinguir sólo una parte de su primera obra de tema mexicano. No se trataba de un científico de formación académica, sino autodidacta lejos de la erudición y de varias de las discusiones científicas y filosóficas que se desarrollaban en su natal Europa, por lo que en este primer viaje sólo se basaba en algunas lecturas previas muy específicas y principalmente en la obra de Stephens, que le permitió, incluso, hacer el mismo recorrido.

En el momento de su llegada, Mitla, Uxmal, Chichen Itzá, Izamal y Palenque no eran territorios ignotos, sino parte de un “circuito” de viajes y exploraciones que fue establecido consuetudinariamente en el siglo XIX. No se trataba pues de que su travesía fuera inédita, aun cuando su narración cercana a la novela de aventuras así lo deja ver, sino de rebatir lo ya dicho por otros, principalmente Stephens, a través de testimonios más “fieles” e incuestionables”. Esta idea de veracidad, y no tanto su recorrido, es lo que le daría su particularidad.

¿Qué es lo que hacía pensar a Charnay que aún con toda la referencia de

Dupaix treinta y nueve, Stephens veintinueve y por mi cuenta no me he quedado ahí menos de dos años. Frédéric Waldeck, «Les antiquités mexicaines et la photographie» en *Le trait d'union*, 1862/04/19, p. 4.

⁹⁸ Charnay, *Ciudades...*, p. 207.

exploradores anteriores de la zona maya él podría aportar algo diferente? Esencialmente trataba de aprovechar el empirismo que permeaba en esa época, por lo que no dejaba de remarcar las posibilidades de excavación que él pudiera realizar, pero, sobre todo, la fotografía como apoyo de las teorías que, aunque no se veían claramente en el texto de *Ciudades y ruinas americanas*, serían elaboradas a su regreso a Francia. En el siguiente apartado reflexionaremos acerca de ese valor atribuido a la imagen.

El fotógrafo. Fotografía y viajes en el siglo XIX

En este capítulo se establecerá la relación que existió durante el siglo XIX entre los viajes y las imágenes que fueron resultado de esos periplos. Lo anterior dado que existe una gran cantidad de imágenes producidas durante este periodo atendiendo a la demanda que existía de ver, en el sentido más empírico, lo que había en los lugares que se visitaban. En este contexto es de gran relevancia ahondar en lo que para ello implicaba la imagen fotográfica.

Lo que nos interesa plantear es la relación que existió entre ambas prácticas: la viajera y la fotográfica en el momento específico de la segunda mitad del siglo XIX, para así explicarnos la existencia del material que sobre nuestro país fue capturado por el lente extranjero y con ello entender la labor de Charnay como fotógrafo ya que, como vimos en el capítulo anterior, para el caso de *Ciudades y ruinas americanas*, esa labor fue más relevante que la de explorador. Para ello, nos detendremos a entenderla en su contexto decimonónico y aterrizarla en la construcción de la imagen de Désiré Charnay como fotógrafo para finalmente reflexionar en torno a las particularidades de la fotografía a través de un ejemplo muy concreto del trabajo de Charnay, como una muestra de las posibilidades de reflexión en torno a la su obra y la historia con fotografías.

Pensar en las formas de producción y recepción de la imagen fotográfica en un contexto de viaje nos abre nuevas posibilidades para ubicar a sus productores como parte de construcciones culturales específicas. En este caso, podríamos indagar en la “visión” que se tenía del pasado mexicano en las producciones viajeras ilustradas (en el sentido de contener imagen y no de ser propias de la Ilustración) o en los métodos de elaboración o difusión de una fotografía y entender los procesos en que se inscribieron y se conceptualizaron como maneras de representación.

3.1 Imágenes y viajeros en el siglo XIX

Cómo vimos en los capítulos anteriores, el viajero posterior a la Ilustración se convirtió en una especie de testigo de los lugares visitados. Se confiaba en sus descripciones, por ser elaboradas a partir de la experiencia directa con lo que estaba narrando, aunque ello no estuviera exento de subjetividad, pero al fin y al cabo tenía un mayor conocimiento que aquel que no había visto relatado. Sobre todo, tomando en cuenta que comenzaron a estipularse puntos a seguir en la recopilación de la información o los temas necesarios para una descripción más precisa, incluso cuando no fueran meramente científicos,

Ahora bien, el que los libros de viaje hayan incluido ilustraciones no fue una novedad decimonónica, puesto que desde antes del Renacimiento ya se hacía como una forma de auto-validación de lo mencionado en el texto o de lo que se esperaba ver (por ejemplo, los tratados de *mirabilia*, como el *Libro de las maravillas del mundo* de Mandeville, o *El Viaje de San Brandán*, de Benedeit).¹ Sin embargo, fue a partir de los viajes científicos que se exacerbó la importancia de la evidencia, lo que dotó de veracidad a las ilustraciones, tratando de emular lo más posible lo visto para reproducir la experiencia del viajero, aunque esto no implicara que todas las ilustraciones de viajes tuvieran una finalidad científica en sí misma.

En el siglo XIX comenzaron a elaborarse publicaciones no especializadas, es decir, para un público general interesado y no para conocedores específicos del tema en torno a sociedades de conocimiento, que incluían las ilustraciones como un plus en la narración de los viajes. Los relatos y las imágenes que las formaban fueron realizadas para un ávido público lector, principalmente europeo, que se interesaba por el conocimiento de lugares

¹ Juan Pimentel, *Testigos del mundo ciencia, literatura y viajes en la ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 44.

“exóticos”. Por ello, se dio una gran demanda que las casas editoras satisfacían publicando recopilaciones ilustradas, así como revistas y periódicos, cuyos temas centrales eran las historias, costumbres o anécdotas de países extra europeos.

Por ejemplo, comenzaron a imprimirse periódicos que incluían temas de actualidad, viajes y reseñas de personajes ilustres como fue el caso del periódico francés *L'Illustration* y *Le Tour du Monde* o de grandes recopilaciones de viajes y expediciones, que tan sólo en el caso de Francia es numeroso. Lo anterior, sin incluir los libros de viajes, que en varios países tuvieron una gran demanda y difusión. Con la llegada de la fotografía no se desplazó total y rápidamente la inclusión de grabados; sin embargo, comenzaron a reproducirse imágenes elaboradas a partir de ellas.²

Estas imágenes así generadas se convirtieron en productos de gran valía, pues supuestamente proporcionaban una veracidad incomparable frente a otros medios de ilustración, sobre todo si consideramos el valor que entonces se atribuía a la fotografía. Tal fue el caso de *Le Tour du Monde* que, como ya comentamos en el primer capítulo de esta investigación, mucho de su éxito editorial se debió al renombre de sus grabadores, fotógrafos y a la dupla existente entre ambas labores, pues se daba una gran importancia a la imagen como soporte de la prosa presentada. Decía su editor:

Los viajeros que saben lo suficiente para dibujar sin la ayuda de artistas profesionales, son cada vez más numerosos. La fotografía, que últimamente se está difundiendo en todas las regiones del mundo, es un espejo cuyo testimonio material no puede ser sospechoso, y debe preferirse incluso a los dibujos de gran mérito

² Vid. Cap. 1.

tan pronto como puedan inspirar la más mínima duda. En las primeras veintiséis entregas que acabamos de terminar, varios de nuestros grabados más notables se han realizado a partir de fotografías. También podemos confiar en los dibujos hechos de la naturaleza [...] Nuestros otros dibujos fueron tomados de libros de autoridad indiscutible y siempre hemos tenido cuidado de indicar los títulos.³

Por los varios años que estuvo publicándose esta revista, por los libros de viaje que se han conservado hasta nuestros días y que contienen algún tipo de imagen de temas diversos que ilustran la narración, así como por la publicación de litografías y fotografías a manera de álbumes, como es el caso que nos ocupa de *Ciudades y ruinas americanas*, podemos inferir que este tipo de publicaciones, con texto e imagen, fueron comunes. Tan sólo en Francia existe un considerable número de textos de este tipo, por ejemplo, álbumes en torno a las ruinas romanas, las cuales desde antaño habían sido de interés, y algunos otros que se refieren a lugares explorados con un carácter colonial, como fueron las expediciones a Egipto, Siria y Java, entre otras.

Desde nuestra contemporaneidad, es posible pensar que estas imágenes, cuyo origen era primordialmente de interés comercial, carecen de valor documental por no haber sido generadas con la intención de ser referencias científicas ante la carga subjetiva que podía tener su composición. En este sentido, a veces se cuestiona el valor documental de las fotografías partiendo del hecho de que representaban fantasías o aspiraciones de quien las capturaba y para satisfacer las necesidades de los consumidores. Ante estas ideas valdría la

³ Eduard Chartón, "Preface" en *Le Tour du Monde*, Vol. 1, 1861/01, p. VII.

pena discutir si sus alcances, como objetos generados en el pasado, pueden ser considerados como testimonio para el estudio de prácticas de determinadas épocas. En eso radicaría, quizá, su carácter documental, en nuestra posibilidad de dotarla de sentido a través de su contextualización. Así pues, no toda fotografía, por lo menos del siglo XIX, debe tener un carácter testimonial implícito, para ser concebida en los parámetros de los estudios científicos. Esto es justamente lo que se discute en ocasiones acerca de los fotógrafos exploradores decimonónicos en nuestro país.

La propuesta es asumir que no toda la fotografía decimonónica es en sí misma objetiva, pues habría que pensar que finalmente los conceptos de subjetividad, objetividad, veracidad e incluso de científicidad son una construcción que puede ser explicada históricamente, si seguimos los cambios en los parámetros de lo que antaño era considerado como conocimiento válido y que años después ya no sería la única base para las explicaciones de los hechos.⁴ Es importante tomar en cuenta lo anterior para entender por qué los textos y las imágenes, de Charnay o de otros personajes, fueron “superados” por sus sucesores, como fue el caso de otros viajeros-exploradores-fotógrafos como Teobert Maler, Augusto Le Plongeon, Alfred Maudslay o los arqueólogos “académicos” del siglo XX.

Quizá otro aspecto que habría que poner sobre la mesa, sólo como mera referencia, es el tipo de imágenes que comenzaron a producirse a partir de los viajes emprendidos en el siglo XIX. En ese sentido, de manera muy rápida y sólo para establecer parámetros frente a lo que resulta el objeto de esta investigación, podríamos mencionar que la mayoría se basaban en las formas de expresión de ciertos temas que ya se desarrollaban en la literatura, el grabado y la pintura y desde el siglo XVIII a partir de los *pintoresco*.

⁴ Pimentel, *op. cit.*, p. 49; Cfr. Steven Shapin, *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2005, capítulo “Seeing and Believing”.

La teoría de lo pintoresco estaba relacionada con una discusión filosófica acerca del concepto de belleza, haciendo referencia a los cuestionamientos en torno a lo sublime, el gusto y la contraposición arte-naturaleza.⁵ Se refiere a algo que no es en sí bello (por lo menos de primera instancia), sino de manera más práctica que es “pertinente” plasmar por medio de la pintura. Con esta premisa es lo que se pinta o es digno de tal acción, por lo que en el siglo XIX representan “aquellas escenas, personajes u objetos que, dadas sus características formales o de contenido, fueron considerados suficientemente atractivos para describirlos de manera gráfica o literaria.”⁶

En el esplendor del romanticismo y sus diversas vertientes, lo pintoresco se expandió de lo local hacia los territorios americanos u orientales, como un medio de reproducir con cierto éxito aquello que inspiraba a las sensaciones de la estética romántica. Por ello, no es gratuito que la literatura de viaje contara dentro de su estructura narrativa con apartados dedicados a los paisajes, monumentos y personajes, tanto ciudadanos como rurales, más representativos del lugar descrito, lo cual en algunas ocasiones fue plasmado mediante imágenes a través de “viajes pintorescos” específicos, con la finalidad de “capturar” las particularidades o el color local de propios y extraños.

Como hemos visto, mucho de la producción visual de los viajes del siglo XIX estaba basado en las necesidades de las prácticas “científicas”; sin embargo, no en contraposición, pero sí en coexistencia, estaba la línea “artística”, en la que el viaje

⁵ Antonio E. de Pedro Robles, “Arqueologías americanas. La representación del mundo antiguo mexicano y el debate estético en el contexto europeo de la primera mitad del siglo XIX” en *Decimonónica*, vol. 6, núm. 1, Winter/invierno, 2009, p. 48; Pablo Diener, “Lo pintoresco como categoría estética en el arte de viajeros. Apuntes para la obra de Rugendas”, en *Historia*, Vol. 4, Núm. 2, 2007. Este tipo de reflexiones se veían en textos como los del filósofo británico Edmund Burke, en su obra *A Philosophical Inquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful*, publicada en 1757.

⁶ María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2005, p. 21.

pintoresco tenía como finalidad mostrar a los posibles lectores de las obras la universalidad de costumbres y de lugares, mediante un “itinerario estético del mundo”.⁷

En comparación con el viaje ilustrado, se buscaba ir más allá del “grand tour” que pretendía explorar diversos campos del saber. El viaje pintoresco tenía que ver con el interés de rastrear las “esencias culturales” de las civilizaciones o territorios ajenos y propios (“salvajes” o no), lo que podemos ver en los diversos registros visuales que se generaron en el quehacer artístico con motivos tales como monumentos, ruinas o escenas costumbristas.

Lo que el viajero quería al hacer un viaje pintoresco era encontrar imágenes que le permitieran generalizar las regiones visitadas: “un paisaje que resuma las singularidades de la fisonomía regional, individuos representativos de una determinada sociedad, manifestaciones emblemáticas de su historia y de su cultura material, en fin, todo lo que permita construir una identificación típica de un país o de una región.”⁸ Hacer evidente el folclor local a través de la captura y en algunos casos rescate de las tradiciones y costumbres de los lugares.

Fue así como se elaboraron y reprodujeron imágenes a través del grabado, la pintura y posteriormente la fotografía, la cual conservó, por lo menos hasta finales del siglo, estructuras formales procedentes de la pintura, como el paisaje, el retrato y la escena. Para 1850 ya se retrataban grandes paisajes naturales en diversas partes del mundo, ruinas de monumentos, ciudades y “tipos populares”.

⁷ de Pedro Robles, *op. cit.* p. 51.

⁸ Diener, *op. cit.*, p. 296.

Las ruinas, por ejemplo, entendidas como los restos o vestigios de las construcciones del pasado, que regularmente se encontraban en estado deplorable, forman parte de esta intención de capturar el paisaje. La correspondencia con el pasado y los sentimientos que ello relaciona (como el temor, la inmensidad o la inmortalidad) hacen de ellas objeto de una belleza que se manifiesta mediante una experiencia sensorial o “sublime”. La figura humana, así como las costumbres y tradiciones, es decir el folclor, también fueron elementos que se desarrollaron dentro de la estética pintoresca y que se rescataron con gran entusiasmo en el siglo XIX.

La búsqueda de elementos característicos de las naciones que empezaban a consolidarse y que fueron una fuente de inspiración para los románticos llevó, en el caso de las imágenes, a la creación de varios tópicos, entre ellos uno que se generó desde épocas muy tempranas del siglo XIX y fue común en varias latitudes, por lo menos en Europa y América. Esto es, los “tipos populares” o representaciones “típicas” que, como su nombre lo indica, generalizaban personajes representativos de un lugar determinado con “cierta peculiaridad, ya sea por su oficio, su forma de vestir o de hablar, o por el papel que desempeña dentro de la sociedad.”⁹ Al ser una manifestación visual, en este caso de temas cotidianos retratados por el costumbrismo, tuvieron gran aceptación frente a otro tipo de producciones, por ejemplo, las escenas, gracias a que su representación era poco complicada y a que, en una etapa temprana, las imágenes iban generalmente acompañadas de un texto explicativo que las complementaba.¹⁰

⁹ María Esther Pérez-Salas, “Genealogía de *Los mexicanos pintados por sí mismos*”, en *Historia Mexicana*, Vol. 48, Núm. 2, 1998, p. 168.

¹⁰ Pérez Salas, *Costumbrismo...*, p. 18.

Ahora bien, en cuanto a lo popular, se las ha llamado de esta manera. El incremento de las vertientes románticas del rescate de lo propio llevó a la intención de hacer visible al pueblo, por ello, se enfocaban en grupos vulnerables económicamente, aunque eso no eliminó la posibilidad de retratar a personajes de otros extractos sociales. Lo popular también vendría de la intención de retratar a la población común que se puede ver en determinado espacio, aunque encontrarán sus similitudes en lugares tan dispares como Francia, Cuba, México o Inglaterra, como puede verse en las publicaciones de “pintados por sí mismos”, independientemente de la nacionalidad.¹¹

Para la década de 1850, ya se fotografiaban vistas, ruinas, monumentos, piezas artísticas y tipos populares en varias partes del mundo y había una considerable cantidad de grabados, dibujos y litografías que mostraban lo que no era conocido, pero comenzaba a construirse como un icono de lo que se representaba. Varias de esas imágenes eran muy similares entre sí y repetían constantemente lo que ahora consideraríamos lugares comunes y son estudiadas como tradiciones iconográficas.

Podríamos pensar que, para quienes elaboraban estas imágenes, no era pertinente ocuparse de contenidos más innovadores o aventurarse en generar nuevas cosas, si consideramos que, por lo menos hasta finales del siglo XIX, la manufactura de una fotografía resultaba algo suntuoso, por lo que era más factible obtener lo que estaba más garantizado y había transitado por circuitos nacionales o internacionales. Por ello, es común ver que mexicanos y extranjeros volvían a fotografiar o grabar imágenes muy similares, la

¹¹ Su antecedente más temprano estuvo en Inglaterra, “primer país donde apareció una publicación de tipos que presentaba a los personajes que caracterizaban a la sociedad”, en la obra *Heads of the People: or Portraits of the English*, que “comenzó a publicarse por entregas en 1838 y entre 1840-1841”. Pérez-Salas, “Genealogía...”, p. 170-171

misma vista, monumento o ruina, pues aquel lugar se había vuelto emblemático, es decir, se había creado toda una iconografía al respecto.

También podemos encontrar que los bocetos y fotografías realizados en los viajes se transformaban en grabados al regreso de sus autores a Europa o aquí en México ilustraban todo tipo de obras, incluso varias décadas después de su realización y en contextos diferentes. Algunos han considerado que las reproducciones de ciertas ilustraciones hechas por extranjeros fueron bastante utilizadas, sobre todo porque no había mayor producción en el ámbito nacional, ante la falta de recursos para emprender viajes, cercanos o lejanos, así como el consecuente desconocimiento del territorio.¹² Pero un ejercicio comparativo de una cantidad suficiente de imágenes similares, por ejemplo de “tema arqueológico”, podría llevarnos a plantear que no sólo era un problema de acceso, sino una práctica de consumo.

Como hemos visto, las expediciones científicas comenzaron a contar con la presencia de “artistas” que plasmaban, de alguno u otro modo, lo que recogían, esto es, plantas, animales, personas, lugares, etcétera. Vemos por lo tanto diversos grabados y en momentos más cercanos a la segunda mitad del siglo XIX, litografías que ilustraban los textos realizados durante los viajes o las publicaciones monográficas explicativas de ciertos lugares del mundo como América, para darles un sentido más realista, sobre todo si eran naturalistas, y que más tarde serían empleadas para hacer grabados en revistas ilustradas o trabajos científicos especializados.

Podemos ver esta gran producción de relatos de viaje ilustrados durante todo el siglo XIX, lo que apunta la relevancia de las imágenes para el público. Existen, por ejemplo, una

¹² Arturo Aguilar Ochoa, “La influencia de los artistas viajeros en litografía mexicana (1837-189)” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, Vol. XXII, núm. 076. 2012, Disponible en: <<http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/view/1890>>

variedad de títulos que apelan al término “pintoresco”, por aquellos temas que resultaban atractivos en ese entonces. En México, Carl Nebel y Johann Moritz Rugendas cuentan con obras de este tipo, y no olvidemos que la obra de Nebel contempla también la parte arqueológica, que también despertaba interés entre los lectores y de lo cual México no se mantuvo ajeno.¹³ Ahora bien, en general, el término “pintoresco” es una constante en los viajes a diferentes latitudes.

El nacimiento de la fotografía facilitó la reproducción de imágenes, aunado a la característica de “fidelidad” que le da su supuesta casi nula intervención humana en términos creativos, lo que llevó a una “sed de imágenes”, principalmente en la línea de las expediciones colonialistas, por ejemplo, en Egipto o en Medio oriente, sin restar importancia a la expectativa que despertó también América. “Por ello algunos viajeros recorrían el continente “cámara en mano” para captar todas sus vivencias.”¹⁴ En el siglo XIX, la importancia de la fotografía, en este contexto, era en la mayoría de los casos por su valor testimonial, pues daba información suficiente de las cosas, las personas y los lugares.

Se sabe que los primeros daguerrotipistas y fotógrafos extranjeros en América Latina recorrían los países a los que llegaban deteniéndose por tiempo indefinido en las ciudades y anunciándose en la prensa. Luis Ramírez Sevilla¹⁵ divide el siglo XIX mexicano

¹³ Paul Musset, *Viaje Pintoresco por la Italia*, Madrid, Banco Industrial y Mercantil, 1866; Juan Mauricio Rugendas en México, *Viaje Pintoresco: 1831-1834*, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz, 1986; Johann M. Rugendas, *Viaje Pintoresco a través del Brasil*, Buenos Aires, Emecé, 1947; Frédéric Waldeck, *Viaje Pintoresco y arqueológico a la Provincia de Yucatán*, México, Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, 1996; *Viaje Pintoresco por la España del Siglo XVIII*, Barcelona, Geigy, 1958; Carl Nebel, *Viaje Pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana*, México, Librería de M. Porrúa, 1963.

¹⁴ Laura Castañeda, “El discurso de la modernidad en México a través de los documentos fotográficos de los festejos del primer centenario de su independencia” Tesis para obtener el grado de Doctora en Historia del Arte, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2009.

¹⁵ Luis Ramírez Sevilla, “La vida fugaz de la fotografía mortuoria: notas sobre su surgimiento y desaparición,” en *Relaciones*, núm. 94, vol. XXIV, primavera 2003.

en por lo menos tres periodos correspondientes a los avances de la imagen fotográfica en México. En primer lugar, de 1840 a 1850 con la llegada de los primeros aparatos (de daguerrotipo y de fotografía) a las ciudades más importantes como Puebla, Guanajuato, Querétaro, Guadalajara, Veracruz, Mérida y la ciudad de México. El segundo periodo iría de 1860 a 1880, es decir, con la mayor difusión de la fotografía no sólo en las capitales sino en otros pueblos más alejados de ellas, aunque todavía itinerante y con diferentes temas. En el tercer periodo, de 1880 hasta principios del siglo XX, es cuando se establecen en distintos pueblos y villas.

Para contextualizar estas divisiones temporales y relacionarlas con el tema que nos atañe, es necesario establecer algunas categorías que nos permitan abordar el tema de una forma más precisa, pues no es lo mismo que hablemos de fotógrafos de profesión que vinieron a México para ejercer su oficio de manera itinerante o establecerse, o de “viajeros”, en el sentido más simple de la palabra, que por alguna u otra razón obtuvieron imágenes de México.

Por lo general, los textos de historia de la fotografía en México optan por clasificar a toda la producción fotográfica realizada por extranjeros, por lo menos hasta principios del siglo XX, como de “fotógrafos viajeros” en el sentido de que eran extranjeros que dejaban su lugar de origen para recorrer otros países y que tomaban fotografías, independientemente de la relación específica que existía entre ambas prácticas.

Quizá la tradición de categorizarlos de esa manera está relacionada con su antecedente más directo, es decir, con los “artistas viajeros”, término con el que se ha denominado a personajes tales como Carl Nebel y Claudio Linati por su trabajo litográfico con tema mexicano, e incluso, a dibujantes como Frédéric Waldeck o Frederick

Catherwood, por su labor en torno a las ruinas mayas. Todos ellos han sido considerados como viajeros por el hecho de ser extranjeros que realizaron alguna actividad en nuestro país, sin importar los intereses o motivos que tuvieron para arribar a él y generar imágenes. Sin embargo, es pertinente aclarar que no todos ellos producían imágenes y no siempre se viajaba para obtenerlas, por lo que puede inferirse que no todos los que lo hacían tenían los mismos propósitos; así, algunos ejemplos con los que podemos comparar a Charnay pueden ser Alfred Briquet y Teobert Maler.

Por ejemplo, Briquet fue un fotógrafo de profesión, que tras la ruina económica de su estudio parisino decidió emprender el viaje a otras latitudes para trabajar en su oficio. Se le ha considerado como un fotógrafo viajero no sólo por el hecho de ser un francés en tierras mexicanas, sino por haberse trasladado a distintos lugares, contratado por diversas compañías, entre ellas, la Compañía Limitada del Ferrocarril Mexicano, la Compagnie Maritime Transatlantique y la cigarrera El Buen Tono.¹⁶

El caso de Briquet nos muestra la vida de un emigrante que vino a México a vivir de su oficio, por lo que su objetivo original no fue viajar, explorar o conocer México a través de un viaje ilustrado con fotografías, sino que sus periplos fueron meramente circunstanciales, pues al igual que el tipo de fotografías que creaba, respondía a las solicitudes de trabajo que se le presentaban (cómo sus fotos de fábricas y de tema ferrocarrilero) y a la demanda de un mercado visual que se desarrollaba a finales del siglo XIX (como vistas de la ciudad de México y otras ciudades).

¹⁶ De este último podemos ver algunas de las prácticas en cuanto a la generación de álbumes fotográficos con tema específico. Thelma Camacho Morfín, “Los álbumes de El Buen Tono: Fotografía y catolicismo social (1894-1909)” en *Boletín Americanista*, año LXV, 2 No. 71. Los datos biográficos de este autor han sido tomados del texto realizado por Alejandra Padilla Pola publicado en el sitio <http://lais.mora.edu.mx/huellasdeluz/#contenido:id=MXIMHDL-PublicacionesYVinculos-Briquet>

Otro personaje al que se ha considerado “fotógrafo viajero” es Teobert Maler, quien llegó a México a finales de 1864, como parte de la primera compañía pionera del cuerpo de voluntarios austro belgas en apoyo a Maximiliano. Acabada la guerra y ante la imposibilidad de regresar a Europa, se internó en las provincias mexicanas y puede suponerse que con sus ahorros adquirió una cámara fotográfica con la que trabajó de manera itinerante, en lugares como Tehuantepec y Pinotepa Nacional, en el estado de Oaxaca y de Chiapas.¹⁷

Comenzó a interesarse en las ruinas mayas, por lo que inició una serie de expediciones en Chiapas, principalmente sobre la ribera de los ríos Grijalva y Usumacinta, lo que le permitió ser contratado por el Museo Peabody de Harvard para fotografiar algunas zonas y realizar planos de ellas. Esta labor remunerada se enmarcó en un naciente interés por circunscribir de manera académica el estudio de la zona maya, la cual requería de especialistas en el uso de la cámara, aunque no fuesen eruditos en el tema, pues ese conocimiento podía adquirirse sobre la marcha.

El final del siglo XIX vería llegar la especialización y el estudio sistemático de las llamadas antigüedades mexicanas y como consecuencia, la superación de varios factores técnicos o logísticos que dejaban atrás la labor de personajes como Charnay y las discusiones en torno a objetividad de la fotografía para plasmar imágenes.

Por otro lado, en el momento de la aparición del álbum *Ciudades y ruinas americanas* ya existían publicaciones que incluían imágenes de “antigüedades mexicanas”, cuya representación era a través de dibujos o litografías realizadas por personajes que habían reproducido varios de los lugares que posteriormente Charnay visitaría y por lo

¹⁷ Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba, *Teoberto Maler. Historia de un fotógrafo vuelto arqueólogo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, 22-44, *passim*.

tanto estaban en el imaginario de quienes visitaban México con la intención de hacer recorridos anticuarios. Y es que como vimos, desde los primeros años de la vida independiente del país, un número nada despreciable de extranjeros hicieron recorridos y algunos no omitieron el tema anticuario en su prosa y sus acciones durante su estancia en México.

Así pues, desde 1828 se había publicado en Bruselas el álbum de Claudio Linati y en 1841 el de Pedro Gualdi en México. Ambos incluían dentro de sus obras imágenes representativas de los vestigios prehispánicos, como parte de lo que se consideraba pintoresco y digno de ser mostrado para el conocimiento, no necesariamente científico ni erudito, de las latitudes mexicanas. Para 1858, Carl Christan Sartorius, quien es considerado un viajero científico por haber hecho una clasificación importante de la flora mexicana, también recopiló una serie de andanzas por ruinas mexicanas, por lo que en su *Mexico Landscapes*, había incluido 18 grabados de Rugendas, varios de ellos haciendo referencia al tema de las antigüedades.

Mención aparte merecen las publicaciones cuya intención era la “difusión” de las antigüedades mexicanas. Recordemos que, para la cuarta década del siglo XIX, ya se había presentado la exposición de los Bullock en Londres (realizada en 1824) y ya se habían publicado las impresiones del viaje de reconocimiento de Palenque del capitán Dupaix, que incluían los dibujos hechos por Luciano Castañeda, su acompañante, en las ediciones de Lord Kingsborough y la edición hecha por Henri Baradère. En 1841 Stephens publicaba en Nueva York su éxito editorial *Incidents of Travel across the America Central*, el cual está profusamente ilustrado con dibujos elaborados por su acompañante Catherwood, quien ya tenía una gran experiencia en ilustrar ruinas antiguas no americanas, pero sí de otros lares

como medio oriente y en 1843 se publicó en tres volúmenes *Incidents of Travel in Yucatan*, obra que al igual que la anterior contiene numerosos grabados. En 1844 saldría la publicación en gran formato de las litografías hechas a partir de los dibujos de Catherwood en los dos viajes realizados por Yucatán y Centroamérica. Dichas ilustraciones muestran algunas ruinas de Chichén Itzá, Quiriguá, Tulum y otros lugares, sin embargo, como veremos más adelante, no siempre son consideradas imágenes objetivas, y no porque fueran hechas para engañar al público ante la posible falsedad de lo representado, sino que eran interpretaciones accesibles, por decirlo de alguna manera, al público que estaba acostumbrado a cierto tipo de imágenes y en un tiempo donde la fotografía de monumentos antiguos no era un objeto común al alcance de muchos.

Estas imágenes capturaban algunos sitios que ya habían sido representados con anterioridad; sin embargo, a través de su obra, Catherwood y Stephens comenzaron a establecer algunos parámetros en cuanto a lugares y encuadres que comenzaron a establecerse como dignos de ser aprehendidos con imágenes en lo que hoy conocemos como la zona maya. Vemos así que imprimen ciertos monumentos como los más representativos, los cuales han sido reproducidos a lo largo del tiempo por autores posteriores, tal como sucedió con otros lugares como Mitla, Teotihuacán y otras ruinas precolombinas, lo que nos habla de la construcción de un referente visual o, en otras palabras, de una cultura visual sobre el tema.

Finalmente, habría que mencionar la importancia que la fotografía desarrolló con el paso del tiempo. Desde sus inicios constituyó una fuente importante de conocimiento y fue un medio utilizado para la divulgación de variados temas. Personajes como Charnay le dieron un gran impulso y contribuyeron a la generación de una cultura visual de los

territorios, en este caso de México, elaborando imágenes representativas como paisajes o tipos populares y en el caso de otros autores posteriores, retratos, vistas e imágenes que intentaban mostrar los adelantos técnicos del país.

Así, podemos ver el establecimiento de un imaginario que no tardaría en consolidarse a través de los mecanismos que a finales del siglo XIX había para ello. Las Exposiciones Universales, como menciona Mauricio Tenorio Trillo, eran ese escaparate en donde las naciones se presentaban modernas. México no fue la excepción, y en su afán de incluirse en el concierto de la modernidad y los discursos del progreso, participaba en ellas llevando una muestra de lo que era el país.

En el caso de la fotografía, Tenorio Trillo menciona su presencia en la Exposición de París de 1889, en la que se exhibieron 34 vistas fotográficas del Ferrocarril Nacional Mexicano y otras tantas de la vía México-Veracruz, montadas por la Secretaría de Fomento. Asimismo, señala la importante industria fotográfica que se desarrolló en torno al ferrocarril, con personajes como William Henry Jackson quien, dice: “Irónicamente, fotografió los ferrocarriles tal como Velasco los pintó.”¹⁸ Una muestra más de cómo la fotografía respondía a una tradición iconográfica establecida y cómo formaba parte de la cultura visual de la época.

Habría que mencionar que aun cuando muestras del progreso como el ferrocarril constituyeron un tema exhibido por la fotografía, una de sus funciones más recurrentes fue la de dar cuenta de la riqueza cultural del país. Por ejemplo, en la misma Exposición de París se exhibieron fotografías de “indígenas mexicanos”, de “ídolos tlahuicas” y de “reliquias arqueológicas” del Yucatán, a la par de fotografías de tipos populares, las cuales

¹⁸ Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 163.

ya habían sido expuestas en la Exposición de Filadelfia de 1876. En la sección de etnografía de la Exposición de Chicago de 1893 también se presentaron fotografías de ruinas.¹⁹

Una importante colección etnográfica con un considerable número de fotografías había sido presentada en la Exposición histórico-americana de Madrid en 1892, en la que se incluyó material de varios autores elaborado por diversos motivos, pero que servía para ilustrar el cuadro etnográfico de México. Entre ellas se encuentran, para el caso de Yucatán, algunas de indígenas mayas, que hoy son consideradas antropológicas, elaboradas por Charnay en su viaje de 1881-1882 por la península. Curiosamente, hasta donde se sabe, no se expusieron imágenes de ruinas de nuestro personaje, pues se privilegiaron las capturadas por Teoberto Maler.²⁰

3.2 El álbum fotográfico *Ciudades y ruinas americanas*

En este apartado haremos un breve recorrido por la obra fotográfica de Charnay, en concreto sobre el álbum fotográfico que se incluyó en *Ciudades y ruinas americanas*. Trataremos de reconstruir la historia de cada álbum que tenemos identificado, lo que nos puede dar pistas de cuáles fueron las prácticas del autor para la difusión de sus imágenes, sobre todo al considerar que en la década de 1860 las fotografías no eran objetos que pudiesen reproducirse ampliamente y cuál pudo haber sido su importancia y difusión.

Hemos mencionado que, desde finales del siglo XX, se ha retomado la figura de Charnay, sobre todo por su obra gráfica. Algo que deberíamos considerar es la manera en

¹⁹ *Ibid.*, p. 164 y 247.

²⁰ *Vid.* Georgina Rodríguez Hernández, “Recobrando la presencia. Fotografía indigenista mexicana en la Exposición Histórico-americana de 1892” en *Cuicuilco*. vol. 5, núm. 13, mayo-agosto, 1998, pp. 123-144; Exposición Histórico-americana de Madrid, *Catálogo de la sección de México*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1893, t. II.

que ha sido incorporado a las historias de la fotografía. Ciertamente es de gran valía el que haya elaborado algunas de las primeras imágenes de este tipo sobre ruinas mexicanas, pues aparte de su valor estético o científico, representan una aportación extraordinaria.

Lo que se ha intentado hacer en esta tesis es explicar que su elaboración respondió a una serie de circunstancias concretas que llevaron a que, en la segunda mitad del siglo XIX, un personaje como Charnay pudiera emprender un viaje a tierras lejanas de su Francia natal y se internase en los caminos del sureste mexicano para capturar imágenes específicas que respondían a intereses de la época.

La expectación por conocer los monumentos antiguos americanos, recrearse con las narraciones aventureras de la cotidianidad de un viaje a lugares extra europeos o los elementos descriptivos que permitieran la aseveración o rechazo de discursos eruditos eran temas de interés, en este caso, de la Francia colonialista, en medio de discusiones tales como los niveles de civilización, la teoría de las razas o la justificación de intervenciones militares para el rescate de elementos que permitirían ampliar el conocimiento de la humanidad.

En primera instancia, se ha rescatado la labor “documental” de su trabajo en sí mismo y no siempre de lo que muestran sus imágenes. Así pues, se explica la importancia que se le ha dado en el ámbito de la “fotografía arqueológica”, categoría que ha sido construida desde la historia del arte en contraposición con otras prácticas de la misma disciplina.²¹ En esta división temática se busca “privilegiar” los contextos, asumiendo que

²¹ Esta categorización “temática” del estudio de la fotografía en México la podemos ver en Oliver Debroise y se contraponen a la clasificación y conceptualización que se hace de los acervos en torno a la figura del autor en la que supuestamente se pierden elementos tales como las intenciones y descontextualiza la labor. *Vid.* Debroise, *Fuga...*, 2005.

las explicaciones acerca de la elaboración de imágenes que contengan ruinas o antigüedades pueden compartir más que íconos.

En el caso de Charnay, se ha reproducido la premisa de que fue un pionero que superó las dificultades técnicas de sus viajes, pues se da relevancia a lo que él mismo menciona en su narración sin cuestionar cómo el autor se autopresentó con una imagen de heroicidad, la cual se ha repetido desde su origen mismo. El cómo fue construyendo su fama como fotógrafo puede verse en las reseñas que sobre sus fotografías hacían sus contemporáneos. Decía la *Revista de Fotografía* de París: “M. Charnay ha enviado fotografías de gran interés y de una buena ejecución, son reproducciones de las ciudades en ruinas de América Central. Es un bello trabajo que hace honor a M. Charnay y que tiene una gran importancia histórica. Los clichés se obtienen sobre colodión húmedo y tienen grandes dimensiones; es una dificultad más que ha debido superarse y que aumenta el mérito del artista.”²²

Recordemos que sus primeras imágenes de México fueron las vistas de lugares que podríamos llamar “emblemáticos” de la ciudad y que constituyen lo que hoy conocemos como el *Álbum fotográfico mexicano*, que mostraba algunos de los lugares más famosos de la ciudad de México y sus alrededores, acompañados por un par de fotografías de las cataratas del Niágara, las cuales fueron capturadas en el viaje previo a su llegada a nuestro país a finales de 1857 y principios de 1858.²³

Dicho material se vendía de manera separada y por entregas, por lo que no siempre es posible encontrarlo como un ejemplar homogéneo y es posible hallar imágenes

²² *Revue Photographique*, T. 7, 1862, p. 287.

²³ *La Sociedad*, 26/04/1858, p. 4. Asimismo, en *La Sociedad* 31/10/1860 se hace referencia a la venta de vistas capturadas durante la ascensión de Charnay al Popocatepetl, imágenes que no se conocen.

dispersas, como las que se encuentran en el Musée du quai Branly, en la Bibliothèque Nationale de Francia o en el Getty Institute of Research. Asimismo, podemos hallar varias de ellas en forma de grabados en publicaciones nacionales y extranjeras, como en algunos artículos de *Le Tour du Monde*. En México se encuentran algunas imágenes en el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia y en la Fototeca Nacional y podemos encontrar reproducciones de ellas en publicaciones de la época.

Como se ha visto a lo largo de esta investigación, la hipótesis es que el objetivo de Charnay en su primer viaje era conocer, narrar y fotografiar, no necesariamente estudiar, aquellos lugares que ya habían sido explorados, relatados e incluso plasmados en imágenes. Su repertorio fotográfico incluyó varias imágenes con encuadres muy similares a las de sus antecesores, como la Cabeza de Izamal, y otras elaboradas por Catherwood como es el caso de la “Casa del Gobernador en Uxmal”, vistas de “Las Monjas en Chichen Itzá” y el “Palacio de Palenque”, por citar algunos ejemplos. (Imagen 1)

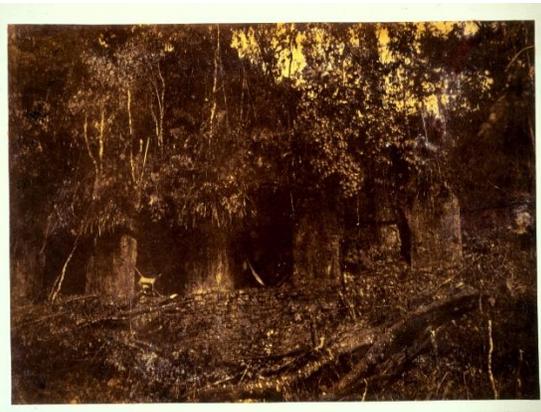
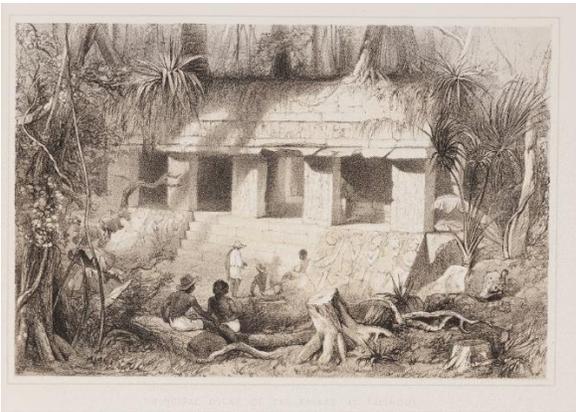
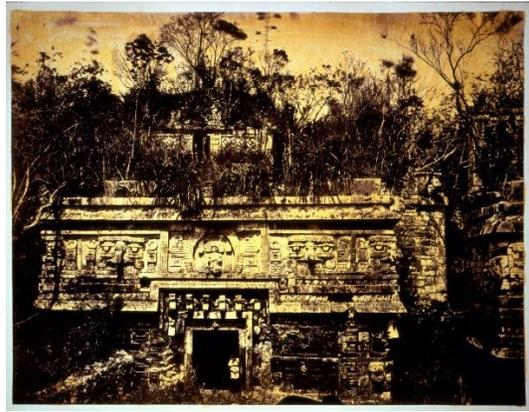
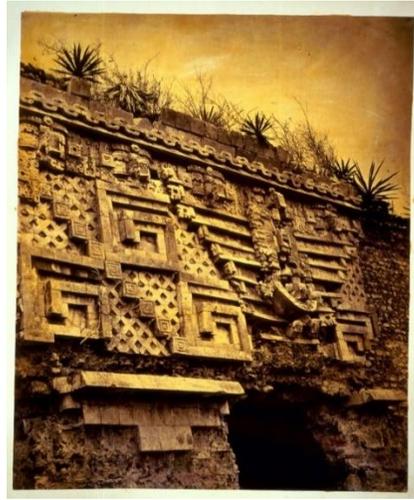
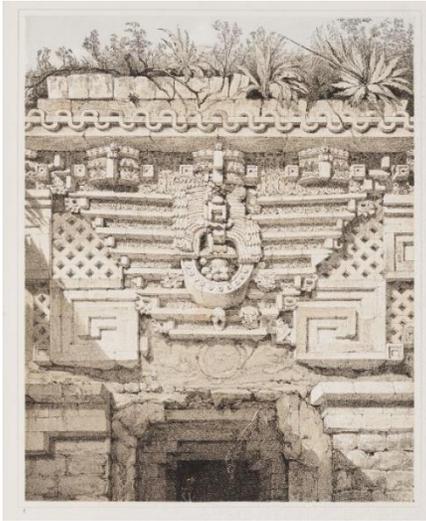


Imagen 1

Lo mismo sucedía con otros objetos conocidos en los círculos interesados en Europa, como el Calendario Azteca o Piedra del sol, cuya réplica había sido expuesta en 1824 por William Bullock en su exposición en el Egyptian Hall de Londres,²⁴ y que ya había sido fotografiado por Pal Rosti casi en la misma época que Charnay; o bien, con las imágenes de otros lugares como Mitla y la ya referida obra de Von Tempsky. (Imagen 2)

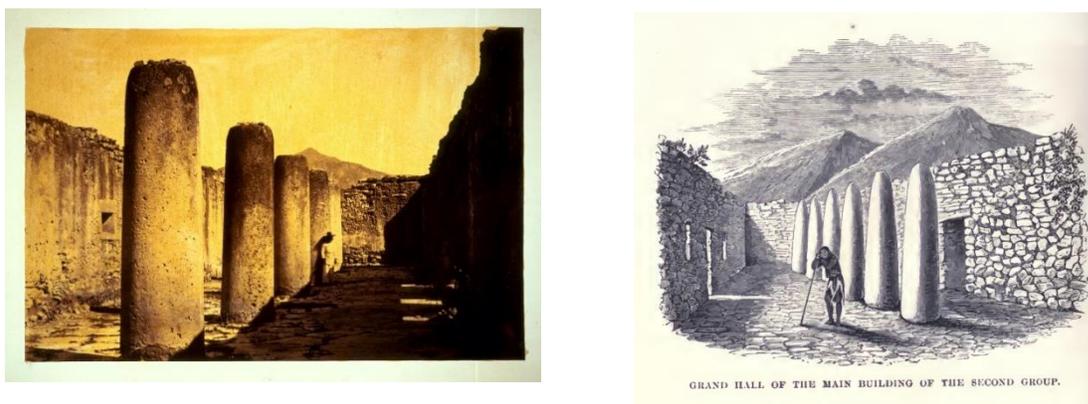


Imagen 2

Tras su regreso a Francia en el año de 1861, Charnay organizó una exposición para mostrar su trabajo en territorio mexicano, cuyas imágenes fueron las primeras de este rubro en exhibirse. Ello no implica, como hemos visto, que no existieran representaciones que mostraran los objetos de las civilizaciones prehispánicas y que con anterioridad no hubieran sido exhibidas o publicadas.

Durante los años siguientes a su regreso a Francia, se tienen datos de su ubicación en otras latitudes del mundo; sin embargo, no hay información de su paradero entre 1864 y

²⁴ Marie France Fauvet-Berthelot y Leonardo López Lujan, “La Piedra del Sol ¿en París?” en *Arqueología Mexicana*, Vol. 18, No. 107, 2011.

1875, por lo que sus principales biógrafos sostienen que pudo haber regresado a México fotografiando el norte del país y algunas partes de Yucatán como parte de la Comisión Científica. Sin embargo, su estancia no se confirma con negativos ni fotografías, sin considerar que en dicha Comisión se tiene referencia de otros personajes que tenían la labor de hacer réplicas e imágenes de las antigüedades, entre ellos, por ejemplo, Léon Eugène Mehedin, quien estuvo en Xochicalco.²⁵

De lo que sí hay testimonio es de sus recorridos en otras partes del mundo gracias al prestigio que obtuvo al ser parte de otras expediciones oficiales en los territorios coloniales de Francia, pues podemos inferir que tras su viaje a México cumplía con el perfil que se requería para formar parte y hacer la labor artística-científica de fotografiar antigüedades y costumbres. Incluso antes del regreso a su país, aun cuando no se había labrado su prestigio, ya era considerado como un viajero y se hacía énfasis en su labor fotográfica y en la relevancia de sus imágenes en el contexto de la Francia colonialista, como puede verse en las publicaciones de la época: “Un viajero, M. Désiré Charnay, acaba de completar una obra de utilidad incuestionable que pone a los ojos del público europeo una magnífica colección de fotografías de las ruinas de los monumentos antiguos de Yucatán, el más curioso quizás de América Central. De este modo, puso a nuestro alcance un nuevo arte que puede compararse con los del antiguo Egipto o la antiguo Caldea.»²⁶

Así, fue a Madagascar, Chile, Uruguay, Argentina, Java y Australia. Algunos de estos lugares los recorre como parte de expediciones oficiales del gobierno francés, como

²⁵ Keith F. Davis, *Desire Charnay, Expeditionary Photographer*, Albuquerque, University of New Mexico, 1981 y Pascal Mongne, en diferentes textos sobre Charnay, principalmente en “Désiré Charnay: Explorateur, Archéologue, Photographe, et Ecrivain” en Désiré Charnay, *Voyage au Mexique 1858-1861*, Paris, Ginkgo Éditeur, 2001. Vale la pena la comparación de Charnay con Mehedin, quien ya había registrado empresas militares en Crimea y realizado expediciones en Egipto, recopilado fotografías, piezas y moldes de monumentos.

²⁶ *Revue maritime et coloniale*, t. 4, 02, 1862, p. 329.

es el caso de Madagascar, Java y Australia. Fotografías de estos periplos se conservan en la Bibliothèque Nationale de Francia, como parte de una donación de reproducciones hecha a la Société de Géographie, y en el Musée du quai Branly. Los textos correspondientes a sus expediciones fueron publicados en forma de artículos, principalmente en *Le Tour du Monde*. En estos viajes, especialmente los realizados a África y Asia, se encuentran también algunas fotografías de tipos raciales, temática que también desarrollaría en sus posteriores viajes a México donde ya había capturado, en su primera incursión, “tipos mexicanos”, es decir, imágenes de personajes comunes o típicos de la sociedad mexicana, lo cual, como vimos, fue un género muy característico del siglo XIX.²⁷

Es claro que Charnay tampoco era un fotógrafo de oficio al salir de su natal Francia; sin embargo, las imágenes que obtuvo de nuestro país le abrieron las puertas a una actividad muy socorrida durante el siglo XIX, y sobre todo en el contexto francés, esto es, las expediciones coloniales organizadas para el reconocimiento de los territorios adquiridos para su explotación. En ese sentido podemos considerarlo como un viajero y fotógrafo cercano a la labor del explorador, en el sentido de estar en un lugar intermedio entre los viajes eruditos del siglo XVIII y los especialistas de finales del siglo XIX.

Ahora bien, Charnay tuvo que haber conocido principios básicos de fotografía de acuerdo con la tecnología de su momento. No podemos aludir a una formación específica; sin embargo, a lo largo del texto remite a manuales utilizados en Francia en esa época, lo que deja ver su interés por que su público supiera que tenía cierta experiencia y

²⁷ Las imágenes de “tipos” mexicanos, producto de su primer viaje a México, se siguieron utilizando por mucho tiempo en diferentes lugares, como podemos ver en *Le Monde Illustré* 25/03/1865 p. 188 o en “Mis descubrimientos en México y la América Central”, publicación de 1884 y que fueron reproducidos y en algunos casos editados por Julio Michaud. Vid. Sonia Arlette Pérez, “Tipos populares mexicanos: un álbum fotográfico en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia” en *Alquimia*, núm. 51, 2014. El álbum *Ruines du Mexique et types mexicains* que se encuentra en la Library of Congress contiene diez láminas en las que se ve la información concerniente a la edición de Michaud.

conocimiento en el tema y no era un neófito en la materia.²⁸ Podemos inferir que tenía conocimiento de los viajes fotográficos que se llevaban a cabo en otros lugares del mundo, lo cual suponemos a partir de las referencias que hace a otros monumentos.

A lo largo de su texto, también encontramos referencias a la manera en que desarrolló su labor fotográfica, así como las complicaciones técnicas que tenía al obtener fotografías con la tecnología de la época. Si seguimos la narración, podemos ver que en general, a lo largo de todo su recorrido, menciona que para obtener sus negativos utilizó placas de vidrio al colodión húmedo, salvo en Palenque, donde hace alusión a que contaba únicamente con papeles yodados, que sin embargo es poco probable que haya utilizado, pues no se ha localizado alguno. Hagamos ahora un paréntesis para explicar algunas particularidades técnicas de la fotografía decimonónica.

Los negativos de colodión húmedo fueron la técnica más popular para obtener imágenes entre 1850 y 1880 y consistía en utilizar placas de vidrio pulidas y bañadas a mano, con una emulsión de nitrato de celulosa disuelto en alcohol y éter y, mientras estaba húmedo, se sensibilizaba con un baño de sales de plata, momentos antes de su exposición, montado en el chasis de la cámara.²⁹ Una vez expuesto, era necesario dar baños con químicos que impedían la sobreexposición y permitían fijar la imagen. El papel salado también es conocido como calotipo o Talbotipo y fue utilizado entre 1839 y 1865, como el

²⁸ En general, varias de sus referencias son acerca de los materiales que utilizaba en un contexto de escasez en lugares alejados o asolados por la guerra. Por ejemplo, comenta: “fabliqué el nitrato y el fulmicotón” y otros elementos necesarios para elaborar el colodión. Asimismo, deja constancia de que hizo diversas pruebas y menciona su infructuosa elaboración de colodiones. Charnay, *Ciudades...*, p. 115. Se refiere también al uso de manuales de fotografía, como el *Traité général de photographie*, de Désiré Charles Emmanuel van Monckhoven, obra vastamente difundida en la época *Ibid.*, p. 125.

²⁹ Ilonka Csillag Pimstein, *Conservación de fotografía documental*, Santiago, Centro Nacional de Conservación y Restauración, 2000, p. 92; María Fernanda Valverde, *Los procesos fotográficos históricos*, México, Archivo General de la Nación, 2003, p. 28-29.

primer proceso fotográfico de negativo-positivo; para obtener un negativo se sensibilizaba el papel con una solución de nitrato de plata (sales de plata, y de ahí su nombre).

Los positivos se obtenían por medio de la exposición a la luz solar del negativo (en el caso de la obra de Charnay, de colodión húmedo), en contacto con un papel bañado en claras de huevo con sal común y sensibilizado en nitrato de plata; una vez expuesto, era fijado con un baño de tiosulfato de sodio, para evitar la sobreexposición. Estas fotografías son lo que hoy conocemos como albúminas.³⁰ Para evitar que se “enrollaran”, se montaban en soportes de cartón, que es como aún podemos encontrarlas.

El tamaño del positivo depende del tamaño del negativo, pero sobre todo del papel al que se transfiere la imagen, el cual podía tener diferentes “formatos” y medidas: tan pequeños como los *carte de visite* o más grandes, como los objetos del álbum *Ciudades y ruinas americanas*. En algunos casos, podían derivarse positivos pequeños a partir de negativos grandes, por lo que sólo puede verse una selección de la imagen mayor. El conocer la diferencia de estos procesos de manufactura puede darnos pistas sobre la historia de los objetos fotográficos.

Ahora bien, es claro que obtener una fotografía era una actividad laboriosa. El simple hecho de cargar con varias cajas de vidrios, sin contar con el aparato que permitía introducir el negativo y obtener la imagen, así como las sustancias requeridas para la preparación de los vidrios, implicaba un esfuerzo en sí mismo y por ello Charnay, un autor con tanta propensión al autoelogio, no perdía la oportunidad de mencionarlo. La anécdota de que el francés cargaba con aproximadamente tonelada y media de equipaje es algo que aún se repite en sus biografías o referencias en textos. Sin embargo, en su narración

³⁰ Csillag, *op. cit.*; Valverde, *op. cit.*, p. 24.

podemos ver que no siempre tenía a la mano su material y que en varias ocasiones él y su equipaje viajaban por separado.

Al ser su travesía una especie de “viaje fotográfico” en el que nos va narrando lo que observa, lo que captura y cómo lo hace, es posible reconstruir el trabajo que desempeñó, incluso el cómo hacía el pulido de los vidrios y el fijado de la imagen después de la exposición, lo que también nos enseña algunos de sus métodos de trabajo o los procesos para la obtención de imágenes.

A través de esta información, podemos inferir que su trabajo en México fue una empresa “colectiva” en el sentido de que la obtención de cada imagen llevaba consigo un trabajo previo que, evidentemente, no era realizado sólo por él sino con la ayuda, casi siempre coaccionada, de los pobladores del lugar, a quienes Charnay consideraba, a pesar de su ayuda, como indios salvajes e ignorantes. Veamos parte del proceso de obtención de sus imágenes en Chichen Itzá:

Cada reproducción me costaba de dos a tres intentos; otras perfectamente logradas, se echaban a perder por accidentes inesperados, y a menudo por la indiscreta curiosidad de los indios, quienes a pesar de mi prohibición expresa no podían quitar sus dedos de las placas ya tomadas que ponía a secar al exterior. A este propósito me ocurrió la siguiente aventura, que estuvo a punto de frustrar la reproducción del más bello de estos palacios, la casa del gobernador. Lo había dejado para el final, a fin de poder consagrarle todos mis cuidados. Como el palacio se levanta sobre una pirámide me había sido preciso construir sobre

la explanada que lo precede un cubo de piedras acomodadas en seco de doce pies de altura, a fin de ubicar mi instrumento al nivel del edificio. Mi cuarto oscuro estaba instalado en la gran sala del centro; es decir, a ochenta metros del lugar de la exposición, y esto me había obligado a poner un trapo mojado sobre todos mis artefactos; envolvía el chasis del aparato para que durante el prolongado tiempo de exposición y de las idas y venidas no se secase la capa de colodión. Yo corría para ahorrar el máximo tiempo posible. Como el palacio es muy grande tomé la decisión de fotografiarlo en dos partes, a fin de obtener el máximo detalle y conseguir un efecto de conjunto más satisfactorio. Había apartado para esta toma un frasco de colodión perfectamente reposado, con el que yo contaba, y dos cristales, los únicos que había encontrado; no tenía más productos químicos ni otros vidrios, era indispensable que los resultados fueran buenos y hacerlo de prisa, o correr el riesgo de que cambiase la luz y la iluminación no fuese la misma en las dos partes del monumento. Comencé, pues, mi trabajo, y la primera placa salió perfecta: ni una sola mancha, clara, en una palabra. Al tomar la segunda un rayo de sol se filtró en el chasis y la placa quedó interrumpida por una línea negra que la hacía inaceptable. Me di prisa en limpiar el vidrio, mi colodión se agotó y no tenía más, así que lo apliqué con todo el cuidado posible, y como ya sabía por qué se había producido el accidente

anterior podía evitarlo fácilmente en la nueva toma. Todo salió bien, la placa era buena; tenía el mismo tinte, la misma intensidad y me felicitaba ya de mi triunfo en una empresa tan delicada.³¹

No en todo los casos es tan explícito; sin embargo, lo anterior nos da idea de los procesos para la elaboración de las imágenes, tales como materiales, tiempo invertido, construcciones específicas para obtener tomas desde ciertos ángulos, la participación de los lugareños y, en general, todo el proceso de obtención: “Comprendí de inmediato las dificultades que me esperaban para reproducir estos monumentos; todo estaba negro, carcomido, arruinado, perdido; no podía, por otra parte, ponerme a trabajar de inmediato, porque el trabajo de los indios no avanzaba tan rápido como yo había pensado en un principio y les faltarían todavía dos días para permitirme tomar una perspectiva de la fachada. También sería necesario, adicionalmente, tirar al menos los árboles más estorbosos que cubrían el techo del edificio y desembarazar la fachada de las plantas trepadoras que obstruían la vista.”³² En algunos casos relata incluso una intervención directa, como cuando refiere su “hallazgo” de la parte central de los bajorrelieves que adornaban el Templo de la cruz en Palenque, cuya manipulación ya relatamos.

Hemos dado, de tal manera, una rápida noción de cómo se obtuvieron las imágenes de Charnay, cuyos negativos presumiblemente se resguardan en Francia, la mayoría en el Musée du quai Branly y en la Biblioteca Nacional, así como reproducciones posteriores a partir de los negativos originales.

³¹ Charnay, *Ciudades...*, p. 184-185.

³² *Ibid.*, p. 208.

Otra consideración respecto a estas imágenes es la manera en cómo se difundieron. Así, llegamos a una de las primeras “versiones” de *Ciudades y ruinas americanas*, álbum de gran formato, no publicado, que data de 1862, dedicado al emperador Napoleón, con 49 fotografías impresas en papel salado a partir de los negativos hechos en placa de vidrio con la técnica de colodión húmedo, que reúne las imágenes de Mitla, Uxmal, Izamal, Chichen Itzá, Palenque, el calendario azteca y el árbol de Santa María del Tule.³³

Este álbum se encuentra de la Bibliothèque Nationale de Francia y, según una reciente investigación, se reconoce porque tiene una dedicatoria especial al emperador Napoleón III y, en el soporte secundario, los títulos de las fotografías manuscritas en francés.³⁴ Asumimos que el autor es Charnay y que se trata de las imágenes que hoy consideramos como una unidad llamada *Ciudades y ruinas americanas*, gracias a la primera versión editada de dicho álbum, la cual sirve de referencia para nombrar o comparar el contenido de otras versiones. Es importante reconocer esto, ya que, en un contexto decimonónico, el concepto de álbum, la autoría o el reconocimiento de ciertas imágenes puede inferirse sólo a partir de estos parámetros. Se entiende por álbum al conjunto de imágenes que componen en sí mismo un objeto, el cual puede ser editado para su comercialización, reunido a través de láminas sueltas de una misma procedencia, o imágenes reunidas para su conservación, aunque con distintas procedencias, como sucedía generalmente en ese siglo.

³³ Por “negativos originales” nos referimos a aquellos que dieron origen a la edición de 1862-63.

³⁴ Juliana Bittencourt y Patricia Carrillo Medrano, “A través del lente del explorador: una aproximación al álbum fotográfico *Ciudades y ruinas americanas*, de Désiré Charnay”, en *Boletín de monumentos históricos*, Tercera época, núm. 31, mayo-agosto 2014, p. 121-122. Se incluye un enlace a algunas de las imágenes de dicho álbum, que formó parte de la exposición “Photographers for the Emperor” de la Bibliothèque Nationale de Francia. Según este texto, se sabe que fue entregado directamente al emperador pues se encontraba resguardado en la biblioteca del Chateau de Fontainebleau, con un acuse de recibo por parte de la emperatriz. Actualmente está en la Bibliothèque Nationale de Francia, según consta en su catálogo.

La primera versión publicada es la editada en París por Gidé y A. Morel et C. entre 1862 y 1863, la cual, como hemos visto, forma parte de una edición que incluía un libro de textos y un tomo de imágenes, aunque ambos volúmenes se vendían por separado.³⁵ Esta versión del álbum es la más difundida, pues podemos encontrar ejemplares en la Biblioteca Nacional de México, en la Bibliothèque Nationale de Francia en el Musée du quai Branly, la New York Public Library, la Biblioteca Nacional de España y la Biblioteca Nacional de Brasil. Es identificable por los pies de foto impresos en francés, en los que se señala la autoría de Charnay como fotógrafo, los datos de la casa editorial y el número de placa. Esta edición consta de 49 imágenes: 47 de ellas impresas en papel albúmina montadas en un soporte secundario de cartón y dos imágenes en litofotografía, que son el “Calendrier Aztec” y la “Figure Gigantesque”, mejor conocida como “cabeza de Izamal”. (Ver anexo 1)

Cabe señalar que en el álbum que se encuentra en el Musée du quai Branly, el cual tomamos como referencia, pueden observarse algunos elementos que no son comunes de encontrar, por ejemplo, la portada del volumen, el índice y las dos “panorámicas” que comúnmente hallamos como dos fotografías unidas y que en este ejemplar están separadas, y que corresponden al “Grand palais à Mitla” y al “Palais du gouverneur à Uxmal”. (imagen 3) Asimismo, es de destacar que este álbum no está encuadernado según el número de cada placa, sino en desorden. Esto, al igual que otras características que otros álbumes no contienen, lleva a pensar que, aun cuando se anunciaba la venta del volumen completo, es posible que también se vendieran las imágenes por separado o que los álbumes fueran

³⁵ *Ibid.*, p. 121. *Cités et ruines américaines: Mitla, Palenque, Izamal, Chichen Itzá, Uxmal*, en un formato de 54 x 71 cm (medidas del soporte secundario), con un costo de 500 francos por ambos volúmenes. El texto que incluía grabados tenía un precio de doce francos y lo que conocemos como álbum, denominado “atlas” compuesto de 49 planchas fotográficas (aunque algunas imágenes eran litofotografías) se vendía únicamente con el texto.

desmembrados, por lo que existen láminas sueltas en los acervos actuales, como el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, el Museum of Fine Arts de Boston o la British Library.



Imagen 3

En México, Julio Michaud editó en 1864 un álbum en formato pequeño, con impresiones en albúmina que comprenden 49 láminas de un formato más pequeño y con

pies de página impresos en castellano, en los que se menciona la autoría de Michaud como fotógrafo y editor y se omite por completo a Charnay. Es probable que estas láminas hayan sido elaboradas a partir de algún álbum de los hasta ahora mencionados. No resulta extraño que Michaud haya elaborado un álbum propio derivado de la obra de Charnay, sobre todo si consideramos que había sido el editor de otras imágenes de Charnay, como fue el caso del *Álbum fotográfico mexicano*.³⁶ Existen también álbumes con pies de foto manuscritos en castellano, con el sello gofrado de Michaud editor, lo que sería otra versión del mismo álbum.

En la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos se encuentra un álbum llamado *Ruines du Mexique et types mexicains* que contiene, como su nombre lo indica, 42 fotografías en formato pequeño (30 x44 cm incluyendo el soporte secundario) de las ruinas (no todas las que conforman el contenido original) de Mitla, Palenque, Uxmal y Chichen Itzá, la piedra del sol y el árbol del Tule. Podemos asumir (ya que su ficha catalográfica no lo menciona y no tenemos acceso al original) que son albúminas montadas sobre su soporte secundario de cartón cuyos pies de foto están manuscritos en francés y contienen información extra, tales como explicaciones de las imágenes, ubicación e incluso diferentes tipos de escritura con correcciones a lo que describen los pies de foto, lo que nos hace

³⁶ Una investigación más profunda acerca de la figura de Michaud como “editor” en el siglo XIX es el texto de Fernando Aguayo “Imagen, fotografía y productores” en *Secuencia*, Núm. 71, mayo-agosto, 2008, en un momento en que la producción de imágenes no estaba regulada ni pensada en función de derechos de autor. Así, podemos ver que en algunas ocasiones Michaud era el distribuidor de las imágenes y en otros casos las generaba a partir de fotografías ya existentes, siendo tal el caso de *Ciudades y ruinas americanas* o de *Tipos Mexicanos*. Aunque técnicamente sí es autor de los objetos fotográficos que llevan su nombre y que se conservan hasta nuestros días, debemos hacer notar que no es el creador de su contenido. En este sentido habría que distinguir al contenido “imagético” del objeto en sí mismo. En años posteriores de la publicación de la versión mexicana de *Ciudades y Ruinas*, aún se consideraba a Michaud su autor, porque lo era, al menos de esas reproducciones. Así lo podemos ver cuando se refieren a la “Colección de ruinas americanas, litografiadas por Michaud”, que adquirieron por compra los miembros de la Sociedad Mexicana de Estadística y Geografía en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Estadística y Geografía*, T. XI, Núm. 1, 1865, p. 4.

pensar que quien coleccionó esas imágenes se dio a la tarea de realizar esas intervenciones.

(imagen 4)

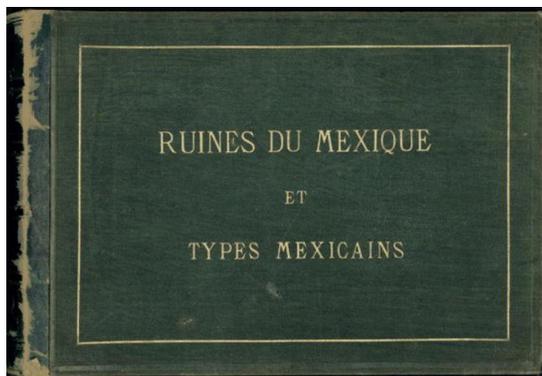


Imagen 4

El álbum contiene, además, diez imágenes de “tipos mexicanos” editados y fotografiados por Julio Michaud, según versa en los pies de foto, y se trata de fotografías de litografías realizadas a partir de las fotografías de Charnay. Podemos inferir que el coleccionista juntó ambos grupos de imágenes por su interés en el tema mexicano, o por el autor de las imágenes que presumimos es, en ambos casos, Michaud.

Asimismo, existe un álbum, constituido alrededor de 1862 y que actualmente se encuentra en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra, recinto perteneciente a la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo rural, Pesca y Alimentación y cuyo antecedente de formación es el Ministerio de Fomento. No se sabe con exactitud su origen, debido a que se trata de fotografías impresas en albúmina de formato grande que no cuentan con los pies de fotos tan característicos de la edición de Gidé ni corresponden a la edición realizada por Michaud, lo cual podemos inferir por el tamaño y algunos detalles, como en el caso de la

imagen de “La cárcel” en Chichen Itzá, la cual deja ver una firma de Charnay que en el caso de la de Michaud está recortada, así como un detalle cercano a ella de la emulsión del negativo. (Imagen 5) Se supone que este álbum fue entregado directamente por Charnay a Manuel Orozco y Berra, pues seguramente se conocieron, ya que este último comentó algunas de las imágenes del *Álbum fotográfico mexicano*.

aquí para que Michaud pudiera reproducirlo y editarlo en 1863.³⁷ Otra idea al respecto la tiene José Antonio Rodríguez:

Digamos, si Charnay se llevó consigo a Francia sus placas de negativos ¿cómo realizó la edición Michaud? Algunos investigadores (como Víctor Jiménez) han señalado que el editor muy probablemente copió las fotografías originales de Charnay para imprimirlas en menor tamaño, aunque también pudo invertir la lente de la ampliadora —reduciendo de esta manera el formato de la imagen— para imprimir la edición mexicana, la cual se resguarda en el Archivo fotográfico de Biblioteca de Antropología e historia.”³⁸

³⁷ Bittencourt, *op cit.* p. 129.

³⁸ José Antonio Rodríguez, “Ciudades y Ruinas Americanas, la versión nacional” en *Alquimia*, núm. 31, 2007, p. 23.



Imagen 5

Se ha asumido que la impresión de las imágenes correspondientes al álbum de la Mapoteca fue encargada por el mismo Charnay a Michaud antes de su partida a Francia, es decir, antes de 1861, y que es a partir de este álbum que se generaron las reprografías del último, quién fotografió con una cámara más pequeña el álbum de la Mapoteca y ello explica el formato menor. Bittencourt propone que Charnay trajo el álbum de la mapoteca

en su segundo viaje (lo cual es muy improbable dado que, como hemos visto, no se ha demostrado cabalmente que viniera a México entre 1862 y 1863, época en la que tuvo que haber estado

La anterior versión tendría más sentido si, para las épocas en las que vio la luz el álbum de Michaud, que dicho sea de paso, también se encuentra en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, fuera una práctica por lo menos medianamente usual el uso de ampliadoras en la reproducción de imágenes; sin embargo, de esas fechas sólo tenemos noticias de que, a lo más que podía llegarse, era a “cámaras” de formatos más pequeños y papeles para impresión de diversos tamaños, lo que no podía “reducir” sino “recortar” una imagen capturada en un negativo mayor.

Así pues, existen variadas diferencias entre las ediciones o álbumes de los que tenemos conocimiento, las cuales podemos observar aun cuando no tengamos acceso pleno al objeto físico, y que comprenden diferentes tipos de pies de foto, (impresos, manuscritos con diferentes letras y contenidos), tamaños, existencia de reprografías, etcétera. En algunos casos podemos presumir que algunas imágenes pueden provenir del mismo negativo (ejemplar del quai Branly y ejemplar de la New York Public Library ambas editadas por Gidé), las cuales tienen discrepancias como la existencia o no de la firma de Charnay en la imagen de “La Cárcel”, o las diferencias de las imágenes “panorámicas” unidas o la diferencia de contenido en la imagen del “Árbol de Santa María del Tule”.

Sin embargo, podemos pensar, tomando en cuenta las variaciones de detalles en cada uno de estos ejemplares, que se trata de, por lo menos, dos orígenes diferentes: el de la Mapoteca y el editado por Gidé, que serían del mismo negativo (a excepción de la imagen del Tule y a pesar de la ausencia de la firma de Charnay [que se presume que pudieron

imprimirse unos meses antes de que el negativo fuera firmado] y el “giro” de la cabeza de Izamal en el ejemplar de la Mapoteca. (Imagen 6) Y, por otro lado, el de Julio Michaud a partir de la reproducción de positivos, que, presumimos, pueden ser las de Gidé, ya que la imagen de la cabeza de Izamal, en el caso de la Mapoteca, está invertida, así como el formato más pequeño y el recorte de la imagen de La Cárcel, características iguales a las que presenta el álbum *Ruines américaines et Types Mexicaines* de la Library of Congress. Hacer un estudio minucioso de estos detalles y de los orígenes de los diferentes ejemplares puede darnos muestras de cómo se practicaba la circulación y elaboración de las fotografías en el siglo XIX. Historia que es complicada, más no imposible, si no se dispone de información sobre cómo los objetos llegaron a los acervos que los contienen hasta nuestros días y que no es el objetivo principal de esta tesis.

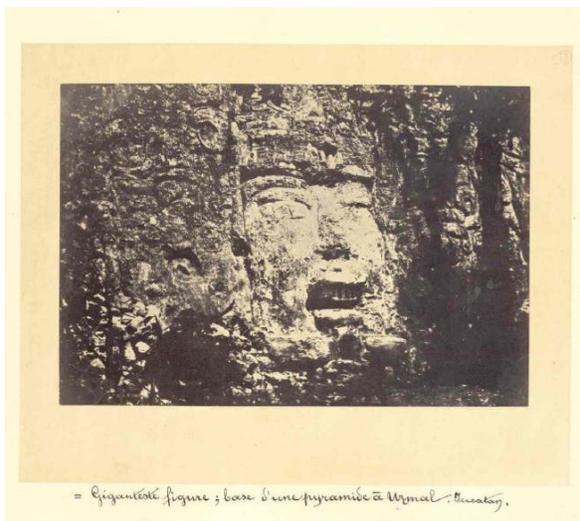
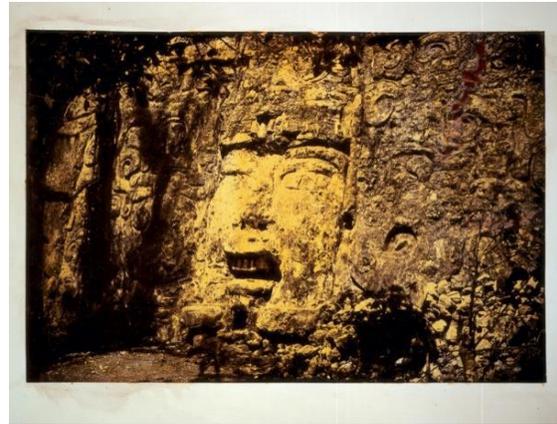


Imagen 6

Cabe aquí resaltar la posibilidad que tenemos de plantear hipótesis a partir de los hallazgos y su estudio sistemático, en cuanto a las prácticas fotográficas. En el Fondo Antonio Castro Leal de la Biblioteca México, se encuentra el álbum *Le Mexique et ses monuments anciens*, editado en París en 1864 por Emile Bondonneau. Dicha edición es de pequeñas dimensiones (30 x 20cm) y sus láminas, impresas en albúmina, están pegadas al soporte de manera vertical, con excepción de la panorámica de Uxmal. Este álbum tiene la

particularidad de incluir un breve texto introductorio, al parecer del propio Charnay, en el que refiere la importancia del estudio de las civilizaciones americanas y dice: “El álbum que ofrecemos al público tiene como objetivo vulgarizar el conocimiento de algunos de estos monumentos. Hemos tenido la fortuna de ver una gran parte de ellos, y aquí damos algunos de las más notables. Estas vistas son solo reproducciones de las principales fotografías de nuestra gran obra: *Cites et ruines américaines*, publicadas bajo el patrocinio del Emperador”.³⁹

De tal suerte, el autor ofrece una explicación de las láminas, anotando una brevísima descripción de lo que cada imagen muestra. Se reproducen 29 de ellas que corresponden a Mitla, Uxmal y Chichen Itzá, así como a la piedra del sol y el árbol de Santa María del Tule. La última, vista a detalle, es diferente de la que se incluye en el resto de las ediciones y reproducciones. Tiene la particularidad de que los personajes que la integran aparecen en número y circunstancia diferente a la que comúnmente se conoce. (Imagen 7) Podríamos pensar que, al elaborar esta edición, Charnay hizo una nueva selección de las varias tomas que tenía del mismo lugar. Esto es aún más interesante si consideramos que pareciera haber únicamente un “juego” de negativos, por lo menos en Francia, y que no se conocen diversas placas sobre el mismo objeto.

³⁹ Désiré Charnay, *Le Mexique et ses monuments anciens*, Paris, E. Bondonneau, 1864, p. 4.

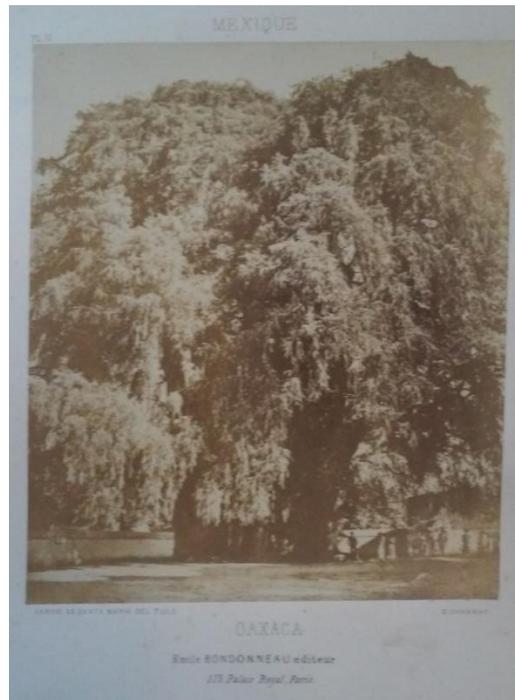
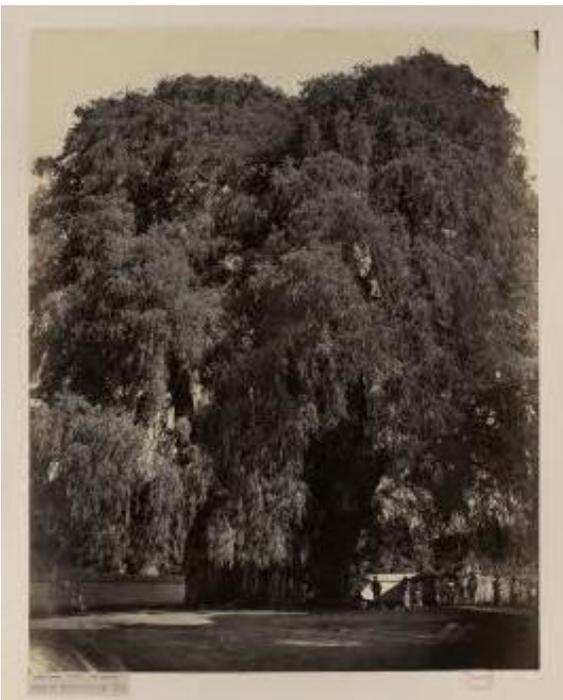
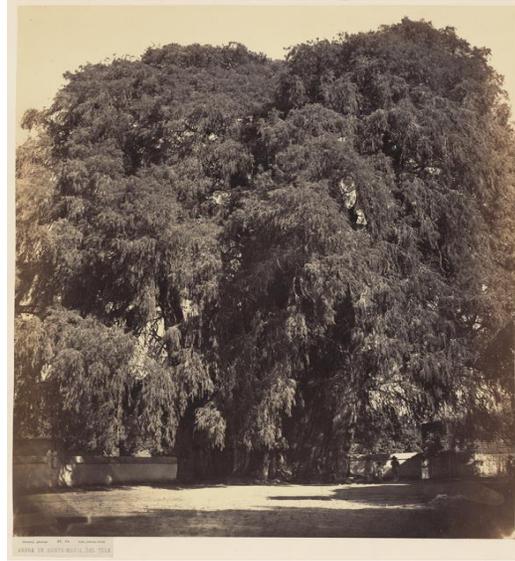
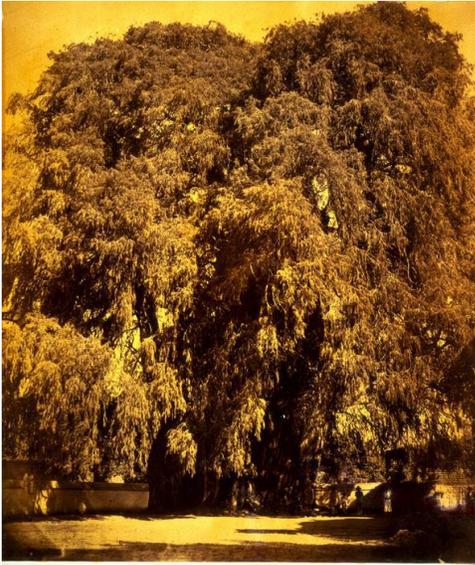


Imagen 7

En 2014, el Getty Institute of Research incluyó entre sus acervos el álbum *Ruines Americaines*, que contiene 37 imágenes impresas en albúmina y en cuyo soporte secundario tiene pies de foto con los títulos manuscritos en francés. Según su ficha catalográfica, se

presume que el álbum fue elaborado y entregado por Charnay a un amigo cercano, misma información que se reproducía en los catálogos del Institut Catholique de París, acervo al que pertenecía antes de ingresar al Getty (según consta en los sellos que porta el anverso de cada página), si bien se desconoce cómo ingresó a éste. Contiene láminas de Palenque, Uxmal, Mitla y Chichen Itzá, así como el calendario azteca y el árbol de Santa María del Tule, la que reproduce la misma imagen del álbum arriba mencionado por lo que también es diferente a lo que se encuentra en la edición de Gidé. Al estar las imágenes impresas en albúmina, podríamos suponer que también se trata de impresiones contemporáneas, es decir, de la década de 1860.

Además de los álbumes que hemos mencionado, existen imágenes sueltas de lo que conocemos como el álbum *Ciudades y ruinas americanas* en varias colecciones, que podemos asumir son reproducciones de los álbumes originales, tales como los negativos que se encuentran en la Bibliothèque Nationale de Francia, en la New York Public Library, además de las que se reproducen tanto en publicaciones periódicas como en libros de la época, en donde ya no se considera la autoría de Charnay, y que han sido utilizadas para ilustrar diversos temas que generalmente refieren a las antigüedades mexicanas. Tal es el caso de los múltiples grabados que aparecen en el Tomo I del *México a través de los siglos*.

En el libro *A Trip to Mexico*, publicado en Ontario en 1880, cuenta H.C. Becher, su autor, la anécdota acerca de cómo se hizo de las imágenes de Charnay, las cuales, eran reproducciones del álbum de Gidé que estaba en manos del cónsul de Estados Unidos en Veracruz:

Le digo el objeto de mi visita y, en un momento, se presentaron varias fotografías grandes y hermosas ante mí. Están numeradas,

tienen sus títulos en francés y los nombres “Charnay, fotogr. Gide, editeur, Paris” al pie, en la esquina izquierda de cada uno. La ejecución es hermosa, y sus temas siempre han sido de gran interés para mí. El cónsul me dice que puedo llevármelas conmigo, que me tomen todas las copias que quiera, devolviéndole los originales y una copia para él. Acepto gustosamente sus términos, y él abandona la habitación unos minutos mientras estoy devorando las fotografías, que apenas puedo creer que pueda llevarme.⁴⁰

Podríamos decir que en ciertos contextos de interesados en las ruinas y el estudio de antigüedades seguían circulando las imágenes, las cuales, dependiendo de la época, utilizaban diferentes tecnologías, y que esta manera de difusión podía llegar a ser común, como refiere Becher, asimismo, podríamos inferir la circulación que tuvieron los álbumes y sus alcances. Actualmente, Charnay se asume como un autor de valía para los estudios arqueológicos y que sus imágenes son útiles para saber cómo eran las cosas hace más de cien años; también cómo han sido representados ciertos espacios, dentro del estudio de la fotografía con tema arqueológico.

El estudio de las particularidades de los objetos fotográficos y de los procesos, difusión y circulación nos puede dar luz de las prácticas de los fotógrafos en el siglo XIX, sobre todo si tomamos en cuenta las dificultades que implicaba cada toma en dicha época. Habría que hacer un estudio aún más minucioso de los negativos y las reproducciones y tal

⁴⁰ H.C.R. Becher, *A trip to Mexico. Notes of a journey from Lake Erie to lake Tezcuco and back*, Toronto, Willing and Williamson, 1880, p. 132.

vez esos pequeños cambios, esos indicios, den material para estudios más amplios que no están inscritos en la historia de la fotografía.

3.3 Fotografía e historia. La cabeza de Izamal

En la primavera de 1860, Désiré Charnay viajó del puerto de Veracruz a Sisal, Yucatán. Después de trasladarse a Mérida y contemplar los festejos de Semana Santa en aquella ciudad, procedió a organizar su expedición hacia Chichen Itzá. Para comenzar a aclimatarse en la península, decidió iniciar con una excursión a Izamal, población que se encuentra a casi 70 kilómetros de la capital del estado, donde aún podían observarse restos de varias construcciones prehispánicas. De su excursión por dicho lugar sólo se conocen tres placas, dentro de las cuales aparece la “Figura gigantesca en Izamal al pie de la segunda pirámide” (Imagen), de gran valor por ser una de las pruebas que quedan de su existencia.



Imagen 8

La escultura que Charnay capturó fue descubierta, literalmente, gracias a los trabajos de los indígenas de la región contratados para retirar escombros y maleza para poder hacer fotografías de las ruinas. Según cuenta el viajero francés, se encontraba cubierta con una gran cantidad de rocas que con el tiempo se habían desprendido de la construcción de la cual formaba parte.⁴¹ Cuando regresó a Izamal veinte años después, la escultura ya no existía.⁴²

Podemos inferir que la exposición a la intemperie y los probables intentos por obtener “moldes” de dichos bajorrelieves lo destruyeron. Sólo nos quedan las descripciones realizadas por Charnay, su fotografía y una imagen a partir de un dibujo de Catherwood realizado más de quince años antes de la llegada del viajero francés. Es decir, tenemos como evidencia una fotografía y un grabado, imágenes que simbolizan dos tipos diferentes de captura y representación de un objeto.

Ambas imágenes son testimonios, que han perdurado hasta nuestros días, de la existencia de dicha escultura ante su desaparición y nos dan la oportunidad de cuestionarnos cómo esas dos representaciones de “algo” que alguna vez fue pueden dar

⁴¹ En repetidas ocasiones, Charnay refiere la contratación de pobladores del lugar para los trabajos de limpieza de las ruinas con el objetivo de obtener mejores imágenes. Désiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal*, México, Banco de México, 1994, p. 177, p. 208 y 209.

⁴² En su viaje a Yucatán entre diciembre de 1881 y enero de 1882, Charnay llegó a Izamal en su camino hacia Chichén Itzá, y mencionó que en lo que era la pirámide de *Humpictok* “estaba la figura descrita por Stephens y hoy desaparecida”. Désiré Charnay, *Les anciennes villes du nouveau monde, voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique Centrale. 1857-1882*, Paris, Hachette, 1885, p. 262-265. En dicho texto menciona que se trataba de dos mascarones diferentes, y que el capturado por él aún existía en la fachada sur de la misma pirámide. En su texto de 1863 refiere que se trata de dos mascarones distintos, pues el que él fotografió era “más gigantesca aun, recientemente descubierta” de “doce pies de altura” en la base de la pirámide. Charnay, *Ciudades y ruinas americanas*, México, Banco de México, 1994, p. 153. Actualmente no existen mascarones y sabemos que se trata del edificio Kabul, en cuyas fachadas oriente y sur hay evidencia arqueológica de la existencia de mascarones, los cuales fueron representados de manera diferente. Lo anterior no indica necesariamente que el visto y representado por Charnay y el representado por Stephens fueran distintos. Cfr. Rafael Burgos Villanueva, Yoli Palomo Carrillo y Guillermo Kantún Rivera, “Un mascarón de estuco en la estructura Kabul, Izamal, Yuc.: ¿representación de un personaje mítico o histórico?” en *Los Investigadores de la cultura maya*, Núm. 21, Universidad Autónoma de Campeche, Campeche, t. I, p. 209-224.

paso a interpretaciones diversas de un mismo hecho y del contexto en el que se llevaron a cabo. Comencemos por hablar de la fotografía, específicamente la generada en la segunda mitad del siglo XIX.

La fotografía elaborada por Charnay alrededor del año 1860 nos muestra un mascarón tallado en piedra. Podemos inferir la fecha al conocer quién fue su autor y seguir sus andanzas. Sabemos que es Izamal porque así se menciona en los álbumes que contienen pie de foto, o bien porque podemos seguirlo en el texto del autor. Sabemos que lo vio, lo capturó y que no existe más.

Sin embargo, la foto en sí misma no nos permite saber todos esos datos pues sólo nos da cuenta de que lo que conocemos como mascarón (una referencia iconográfica) estuvo ahí y fue fotografiado en un momento específico, despojado de su interpretación futura. Es decir, sólo nos muestra un indicio de su existencia. Generalmente, asumimos que la fotografía es la captura de un momento específico y relevante para su creador. El acto de fotografiar es complejo en sí mismo y cobra importancia al ser material con el que puede reconstruirse un hecho, pues es la evidencia de la existencia de lo que fue fotografiado, es decir, “atestigua indudablemente la existencia de lo que da a ver.”⁴³

En este sentido, podemos tener certeza de que la fotografía capturó la existencia de un objeto específico, el mascarón de Izamal. Sin embargo, la carga de verosimilitud o la interpretación que se haga de ella implican otro proceso de investigación. En términos generales, podríamos decir que la fotografía es un registro que nos permite hacer conjeturas posteriores a partir de ella. En el caso de estudios históricos, esto cobra importancia si consideramos que se trata de un medio para acercarnos a una parte de lo acontecido, por lo

⁴³ Philippe Dubois, *El acto fotográfico: de la representación a la recepción*, Barcelona, Paidós, 1986, p. 20.

que es necesario su manejo, sistematización y estudio a fin de hacerlo accesible y que dé información con el fin de construirla como fuente.

Una imagen fotográfica es, pues, una imagen única e irrepetible que hace referencia a un momento específico, que puede ser replicado pero que jamás será el mismo. Es probable, por ejemplo, que exista un mismo objeto fotografiado varias veces con diferencia de segundos, pero el simple hecho de dejar pasar esos segundos ya genera un objeto diferente. Lo mismo ocurre cuando se hacen copias de una misma fotografía, en donde lo que se reproduce es la imagen capturada a la par que se generan otros objetos.

Hasta ahora hemos establecido que la existencia de una imagen fotográfica implica la existencia de su referente, es decir, de lo que vemos fotografiado, pero ello no es condición de que sepamos qué es lo que representa. Esto es un proceso distinto en el que se da un significado que no existe *per se*. Es ahí en donde interviene el trabajo de investigación y estudio para la construcción del sentido de esa imagen. Esta distinción es importante, pues una es su condición ontológica y otra es la referencia a un sentido determinado, dependiendo de las circunstancias de la enunciación: "la foto no explica, no interpreta, no comenta, pues en si no nos dice nada más que la existencia de tal o cual objeto huella de realidad".⁴⁴

En este sentido, podemos considerar que la capacidad de atestiguamiento de la fotografía en tanto evidencia de un momento determinado implica que su elaboración depende de circunstancias específicas, las resoluciones que el autor tomó antes y después de ello. En efecto, la fotografía es el resultado de una serie de decisiones previas a su elaboración, de relaciones subjetivas del creador, es decir, "de decisiones más aleatorias,

⁴⁴ *Ibid.*, p. 80.

difíciles de aprehender con tan solo observar una imagen”.⁴⁵ El primer momento sería antes de la exposición, pues tuvo que haber una selección de lo fotografiable y acerca de lo que se quería retratar. En un segundo momento, el sentido de lo fotografiado. En el anterior podemos ver la construcción de la imagen que se quiere capturar y en el posterior, sus usos e interpretaciones.

Así pues, continuando con nuestro ejemplo del mascarón de Izamal, sabemos que existió y que Charnay lo fotografió, pero eso nos lleva a inferir que para fotografiarlo tuvo que elegir el ángulo, la luz; si tomaba las escalinatas de las que formaba parte o si sólo se enfocaba en el mascarón, si lo hizo porque era ideal para representar el interés en ciertos objetos o un largo etcétera. Hubo todo un trabajo previo de desmonte, de pruebas para preparar los tiempos necesarios de exposición, de preparación de los vidrios con la cantidad de emulsión necesaria y de otras decisiones técnicas. Una serie de circunstancias previas que no se presentan de una manera evidente al ver la imagen, pero se deducen a través de esta.

Todo lo anterior es importante porque nos establece una metodología a seguir para indagar más acerca de estas imágenes, su producción, sus motivos, sus circunstancias y en este sentido construirlas como una herramienta para llegar al conocimiento. Al fin y al cabo, la categoría de índice de la fotografía no es más que el volver a los indicios, a las huellas que nos llegan del pasado y que como historiadores nos proporciona eso que solemos llamar fuentes, pues, como dice Marc Bloch “El historiador se halla en la

⁴⁵ Michel Frizot, *El imaginario fotográfico*, México, Dirección de Literatura, Universidad Nacional Autónoma de México/Almadía/Fundación Televisa/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Embajada de Francia, 2009, p. 10.

imposibilidad absoluta de comprobar por sí mismo los hechos que estudia. Por lo tanto, no podemos hablar de las épocas que nos han precedido sino recurriendo a los testimonios.”⁴⁶

El pensar a la fotografía como índice nos permite decir que no aceptamos que sea estimada como “espejo” de realidad, y ello condicionará el estudio que hagamos de las imágenes. Sin embargo, no podemos obviar que en el siglo XIX era considerada como tal, sobre todo pensando en la idea de progreso y civilización que representaba el contexto francés, en el que se pensaba que la ciencia había llegado a su punto máximo, y la fotografía simbolizaba un medio de aprehensión total de la naturaleza. Con esta premisa, habría que preguntarnos qué sucedió con otras formas de producción de imágenes, tales como el grabado, el dibujo y la litografía.

Alrededor de 1840, Frederick Catherwood realizó los dibujos que posteriormente, en 1844, publicaría a manera de álbum en *Views of ancient monuments in Central America, Chiapas and Yucatan*. Este volumen contiene 25 litografías que derivan de los dibujos realizados *in situ* entre 1839 y 1841 en los viajes al lado de John Lloyd Stephens, en los que se muestran varios edificios o detalles de lo que actualmente conocemos como la zona maya. La mayoría de estas litografías incluyen escenas que aprovechan la escenografía de las ruinas y la vegetación circundante. Por ello se le ha criticado por su contenido que, por estar demasiado influido por el romanticismo, es considerado falaz. No obstante, algunos defienden su veracidad sustentándolo en la precisión de los dibujos, debido al uso de una cámara lúcida.⁴⁷ Sea como fuere, en su momento representó un medio válido para el

⁴⁶ Marc Bloch, *Introducción a la historia*, 4ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 52.

⁴⁷ Es un instrumento de óptica que funciona a través de un sistema de dos espejos que reflejan la imagen de un objeto superponiéndola sobre un papel. Con ello se conseguía hacer diseños de los objetos con mayor exactitud. Fue una de las varias técnicas que se utilizaban para obtener imágenes copiadas “del natural”. En sus dos publicaciones sobre la zona maya, Stephens hace referencias al uso de la cámara lúcida para que

acercamiento y conocimiento de la civilización maya y hasta la fecha sigue siendo un referente para los interesados en el tema.

La lámina XXV corresponde a la “Cabeza colosal en Izamal”.⁴⁸ (Imagen. 9) Si comparamos la imagen de Catherwood y la de Charnay es evidente la diferencia y por ello nos resulta ideal para reflexionar acerca de la veracidad y construcción de las imágenes. Ya hablamos sobre la condición de la fotografía como evidencia, pero haría falta hablar sobre su condición de mimesis de los objetos fotografiados. La comparación entre el dibujo y la fotografía se presta para ello.

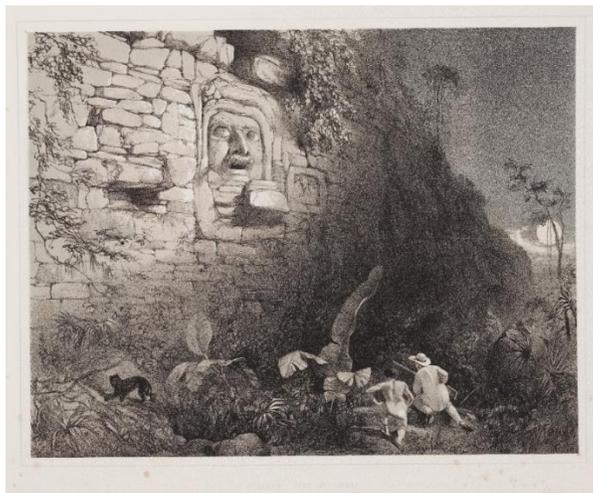


Imagen 9

Catherwood realizara sus dibujos. En el caso de su viaje a Yucatán, comenta la inclusión de un aparato de daguerrotipo como parte de su equipaje, sin embargo, no menciona que dicho aparato se usase para la reproducción de las ruinas, sino sólo dentro de ciertos círculos sociales. En el prefacio de la edición estadounidense de *Incidents of travel in Yucatán*, dice: “Las descripciones están acompañadas de ilustraciones completas de vistas en daguerrotipo y dibujos capturados en el sitio por Mr. Catherwood, y los grabados fueron ejecutados bajo su supervisión personal.” *Incidents of travel in Yucatan*, New York, Harper & Brothers, 1848, p. IV. Ahora bien, también habría que considerar que el daguerrotipo no era “reproducibile” en el sentido de que era en sí mismo un positivo y no existía un negativo base para generar varios positivos, como sí ocurría con el negativo de colodión. Por ello, aun cuando hubiera algunos daguerrotipos de Stephens y Catherwood, en esa época era inevitable la elaboración de grabados y litografías para la difusión de las imágenes.

⁴⁸ Catherwood estuvo con Stephens en Izamal entre marzo y abril de 1842, fecha en que realizó el dibujo que daría pie a la litografía que se menciona y a un grabado incluido en la publicación de *Incidents of travel in Yucatán*.

Se comenzaron a plantear estas discusiones cuando la fotografía tuvo incidencia en ciertos ámbitos, como en los viajes y las exploraciones de las antigüedades. Respecto a la dicotomía entre objetividad y subjetividad a partir del dibujo o la fotografía y la consecuente extensión a diferenciar entre ciencia y arte, resulta significativo lo que menciona el viajero francés en torno a la cabeza de Izamal:

La base de otra elevación artificial, enclavada en el patio de una casa particular, presenta todavía los restos de unos rostros gigantescos, uno de ellos reproducido por Stephens y Catherwood en su álbum litográfico. Esta es la ocasión para traer aquí el tema de cómo se transmite la historia. Estos señores ubican los rostros aquí mencionados en un lugar desierto; al pie de la pirámide se encuentra un tigre furioso, mientras los indios salvajes lo apuntan con sus flechas. A fuerza de exaltar el color local se falsea la historia y se confunde la ciencia. Estas figuras se encuentran en el centro mismo de la pequeña ciudad de Izamal. ¡Cuántos errores es necesario corregir, cada día de viaje, en las relaciones de los literatos... cuántas falsas ideas han sido difundidas entre la gente por los entusiastas que se extasían ante una brizna de hierba, iluminada por otro sol y un poco diferente de las que hallamos a nuestros pies, cuántos discursos tontos sobre las selvas vírgenes, el sol africano, el cielo mexicano, o

sobre la majestad de tal naturaleza enclenque! ¿Por qué tanto afán en encontrar todo diferente?⁴⁹

La imagen de la litografía muestra un mascarón montado sobre una estructura mayor, a cierta altura y no al ras del piso⁵⁰ y en donde también se muestran elementos como vegetación, un animal salvaje y una escena en la que dos cazadores esperan aprehenderlo. Sin embargo, el hecho de que difiera con respecto a la imagen presentada en la fotografía no garantiza que sea falsa, poco precisa o inexacta. Se trata, como ya dijimos, de dos maneras de representación, lo que no siempre es explícito cuando se estudia la fotografía, pues se suele asumir, como Charnay en el siglo XIX defendiendo su trabajo, que la fotografía es en sí misma superior.

Podríamos decir que ello se basa en el concepto de mimesis, heredado de las discusiones en torno a la pintura como una reproducción fiel de la naturaleza, y que en el momento de la invención del daguerrotipo se cuestionaba la diferencia entre verosimilitud y

⁴⁹ Charnay, *Ciudades...*, p. 153. Sin embargo, Stephens no omite mencionar que la ubicación de dicha cabeza se encuentra en una propiedad particular, incluso en una casa contigua al lugar de su alojamiento. Vid. John L. Stephens, *Viaje a Yucatán (1841-1842)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 587. Acerca de cómo Stephens concebía las ilustraciones generadas por Catherwood, por lo menos en su primer viaje, el autor menciona lo siguiente: “Solo remarcaré que, desde el principio, nuestro gran objetivo y esfuerzo fue obtener copias verdaderas de los originales, sin agregar nada para el efecto como imágenes. El Sr. Catherwood hizo el esbozo de todos los dibujos con la cámara lúcida y dividió su papel en secciones, a fin de preservar la máxima precisión de la proporción. Los grabados se hicieron con el mismo respeto a la verdad, a partir de dibujos reducidos por el propio Sr. Catherwood, los originales también están en manos del grabador; y considero oportuno mencionar que una parte de ellos, de los cuales la portada era una, fueron enviados a Londres y ejecutados por grabadores en madera, cuyos nombres se encuentran entre los primeros en Inglaterra; sin embargo, aunque hechos con una habilidad exquisita y más efectivos como imágenes, fallaron en dar el verdadero carácter y expresión de los originales; y con una pérdida considerable tanto de tiempo como de dinero, fueron echados a un lado y grabados nuevamente en acero. Se le entregaron pruebas de cada placa al Sr. Catherwood, quien hizo las correcciones necesarias; y, en mi opinión, son copias tan verdaderas como pueden presentarse; y, excepto las piedras mismas, el lector no puede tener mejores materiales para la especulación y el estudio.” John L. Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. I, London, J. Murray, 1841, p. 137-138.

⁵⁰ La investigación arqueológica contemporánea sugiere que el mascarón fotografiado por Charnay se ve al ras del piso porque “hay una serie de rellenos que van desde arriba del mascarón que corresponden al nivel del piso actual hasta un piso de estuco poco menos de dos metros hacia abajo”, por lo que la imagen de Catherwood sí estaría al nivel del piso de estuco, por ello el mascarón se ve “hacia arriba”. Burgos, *op. cit.*, p. 218.

verdad, entre subjetividad y objetividad. Esto último cobra mayor importancia si se considera que el acto fotográfico es un acto mecánico, en el que no necesariamente interviene el genio que pudiera tener un artista, aunque se considere como un mediador.

En este sentido es importante retomar la idea de veracidad que en el marco del pensamiento científico se desarrollaba en el siglo XIX y cómo ello se asoció a la fotografía. Desde sus inicios, como un invento que permitía capturar una imagen mediante un aparato, ésta se vinculó con características de objetividad por ser un acto en el que no había intervención de la creatividad humana, al ser obtenido de manera mecánica.

Ello generó expectativas en el ámbito científico, en donde se consideró que la fotografía permitiría un acercamiento fidedigno a los objetos de interés para variadas disciplinas, ya fuera la arqueología, la antropología, la etnografía, etcétera. Sin embargo, justamente por ser un acto mecánico, no se requería de mayor arte en su elaboración y no era necesaria una formación específica del operador de la cámara, por lo que los fotógrafos, incluso los que han sido considerados como viajeros o artistas, no siempre contaban con una especialización ni científica ni artística.

Resultan de particular interés las críticas que Frédéric Waldeck hace a las fotos de Charnay, sobre todo subrayando la imprecisión de la imagen fotográfica frente a los detalles que permite el grabado:

La rapidez con que son obtenidas las placas fotográficas y su exactitud perfecta son dos cualidades de primer orden [...] Más lo que siempre hará que la fotografía resulte inmensamente inferior a las artes gráficas es que no es propia para reproducir los colores, los detalles exteriores que permanecen en la sombra,

los interiores oscuros, condiciones de distancia y de desplazamiento que en múltiples ocasiones son muy difíciles de lograr, sobre todo que no puede mostrar ni el plano ni el corte de un monumento, cosas extremadamente importantes para los estudios arqueológicos. En cuanto a la ejecución en sí misma, el dibujante tiene la gran ventaja sobre el fotógrafo, de detenerse en las pequeñas cosas y que a menudo no se detienen a reflejarlo en los pequeños detalles sobre el camino de los descubrimientos y de las observaciones que escapan a una atención menos sostenida.”⁵¹

Aun en un contexto de defensa a ultranza de la fotografía, personajes como Waldeck rescataban el hecho de que, por ser un acto mecánico, no presentaba la misma agudeza visual o bien, la misma sensibilidad que impone la humanización de la elaboración de la imagen. Waldeck defiende también un principio de mimesis que se sustenta en su uso científico, desde un cuestionamiento de las limitaciones técnicas de la fotografía para el acercamiento fiel y preciso de los objetos. Esta oposición entre fotografía y grabado reflejaba en realidad dos prácticas que estuvieron muy unidas durante el siglo XIX, sobre

⁵¹ Frédéric Waldeck, “Les antiquités mexicaines et la photographie” en *Le trait d’union*, 19 de abril de 1862, p. 3. El texto está dirigido a Viollet Le Duc, en repuesta a su artículo “Antiquités mexicaines”, publicado en el mismo periódico días atrás y en el que enaltece el trabajo de “exploración” y sobre todo la labor fotográfica de Charnay. En su texto, Waldeck no sólo critica lo ya mencionado, sino que más allá de la importancia de sus fotografías, la obra de Charnay le parece de poco valor, no sólo porque parece ignorar las obras importantes anteriormente publicadas como la de Stephens o la recopilación de Baradère (que dicho sea de paso, Waldeck menciona que son obras poco conocidas en Francia), sino porque exagera sus aventuras en Palenque (donde sólo obtuvo malas imágenes), lo que le resta credibilidad como viajero explorador y lo reduce a un “viaje de aventuras, desprovisto de interés para la ciencia y sin provecho para el público”. Cabe destacar que este debate se discutía por lo menos un par de años antes de la publicación de la obra *Ciudades y ruinas americanas*, aunque seguramente las fotografías de Charnay ya se conocían en los círculos de *savants* franceses, tras su presentación ante la Sociedad de Geografía de París a finales de 1861. Vid. *El Contemporáneo*, viernes 29 de noviembre de de 1861, p. 4, consultado en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003476090&search=&lang=es>.

todo en sus posibilidades de representación, considerando que varios elementos de la fotografía tenían su origen en el dibujo.⁵²

Aunque de manera general no puede compararse la fotografía con otros medios de producción de imágenes, tales como la pintura y el grabado, debido a que corresponden a manufacturas diferentes, y por lo tanto a conceptualizaciones divergentes, podemos ver cómo las técnicas que buscaban la reproducción de la naturaleza se fueron perfeccionando a lo largo de los años, de tal suerte que, aun cuando ya existían fotografías mucho más nítidas que los primeros daguerrotipos, como son los ambrotipos o los negativos de vidrio al colodión húmedo (técnica utilizada por Charnay), la difusión de imágenes se seguía haciendo por medio de grabados, que no eran más que interpretaciones de las mismas fotografías. Esta convivencia entra ambas técnicas (pues una no desplazó a la otra) se entiende si pensamos que se trata de dos maneras distintas y complementarias de representación que no necesariamente se sustituyen o se contraponen. Puede verse, por ejemplo, que Waldeck sostiene que hay ciertos detalles que la fotografía, por sus limitaciones ópticas, no puede mostrar, empezando por el color, detalles, problemas con la luz, planos, encuadres y algo que resulta muy importante, la reconstrucción del “contexto” de lo fotografiado. Lo anterior planteaba para Waldeck un problema de origen de la fotografía, aunque con los años y los avances tecnológicos se intentaría reducir esta brecha por diferentes medios.

Los grabados siguieron existiendo a la par que la fotografía por una limitación técnica, pues la reproducción de imágenes fotográficas era sumamente cara y laboriosa ya

⁵² Al respecto, Susana González, en *La fotografía en la arqueología española (1860-1960): 100 años de discurso arqueológico a través de la imagen*, Madrid, Real Academia de la Historia-Universidad Autónoma de Madrid, 2007, sostiene que eso es evidente en la composición de las fotografías con tema arqueológico, en las cuales existe una herencia de los encuadres e incluso los temas, del dibujo y la pintura, hasta que ya a finales del siglo XIX la fotografía tomaría sus propias directrices como disciplina independiente. p. 57 y 58.

que debía elaborarse y montarse cada positivo en la superficie de cartón o del material que fuere el soporte secundario. A pesar de que la fotolitografía se desarrolló desde mediados de siglo, no fue sino hasta las últimas décadas del siglo XIX que se popularizarían las técnicas de estampación fotomecánica y con ello se abarataría y haría más ágil la inclusión de fotografías en publicaciones de toda índole, lo que fue desplazando paulatinamente el uso de otro tipo de imágenes.

El dibujo y la pintura representaban diferentes maneras de ver, de asumirse como espectador y de interpretar lo visto. En este sentido, no cuestionamos aquí el grado de exactitud del grabado de Catherwood o si Charnay tenía razón de evidenciar sus errores, ni siquiera la calidad estética de uno u otro. Lo que se quiere hacer notar en este texto es que lo que se produjo tuvo tal grado de verosimilitud en ciertos contextos, para darse por válido, ser creíble, aceptado y consumido, pues ambas técnicas no estaban contrapuestas, sino que respondían a finalidades y lógicas diferentes. Por ello, Charnay y otros autores siguieron publicando los dibujos de Catherwood aun cuando ya existían fotografías del mismo objeto, por ser considerados como la representación más exacta. Dijo el francés en su publicación de 1885, al referirse a los dibujos hechos en Copán y la ausencia de fotografías de su parte: “es Stephens quien nos servirá de guía a través de este estudio, tomaremos prestados los dibujos tan fieles de los monumentos, reproducidos con la cámara oscura por Catherwood, lo que los hace, a decir verdad, como de fotografías.”⁵³

⁵³ Désiré Charnay, *Les Anciennes Villes du nouveau Monde, voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique Centrale*, Paris, Hachette et Cie., 1885, p. 412. En dicha publicación hay más de una imagen de Catherwood. Cabe señalar que Charnay llama indistintamente a la cámara lúcida y la oscura, sin embargo, son dos mecanismos distintos. En la publicación de H.C.R. Becher, *A trip to Mexico* de 1880, se hace referencia a las imágenes de Charnay y se incluyen dos de ellas, sin embargo, siguen apareciendo las de Catherwood que se basan en las descripciones de Stephens.

En este sentido, podemos abordar a la imagen fotográfica como medio de memoria, testimonio, evidencia, sobre todo en un contexto de viaje, lo que implica el debatir términos como la verosimilitud, el testigo y la confirmación de lo que se retoma en la narración. En el caso de Charnay no sólo responderá a una cuestión de credibilidad de la crónica, sino a los atisbos de un empirismo que le permitiría comenzar el estudio, aunque no sistemático, de las ruinas americanas, así como el mantener un discurso de veracidad y certeza ante otras imágenes producidas sobre el mismo tópico y sostener así, incluso, teorías que posteriormente, aun cuando su argumento se basaba en lo mostrado por fotografías, serían refutadas o cuestionadas.

Lo anterior se inscribe en las discusiones respecto a si la fotografía podía ser considerada como una técnica “realista”, en un contexto en el que las artes en el siglo XIX, sobre todo la pintura, tenían como base la representación de la naturaleza y por ende su objetivo primario era la fidelidad hacia ella. Desde los primeros tiempos del daguerrotipo, es decir, desde sus inicios, la fotografía planteaba esta controversia no solo por parte de sus acérrimos defensores, como François Arago, sino también de los usuarios, creadores y admiradores de estas nuevas técnicas que, sin embargo, no descartaban la importancia del dibujo. Decía una publicación de 1862: “México es históricamente el país más interesante de América, sus antigüedades, sus monumentos literarios, se revelan todos los días a los ojos sorprendidos de la ciencia europea, que contempla los edificios antiguos comparables a los de Egipto y los de Asiria. El Sr. Charnay informó desde Oaxaca, Yucatán y Chiapas,

de las fotografías que serán objeto de una gran publicación, pero que no podrán hacer olvidar los hermosos dibujos de Dupaix y el Sr. Waldeck.”⁵⁴

No es gratuito que un personaje como Charnay sostuviera divergencias o discusiones en sus textos con Waldeck o Stephens, en torno a la verosimilitud de imágenes creadas a partir de la interpretación y la pericia de un dibujante, las cuales eran rechazadas por su carga creativa y subjetiva. Sin embargo, en un contexto en el que el acto de ver es relevante en tanto acto empírico, el dibujo puede ser más enriquecedor, dado que al realizarlo interviene la experiencia de ver y representar lo que se ve, contextualizarlo, resaltar los detalles, es decir, vincularse de otra manera con el objeto.

En este sentido podríamos pensar que la fotografía, al ser un acto mecánico, queda despojada de esta posibilidad de enriquecer lo que se reproduce, lo que indudablemente genera una experiencia diferente en el espectador. Sin embargo, pensar ello a pie juntillas sería ignorar lo que comentábamos líneas arriba respecto a las decisiones que Charnay debió tomar antes de descubrir su lente, sobre todo en pensar qué se debía capturar y de qué manera quería que se viera. Esto lo podemos ver en un ejemplo muy concreto de su estancia en Palenque, de donde sólo obtuvo tres imágenes, cuando al ver el estado de las ruinas en medio de la espesa selva, dijo:

Comprendí de inmediato las dificultades que me esperaban para reproducir estos monumentos; todo estaba negro, carcomido, arruinado, perdido; no podía, por otra parte, ponerme a trabajar de inmediato, porque el trabajo de los

⁵⁴ *Annuaire encyclopédique : politique, économie sociale, statistique, administration, sciences, littérature, beaux-arts, agriculture, commerce, industrie*, 1862, p. 80.

indios no avanzaba tan rápido como yo había pensado en un principio y les faltarían todavía dos días para permitirme tomar una perspectiva de la fachada. También sería necesario, adicionalmente, tirar al menos los árboles más estorbosos que cubrían el techo del edificio y desembarazar la fachada de las plantas trepadoras que obstruían la vista.⁵⁵

Lo mismo podemos ver en pasajes en los que menciona la construcción de tarimas para alcanzar un mejor encuadre, o incluso el mover los objetos de su contexto para obtener una mejor reproducción, como también lo hizo en Palenque en el Templo de las Cruces, donde la parte del tablero que fue fotografiada había sido arrancada de su lugar de origen, según nos cuenta el autor, por lo que se encontraba abandonada en la selva: “cubierta de musgo y las esculturas habían desaparecido por completo. Cuando quise reproducirlas más tarde fue necesario tallarla con un cepillo, lavarla y recargarla contra un árbol.”⁵⁶

Tomando en cuenta lo anterior, considero que no podemos decir que Charnay falseó las imágenes de las ruinas palencanas; sin embargo, nos hace cuestionar el principio de mimesis y de reproducción objetiva y no intervenida de los objetos fotografiados. Ello nos hace reflexionar en torno a los usos que generalmente se adjudican a la fotografía, sobre todo la del siglo XIX, a la que, como cualquier otro documento, se exige una cuota de verdad. Enunciado esto, ¿podríamos seguir considerando inexactas las imágenes de Catherwood y exactas las de Charnay? Pensamos que ambas representaciones responden a lógicas diferentes. Charnay nos cuenta esta “manipulación” de la escena no por un acto de cinismo, sino porque no cree que sea motivo para dudar de su trabajo, del testimonio de su

⁵⁵ Charnay, *Ciudades...*, p. 208.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 209.

lente. Para sus parámetros, eso no resultaba importante, el registro puntual de las piezas o las construcciones en su contexto no eran tan prioritarios como que la imagen en sí misma permitiese su conocimiento. Por esta razón, podríamos valorarlo como un explorador, un fotógrafo, pero no como un arqueólogo en el sentido contemporáneo.

Es por ello por lo que no existe contradicción alguna en generar grabados a partir de una fotografía a la que se “añaden” nuevos elementos, no necesariamente con la intención de “tropicalizar” la imagen para hacerla más accesible a su público (o no solo para eso), sino para contextualizarla, aun cuando se manejara el discurso de que por ser “a partir de una fotografía”, sería más fiel y objetiva. Para seguir con Charnay, podemos ver, por ejemplo, en *Les anciennes villes du Nouveau Monde*, un grabado a partir de una foto del “Palacio del Gobernador en Uxmal”, en donde le “añaden” el elemento de un animal salvaje (Imagen 10), el cual muy posiblemente pudo haber existido en las inmediaciones, según podemos contrastar con la narración escrita del autor, al igual que pudiera haber existido un momento en el que dos cazadores intentaran aprehender a un jaguar, tal como se representa en la litografía de Catherwood de la cabeza en Izamal.⁵⁷ Ello no lo hace menos fiel a la fotografía, sólo que reinterpretada a través de una representación en la que se agregan elementos del contexto, pero que no necesariamente estuvieron ahí en el momento de la realización de las imágenes, ni de la fotografía o el grabado, pues se apelaba a una narrativa diferente para quien consumía estas imágenes.

⁵⁷ Charnay, *Anciennes...*, p. 339.

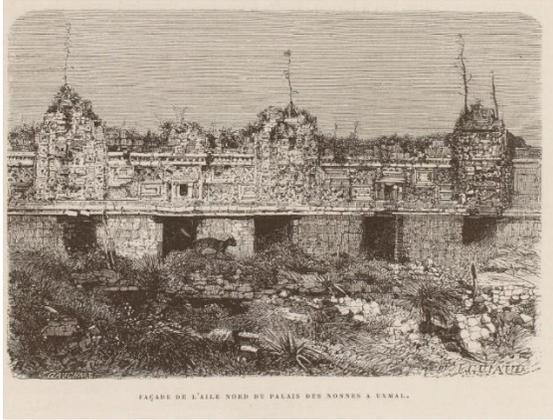


Imagen 10

Así pues, hemos reflexionado en torno a algunas de las características de la imagen fotográfica y nos hemos acercado a dos de las representaciones de imágenes más populares en el siglo XIX: el grabado y la fotografía, para pensar en su elaboración y difusión desde una perspectiva histórica, a través del caso concreto de un objeto representado. Ello con la intención de poder dar más luz acerca de los estudios de las imágenes en el siglo XIX y en particular de las generadas por Charnay, en el contexto de los viajes en general y los “viajes arqueológicos”.

Lo que se quiso reflexionar en este último apartado es el cómo se pueden ir reconstruyendo distintas líneas de estudio en cuanto a las prácticas de un personaje determinado, en este caso Charnay, en una faceta de fotógrafo. La producción de imágenes en el contexto en el que la fotografía surgía como una práctica extendida puede darnos pie a la discusión en torno a sus características y a la manera en la que se han entendido y se han estudiado desde una perspectiva histórica, como parte de un entramado de relaciones y prácticas que requieren un estudio de los objetos, en cuanto a su materialidad y a su

representación, ya que, como lo vimos en esta investigación, puede acercarnos al conocimiento de nuevas vertientes del siglo XIX mexicano.

Epílogo

En el verano de 1880, Désiré Charnay volvió a México tras un par de décadas de haber salido de este país con destino a su natal Francia. Su regreso a Europa en 1860 marcó el inicio de su carrera “intelectual” dentro del contexto colonial francés, por lo que fue la punta de lanza para iniciar viajes a las recientes posesiones de su nación en África, Asia y lo que hoy conocemos como Oceanía. La trayectoria que se fue forjando durante esos años le permitió volver a nuestro país en la década de 1880 como el encargado de una expedición franco-americana, en un momento en que las circunstancias mexicanas eran distintas. Habían pasado las secuelas de la intervención francesa, llegado otros viajeros y exploradores y conformado instituciones como el Peabody Museum, que buscaban un estudio sistemático y profesional del pasado americano.

Como fruto de este segundo viaje se publicó en París en 1885 *Les Anciennes villes du nouveau monde*, con 214 grabados, algunos a partir de sus fotografías, que describían sus andanzas entre los años 1880 y 1882 y que intercalaba fragmentos de su primer viaje, sobre todo en lo referente a anécdotas, tales como su experiencia al atravesar la selva de Chiapas para llegar a Palenque, sus reflexiones en torno a los indios o sus historias picarescas de los personajes oaxaqueños. Sin embargo, el texto contiene reflexiones que distan de lo publicado años atrás en *Ciudades y ruinas americanas*; sus palabras intentan contener un cariz más “científico”, al punto que se aventura a introducir un número mayor de referencias a textos de estudiosos del pasado mexicano, postula algunas teorías acerca de los orígenes y fechas de las civilizaciones precolombinas y ofrece datos más precisos acerca de la localización, el tipo de objetos y la manera en que se llevaron a cabo sus excavaciones en sitios como Tenenepanco o Tula.

Las precarias excavaciones y los postulados que surgieron de este último sitio despertaron gran interés y sin duda es el tema que llevó a Charnay a ser considerado como el precursor de la arqueología mexicana. Esta fama lo llevó a escribir no sólo sus memorias a través de la obra ya mencionada, sino en publicaciones tan disímiles como *Le Tour du monde* o en *The North American Review*, el *Journal des savants* o el *Journal de la Société des Américanistes*. *Les Anciennes villes*, por su parte, parece haber sido un éxito editorial debido a los ejemplares que a la fecha podemos rastrear tanto en México, España, Estados Unidos y Francia y a que fue también publicada en versión inglesa en Londres en 1887 y en Nueva York en 1888.

Otra discusión que se desprende del segundo viaje de Charnay a México es acerca de sus excavaciones, su figura como explorador y la manera en la que se esperaba la generación de conocimiento del pasado prehispánico. En un estudio de 1990, Clementina Díaz y de Ovando¹ rescata uno de los momentos en que Charnay estuvo en boca de algunos mexicanos, no ya por su empeño, su erudición, sus fotografías o sus grandes aportes a la ciencia, sino por el debate que suscitó la firma de un contrato con el gobierno mexicano, en el que se le daba permiso para exportar las piezas encontradas durante sus exploraciones.

¹ Clementina Díaz y de Ovando, *Memoria de un debate (1880): la postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990. En dicho texto se incluye íntegra la memoria del debate del 28 de octubre de 1880 en el que el Congreso discutió en torno a la autorización para la exportación de una tercera parte de las piezas que Charnay obtuviera en sus excavaciones, y que debían previamente ser escogidas por el Museo Nacional, ser fotografiadas y haber elaborado sus respectivos moldes. Un texto más reciente sobre el tema se encuentra en la obra de Christina Bueno, *The Pursuit of Ruins: Archaeology, History, and the Making of Modern Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico, 2016, en donde la autora muestra cómo la discusión en el Congreso mexicano mostraba dos tipos de posturas frente al patrimonio: la de los nacionalistas y la de los cosmopolitas. Asimismo, expone cómo en el Porfiriato la discusión basada en un profundo nacionalismo se fue atenuando con los años, al grado tal que en 1899 las piezas que 19 años antes no habían podido salir gracias al fallo del debate suscitado en 1880, fueron finalmente entregadas a Charnay, quien las donó al Museo de Trocadero. Para un seguimiento de ello están los documentos del AGN/ Instrucción Pública y Bellas Artes/ Caja 146/ Exp. 22, en donde puede verse cómo el tema de la entrega de las piezas involucró no sólo a Charnay, sino al ministro plenipotenciario de Francia y al mismo Armand de Quatrefages, del Museo de Historia Natural de París, quien había venido a México durante la intervención francesa como parte de la Comisión Científica de México.

Esto suponía una postura gubernamental que propiciaba que los exploradores extranjeros pudieran llevarse piezas arqueológicas a los grandes museos tanto europeos como estadounidenses, pues consideraban que ellos eran los únicos que tenían la capacidad de apreciarlas y conservarlas, además de los conocimientos suficientes para estudiarlas, ya que de no ser por los exploradores extranjeros como Charnay, no podrían ser “descubiertas” para su estudio, ante las carencias del gobierno mexicano en este rubro.

Ello nos deja ver, además de la petulancia del francés, una nueva concepción de las antigüedades en una época en la que el trabajo de Charnay no era más considerado tan heroico para algunos (no solo los versados en el tema, sino las propias autoridades), que ya se cuestionaban la importancia de la salvaguarda del patrimonio histórico, y que dejaba detrás la idea de la existencia de personajes y países destinados a la generación del conocimiento universal, cuando lo universal se reducía aún más a Europa y sus territorios de influencia.

Más allá del cierto nacionalismo que podría apreciarse en el debate, que se manifestaba a través de la confianza en las bondades y virtudes que para el futuro traería la paz porfiriana y el consecuente desarrollo del país, es interesante notar cómo se fueron construyendo los discursos acerca del patrimonio, la historia y la nacionalidad a partir de un personaje que para entonces no acaparaba más todos los reflectores en cuanto al tema prehispánico.

De este segundo viaje, Charnay no sólo recolectó fama como explorador, sino como un personaje que buscaba desentrañar los “misterios” del pasado prehispánico. Sin embargo, entre su primer y su segundo viaje habían pasado por el territorio mexicano algunos personajes que, desde diversos orígenes y objetivos, habían explorado sobre todo

lo que conocemos como la zona maya. Ejemplos de ello son Teoberto Maler, Augusto Le Plongeon e incluso Alfred Maudslay, un británico con alma de anticuario que hizo repelar a nuestro autor cuando, pese a su soberbia, tuvo que aceptar que se le hubiera “adelantado” en el “descubrimiento” de Yaxchilán.

También fue el momento en que produjo la mayor parte de fotografías y de moldes de inscripciones que actualmente alimentan los acervos del Musée du quai Branly (que antiguamente era el museo de Trocadero) e incluso del Smithsonian Institute. No obstante, es evidente la diferencia con las producidas en su primer viaje, no sólo en cuanto a tamaño y tema, sino en objetivos. Las primeras tenían como intención mostrar y por ello son más cuidadosas, incluso estéticamente; las posteriores tenían como intención registrar, y por ello podríamos suponer que tienen un carácter más técnico. Quizá esa sea la razón por las que no fueron publicadas como *Ciudades y ruinas americanas*, a manera de álbum, sino distribuidas, al parecer en venta, en museos y colecciones privadas, por lo que no son tan conocidas y difundidas.

Es interesante esta última precisión debido a que, incluso el mismo autor participó para dar mayor importancia a su trabajo como fotógrafo. Podemos inferir que las fotografías capturadas en su segundo viaje pretendían tener una circulación limitada a los ambientes especializados que era el lugar en el que podían ser interpretadas y estudiadas. Por el contrario, los grabados eran suficientes para la circulación más amplia, pues no requerían exactitud sino veracidad y por ello, en lugar de publicar un álbum de fotografías, publicó un texto con grabados.

Conclusiones

Conforme a lo abordado en esta investigación podemos concluir con una serie de reflexiones en torno a la figura de Desiré Charnay y cómo el análisis de él y de su obra *Ciudades y ruinas americanas* puede llevarnos a pensar en nuevos derroteros para el estudio tanto de la figura de los viajeros y exploradores en nuestro país, como de la historia social de la fotografía en el México del siglo XIX.

El haber estructurado esta investigación en torno a tres facetas de Désiré Charnay permitió el acercamiento a este tipo de personajes, que, si bien no fueron comunes, sí fueron recurrentes en un contexto de avance técnico, expansión y necesidad de conocimiento más certero del mundo. Para los estudios acerca del pasado mexicano, cobra relevancia al entender cómo es que han sido considerados como viajeros, y cómo tuvieron un papel en la construcción de una imagen de México, hacia dentro y hacia el exterior, no sólo en cuanto a sus ruinas (a partir de los prejuicios y de las concepciones eurocentristas), sino de su presente.

Al abordar al Charnay viajero en el contexto de la literatura de viajes, pudimos ver cómo esta suele utilizarse como una fuente para el conocimiento de tiempos pasados o de regiones desconocidas. Su uso es aceptado como una mirada objetiva al encontrarse en un punto de vista privilegiado, lo que le da credibilidad. Sin embargo, es necesario considerar que su narración responde a motivos específicos, sobre todo el buscar reconocimiento en ciertos círculos. Por ello, es pertinente hacer un estudio más minucioso de lo que nos llega a través del estudio de la literatura de viaje y ser más cautos en cuanto a lo que se interpreta en torno a ello. Esto para poder hacer nuevas interpretaciones o bien, tener nuevas perspectivas de temas ya tratados.

El poder observar cómo es que su obra escrita se inscribía en el resto de este tipo de narraciones no es un asunto sin importancia si pensamos en cómo es que su texto ha sido retomado. Como pudimos ver, la personalidad del viajero y su orgullosa pertenencia a la nación francesa en el momento de la Intervención, hicieron que una obra ordinaria tomara mayor importancia, al saber utilizar el contexto de su publicación a su favor, lo que lo llevaría a tomar mayor relevancia en los otros dos rubros de análisis en los que dividimos esta investigación.

Tal como se estableció como objetivo de esta investigación, se pudo observar que la labor de Charnay no estaba inscrita cabalmente en el ámbito de lo científico, sino que oscilaba entre ello y la labor exploradora, más cercana a una actividad que no buscaba propiamente generar el conocimiento de la humanidad, sino colaborar proporcionando la información para que esto fuera posible. Esto no necesariamente le resta mérito, sino que replantea la idea del Charnay científico con el que se ha estudiado al personaje y su obra y que resulta pertinente para nuevos enfoques.

La imagen que se generó de Charnay está relacionada no sólo con la construcción que del viajero se hizo en el siglo XIX para alimentar una “industria”, sino también con una idea de conocimiento en el que se elogiaban las aportaciones, por pequeñas que parecieran, para el conocimiento universal y, sobre todo, los avances de los posibles territorios de influencia en un contexto de expansión colonialista. No en vano se ha mencionado en los textos biográficos sobre nuestro personaje su peso o sus supuestos viajes como parte de la Comisión Científica durante el periodo de la “intervención francesa”.

Charnay era parte de los recorridos a los territorios considerados como extraños y tomaba nuevos bríos con el hallazgo de ruinas y la remembranza de las sociedades

antiguas. Las personas viajaban para ser testigos de ello y muchas combinaban quehaceres, no solo recorrían con pluma en mano, sino que tomaban una parte activa en el reconocimiento de los lugares que para ese entonces comenzaban a convertirse en comunes para la exploración.

Así vemos al Charnay explorador recorriendo los caminos, sin embargo, dejando de lado el halo de heroísmo que comúnmente se le da a este personaje, es posible ver de una manera más objetiva su labor y observar a una persona que recorría territorios que no siempre eran ignotos, que sorteaba sus expediciones en compañía de los pobladores de los lugares a los que iba y con los conocimientos que ellos le proporcionaban. En fin, que sus viajes estaban inmersos en las dinámicas sociales de un país. En ese sentido es pertinente abrir nuevas líneas de investigación respecto a cómo se ha sobrevalorado la actividad de los exploradores extranjeros en nuestro país, cómo se ha desdeñado la labor local y en cómo se ha asumido que en ciertos campos de conocimiento el saber se crea por personajes, y no se construye a partir de las relaciones sociales de los involucrados.

Queda aún por explorar más acerca de cómo ha sido la participación de las personas locales en la generación del conocimiento, no sólo como los que sostienen toda la infraestructura que hizo posible, en el caso de nuestro autor, los viajes, la exploración y la obtención de las fotografías, sino también como los que se habían interesado previamente en los vestigios y con ello enriquecido el bagaje que encontraron los extranjeros a su llegada. Poner atención a cómo funcionaban las redes locales de tráfico de piezas, coacción de trabajadores, visita y uso de los enclaves prehispánicos y otros tópicos similares enriquecerán sin duda la visión que tenemos de los personajes como Charnay y sus obras en el contexto de la arqueología y el patrimonio mexicano.

El eje del tercer capítulo estaba en responder si aún había que explorar la faceta de fotógrafo del autor, de su obra y de lo que entendemos por objetividad de la imagen, en donde historiar los objetos y su contexto de producción lleva a nuevas reflexiones. Según lo dicho en estas líneas, podemos aseverar que Charnay no fue el único ni el primero en viajar y explorar, pero sí de los primeros en fotografiar. El uso de la cámara no sólo permitía la conservación de lo vivido, sino un cambio de paradigma en las formas de ver, en la manera de entender la realidad capturada, ofrecía indicios de la realidad que reafirmaban los principios de objetividad que la época demandaba. El Charnay fotógrafo no sólo nos permitió apreciar y estudiar las imágenes capturadas, sino cuestionarnos acerca del significado del uso de la imagen en el contexto que nos atañe.

El que se hayan elaborado diferentes imágenes a partir de la fotografía nos lleva a la reflexión de cómo se ha abordado el estudio de las imágenes, y principalmente la fotografía hasta nuestros días, ya que en varias ocasiones ha sido considerada a través de valores históricos o estéticos que no siempre están acordes con lo que fueron las intenciones de los autores, a los cuales se han intentado revalorizar a través de categorías propias de la historia del arte actual, por ejemplo, en su calidad de creadores de fotografías artísticas, científicas o documentales.

El estudio de *Ciudades y ruinas americanas* llevaría a nuevas vetas acerca del trabajo de los fotógrafos de ese siglo pues, como pudo verse, más allá de la discusión sobre su objetividad, nos habla de la posibilidad de adentrarnos en los temas, la producción, la distribución o el consumo de cierto tipo de imágenes en el siglo XIX. El mirar a la generación de fotografías como una práctica imbuida en lo social, y no únicamente como una producción circunscrita al ámbito de lo estético, puede dar paso a nuevas

investigaciones. La apuesta es generar los caminos que se cuestionen, que favorezcan un estudio crítico de lo que registran y del conocimiento que se ha generado en torno a ellas.

Esta perspectiva implica el ver a la fotografía como una práctica colectiva inscrita en las relaciones sociales y culturales de las sociedades que las generan, las consumen, y las hacen posibles. Particularmente en el caso de Charnay es importante tomar en cuenta su narrativa respecto a la elaboración de sus imágenes, pues sus trabajos posteriores tendrán una mayor diversidad temática que es necesario analizar desde esta perspectiva. La intención es abrir la puerta a la posibilidad de no sólo hacer uso ilustrativo de estas fotografías, sino que se conviertan en una fuente para analizar diversos procesos, pues como vimos, desde su origen, es bastante interesante su sentido epistemológico como forma de representación de situaciones concretas.

Finalmente, tendríamos que considerar que, en su momento, los anticuarios, coleccionistas y exploradores representaron la mayor fuente del saber en materia de antigüedades de las tierras que visitaban. Sin embargo, ya entrado el siglo XIX, la adquisición de una metodología que llevó a su estudio sistemático, siguiendo una serie de convenciones “científicas”, desplazó las acciones de sus predecesores por considerarlas obsoletas. Estas tensiones epistemológicas y metodológicas que llevarían a la conformación de las ciencias sociales en el siglo XIX son de gran interés, razón por la cual se pensó en un análisis desde un caso muy concreto que representa este tránsito, a la par que cuestiona la manera en la que se sigue construyendo el conocimiento sobre los personajes y los objetos.

Obras consultadas

Archivos

AGN (Archivo General de la Nación)

MMOB (Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Mapoteca Manuel Orozco y Berra)

Bibliografía Primaria

Archives de la Commission Scientifique du Mexique publiés sous les auspices du Ministère de L'Instruction Publique, Paris, Imprimerie Impériale, 1867, Tomo I-III.

Becher, H.C.R., *A trip to Mexico. Notes of a journey from Lake Erie to Lake Tezcuco and back*, Toronto, Willing and Williamson, 1880.

Catherwood, Frederick, *Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan*, London, Frederick Catherwood, 1844.

Charnay, Désiré, *Cités et ruines américaines : Mitla, Palenqué, Izamal, Chichen-Itza, Uxmal*, Paris, Gidé, 1863.

----- *Ciudades y ruinas americanas: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén Itzá, Uxmal*, México, Banco de México, 1994.

----- *Le Mexique (1858-1861) Souvenirs et impressions de voyage*, Paris, E. Dentu Librairie Centrale, 1863.

----- *Le Mexique et ses monuments anciens*, Paris, E. Bondonneau, 1864.

----- *Les Anciennes Villes du Nouveau Monde, voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique Centrale. 1857-1882*, Paris, Hachette et Cie., 1885.

----- *Le Mexique, 1858-1861, Souvenirs et impressions de voyage*, La Chapelle Montligeon, Editions du Griot, 1987.

----- “Madagascar à vol d’oiseau” en *Le Tour du Monde*, Vol X, 1862.

----- « Mexico » en *Le Tour du Monde*, Vol. V, 1862, pp. 353-368

----- “Mis descubrimientos en México y en la América Central” en *América pintoresca: descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores. Carlos Wiener, doctor Crevaux, D. Charnay, etc., etc.*, Barcelona, Montaner y Simon, 1884.

----- “Yucatan et ses ruines” en *Le Monde Illustrée*, T. XVIII, núm. 479, 16/06/1866.

----- “Un Voyage au Yucatan” en *Le Tour du Monde*, Vol. V, 1862, pp. 337-352

----- *Voyage au Mexique, 1858-1861*, Paris, Ginkgo Éditeur, 2001.

Stephens, John, L, *Viaje a Yucatán (1841-1842)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

----- *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. I, London, J. Murray, 1841.

----- *Incidents of travel in Yucatán*, New York, Harper & Brothers, 1848.

Bibliografía secundaria

“The late John L. Stephens” en *Putnam's Monthly Magazine of American Literature, Science and Art*, Vol. 1, 1853, pp. 64-68.

Achim, Miruna, “Setenta pájaros africanos por antigüedades mexicanas. O, cómo construir un museo nacional, México, 1828” en *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, Achim, Miruna, Granados, Aimer (coords.) México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Autónoma de México Cuajimalpa, 2011.

Aguayo, Fernando, “Imagen, fotografía y productores” en *Secuencia*, Núm. 71, mayo-agosto, 2008.

Aguilar Ochoa, Arturo, “La influencia de los artistas viajeros en litografía mexicana (1837-189)” en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, primavera, Vol. XXII, núm. 076, 2012, pp. 113-142.

Alcina Franch, José, *Arqueólogos o anticuarios: historia antigua de la arqueología en la América española*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1995.

-----, *El descubrimiento científico de América*, Barcelona, Anthropos, 1988.

Alpers, Svetlana. *El arte de describir: el arte holandés en el siglo XVII*, Madrid, Hermann Blume, 1987.

Ángeles Escobar, Noé, *et. al.* “Las bibliotecas, imprentas y librerías en las guías de forasteros y obras relacionadas de la ciudad de México”, en *Investigación bibliotecológica*, Vol. 23, Núm. 47, ene-abr 2009, pp. 91-128.

Arqueología, conceptos clave, Madrid, Akal, 2008.

Aridjis, Homero, “Charnay y los paraísos perdidos” en *Reforma*, 20 de mayo 2007.

Arroniz, Marcos, *Manual del viajero en México*, México, Instituto Mora, 1991. (Colección Facsímiles).

Barthe, Christine, « L'expérience du voyage » en *Le Yucatán est ailleurs. Expéditions photographiques (1857-1886) de Désiré Charnay*, Paris, Musée du Quai Branly-Actes Sud, 2007

Baumer, Franklin L., *El pensamiento europeo moderno continuidad y cambio en las ideas, 1600-1950*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Benoit, Sébastien, “Hacia una definición histórica del explorador: Henri Coudreau (1859-1899). De la Guyana al Brasil” en *Viajeros y migrantes franceses*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2007, vol. 2.

Bernal, Ignacio, “Humboldt y la arqueología mexicana”, en *Ensayos sobre Humboldt*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, pp. 121-132.

----- “La arqueología de México: historiadores y viajeros entre 1825-1880” en *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 88-108.

Bernecker, Walther L., “Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt, inversiones e intervenciones”, en *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, julio-diciembre, número 038, 2003. pp. 35-64.

Bertrand, Michel et Laurent Vidal, “Introduction” en *A la redécouverte des Amériques : les voyageurs européens au siècle des indépendances*, Toulouse, Presse Universitaires du Mirail, 2002

Bittencourt, Juliana y Patricia E. Carrillo Medrano, “A través del lente del explorador: una aproximación al álbum fotográfico Ciudades y ruinas americanas, de Désiré Charnay”, en *Boletín de monumentos históricos*, tercera época, núm. 31, mayo-agosto 2014, pp. 116-131.

- Bitterli, Urs, *Los salvajes y los Civilizados*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Blanco, Pilar, “El viaje en la literatura francesa del siglo XVIII, realidad y ficción” en *El viaje en la literatura occidental*, Francisco Mariño, coord., Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, pp. 161-168.
- Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, 4ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Bueno, Christina, *The pursuit of ruins: Archaeology, History, and the Making of Modern Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico, 2016
- Bullock, William, *Seis meses de residencia en México*, México, Banco de México, 1983.
- Burgos Villanueva, Rafael, Palomo Carrillo, Yoli y Kantún Rivera, Guillermo, “Un mascarón de estuco en la estructura Kabul, Izamal, Yuc.: ¿representación de un personaje mítico o histórico?” en *Los Investigadores de la cultura maya*, Núm. 21, Universidad Autónoma de Campeche, Campeche, t. I, p. 209-224.
- Burke, Peter, *Historia social del conocimiento: de Gutemberg a Diderot*, Barcelona Paidós, 2002. (Paidós orígenes; 32).
- Brunet, François, “L’entreprise américaine de Désiré Charnay, en *Le Yucatán est ailleurs. Expéditions photographiques (1857-1886) de Désiré Charnay*, Paris, Musée du Quai Branly-Actes Sud, 2007
- Caestecker, Frank, “El emigrante” en Ute Frevert *et al. El hombre del siglo XIX*. Madrid, Alianza Editorial. 2001.

Camacho Morfín, Thelma, “Los álbumes de El Buen Tono: Fotografía y catolicismo social (1894-1909)” en *Boletín Americanista*, año LXV, 2 No. 71, pp. 77-96.

Capel, Horacio, “Geografía y Arte Apodémica en el siglo de los viajes” en *Geocrítica*, Año IX, Núm.56, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1985.

Casanova, Rosa, “Un nuevo modo de representar: fotografía en México, 1839-1861”, en *Hacia otra historia del arte en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2008, pp. 191-217.

Castro Leal, Antonio, “Alejandro de Humboldt y el arte prehispánico” en *Sobretiro de la memoria de El Colegio Nacional*, tomo IV, núm. 4, 1961.

Chartón, Edouard, “Préface” en *Le Tour du Monde*, Vol. 1, 1861/01.

Clark, Ian, *A peep at the blacks’: A history of tourism at Coranderrk Aboriginal Station, 1863-1924*, Warschau/Berlin, De Gruyter, 2016

Colombi Nicolia, Beatriz, “El viaje y su relato”, en *Latinoamérica*, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 043, pp. 11-35.

Cortambert, Richard, *Peuples et voyageurs contemporains*, J. Gay, Paris, 1864.

Covarrubias, Enrique, *Visión extranjera de México: El estudio de las costumbres y de la situación social*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mora, 1998, v.1.

Cramaussel, Chantal, "El perfil del migrante francés a México en el siglo XIX", *Cahiers des Amériques latines*, 2006, pp. 139-156.

----- "Imagen de México en los relatos de viaje franceses: 1821-1862" en *México-Francia, memoria de una sensibilidad común siglo XIX-XX*, Javier Pérez Siller (coord.) México: Universidad Autónoma de Puebla. El Colegio de San Luis. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. 1998. Tomo I, pp. 333-365.

----- "Francia y el Norte de México (1821-1867)" en *México-Francia, memoria de una sensibilidad común siglo XIX-XX*, Javier Pérez Siller (coord.) México, Universidad Autónoma de Puebla, El Colegio de San Luis. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2004, Tomo II, pp. 425-449.

----- "La literatura de viajes del siglo XIX en México" en *Historias Paralelas. Actas del primer encuentro de historia México-Perú*. Margarita Guerra Martinière y Dense Rouillon Almeida (ed.). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, El Colegio de Michoacán. 2005, pp. 391-404.

Csillag Pimstein, Ilonka, *Conservación de fotografía documental*, Santiago, Centro Nacional de Conservación y Restauración, 2000.

Darnton, Robert, "Los filósofos podan el árbol del conocimiento" en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 211-216.

Davis, Keith F., *Desire Charnay, Expeditionary Photographer*, Albuquerque, University of New Mexico, 1981.

Debroise, Oliver, *Désiré Charnay*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Centro Cultural Santo Domingo, México, 1989.

----- *Fuga mexicana: un recorrido por la fotografía en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

Díaz de Ovando, Clementina, *Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

Díaz Perera, Miguel Ángel, “Tras las huellas de Palenque: las primeras exploraciones”, en *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. VII, núm. 1, junio, 2009, pp. 63-93.

----- “El Fundamento de una nación en el sureste Novohispano: A propósito de Votán, sacerdote fundador de Palenque, (1773-1994)” en *Liminar, Estudios sociales y humanísticos*, año 10, Vol. X, núm., 1, junio de 2012, pp. 159-178.

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México, 6ta edición, México, Porrúa, 1995, Vol. 1.

Diener, Pablo, “Lo pintoresco como categoría estética en el arte de viajeros. Apuntes para la obra de Rugendas” en *Historia*, julio-diciembre, Vol. 40, núm. 002, 2007, pp. 285-309.

Depetris, Carolina, *El héroe involuntario: Frédéric de Waldeck y su viaje por Yucatán*, Mérida, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2014.

Dubois, Phillippe, *El acto fotográfico: de la representación a la recepción*, Barcelona, Paidós, 1986.

Durán Oñate, Beatriz Alondra, “Guías y manuales de viajeros en el México decimonónico: tres visiones conservadoras del proyecto de nación” en *Oficio, historia de historia e interdisciplina*, núm. 5, julio-diciembre 2017.

Estrada de Gerlero, Elena Isabel, “Carlos III y los estudios anticuarios en Nueva España” en *1492-1992 V Centenario arte e historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1993.

Ette, Otmar, *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 2001.

Evans, Tripp, “The Toltec lens of Desiré Charnay” en *Romancing the maya: Mexican antiquity in the American imagination, 1820-1915*, Austin, University of Texas, 2004, pp. 103-125.

Exposición Histórico-americana de Madrid, *Catálogo de la sección de México*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1893, t. II.

Fauvet-Berthelot, Marie France y Leonardo López Lujan, “La Piedra del Sol ¿en París?” en *Arqueología Mexicana*, Vol. 18, No. 107, 2011, pp. 16-21.

Frizot, Michel, *El imaginario fotográfico*, México, Dirección de Literatura, Universidad Nacional Autónoma de México, Almadía, Fundación Televisa, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Embajada de Francia, 2009.

Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 2001.

Gallegos Téllez Rojo, José Roberto, “Dos visitas a México...un solo país. La mirada en dos libros de Charnay” en *Los Pueblos Indios y el parteaguas de la Independencia de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1999, pp. 269-317.

García Bravo, María Haydé y Taladoire, Eric, “Más allá de los archivos de la Comisión Científica en México. Las aportaciones de las bibliotecas y de los muesos” en *Arqueología Mexicana*, núm. 138, marzo-abril 2016, pp. 78-85.

García Moll, Roberto, *La arquitectura de Yaxchilán*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Plaza y Valdés, 2003.

Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica, 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Glantz, Margo, *Viajes en México. Crónicas extranjeras*, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964.

González Reyero, Susana, *La fotografía en la arqueología española (1860-1960): 100 años de discurso arqueológico a través de la imagen*, Madrid, Real Academia de la Historia-Universidad Autónoma de Madrid, 2007.

Grijalba Castaños, Covadonga, “Viajar, contar, soñar... con Le Tour du Monde”, en *El texto como encrucijada: estudios franceses y francófonos*, *Actas del XI Congreso de la APFFUE*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2003, vol. II, pp. 71-84.

Gutiérrez Ruvalcaba, Ignacio, *Teoberto Maler. Historia de un fotógrafo vuelto arqueólogo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008.

Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1966, (Sepan cuantos; 39).

-----, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, México, Siglo XXI, 1995, vol. 1.

Jiménez, Víctor, “Introducción” en *Ciudades y ruinas americanas: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén- Itzá, Uxmal*, México, Banco de México, 1994, v.1.

----- “Nota introductoria” en *Ciudades y ruinas americanas: Mitla, Palenque, Izamal, Chichén- Itzá, Uxmal*, México, Banco de México, 1994, v. 2.

Jancsó, Katalin, “Húngaros en los trópicos. Rosti Pál y otros viajeros en el Caribe y en América Central en la segunda parte del siglo XIX” en *Acta hispánica XVIII*, Universidad de Szeged. Departamento de Estudios Hispánicos, 2013

Kirchhoff, Paul, “La aportación de Humboldt al estudio de las antiguas civilizaciones americanas: un modelo y un programa” en *Ensayos sobre Humboldt*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, pp. 89-103.

Kant, Emmanuel, *Antropología en sentido pragmático*, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.

La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías, Arjun Appadurai, ed., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo, 1991.

Labastida, Jaime, “Las aportaciones de Humboldt a la antropología mexicana”, en Humboldt, Alejandro de, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, México, Siglo XXI, 1995, vol. 1, pp. XIX-LXXI.

Le Yucatán est ailleurs. Expéditions photographiques (1857-1886) de Désiré Charnay, Paris, Musée du Quai Branly-Actes Sud, 2007.

León Portilla, Miguel, “Tula Xicocotitlan: historia y arqueología” en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. 39, 2008, pp. 65-86.

Leysinger, Claudine, “Maler, Legacy and Mexico” en *Alexander von Humboldt. From the Americas to the Cosmos: an international interdisciplinary Conference*, October 14-16, New York, The City University of New York, 2004, pp. 293-309.

-----, “Teobert Maler (1842-1917): Su mirada sobre México y sobre el estado de Chiapas (México)” en Maler, Teobert, *Sobre el estado de Chiapas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, Conacyt, 2006, (Con/textos historia de la ciencia; 1).

Litvak, Lily, *El ajedrez de estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Barcelona, Laia, 1987.

Lombardo de Ruiz, Sonia, *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos, 1536-1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988.

----- *El pasado prehispánico en la cultura nacional: memoria hemerográfica, 1877-1911*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994, vol.1.

López Lujan, Leonardo, *El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Museo Nacional de Antropología, 2015.

----- y Alfredo López Austin, “Los mexicas en Tula y Tula en México Tenochtitlan” en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. 38, 2007, pp. 33-83.

López de Mariscal, Blanca, *La escritura y el camino. Discurso de viajeros en el Nuevo Mundo*, México, Bonilla Artigas Editores, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, 2014, 220 p. (Colección Memoria, Literatura y Discurso; 2).

Ludec, Nathalie, “La lectura del viaje en unas revistas femeninas del siglo XIX mexicano”, en *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Nuevos caminos del hispanismo...* París, del 9 al 13 de julio de 2007 / coord. Pierre Civil, Françoise Crémoux, Vol. 2, 2010.

Martínez, Julieta I., “Miradas contrastantes: la ciudad de México vista por viajeros extranjeros” en *Instantáneas de la ciudad de México: un álbum de 1883-1884*, Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (Coords.), México, Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa, 2013, Tomo I, pp. 107-117.

Marzal, Manuel, *Historia de la antropología*, Quito, Abya-Yala, 1997, vol. 2.

Magar, Valerie, « Viollet-le-Duc y Merrimée. Editorial» en *Conversaciones...Revista de Conservación*, Año 3, núm. 3, julio 2017.

Matabuena, Teresa, “Los fotógrafos viajeros” en *Recuerdo de México*, México, Universidad Iberoamericana, 2004.

Meek, Ronald, *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, México, Siglo XXI, 1981.

Mergier Anne Marie, “El tesoro perdido” en *Proceso*, 11 de marzo de 2007. núm. 1585.

Mongne, Pascal, “Désiré Charnay : Explorateur, archéologue, photographe et écrivain » en *Désiré Charnay, Voyage au Mexique 1858-1861*, Paris, Ginkgo Éditeur, 2001, pp. 13-55.

-----“Désiré Charnay. De la photographie a la archéologie”, en *Le Yucatán est ailleurs. Expéditions photographiques (1857-1886) de Désiré Charnay*, Paris, Musée du Quai Branly-Actes Sud, 2007.

-----“Désiré Charnay y la imagen fotográfica de México” en *Los americanistas del siglo XIX: la construcción de una comunidad científica internacional*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt, Vervuert, 2005, pp. 41-64.

Muñoz Arbelaez, Santiago, “Las imágenes de viajeros en el siglo XIX. El caso de los grabados de Charles Safray” en *Historia y Grafía*, núm. 34, 2010, pp. 169-204.

Ochoa, Lorenzo, “Prólogo” en *Ciudades y Ruinas Americanas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994. (Mirada Viajera)

Ortega y Medina, Juan A., "Científicos extranjeros en el México del siglo XIX" en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*. V. XI, 1988, pp. 13-20.

----- “Introducción” en William Bullock, *Seis meses de residencia en México*, México, Banco de México, 1983.

----- “Landes kunde Humboldtiana y pintura de paisaje” en *Reflexiones históricas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, pp. 341-357.

----- “Monroísmo arqueológico” en *Cuadernos americanos*, núm. 5 y 6, 1953.

----- *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robredo, 1955. (México y lo mexicano, 22).

----- *Zaguán abierto al México republicano 1820-1830*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987.

Osorio Olave, Alejandra, “Usos y consumos de la fotografía en la construcción de la representación del concepto de la modernidad en México”, en *Revista de humanidades: Tecnológico de monterrey*, núm. 23, 2007, pp. 171-193.

Palacios, Guillermo, “Los *Bostonians*, Yucatán y los primeros rumbos de la arqueología americanista estadounidense, 1875-1894” en *Historia Mexicana*, Vol. LXII, núm. 1, Julio-septiembre 2012, pp. 105-194.

Palerm, Ángel, *Introducción a la teoría etnológica*, México, Cultural educativa, 1967.

Palop Martínez, Josefina y Alejandro Cerdá Esteve, “Nuevos documentos sobre las expediciones arqueológicas de Guillermo Dupaix por México. 1805-1808” en *Revista Española de Antropología Americana*, núm. 27, 1997, pp. 129-152.

Pedro Robles, Antonio E. de “Arqueologías americanas. La representación del mundo antiguo mexicano y el debate estético en el contexto europeo de la primera mitad del siglo XIX” en *Decimonónica*, Vol. 6, núm. 1, invierno 2009. pp. 46-68.

Pérez, Sonia Arlette, “Tipos populares mexicanos: un álbum fotográfico en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia” en *Alquimia*, núm. 51, 2014

Pérez Salas, María Esther, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2005.

----- “Genealogía de *Los mexicanos pintados por sí mismos*”, en *Historia Mexicana*, Vol. 48, núm. 2, 1998.

Pérez Soto, Carlos, *Desde Hegel: para una crítica radical de las ciencias sociales*, México, Ítaca, 2008.

Pimentel, Juan *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

Pratt, Mary Louis, *Imperial eyes: Travel writing and transculturation*, London, New York, Routledge, 1992.

Ramírez Sevilla, Luis, “La vida fugaz de la fotografía mortuoria: notas sobre su surgimiento y desaparición,” en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXIV, núm. 94, primavera, 2003, pp. 163-198.

Ramírez Sevilla, Rosaura e Ismael Ledesma Mateos, “La Commission Scientifique du Mexique: una aventura colonialista trunca” en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm.134, primavera 2013, pp. 303-347.

Riviale, Pascal, “Las colecciones americanas en Francia en el siglo XIX: objetos de curiosidad, objetos de estudio” en *Los americanistas del siglo XIX: la construcción de una comunidad científica internacional*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt, Vervuert, 2005.

Rodríguez, José Antonio, “Ciudades y Ruinas Americanas, la versión nacional” en *Alquimia*, núm. 31, 2007, pp. 22-23.

Rodríguez Hernández, Georgina, “Recobrando la presencia. Fotografía indigenista mexicana en la Exposición Histórico-americana de 1892” en *Cuicuilco*. vol. 5, núm. 13, mayo-agosto, 1998, pp. 123-144

Rutsch, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2007.

Ruz, Mario Humberto y Adam T. Sellen, “Presentación” en *Ideas, ideólogos e idearios en la construcción de la imagen peninsular*, Izamal, Gobierno del Estado de Yucatán, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2015, pp. 7-27.

Sanson, Ileana Mariela, “Encuentro en Venezuela, o casi. Literatura de viajes y viajeros argentinos por América, siglo XIX” en *Signos históricos* II.3 (junio, 2000), pp. 131-149.

Sellen, Adam T. y Lowe, Lynne S., “*Ruinas de Yucatán*”. *Álbum fotográfico del siglo XIX*, Mérida, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2013.

Schnapp, Alain, *The discovery of the past*, New York, H. N. Abrams, 1997.

Shapin, Steven, *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2005.

Smith, Anthony, *Las identidades nacionales*, Madrid, Trota, 1997.

Sotelo Santos, Laura Elena, “Desiré Charnay, pionero de la arqueología tolteca” en *Tula más allá de la zona arqueológica*, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2003, pp. 139-149.

Taracena, Arturo y Adam T. Sellen, “Emanuel von Friedrichsthal: su viaje a América y el debate sobre el origen de la civilización maya” en *Península*, Vol., I, núm. 2, otoño de 2006, pp. 49-67.

Tempsky, G. F. Von, *Mitla: a narrative of incidents and personal adventures on a journal in Mexico, Guatemala and Salvador in the years 1853 to 1855 with observations on the modes of life in those countries*, London, Longmans & Roberts, 1858, 436p.

Tello Díaz, Carlos, “Las fotos de Charnay en el museo Quai Branly” en *Nexos*, no. 355, julio de 2007.

----- “Yaxchilan” en *Nexos*, no. 435, marzo de 2014.

Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Trigger, Bruce G., *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1992.

Tula más allá de la zona arqueológica, Pachu Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998ca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2003

Urías Horcasitas, Beatriz, *Indígena y criminal: interpretaciones del derecho y la antropología en México, 1871-1821*, México, Universidad Iberoamericana, 2000.

Valverde, María Fernanda, *Los procesos fotográficos históricos*, México, Archivo General de la Nación, 2003.

Venayre, Sylvain, “La Prensa de viajes en Francia durante el siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Vol. IX, Núm. 1 y 2, 2004, pp. 127-152.

Villegas, Pascale, “Fotógrafo, viajero, escritor, arqueólogo y espía francés en tierras mayas: Désiré Charnay”, en *Del mar y la tierra firme. Miradas viajeras sobre los horizontes peninsulares*, Mario Humberto Ruz y Eréndira Peniche García (Coords.), Mérida, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Pensinsular en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Campeche, 2011, pp. 155-166.

Wallerstein, Immanuel, “La ciencia social y la sociedad contemporánea” en *Conocer el mundo, saber el mundo: El fin de lo aprendido*, México, Siglo XXI, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2001, pp. 157-178.

----- *Impensar las ciencias sociales*, 5ª edición, México, Siglo XXI, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 1998.

----- *Abrir las ciencias sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 1996.

Weber, Max, *La “objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, Madrid, Alianza, 2009.

Wyels, Joyce Gregory, “John Stephens and Frederick Catherwood. Mayan adventure in Mexico” en *Literary Trips: following in the footsteps of fame*, Vancouver, Greatest escapes, 2001, pp. 239-251.

Zapata, Lorelei, "Desiré Charnay" en *La antropología en México: Panorama histórico. Los protagonistas*, México, Instituto Nacional de Antropología e historia, 1987, tomo 9, pp. 567-587.

Zammito, John, *Kant Herder and the birth of anthropology*, Chicago and London, The University of Chicago Press, 2002.

Tesis

Bittencourt, Juliana, "Proyecto de conservación del álbum *Ciudades y ruinas americanas: Mitla, Palenque, Izamal, Chichen Itzá, Uxmal* de Desiré Charnay, procedente de la mapoteca "Manuel Orozco y Berra": dictamen de conservación", México Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, 2011.

Careaga Viliesid, Lorena, "Invasores, exploradores y viajeros: la vida cotidiana en Yucatán desde la óptica del otro, 1834-1906", Tesis para obtener el grado de Doctora en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2015.

Castañeda García, Laura, "El discurso de la modernidad en México a través de los documentos fotográficos de los festejos del primer centenario de su independencia", Tesis para obtener el grado de Doctora en Historia del Arte, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2009.

García Corzo, Rebeca Vanesa, "Entramados de la seda en México a fines del siglo XIX y principios del XX" Tesis para obtener el grado de Doctor en Historia y Análisis Social, métodos y análisis sociocultural, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2012

Martínez López, Julieta Izcarulli, “La Semana Santa en el México decimonónico a través de los viajeros extranjeros”, Tesis para obtener el título de Licenciada en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2008.

Medina Reyes, Gerardo Manuel, “Venidos Allende el Atlántico: inmigrantes franceses en Veracruz, 1821-1861”, Tesis para Obtener el grado de Maestría en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2014.

Valderrama Zaldívar, María del Carmen, “Fotografías viejas, historias nuevas: Desiré Charnay y la arqueología mexicana (México, 1857-1887)”, Tesis para obtener el grado de Maestría en Estudios de Arte, México, Universidad Iberoamericana, 2005.

Velásquez Marroni, Cintia, “En busca del pasado. El coleccionismo de antigüedades prehispánicas en las primeras dos décadas del México independiente”, Tesis para obtener el título de Licenciada en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006.

Hemerografía

Annuaire de la Société d'ethnographie de Paris, 1862.

Annuaire de l'archéologue, du numismate et de l'antiquaire ,1862

Annuaire encyclopédique : politique, économie sociale, statistique, administration, 1862

Comptes rendus des séances de la Société d'ethnographie américaine et orientale, 1861-1862

El Monitor Republicano, 1858.

El Siglo XIX, 1859.

La Sociedad, 1858, 1860.

Le temps, 1861.

Le trait d'union, 1862.

Les sciences populaires : journal hebdomadaire illustré, 1880

Nouvelles annales des voyages, de la géographie et de l'histoire, 1861.

Revue orientale et américaine, 1861-1862.

Revue politique et littéraire : revue des cours littéraires, 1878.

Boletín de la Sociedad Mexicana de Estadística y Geografía, 1885

Le Tour du Monde, 1862, 1864, 1896

Páginas web

<http://gallica.bnf.fr>

<http://www.archives-nationales.culture.gouv.fr/>

http://www.getty.edu/research/special_collections/

<http://web.frl.es/ntllet/SrvltGUILoginNtlletPub>

<http://www.hndm.unam.mx/index.php/es/>

<https://www.si.edu/researchcenters/si-libraries>

<https://digitalcollections.nypl.org>

<https://www.loc.gov/rr/rarebook/kislak.html>

<http://www.quaibrantly.fr/fr/explorer-les-collections/>

<http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm>

<http://acervo.bndigital.bn.br/sophia/index.html>

<https://archive.org/>

<https://brbl-dl.library.yale.edu>

Índice de imágenes

Imagen 1. Frederick Catherwood, «Ornament over the principal doorway, casa del gobernador, Uxmal», Beinecke Digital Collections, Yale University Library, 2014538.

Désiré Charnay, “Puerta principal del palacio del gobernador en Uxmal. Yucatán”, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Monumentos arqueológicos S.A.G., L3-A3-5, 12960.

Frederick Catherwood, “Las Monjas, Chichen Itza”, Beinecke Digital Collections, Yale University Library, 2014551.

Désiré Charnay, “Fachada del palacio de las monjas en Chichen Itza”, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Monumentos arqueológicos S.A.G., L3-A3-5, 12937.

Frederick Catherwood, «Principal court of the palace at Palenque» Beinecke Digital Collections, Yale University Library, 2014538.

Désiré Charnay « Palais, à Palenque ; façade », Musée Quai Branly. 70.2007.1.1 D.

Imagen 2. Désiré Charnay, “Grand Palais, à Mitla, grande salle” The Miriam And Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs: Photography Collection, New York Public Library Digital Collection, 111395.

F. Von Tempsky, “Grand hall of the main building of the second group” en Tempsky, F.G. F. Von, *Mitla: a narrative of incidents and personal adventures on a journal in Mexico, Guatemala and Salvador in the years 1853 to 1855 with observations on the modes of life in those countries*, London, Longmans & Roberts, 1858, frente a p. 253.

Imagen 3

Désiré Charnay « Palais, à Palenque ; façade », Musée Quai Branly. 70.2007.1.1 D

Imagen 4

Désiré Charnay *Ruines du Mexique et Types mexicains*, Jay I. Kislak Collection, Library of Congress

Imagen 5. Désiré Charnay, "La cárcel en Chichen Itza." Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Monumentos arqueológicos S.A.G., L3-A3-5, 12932

Désiré Charnay, "La Prison, A Chichen-Itza.", The Miriam And Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs: Photography Collection, New York Public Library Digital Collection, 111416.

Désiré Charnay, "La Prison, A Chichen-Itza », Musée Quai Branly, 70.2007.1.1 D.

Désiré Charnay « Le Chichan-chob ou La Prison à Chichen-Itza. Yucatán » en *Ruines du Mexique et Types mexicains*, placa 36, Jay I. Kislak Collection, Library of Congress, 2006700054.

Imagen 6. Désiré Charnay “Figure gigantesque, A Izamal”, The Miriam And Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs: Photography Collection, New York Public Library Digital Collection, 111410.

Désiré Charnay "Cabeza gigantesca al pie de la segunda pirámide en Izamal.", Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Monumentos arqueológicos S.A.G., L3-A3-5, 12935.

Désiré Charnay « Gigantesque figure, base d’une pyramide à Uxmal. Yucatan » en *Ruines du Mexique et Types mexicains*, placa 37, Jay I. Kislak Collection, Library of Congress, 2006700054.

Désiré Charnay, “Figure gigantesque à Izamal au sud de la pyramide”, Musée Quai Branly, PV0030374.

Imagen 7. Désiré Charnay "Árbol de Sta. María del Tule. Oajaca.", Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Monumentos arqueológicos S.A.G., L3-A3-5, 12974.

Désiré Charnay, "Arbre de Santa-Maria del Tule" The Miriam And Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs: Photography Collection, New York Public Library Digital Collection, 111403.

Désiré Charnay, “Arbre de Santa Maria del Tule”, Musée Quai Branly, 70.2007.1.1 D

Désiré Charnay, « Sabino de Santa Maria del Tule » en *Le Mexique et ses monuments anciennes*, Paris, E. Bondonneau, 1864.

Imagen 8. Désiré Charnay, « Figure gigantesque, à Izamal ; au bas de la seconde pyramide », Musée Quai Branly, 70.2007.1.1 D.

Imagen 9. Frederick Catherwood, “Colossal head at Izamal”, Beinecke Digital Collections, Yale University Library, 2014554.

Imagen 10. Désiré Charnay « Façade de l’aile nord du palais des nonnes a Uxmal » en Désiré Charnay, *Les Anciennes Villes du Nouveau Monde, voyages d’explorations au Mexique et dans l’Amérique Centrale. 1857-1882*, Paris, Hachette et Cie., 1885, p. 339.

Désiré Charnay, « Palais des Nonnes, à Uxmal, façade de l’aile nord », Musée Quai Branly, 70.2007.1.1 D.

Anexo 1

Imágenes que componen el álbum fotográfico de *Ciudades y Ruinas Americanas*, según edición de Gidé (1862-1863)



1. Calendrier aztèque, à Mexico



2. Pyramide artificielle, à Mitla
Anciennement surmontée d'un temple



3. Maison du Curé, à Mitla. -
Extérieur



4. Maison du Curé, à Mitla. -
Intérieur



5. Grand Palais, à Mitla. -Façade
principale



6. Grand Palais, à Mitla. -Façade
principale



7. Gran Palais, à Mitla. -Façade
orientale



8. Gran Palais, à Mitla. -Façade
occidentale



9. Grand Palais, à Mitla. -
Intérieur d'une salle



10. Grand Palais, à Mitla. -
Grande salle



11. Grand Palais, à Mitla. -
Intérieur de la cour



12. Deuxième palais, à Mitla



13. Troisième palais, à Mitla



14. Quatrième palais, à Mitla. -
Façade orientale



15. Quatrième palais, à Mitla. -
Façade occidentale



16. Quatrième palais, à Mitla. -
Côte sud



17. Vue générale des ruines, à
Mitla



18. Arbre de Santa-Maria del
Tule



19. Bas-relief colossal, à
Palenque. -Côte gauche de la
cour du palais



20. Bas-relief colossal, à
Palenque. -Côte droit de la cour
du palais



21. Pierre de la croix, à Palenque



22. Palais, à Palenque. -Façade



23. Grande pyramide, a Izamal



24. Place et seconde pyramide, a
Izamal



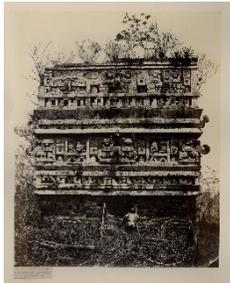
25. Figure gigantesque, a Izamal. -Au bas de la seconde pyramide



26. Palais des nonnes, a Chichen-Itza. -Aile droite



27. Palais des nonnes, a Chichen-Itza. -Aile gauche



28. Palais des nonnes, a Chichen-Itza. -Façade de l'aile gauche



29. Palais des nonnes, a Chichen-Itza. -côte nord



30. Palais des nonnes, a Chichen-Itza. -Façade principale



31. La prison, a Chichen-Itza



32. Ancien temple, à Chichen-Itza. -Appelé le Château



33. Palais du cirque, à Chichen-Itza. -Intérieur d'une salle



34. Palais du cirque, à Chichen-Itza. -Bas-relief des tigres



35. Maison du nain, à Uxmal



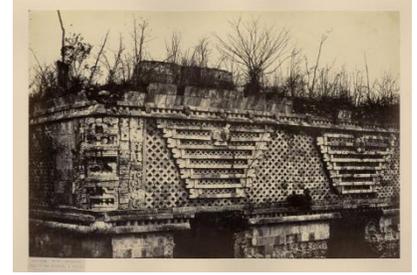
36. Palais des nonnes, à Uxmal. -Façade de l'aile nord



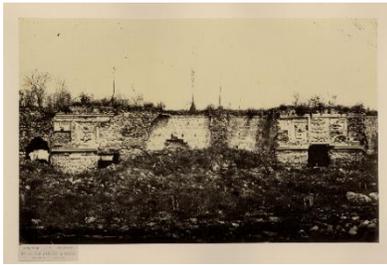
37. Palais des nonnes, à Uxmal.
-Détail du côté nord



38. Palais des nonnes, à Uxmal.
-Façade dite égyptienne



39. Palais des nonnes, à Uxmal.
-Détail de la façade dite égyptienne



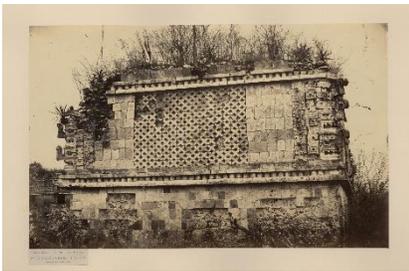
40. Palais des nonnes, à Uxmal.
-Façade de la couleuvre



41. Palais des nonnes, à Uxmal.
-Détail de la façade de la couleuvre



42. Palais des nonnes, à Uxmal.
-Côte sud



43. Palais des nonnes, à Uxmal.
-Détail du côté sud



44. Palais des nonnes, à Uxmal.
-Bas-relief de l'indien



45. Palais du gouverneur, à Uxmal. - Façade principale



46. Palais du gouverneur, à Uxmal. - Façade principale



47. Palais du gouverneur, à Uxmal. - Détail de la porte principale



48. Palais du gouverneur, à Uxmal. - Maison des tortues



49. Vue générale des ruines, à Uxmal